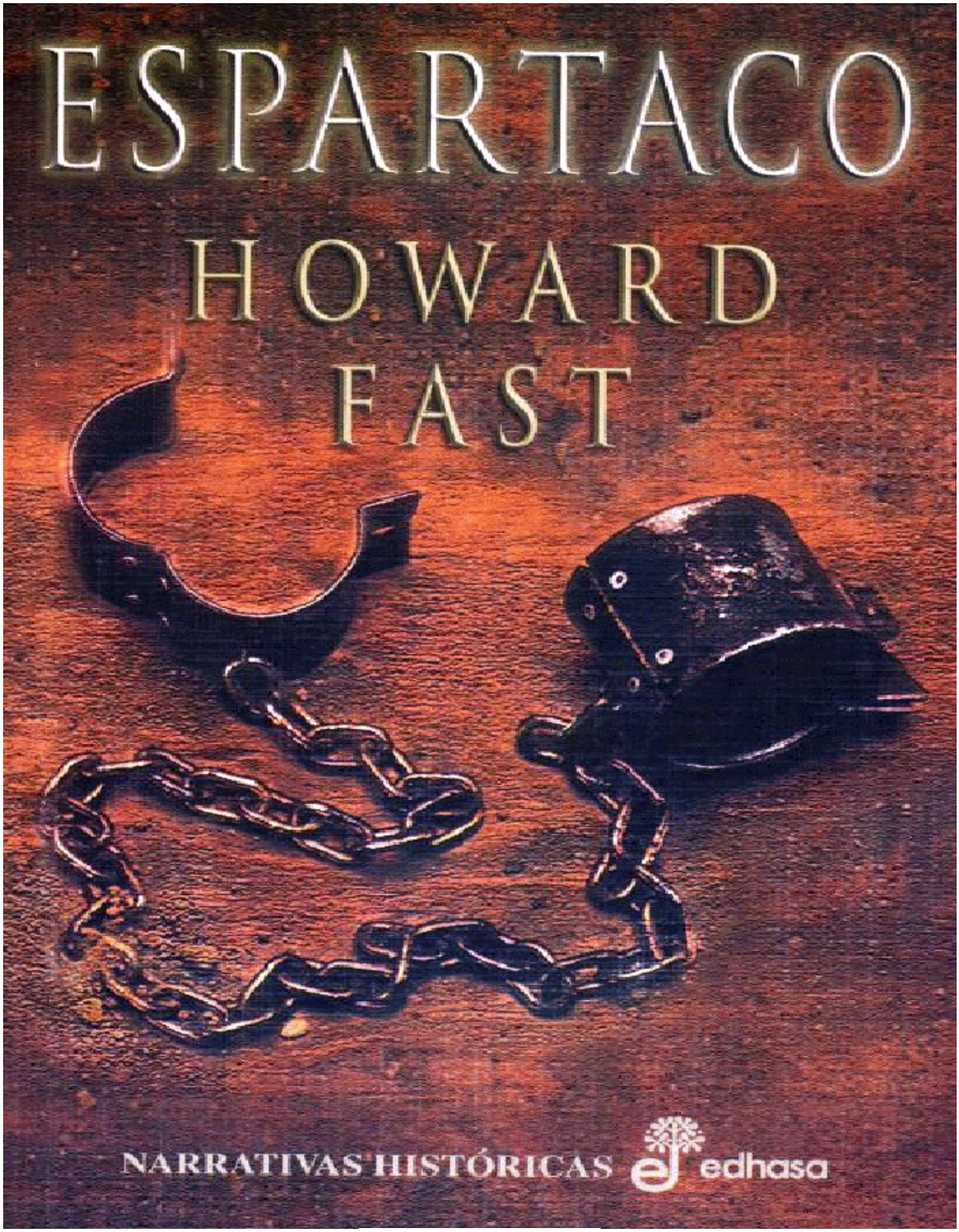
ESPARTACO
HOWARD FAST



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Este libro está dedicado a mi hija, Rachel, y a mi hijo, Jonathan. Es una historia sobre hombres y mujeres valientes que vivieron hace mucho tiempo, pero cuyos nombres nunca han sido olvidados. Los héroes de esta historia albergaron el ideal humano de la libertad y la dignidad del hombre y vivieron noble y honradamente. Lo he escrito para, que aquellos que lo lean –mis hijos y los hijos de otros– adquieran gracias a él fortaleza para afrontar nuestro turbulento futuro y puedan luchar contra la opresión y la injusticia, de modo que el sueño de Espartaco llegue a ser posible en nuestro tiempo.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

No es tarea fácil para un autor que publica sus propias obras escribir lo que los editores llaman presentación; es decir, un llamamiento o reclamo para los lectores. Las frases altisonantes usadas en tales ocasiones surgen con mucha menos facilidad de la pluma de quien ha escrito el libro y sabe con qué esperanzas, dificultades y esfuerzos lo ha hecho.

Ésta es la historia de Espartaco, que encabezó la gran rebelión de los esclavos contra la República romana en los años finales de ésta. He escrito esta novela porque creo que es una historia importante en el momento que nos ha tocado vivir. No se trata de establecer mecánicamente un paralelismo, sino de que de este episodio se puedan extraer esperanzas y fuerza, y resaltar el hecho de que Espartaco no vivió sólo para su tiempo, sino que su figura constituye un ejemplo para la humanidad de todas las épocas. He escrito este libro para infundir esperanzas y valor a quienes lo lean, y durante el proceso de su escritura yo mismo me sentí con más ilusiones y más coraje.

Se precisa mucho tiempo para escribir una novela. Mediante la escritura de una obra narrativa pueden resolverse muchos problemas y conocer y comprender los anhelos y las esperanzas que sustentan las luchas de estos pueblos. Algo de eso obtuve al escribir esta novela y convivir durante tanto tiempo con los hombres y mujeres que aparecen en sus páginas. Confío en que parte de esa satisfacción se transmita también a quien la lea.

Si algún valor tiene mi propia opinión sobre este libro, debo confesar que se trata de la novela que más me gusta de cuantas he escrito hasta la fecha. Fue la que más me costó escribir y la redacté en los momentos más difíciles de mi vida, pero cuando le puse el punto final sentí la satisfacción de haber cumplido cabalmente una tarea.

1951

Librodot

ESPARTACO Y LA LISTA NEGRA

Cuando me senté a iniciar la larga y dura tarea de escribir la primera versión de *Espartaco* –hace de eso ya cuarenta años– acababa de salir de prisión. Había estado trabajando mentalmente en algunos aspectos de la novela mientras me hallaba en la cárcel, que fue un escenario idóneo para tal labor. Mi delito había sido negarme a entregar al Comité de Actividades Antiamericanas una lista de los miembros de la organización denominada Joint Antifascist Refugee Comittee (Comité de Ayuda a los Refugiados Antifascistas).

Con la victoria de Francisco Franco sobre la República Española legalmente constituida, miles de soldados republicanos, defensores de la República y sus familias habían cruzado los Pirineos para dirigirse a Francia, y buena parte de ellos se habían establecido en Toulouse, muchos de ellos enfermos o heridos. Su situación era desesperada. Un grupo de antifascistas recaudó dinero para comprar un antiguo convento y convertirlo en un hospital, y los cuáqueros aceptaron trabajar en ese hospital si nosotros conseguíamos el dinero para mantenerlo en funcionamiento. En esa época había un impresionante apoyo a la causa de la España republicana entre la gente de buena voluntad, y entre la que se contaban muchos ciudadanos conocidos. Fue la lista de estas personas la que nosotros nos negamos a entregar al Comité, y en consecuencia todos los miembros de nuestro grupo fueron considerados culpables de desacato y enviados a prisión.

Fueron malos tiempos, los peores tiempos que yo y mi querida esposa hemos vivido jamás. Nuestro país se parecía más que nunca en su historia a un estado policial. J. Edgar Hoover, el director del FBI, desempeñó el papel de un mezquino dictador. El miedo a Hoover y su archivo de miles de liberales impregnó el país. Nadie se atrevió a pronunciarse o a levantar su voz contra nuestro encarcelamiento. Como he dicho en alguna ocasión, no era el peor momento para escribir un libro como *Espartaco.*

Cuando concluí el manuscrito se lo envié a Angus Cameron, por entonces mi *editor en* Little, Brown and Company.* Le entusiasmó la novela y escribió que para él sería un placer y un orgullo editarla, pero J. Edgar Hoover envió una carta a Little, Brown and Company advirtiéndoles de que no deberían publicar el libro, y después de eso el original pasó por las manos de otros siete conocidos editores. Todos ellos se negaron a publicarla. El último de estos siete fue Doubleday, y tras una reunión del comité editorial, George Hecht, jefe de la cadena de librerías de Doubleday, salió de la sala enfadado y disgustado, me llamó por teléfono y me dijo que nunca hasta entonces había asistido a un acto de cobardía tal en Doubleday, y me aseguró que si publicaba el libro por mi cuenta me haría un pedido de seiscientos ejemplares. Yo nunca había publicado una obra por mi cuenta, pero encontré apoyo en los medios liberales y llevé adelante el proyecto con el escaso dinero que nos proporcionaban nuestros empleos regulares; y de algún modo el libro al fin vio la luz.

Para mi sorpresa, se vendieron más de cuarenta mil ejemplares de la obra en tapa dura, y varios millones más unos años más tarde cuando el clima de terror se hubo disipado. Fue traducida a 56 lenguas y, finalmente, diez años después de haber sido escrita, Kirk Douglas convenció a los estudios Universal para que rodara una adaptación cinematográfica. Pasados los años, esa película se ha hecho extraordinariamente famosa, y aún puede verse en el momento en que escribo estas líneas.

Supongo que algo le debo a ese período que pasé entre rejas. La guerra y la prisión son temas difíciles de tratar para un escritor que no ha tenido experiencia directa de ellas.

* El inglés distingue entre el *editor,* quien trabaja sobre el manuscrito original del autor (aquí en cursiva), y el *publisher,* quien toma la decisión de publicarlo.

Yo no sabía latín, así es que adquirir unos buenos conocimientos de esa lengua, que prácticamente ya he olvidado por completo, fue también parte del proceso de escritura. Nunca

he renegado de mi pasado, y si mi propia experiencia carcelaria en algo me ayudó a escribir *Espartaco,* creo que fue lo mejor que obtuve de ella.

1996

Librodot

Esta historia comienza el año 71 a. C.

Librodot

PRIMERA PARTE

De cómo viajó Cayo Craso por el camino de Roma a Capua en el mes de mayo

Librodot

I

Hay constancia de que ya a mediados del mes de marzo había sido abierta nuevamente al tránsito la ruta que iba de la Ciudad Eterna, Roma, a la de Capua, que aunque algo más pequeña no era por ello menos hermosa, pero esto no quiere decir que el tráfico por aquel camino hubiera vuelto inmediatamente a la normalidad. Porque, en realidad, durante los últimos cuatro años, ningún camino de la República había gozado de la pacífica y próspera corriente comercial y de personas que era de esperarse de un camino romano. En mayor o menor medida, en todas partes había habido disturbios y no sería inexacto afirmar que el camino entre Roma y Capua era símbolo de tales disturbios. Se decía –y con razón– que tal como andaban los caminos así andaba Roma; si en los caminos había paz y prosperidad también las había en la ciudad.

Por doquier en Roma habían sido fijados anuncios con el aviso de que cualquier ciudadano que tuviera negocios en Capua podía viajar allí para tramitarlos, pero por el momento no se aconsejaban los viajes de placer a aquel lugar. No obstante, con el transcurso del tiempo y habiéndose adueñado de las tierras de Italia la apacible y dulce primavera, las restricciones fueron dejadas sin efecto y una vez más la hermosa arquitectura y los espléndidos paisajes de Capua atrajeron a los romanos.

Además del natural atractivo de la campiña de Campania, aquellos que gustaban de los buenos perfumes, a pesar de sus precios, exageradamente elevados, encontraban en Capua el placer junto al beneficio. Allí estaban situadas las fábricas de perfumes de mayor envergadura, sin igual en el mundo entero; y a Capua se fletaban esencias raras y aceites de toda la tierra, perfumes exóticos y exquisitos, aceites de rosas de Egipto, el perfume de lilas de Saba, las amapolas de Galilea, el aceite de ámbar gris y de corteza de limón y de naranja, las hojas de salvia y de menta, palo de rosa y sándalo, y así casi hasta el infinito. Los perfumes podían ser adquiridos en Capua poco menos que a la mitad de lo que se pedía por ellos en Roma, y cuando se considera la creciente popularidad de los perfumes en aquel tiempo, tanto para los hombres como para las mujeres –así como la falta que hacían–, es posible comprender que bien podía emprenderse un viaje a Capua por esa sola y única razón.

II

El camino había sido abierto en marzo y dos meses más tarde, a mediados de mayo, Cayo Craso, su hermana Helena y su amiga Claudia Mario se dispusieron a pasar una semana con unos parientes de Capua.

Salieron de Roma la mañana de un día luminoso, claro y fresco, un día perfecto para viajar, y siendo los tres jóvenes les brillaban los ojos y les deleitaba el viaje y las aventuras que con certeza habrían de ocurrirles. Cayo Craso, joven de veinticinco años, cuyos obscuros cabellos caían en abundantes y suaves rizos y cuyas facciones regulares le habían dado reputación de bien parecido al igual que de bien nacido, montaba un caballo árabe blanco, que le habría regalado su padre el año anterior con motivo de su cumpleaños, y las dos muchachas viajaban en literas descubiertas. Cada litera era llevada por cuatro esclavos, adiestrados para los caminos y que podían hacer dieciséis kilómetros a marcha uniforme sin descanso. Planeaban pasar cinco días de viaje, deteniéndose cada noche en la casa de campo de algún amigo o pariente, y de ese modo, mediante etapas pausadas y agradables, llegar a Capua. Sabían antes de partir que el camino estaba señalado con símbolos de castigo, pero pensaron que aquello no alcanzaría a incomodarles. A decir verdad, las muchachas estaban bastante excitadas por las descripciones que habían oído, y por lo que a Cayo se refería, siempre tenía reacciones placenteras y algo sensuales frente a tales vistas, y también estaba orgulloso de su estómago y del hecho de que cosas como aquéllas no lo afectaran excesivamente.

–Después de todo –les decía a las muchachas– es mejor mirar a un crucifijo que estar en él.

–Nosotras miraremos siempre hacia delante –comentó Helena.

Era mejor parecida que Claudia, que era rubia y lánguida, de tez muy blanca y pálidos ojos y un aire de fatiga que gustaba destacar. Su cuerpo era pleno y atractivo, pero Cayo la encontraba bastante tonta y se preguntaba qué era lo que su hermana veía en ella, enigma que estaba decidido a descifrar en ese viaje. Anteriormente, en varias oportunidades se había propuesto seducir a la amiga de su hermana y siempre su resolución había sido abandonada frente a la desaliñada indiferencia de la muchacha, desinterés que no era específicamente con relación a él, sino general. Estaba hastiada y Cayo tenía la seguridad de que únicamente su aburrimiento impedía que fuera totalmente insoportable. Su hermana era otra cosa. Le excitaba en forma perturbadora; era tan alta como él, muy similar a él en el aspecto, mejor parecida, si fuera posible, y era considerada hermosa por hombres que no se dejaban intimidar por su resolución y su fortaleza. Su hermana lo excitaba y él tenía conciencia de que al planear el viaje a Capua había acariciado la esperanza de que tal excitación encontrara alguna solución. Su hermana y Claudia hacían una combinación extraña pero atractiva, y Cayo estaba a la espera de los incidentes con que había de recompensarle el viaje.

A escasos kilómetros de Roma comenzaron los símbolos de castigo. Había un lugar donde el camino cruzaba un pequeño erial de rocas y arena, de unos cuantos acres de extensión, y la persona a cargo de la exhibición, con un claro sentido del efecto, había elegido dicho lugar para instalar el primer crucifijo. La cruz había sido tallada en madera fresca de pino, que exudaba resina y, desde que el terreno se hundía detrás del lugar, emergía enhiesta, solitaria, formando ángulo contra el cielo mañanero, tan alta e impresionante –más grande de lo normal, ya que era la primera– que difícilmente se advertía el cuerpo desnudo del hombre que colgaba de ella. Caía ligeramente oblicuo, como muy a menudo ocurre con el crucifijo demasiado grande, y esto le añadía cualidades extrañas y semihumanas. Cayo detuvo su caballo y luego lo dirigió hacia el crucifijo; y Helena, con un ligero golpe de su elegante látigo, ordenó a los esclavos de la litera que lo siguieran.

–¿Podemos descansar, oh señora, oh señora? –susurró el encargado de marcar el paso de la litera de Helena, cuando se detuvieron ante el crucifijo. Era hispánico y su latín era imperfecto y cauto.

Librodot

–Por supuesto –repuso Helena. La joven tenía tan sólo veintitrés años, pero ya manifestaba un carácter fuerte, tal como el de todas las mujeres de su familia, y despreciaba la crueldad insensata hacia los animales, ya fueran esclavos o bestias. Entonces, los lecticiarios descendieron suavemente los carruajes, sentándose en cuclillas, agradecidos, junto a ellos.

Pocos metros frente al crucifijo, en una silla de paja, a la sombra de un toldo remendado, estaba sentado un hombre gordo y afable, que denotaba distinción y pobreza a la vez. Su distinción se manifestaba en cada una de sus varias papadas y en la dignidad de su enorme vientre, y su pobreza, no exenta de abandono, era claramente evidente por sus raídos y sucios vestidos, sus uñas negras y la barba hirsuta. Su afabilidad era la máscara gastada del político profesional; y podía advertirse de un vistazo que durante años se había alimentado de dádivas en el Foro y en el Senado como también en los barrios. Allí estaba ahora, a un peldaño de convertirse en mendigo, con sólo una estera en algún albergue; pero su voz aún vibraba con el recio acento del vociferador de feria. Eran las suertes de las guerras, como claramente lo dejó expresado. Algunos eligen el partido vencedor con misteriosa facilidad. Él siempre había elegido el perdedor, y de nada valía decir que esencialmente ambos no se diferenciaban. Así era como había llegado donde se encontraba, pero hombres mejores lo pasaban peor.

–Me perdonarán por no ponerme de pie, mi gentil señor y mis gentiles damas, pero el corazón... el corazón. –Puso la mano sobre su gran abdomen, en la zona adecuada–. Veo que han salido temprano y temprano debieron salir, ya que ésa es la hora de viajar. ¿Capua?

–Capua –dijo Cayo.

–Capua, claro está; una atrayente ciudad, una hermosa ciudad, una próspera ciudad, una verdadera gema de ciudad. ¿A visitar parientes?

–Así es –respondió Cayo. Las muchachas sonreían. Él era afable; era un gran payaso. Su dignidad se esfumó. Mejor hacer el payaso para aquellos jóvenes. Cayo comprendió que el dinero tenía algo que ver con tan inesperado proceder, pero no le importó. Porque, por otra parte, nunca se le había negado el dinero suficiente para sus necesidades o caprichos y, además, deseaba impresionar a las muchachas como hombre de mundo, y ¿cómo hacerlo mejor que sirviéndose de aquel mundano y gordo payaso?

–Ustedes ven en mí un guía, un narrador de historias, un pequeño proveedor de migajas de castigo y de justicia. ¿Acaso un juez hace más? La posición social es diferente, y no obstante es preferible aceptar un denario y la vergüenza que implica, que mendigar...

Las muchachas no podían apartar sus ojos del hombre muerto que pendía del crucifijo. En ese momento estaba directamente sobre ellas, desnudo, ennegrecido por el sol, picoteado por los pájaros y ellas no dejaban de lanzarle rápidas miradas. Los cuervos ensayaban veloces caídas sobre el cadáver. Las moscas se amontonaban sobre su piel. Por la forma en que había quedado colgado, separado de la cruz, daba la impresión de estar cayendo, siempre en movimiento, un grotesco movimiento de la muerte. La cabeza colgaba hacia delante, y los cabellos, largos y rubios, cubrían lo que de horror pudo haber habido en su rostro.

Cayo dio una moneda al hombre gordo; el agradecimiento no fue mayor que lo que correspondía. Los lecticiarios permanecían en cuclillas, silenciosos, sin levantar la vista hacia el crucifijo, la mirada clavada en el suelo; estaban amansados en el camino y bien adiestrados.

–Éste es simbólico, por así decirlo –manifestó el hombre gordo–. No lo miren, señoras mías, como algo humano u horrible. Roma da y Roma quita y, más o menos, el castigo corresponde al delito. Éste está aquí solo y llama vuestra atención a lo que seguirá. Entre este lugar y Capua, ¿saben ustedes cuántos?

Ellas lo sabían, pero esperaron a que él lo dijera. Había algo de precisión en aquel hombre gordo y jovial que los introdujo en lo inenarrable. Él era una prueba de que no se trataba de nada inenarrable, sino común y natural. Les iba a dar una cifra exacta. Podría no ser verdadera, pero sería precisa.

–Seis mil cuatrocientos setenta y dos –dijo. Algunos de los lecticiarios se movieron. No estaban descansando; estaban rígidos. Si alguien los hubiera mirado, lo habría advertido. Pero nadie los miraba.

Librodot

–Seis mil cuatrocientos setenta y dos –repitió el gordo. Cayo hizo la observación pertinente: «¡Cuánta madera!». Helena sabía que era una pose, pero el hombre gordo inclinó la cabeza apreciativamente. Ahora se comprendían. Entonces el gordo extrajo un bastón de entre los pliegues de su túnica y señaló hacia el crucifijo.

–Éste... simplemente un símbolo. Un símbolo de símbolos, por así decir.

Claudia dejó escapar una risita nerviosa. –No obstante, de interés y de importancia. Puesto aparte con razón. La razón es Roma y Roma es razonable. –Le gustaban las máximas.

–¿Ése es Espartaco? –preguntó Claudia tontamente, pero el hombre gordo fue paciente con ella. La forma en que se lamió los labios probaba que su actitud paternal no estaba desprovista de emoción, y Cayo pensó: «¡Este viejo lujurioso!».

–Es difícil que sea Espartaco, querida mía... –Su cadáver nunca fue hallado –dijo Cayo con impaciencia.

–Hecho pedazos –declaró pomposamente el hombre gordo–. Hecho pedazos, mi querida niña. Mentes tiernas para tan desagradables pensamientos, pero ésa es la verdad...

Claudia se estremeció, pero deliciosamente, y Cayo vio un brillo en sus ojos que nunca había observado antes. «Cuídate de los juicios superficiales», le había dicho cierta vez su padre y, aunque su padre pensaba en cosas de mucha más importancia que valorizar a las mujeres, la advertencia venía al caso. Claudia nunca le había mirado en la forma en que miraba ahora al hombre gordo, y éste continuó:

–... la sencilla verdad del caso. Y ahora dicen que Espartaco nunca existió. ¡Ah! ¿Existo yo? ¿Existe usted? ¿Hay o no hay seis mil cuatrocientos setenta y dos cadáveres colgando de crucifijos desde aquí a Capua, a lo largo de la vía Apia? ¡Ya lo creo que sí! Y permítanme que les haga otra pregunta, jóvenes... ¿Por qué tantos? Un símbolo de castigo es un símbolo de castigo. ¿Pero por qué seis mil cuatrocientos setenta y dos?

–Esos perros se lo merecían –respondió Helena con rapidez.

–¿Se lo merecían? –El hombre gordo arqueó suavemente sus sofisticadas cejas. Era un hombre de mundo, les advirtió claramente, y si ellos estaban en mejor posición social eran lo suficientemente jóvenes como para dejarse impresionar–. Es posible que se lo merecieran, pero ¿para qué desollar tanta carne si uno no puede comerla? Les diré. Mantiene altos los precios. Estabiliza las cosas. Y más que nada, decide algunas delicadas cuestiones de propiedad. Ahí tienen ustedes la respuesta en pocas palabras. Ahora, en cuanto a éste –agregó señalando con el bastón–, mírenlo bien. Fairtrax, el galo, muy importante, muy importante. Hombre muy cercano a Espartaco, sí, ya lo creo, y he observado cómo moría. Sentado aquí mismo, he observado cómo moría. Fueron necesarios cuatro días. Fuerte como un toro. ¡Ay, ay, ay! Ustedes nunca creerían en tal fortaleza. En modo alguno lo creerían. Esta silla me la dio Sexto, el de la Tercera Guerra. ¿Lo conocen? Un caballero... verdaderamente un gran caballero, y muy bien dispuesto hacia mí. Se sorprenderían de la cantidad de gente que vino a mirar, y era algo que valía la pena mirar.

No se trata de que yo podía cobrarles la cantidad apropiada... pero la gente da si uno ofrece algo a cambio. Justa medida por justa medida. Me tomé la molestia de informarme. Se sorprenderían de la ignorancia que hay en todas partes respecto a las guerras de Espartaco. Veamos, por ejemplo: esta joven dama me pregunta: «¿Ése es Espartaco?». Una pregunta natural. Pero no sería extraordinariamente antinatural si tal fuera. Ustedes, mis gentiles amigos, viven una vida protegida, muy protegida, ya que de otro modo la joven dama debería haber sabido que Espartaco fue destrozado en tal forma que nunca llegó a encontrarse ni un cabello de él. Muy distinto de éste... a éste lo apresaron. Un poco lastimado, es cierto... Miren aquí...

Con un bastón señaló el trazado de una extensa cicatriz en el costado del cadáver que pendía sobre él.

–Numerosas cicatrices... y muy interesantes. Al costado o delante. Ninguna en la espalda. Ustedes no dan importancia a tales detalles, que encantan a la chusma, pero en verdad, les diré que...

Los lecticiarios lo observaban ahora y escuchaban mientras les centelleaban los ojos tras la mata de sus largos cabellos.

–... fueron los mejores soldados que jamás han pisado el suelo de Italia. Duele pensar en una cosa así. Volvamos a nuestro amigo de aquí arriba. Fueron necesarios cuatro días para que muriera y habría durado mucho más si no le hubieran abierto una vena y sangrado un poco. Claro que ustedes no tienen por qué saberlo, pero eso hay que hacerlo cuando se los pone en la cruz. O se los sangra o se hinchan como una vejiga. Y si se los sangra debidamente entonces se secan también debidamente y pueden estar colgados allí arriba hasta un mes sin otro agravio que un poquito de mal olor. Lo mismo que curar un trozo de carne, y hace falta mucho sol para lograrlo. Bien; éste era feroz, en verdad; desafiante, orgulloso... pero perdió. El primer día, colgado allí arriba, insultaba a cualquier decente ciudadano que viniera a mirarlo. Lenguaje obsceno, espantoso. A nadie le habría gustado que hubiera por aquí damas que oyeran tal lenguaje. Falta de modales. Un esclavo es un esclavo, pero no le guardo rencor. Aquí estaba yo y allí estaba él, y de vez en cuando yo le decía: «Tu desgracia es mi fortuna y si bien la tuya no será la manera más confortable de morir, la mía no es en modo alguno la forma más confortable de vivir. Y bien, poco voy a percibir si sigues hablando de ese modo». No parecía enternecerse mucho, sea como fuere, pero hacia el atardecer del segundo día enmudeció. Se encerró en sí mismo como una ostra. ¿Saben qué fue lo último que dijo?

–¿Qué? –susurró Claudia.

–«Volveré y seré millones.» Eso es lo que dijo. Gracioso, ¿verdad?

–¿Qué quiso decir con eso? –preguntó Cayo. A pesar suyo, el hombre gordo había tejido un hechizo en torno a sí mismo.

–¿Que qué es lo que quiso decir, joven señor? No tengo más idea que la que pueda tener usted, y nunca más pronunció palabra alguna. Lo aguijoneé un poco al día siguiente, pero nunca volvió a decir palabra. Simplemente me miraba con esos ojos sanguinolentos que tiene; me miraba como si quisiera matarme, pero ya no estaba en condiciones de matar a nadie. Así pues, querida mía –agregó dirigiéndose nuevamente a Claudia–, no era Espartaco, pero era uno de sus lugartenientes, un hombre duro. Cercano a Espartaco, pero no tan duro. El que era duro de verdad era Espartaco; duro como no hay otro. No les resultaría agradable encontrárselo a lo largo de esta carretera, y por cierto que nunca lo encontrarán, porque está muerto y pudriéndose. Y ahora ¿qué otra cosa querrían saber?

–Creo que hemos oído lo suficiente –dijo Cayo, lamentando ahora el denario. Debemos seguir nuestro camino.

III

En aquellos días, Roma era como un corazón que irrigaba con su sangre todos los rincones del mundo a lo largo de los caminos romanos. Otra nación hubiese vivido mil años y en ellos habría construido una tercera parte de los caminos que acaso unieran sus principales ciudades. En Roma era diferente. «¡Construidnos un camino!», decía el Senado. Tenían habilidad para hacerlos. Los ingenieros los planeaban; se extendían los contratos y los constructores los ponían en ejecución; entonces las cuadrillas de operarios lo realizaban cual si lanzaran flechas en la dirección en que el camino debía extenderse. Si una montaña se interponía en el trazado, se libraban de la montaña; si se trataba de un valle profundo, se creaba un viaducto a través del valle; si había un río, lo cruzaban con un puente. Nada detenía a Roma y nada se interponía a los caminos romanos.

Aquella ruta por la que viajaban de Roma a Capua los tres alegres jóvenes se llamaba vía Apia. Era un camino ancho, bien construido, de capas alternadas de cenizas volcánicas y grava, cubiertas con piedras. Estaban hechos para durar. Cuando los romanos construían un camino no lo hacían para ese año o el siguiente, sino para que durara siglos. Así se construyó la vía Apia. Fue un símbolo del progreso de la humanidad, de la productividad de Roma y de la perdurable capacidad de organización del pueblo romano. Dejaba sentado con bastante claridad que el sistema romano era el mejor sistema que hubiera concebido la humanidad, un sistema de orden, justicia e inteligencia. La evidencia de la inteligencia y del orden estaba en todas partes, y la gente que viajaba por los caminos lo daba por sentado de tal manera que difícilmente pensaban en ello.

Por ejemplo, las distancias estaban especificadas, no calculadas aproximadamente. Más o menos cada dos kilómetros de camino había un hito. Cada hito daba la información pertinente que pudiera necesitar un viajero. En cualquier lugar se sabía con precisión a qué distancia se estaba de Roma, de Formia o de Capua. Cada ocho kilómetros había una posada con caballeriza, donde podían encontrarse caballos, alimentos y, si fuera necesario, alojamiento para pasar la noche. Muchos de esos establecimientos eran de gran magnificencia, con amplias terrazas en las que se servían bebidas y alimentos. Algunos tenían baños, en los que los agotados viajeros podían refrescarse, y otros permitían pernoctar en dormitorios buenos y cómodos. Los nuevos establecimientos públicos eran construidos al estilo de los templos griegos, sumándose de esta manera a la belleza natural de los paisajes que bordeaban los caminos.

Allí donde el terreno era bajo, pantanoso o llano, el camino era terraplenado y se elevaba de tres a cinco metros por encima del paisaje que lo circundaba. Si el terreno era accidentado o montañoso, el camino cortaba el terreno o pasaba a través de gargantas o arcos de piedra.

Los caminos constituían una evidencia de estabilidad y por su superficie fluían todos los elementos de la estabilidad romana. Marchando por los caminos los soldados podían hacer cincuenta kilómetros en un solo día y repetían los mismos cincuenta kilómetros al día siguiente. Convoyes de equipajes afluían por los caminos, repletos de los productos de la República, trigo y cebada y mineral de hierro y maderas aserradas y lino y lana y aceite y frutas y quesos y carne ahumada. En los caminos había ciudadanos ocupados en los quehaceres propios de los ciudadanos, gentiles yendo y viniendo de sus residencias campestres, comerciantes viajeros y viajeros por placer, caravanas de esclavos yendo y viniendo del mercado, gente de todos los pueblos y de todas las naciones, todos ellos recibiendo prueba de la firmeza y del ordenamiento del dominio de Roma.

Y en ese tiempo, a un costado del camino había sido enclavado un crucifijo cada pocos metros y de cada crucifijo pendía un hombre muerto.

IV

La mañana resultó ser más calurosa de lo que Cayo había esperado, y, después de un tiempo, el olor de los muertos se hizo bastante desagradable. Las muchachas empaparon sus pañuelos con perfume, que aspiraban constantemente, pero eso no era suficiente para cubrir las súbitas oleadas del fétido y nauseabundo olor que flotaba en el camino, ni podían impedir que se reaccionara contra tal hedor. Las muchachas estaban descompuestas y Cayo finalmente tuvo que quedarse atrás, ir a un lado del camino y buscar allí alivio para sí mismo. Casi se les arruina la mañana.

Felizmente, en un trecho de poco menos de un kilómetro, hasta la posada donde se detuvieron para almorzar, no había crucifijos, y si bien era escaso el apetito que les quedaba, pudieron al menos sobreponerse a su indisposición. Aquella taberna junto al camino había sido construida en estilo griego; se trataba de un curvo edificio de un piso con una agradable terraza. La terraza, donde habían sido puestas las mesas, estaba construida sobre una pequeña barranca por la que corría un arroyo, y enfrente había una gruta rodeada por grupos de fragantes y verdes pinos. Allí no se aspiraba otra cosa que olor a pino, el húmedo, el dulce olor de los bosques, y no había otro ruido que el cortés rumor de las conversaciones de los comensales y la música del arroyuelo. «¡Qué lugar tan delicioso!» exclamó Claudia, y Cayo, que ya había estado allí antes encontró una mesa para ellos y comenzó a ordenar el almuerzo con gran autoridad. El vino de la casa, una bebida burbujeante y ambarina, seca y reconfortante, les fue servido de inmediato y mientras lo sorbían les volvió el apetito. Estaban en la parte de atrás de la casa, separados del ambiente general del frente, donde comían los soldados, los que conducían carromatos y los extranjeros; allí había sombra y se estaba fresco y, aunque raras veces se suscitaba la cuestión, se reconocía que era sitio para servir sólo a caballeros y patricios. Esto no hacía del lugar nada exclusivo, ya que los caballeros eran viajantes de comercio, negociantes y manufactureros y comisionistas y tratantes de esclavos; pero era una posada y no una residencia privada. Además, desde fecha reciente, los caballeros imitaban las maneras de los patricios, lo que los hacía menos bulliciosos, inoportunos y desagradables.

Cayo ordenó pato frío ahumado y prensado y naranjas glaseadas y, hasta que llegó la comida, estuvo conversando sobre la última obra representada en Roma, una comedia más bien artificial, una pobre imitación del teatro griego, como tantas había.

La trama se refería a una mujer fea y vulgar que había hecho un pacto con los dioses de entregarles, a cambio de un día de gracia y de belleza, el corazón de su esposo. El esposo había dormido con la amante de uno de los dioses, y el argumento, complicado y falso, se basaba en una débil cuestión de venganza. Por lo menos, eso era lo que pensaba Helena, pero Cayo protestaba de que a pesar de su superficialidad, tenía a su entender varios pasajes diestramente concebidos.

–A mí me gustó –dijo sencillamente Claudia.

–A mí me parece que estamos demasiado preocupados con lo que una cosa dice en vez de la forma en que se dice –sonrió Cayo–. Por mi parte, yo voy al teatro a entretenerme con lo que es original. Si uno prefiere el drama de la vida y de la muerte, puede ir al circo y ver cómo los gladiadores se destrozan entre sí. He observado, sin embargo, que no son los tipos particularmente brillantes o profundos los que frecuentan las peleas.

–Estás justificando el escribir mal –protestó Helena.

–De ninguna manera. Simplemente, creo que la calidad de lo que se escribe para el teatro no tiene mayor importancia. Es más barato emplear a un escritor griego que a un lecticiario, y yo no soy de los que hacen un culto de los griegos.

Al decir esto último Cayo advirtió que había un hombre de pie junto a la mesa. Las otras mesas estaban ocupadas y el hombre, un tipo de comerciante viajero, dudaba si podía unirse a ellos o no.

–Tan sólo un bocado y me iré –dijo–. Si no les molesta la intromisión.

Era alto, musculoso, bien plantado, evidentemente próspero, costosamente vestido y nada respetuoso, salvo para el rango y abolengo de aquellos jóvenes. En los tiempos pasados los caballeros no habían tenido tal actitud hacia la nobleza terrateniente; fue tan sólo cuando ésta se convirtió en una clase muy acaudalada cuando descubrieron que el abolengo era uno de los lujos más difíciles de adquirir y, en consecuencia, su valor aumentó. Cayo, al igual que tantos de sus amigos, hacía notar a menudo la contradicción que existía entre los estentóreos sentimientos democráticos de esa gente y sus intensas aspiraciones de clase.

–Me llamo Cayo Marco Servio –dijo el caballero–. No vacilen, si no les agrada mi presencia.

–Haga el favor de sentarse –respondió Helena.

Cayo se presentó a sí mismo y presentó a las muchachas y le satisfizo la reacción del otro.

–He hecho algunos negocios con familiares suyos –hizo notar el caballero.

–¿Negocios?

–Hemos negociado en ganado, por decirlo así. Soy fabricante de salchichas. Tengo una fábrica en Roma y otra en Tarracina, que es de donde vengo ahora. Si ustedes han comido salchichas, han probado las que yo fabrico.

–Estoy seguro –sonrió Cayo pensando: «Odia mi estirpe, mírenlo, pero sin embargo está encantado de sentarse aquí. ¡Qué puercos que son!».

–Negocios en puercos –dijo Servio, como si hubiera leído el pensamiento del otro.

–Estamos encantados de haberlo conocido y transmitiremos a nuestro padre sus saludos –declaró Helena con amabilidad. Sonrió cortésmente a Servio y él la miró nuevamente, como diciendo: «Así que eres una mujer, querida, patricia o no». Y así fue como lo entendió Cayo: «¿Te gustaría acostarte conmigo, putita?». Se sonrieron mutuamente y Cayo hubiera querido matarlo, pero mayor era el odio hacia su hermana.

–No he querido interrumpir vuestra conversación –dijo Servio–. Continuad, por favor.

–Nos aburríamos hablando de obras teatrales aburridas.

La comida llegó en ese momento y comenzaron a almorzar. De pronto Claudia retuvo el trozo de pato que se llevaba a la boca y dijo lo que a Cayo se le ocurrió tiempo después ser la cosa más sorprendente:

–Usted debe de haberse alterado mucho por los símbolos.

–¿Qué símbolos?

–Las crucifixiones.

–¿Alterado?

–Por el desperdicio de tanta carne fresca –dijo Claudia con calma, no con maña, simplemente con calma, y continuó comiendo pato. Cayo tuvo que reprimirse para no estallar en una carcajada, y Servio se puso primero rojo y luego intensamente pálido. Pero Claudia, sin la menor idea de lo que había ocasionado, se limitó a seguir comiendo. Solamente Helena intuyó una dureza mayor que la ordinaria en el fabricante de salchichas y su piel experimentó una picazón premonitoria. Quería que replicara y se alegró cuando lo hizo.

–Alterado no es la palabra –repuso finalmente Servio–. No me gusta el derroche.

–¿Derroche? –preguntó Claudia, dividiendo en pequeños trozos la naranja glaseada y colocando delicadamente cada uno de los trozos entre sus labios. «¿Derroche?» Claudia sentía piedad por algunos hombres y otros pocos la irritaban; y hacía falta un hombre extraordinario para que sus sentimientos sobrepasaran esos límites.

–Hombres bien plantados, los de Espartaco –explicó Marco Servio– y también bien alimentados. Supongamos que pesaran por término medio setenta kilos cada uno. Hay más de seis mil esclavos colgados allí afuera, como si fueran pavos trufados. Son cuatrocientos veinte mil kilos de carne fresca... o que por lo menos fue fresca.

«¡Oh, no!, no puede decirlo en serio», pensó Helena. Todo su cuerpo se erizó, a la expectativa, pero Claudia, que prosiguió comiendo naranja glaseada, sabía que el otro había hablado en serio. Y Cayo preguntó:

–¿Por qué no hizo usted una oferta?

–La hice.

–¿Pero no querían vender?

–Me las arreglé para comprar ciento diez mil kilos.

« –Qué es lo que andará buscando éste? –se preguntó Cayo, y pensó–: Trata de asombrarnos. En sus maneras vulgares, en sus puercas maneras, va a replicar lo que dijo Claudia». Helena, sin embargo, vio el fondo de la verdad y Cayo tuvo la satisfacción de comprender que por fin algo había aparecido bajo la epidermis de su hermana.

–¿De hombres? –susurró Claudia.

–De instrumentos –declaró con precisión el fabricante de salchichas–, para citar a ese admirable joven filósofo, Cicerón. Instrumentos inservibles. Los ahumé, los piqué y los mezclé con cerdo, especias y sal. La mitad va para Galia; la otra mitad a Egipto. Y el precio es bastante razonable.

–Me parece que su broma es un poco pesada –gruñó Cayo.

Era muy joven y le resultó difícil soportar la madura mordacidad del fabricante de salchichas. El caballero jamás olvidaría en su vida el insulto de Claudia y lo referiría también a Cayo por haber cometido éste el error de estar presente.

–No estoy bromeando –dijo Servio con naturalidad–. La joven hizo una pregunta y yo le respondí. He comprado ciento diez mil kilos de esclavos para convertirlos en salchichas.

–Eso es lo más horripilante y desagradable que haya oído en mi vida –dijo Helena–. Su natural grosería, señor, ha tomado un extraño rumbo.

El caballero se puso de pie y los miró uno a uno.

–Con su perdón –dijo, y dirigiéndose a Cayo, agrego–: Pregúntele a su tío, Silio. Él se encargó de la transacción, y obtuvo una sustancial ganancia al hacerlo.

En seguida se alejó. Claudia prosiguió comiendo con calma la naranja glaseada, deteniéndose tan sólo para comentar:

–¡Qué individuo imposible resultó ser!

–Sin embargo, estaba diciendo la verdad –comentó Helena.

–¿Qué?

–¡Claro que sí! ¿Por qué habría de asombrarte tanto?

–Fue una estúpida mentira –dijo Cayo–, inventada a propósito para molestarnos.

–La diferencia entre nosotros, querido, es que yo sé cuándo alguien está diciendo la verdad.

Claudia se puso más pálida que de costumbre. Se levantó, se excusó y con estudiada dignidad y se dirigió hacia los aseos; Helena sonrió levemente, casi para sí misma, y Cayo comentó:

–Nada nos choca a nosotros, ¿verdad, Helena?

–¿Por qué habría de chocarnos?

–Por lo menos yo nunca volveré a comer salchichas.

–Yo nunca las he comido –dijo Helena.

Librodot

V

Mientras iban por el camino, a primera hora de la tarde, se encontraron con un sirio vendedor de ámbar cuyo nombre era Muzel Shabaai, cuya barba, cuidadosamente rizada, resplandecía de fragante aceite y cuya larga túnica bordada colgaba a ambos costados del hermoso caballo blanco que montaba. Sus dedos centelleaban de costosas joyas. Detrás de él trotaba una docena de esclavos, egipcios y beduinos, llevando cada uno de ellos un macizo atado sobre la cabeza. En tiempos del dominio romano, el camino era un gran nivelador, y Cayo se encontró de pronto en una animada conversación con el acaudalado comerciante, si bien la contribución del joven no pasaba de un ocasional asentimiento. Shabaai se sentía enormemente honrado de conocer a cualquier romano, ya que sentía por éstos la más profunda admiración, especialmente cuando se trataba de romanos de buena cuna y de buena posición, como evidentemente era el caso de Cayo. Había algunos orientales que no entendían ciertas cosas de los romanos, por ejemplo la libertad de acción que tenían sus mujeres; pero Shabaai no era de ésos. «Profundiza en un romano y encontraras su veta de hierro, como lo prueban esos símbolos a lo largo del camino», pensaba el sirio, y estaba encantado por la lección que aprendían sus esclavos por el simple hecho de ver aquellos crucifijos, por demás aleccionadores.

–Difícilmente lo creerá, joven señor–dijo Muzel Shabaai en su latín fluido pero curiosamente acentuado–, pero en mi tierra había gente que esperaba que Roma sucumbiera ante Espartaco y hasta hubo un pequeño levantamiento entre nuestros esclavos, que tuvimos que sofocar con medidas drásticas. ¡Qué poco entienden ustedes a Roma!, les decía. Ustedes comparan a Roma con lo que conocieron en el pasado o con lo que ven a su alrededor. Ustedes olvidan que Roma es algo nuevo en esta tierra. ¿Cómo podía describirles Roma? Por ejemplo, yo digo *gravitas.* ¿Qué significa esa palabra para ellos? Más aún, ¿qué significa para cualquiera que no haya visto Roma con sus propios ojos y que no haya estado en compañía y no haya conversado con los ciudadanos de Roma? *Gravitas:* para los más serios, para los que tienen sentido de la responsabilidad, significa ser serios y tener intenciones serias. *Levitas* lo comprendemos, es nuestra maldición; jugamos con las cosas, estamos ansiosos de placeres. El romano no bromea; es un estudioso de la virtud. *Industria, disciplina, frugalitas, clementia...* Para mí esas palabras especiales son Roma. Ése es el secreto de la paz de los caminos romanos y del dominio romano. ¿Pero, cómo explicarlo, joven señor? Por mi parte, yo miro con seria satisfacción estos símbolos de castigo. Roma no bromea. El castigo corresponde al delito, y con eso usted tiene la justicia de Roma. La desfachatez de Espartaco estuvo en desafiar todo cuanto era excelso. Ofrecía rapiña y asesinato y desorden; Roma es orden y, en consecuencia, Roma lo repelió.

Cayo escuchaba y escuchaba, hasta que finalmente exteriorizó algo de su aburrimiento y disgusto. Inmediatamente el sirio, con muchas reverencias y disculpas, obsequió collares de ámbar a Helena y a Claudia. Se recomendó a ellos y a sus familiares y a los posibles amigos comerciantes y a continuación se alejó.

–¡Gracias, Dios! –exclamó Cayo.

–¡Tan atento! –sonrió Helena.

Librodot

VI

Más avanzada la tarde, poco antes de dejar la vía Apia por un estrecho camino que conducía a la casa de campo donde iban a pasar la noche, ocurrió un incidente que rompió la monotonía de la jornada. Un manípulo de la Tercera Legión, que patrullaba el camino, estaba descansando en una estación caminera. Había pabellones de *scuta, pila* y *cassis galeae* en filas de pequeñas tiendas de campaña triangulares, los largos escudos asegurados en las cortas lanzas, con tres yelmos colgando de cada pila, como si fuera un campo con gavillas de cereales. Los soldados se apiñaban en el patio común, empujándose los unos a los otros bajo la sombra del toldo, pidiendo más y más cerveza, bebiéndola de jarros de madera de medio litro de capacidad llamados jofainas. Era un conjunto de hombres fuertes, de rostros rudos y cuerpos bronceados, plenos del penetrante olor de sus pantalones y chaquetones de cuero empapados en sudor, bulliciosos y parlanchines, conscientes aún de que los símbolos de castigo que había a lo largo del camino eran resultado de su reciente trabajo.

Al detenerse Cayo y las muchachas para observarlos, el capitán salió del pabellón con una copa de vino en una mano, saludando con la otra a Cayo, lo más entusiastamente posible, ya que Cayo venía acompañado de dos hermosas jóvenes.

Era un viejo amigo de Cayo, un hombre joven, llamado Selio Quinto Bruto, que había abrazado la carrera de soldado, muy arrojado y también bien parecido. A Helena ya la conocía y se mostró encantado de conocer a Claudia y asumió una actitud muy profesional y sin cumplidos al preguntarles qué pensaban de sus muchachos.

–Una pandilla de bulliciosos malhablados –declaró Cayo.

–Así es..., pero son eficientes.

–Yo no temería a nada, teniéndolos a mi lado –dijo Claudia, y agregó–: Salvo a ellos.

–Y ellos son a partir de ahora sus esclavos, y los tendrá a su lado –respondió Bruto galantemente–. ¿Hacia dónde se dirigen?

–Esta noche nos quedaremos en Villa Salaria –dijo Cayo– y, si te acuerdas, queda a unos tres kilómetros por este camino lateral.

–Entonces, durante tres kilómetros, nada tendrán que temer en el mundo –exclamó Bruto, y preguntó a Helena–: ¿Alguna vez ha marchado usted con una guardia de honor de legionarios?

–No soy ni nunca he sido tan importante.

–Ahí está precisamente lo importante que usted es para mí –dijo el joven oficial–. Déme una oportunidad. Tan sólo limítese a observar. Los pongo a sus pies. La compañía es suya.

–Son la última cosa en el mundo que quisiera tener a mis pies –protestó Helena.

Bruto terminó el vino y tiró la copa al esclavo portero y llamó con el pequeño silbato de plata que llevaba pendiente de un lazo en torno a su cuello. Se produjo un insólito gorjeo de cuatro notas ascendentes y cuatro descendentes, imperativas, y en respuesta los legionarios engulleron su cerveza, juraron entre dientes y se dirimieron de dos en dos a los lugares donde estaban sus lanzas escudos y yelmos. Bruto volvió a hacer oír una y otra vez su silbato, enhebrándose las notas en una melodía aguda e insistente, y la división respondió como si las notas actuaran directamente sobre su sistema nervioso. Se reunieron, se agruparon en escuadrones, giraron, se apartaron y volvieron a formar en dos columnas, una a cada lado del camino, en un despliegue verdaderamente asombroso de disciplina. Las muchachas rompieron en aplausos y hasta Cayo, algo molesto por las bufonadas de su amigo, se vio obligado a admirar la precisión con que actuaba la compañía.

–¿Son tan eficientes cuando combaten? –inquirió.

–Pregúntale a Espartaco –le contestó Bruto, y Claudia exclamó:

–¡Bravo!

Bruto hizo una reverencia y se cuadró y ella estalló en carcajadas. Era una reacción poco común en Claudia, pero ese día había mucho en ella que había resultado poco común para

Librodot

Cayo. Había brillantes colores en sus mejillas y sus ojos resplandecían de entusiasmo ante los ejercicios que había ejecutado el manípulo. Cayo se sintió menos excluido que asombrado por la forma en que ella comenzó a charlar con Bruto, que se había colocado entre las dos literas haciéndose dueño de la situación.

–¿Qué más saben hacer? –preguntó Claudia.

–Marchar, luchar, jurar...

–¿Matar?

–Matar... sí, son asesinos. ¿No lo parecen?

–Me agrada el aspecto que tienen –declaró Claudia.

Bruto la examinó fríamente y luego respondió en voz baja: «Realmente, me parece que le gustan, querida mía».

–¿Qué más?

–Qué más quiere? –preguntó Bruto–. ¿Quiere oír–Marcha en cadencia! –gritó, y la profunda voz de las tropas marcó el paso.

–¡Cielo, tierra, camino, piedra! ¡El acero corta hasta el hueso!

La copla se hizo borrosa y ruda en sus gargantas, y resultaba difícil entender las palabras.

–¿Qué es lo que significa? –quiso saber Helena.

–Nada, en realidad. Es simplemente una cadencia de marcha. Hay cientos de ellas y no tienen significado alguno. Cielo, tierra, camino, piedra... nada en realidad, pero marchan mejor. Ésta proviene de la Guerra de los Esclavos. Algunas no son apropiadas para los oídos de una dama.

–Algunas lo son para mis oídos –dijo Claudia.

–Se las susurraré –replicó sonriendo, y se inclinó hacia ella mientras se le acercaba. Luego se enderezó y Claudia volvió la cabeza y se quedó mirándolo. Una vez más los crucifijos se alineaban y los cadáveres colgaban cual cuentas ensartadas a lo largo del camino. Bruto los señaló.

–¿Quería que fuese gentil? Ése es su trabajo. Mi manípulo crucificó a ochocientos. No son delicados; son rudos y fuertes y sanguinarios.

–¿Y eso los hace mejores soldados? –preguntó Helena.

–Se supone que sí.

Claudia dijo:

–Ordene que uno de ellos venga aquí.

–¿Para qué?

–Porque yo quiero.

–Está bien –dijo encogiéndose de hombros, y gritó–: ¡Sexto! ¡Rompa fila y preséntese!

Un soldado salió de las filas, giró dos veces, una vez frente a las literas y otra entre ellas, saludó y se cuadró ante el oficial. Claudia se enderezó en su asiento, se cruzó de brazos y lo estudió detenidamente. Era de mediana estatura, de tez obscura, musculoso. Sus antebrazos, el cuello la garganta y el rostro, desnudos, eran de un pardo casi caoba. Sus músculos eran firmes, sobresalientes, estrechamente ajustados a la piel, húmeda ésta por la transpiración. Llevaba casco de metal, y su gran escudo de más de un metro colgaba de la espalda sobre la mochila. En una mano llevaba el pilo, una lanza gruesa de madera dura de casi dos metros de longitud y cinco centímetros de diámetro, provista en el extremo de una amenazante y pesada punta de hierro triangular de unos cuarenta y cinco centímetros de largo. Llevaba una espada hispánica, pesada y corta, y a la chaqueta de cuero tenía atadas, con lazos, tres planchas de hierro que le cruzaban el pecho y otras tres enganchadas en cada hombro. Otras tres más, sujetas a la cintura, golpeaban contra sus piernas mientras marchaba. Llevaba pantalones de cuero y botas altas también de cuero, y, bajo el enorme peso del metal y de la madera, marchaba ágilmente y, en apariencia, sin esfuerzo. El metal que llevaba estaba aceitado, al igual que su armamento; el hedor del aceite, del sudor y del cuero se mezclaban y se convertían en el olor de una profesión, de una fuerza, de una máquina.

Librodot

Desde donde cabalgaba tras ellos, Cayo podía ver el perfil de Claudia, los labios entreabiertos, que acariciaba con la lengua, los ojos fijos en el soldado.

–Lo quiero junto a la litera –susurró Claudia a Bruto.

Él se encogió de hombros y dio una orden al soldado, cuyos labios se encogieron en una imperceptible sonrisa al volverse y marchar hasta colocarse junto a Claudia.

Sólo una vez sus ojos se fijaron en ella y luego miraron derecho hacia delante. Ella se asomó fuera de la litera y le tocó el muslo levemente allí donde los músculos estaban tensos bajo el cuero, y entonces le ordenó a Bruto:

–Dígale que se vaya. Apesta. Está inmundo.

El rostro de Helena estaba rígido. Bruto volvió a encogerse de hombros. Y ordenó al soldado que volviera a las filas.

Librodot

VII

Villa Salaria tenía un nombre bastante irónico, que recordaba los tiempos en que gran parte de las tierras del sur de Roma eran pantanos salobres infectados de malaria. Pero esta sección hacía tiempo que había sido ganada a los pantanos, y el camino privado que arrancaba de la vía Apia y conducía a la propiedad había sido casi tan bien construido como la propia ruta principal. Antonio Cayo, dueño de la propiedad, estaba emparentado con Cayo y Helena por vía materna; y si bien su casa de campo no era tan primorosa como otras, por estar ubicada más bien cerca de la ciudad, seguía siendo una gran plantación por sus cabales y se destacaba como lugar digno de señalar dentro del latifundio.

Una vez que Cayo y las dos muchachas hubieron dejado la vía Apia, tuvieron que recorrer aún más de seis kilómetros de camino privado antes de llegar a la casa propiamente dicha. La diferencia se advertía de inmediato; cada palmo de tierra estaba primorosamente cuidado. Los árboles habían sido podados como si pertenecieran a un parque. Las laderas tenían terrazas y entre dichas terrazas había varios cultivos de vides que producían uvas del tamaño de un dedo, y que estaban comenzando a extender sus primeros brotes primaverales. Otros campos estaban plantados con cebada –costumbre que iba abandonándose poco a poco en la medida en que los pequeños terratenientes eran absorbidos por el latifundio– y en otros había interminables líneas de olivos. En todas partes el paisaje era hermoso, lo que únicamente podía lograrse mediante una provisión casi inagotable de trabajo esclavo, y nuevamente los tres jóvenes advirtieron pequeñas grutas bellas, musgosas, verdes y frescas, con diminutas réplicas de templos griegos en su interior, bancos de mármol, fuentes de transparente alabastro y senderos de piedra blanca que conducían a los vallecitos arbolados. Vista como era en ese momento en que la tarde comenzaba a refrescar mientras el sol se escondía tras las bajas colinas, la escena tenía un encanto de ensueño que hizo que Claudia, que no había estado allí antes, lanzara una y otra vez exclamaciones de deleite. Esto correspondía a la «nueva Claudia», y Cayo reflexionó sobre cómo una joven delicada, y más bien pictórica, pudo haberse transformado de ese modo bajo la influencia de los símbolos de castigo, tal como los llamaban los mejor pensados.

A esa hora del día, conducían el ganado hacia adentro y constantemente se oía el tintineo de los cencerros y el bucólico llamado de las trompetas de cuerno. Pastores de cabras, tracios y armenios, desnudos, salvo tiras de cuero en sus ijares, andaban por los bosques gritando a los dispersos animales y Cayo se preguntó quiénes tenían más apariencia humana, si las cabras o los esclavos. Reflexionaba ahora, como a menudo lo había hecho antes, sobre las riquezas de su tío. Por ley, estaba prohibido a las viejas y nobles familias todo tipo de transacciones comerciales, pero Antonio Cayo –como muchos de sus contemporáneos– encontró en la ley más un conveniente manto que una cadena. Se decía que era poseedor, por intermedio de gentes, de más de diez millones de sestercios colocados a interés, intereses que frecuentemente eran del ciento por ciento. También se decía que era dueño de intereses dominantes en catorce *quinqueremes* en el comercio egipcio y que poseía la mitad de una de las más ricas minas de plata de España. Aunque nadie, salvo los caballeros ocupaban los cargos de directores de las grandes compañías de capital social que habían nacido desde las guerras púnicas, los deseos de Antonio Cayo eran escrupulosamente satisfechos por esos directores.

Resultaba imposible decir cuan rico era, y aunque a Villa Salaria se la consideraba un lugar de buen gusto y belleza, con más de cuatro mil hectáreas de tierras y bosques comprendidos dentro de ella, no era en modo alguno la mayor ni la más espléndida del latifundio. Ni hacía Antonio Cayo el ostentoso despliegue de riqueza habitual por ese entonces en tantas familias nobles recién promovidas, prontas a apadrinar grandes exhibiciones de gladiadores o a servir mesas de indescriptible lujo y entretenimientos al estilo oriental. La mesa de Antonio era buena y abundante, pero no recibía la gracia de las pechugas de pavo, las lenguas de colibrí o

Librodot

los intestinos de ratas de Libia rellenos. Aún se fruncía el entrecejo ante ese tipo de comidas y los escándalos de la familia no eran objeto de ostentación. Antonio era un romano chapado a la antigua por su dignidad, y Cayo –que lo respetaba, pero que no gustaba particularmente de él– nunca se sintió totalmente a sus anchas en su presencia.

Parte de esa incomodidad era debida a la manera de ser de Antonio Cayo, que no era precisamente la persona más gastadora del mundo; pero la principal incomodidad se originaba en el hecho de que Cayo siempre sintió de parte de su tío una estimación de la diferencia entre lo que su sobrino era en realidad y lo que Antonio hubiera querido que fuera el joven romano. Cayo sospechaba que la leyenda de la virtuosa y austera juventud romana, dedicada a los deberes cívicos, que comenzaba siendo un valeroso soldado ascendiendo paso a paso hacia la oficialidad, desposaba luego a alguna proba doncella romana, descendiente de familia como la de los Gracos; que servía al estado desinteresadamente y bien, y que avanzaba de puesto en puesto para llegar finalmente a cónsul, reverenciado y honrado por la gente llana y simple, al igual que por los poseedores de títulos y riqueza, de moral y conceptos elevados, nunca fue menos real que en ese entonces; y el propio Cayo no tenía noticia de tales jóvenes romanos. Los jóvenes que rodeaban a Cayo en la vida social de Roma estaban interesados en muchas cosas; algunos se dedicaban a la conquista de un número astronómico de jovencitas; otros adquirían la enfermedad del dinero a tierna edad y, ya a los veinte años, se veían envueltos en numerosas transacciones comerciales de tipo ilegal; otros aprendían el oficio de guardaespaldas, encanallados en la sucia rutina del diario trabajo en los barrios, comprando y vendiendo votos, sobornando, conviniendo acomodos, haciendo de cómplices, aprendiendo desde el fondo mismo del oficio que sus padres practicaban con tanta habilidad; otros hacían carrera con las comidas, convirtiéndose en sagaces gourmets, y muy pocos ingresaban en el ejército, carrera que para los jóvenes se hacía cada día menos popular. De modo que Cayo, como miembro del grupo más numeroso, el que se dedicaba a la tediosa tarea de pasar los días lo más ociosa y placenteramente posible, que se consideraba a sí mismo como un inofensivo si no indispensable ciudadano de la Gran República, se sentía agraviado por la acusación insinuada que su tío Antonio tan frecuentemente expresaba. Para Cayo vivir y dejar vivir resumía una filosofía civilizada y viable.

Pensaba en ello mientras entraban a la vasta extensión de jardines y céspedes que rodeaba la residencia misma. Los grandes graneros, corrales y viviendas para los esclavos, que constituían la base industrial de la plantación, estaban separados de la residencia y ningún vestigio de su fealdad y fatigoso ajetreo podía en modo alguno perturbar la clásica serenidad de la mansión. La residencia en sí, una enorme casa cuadrada construida en torno a un patio y un estanque centrales, se alzaba en la base de una suave elevación. Pintada de blanco, con techos de tejas rojas, no era desagradable y la severidad de sus líneas sencillas estaba atenuada por el gusto con que habían sido dispuestos los altos cedros y álamos que la circundaban. El terreno estaba cubierto de jardines, que seguían el trazado de lo que se conocía como estilo jónico, con numerosos arbustos que se elevaban en formas no usuales, uniformes prados, glorietas de mármoles de colores, fuentes de alabastro para peces tropicales y numerosos ejemplares de la tradicional estatuaria destinada a los jardines, constituida por ninfas y dioses Pan y faunos y querubines. Antonio Cayo mantenía una oferta de compra permanente, a los precios más elevados de los mercados de Roma, donde se vendían los hábiles escultores y jardineros griegos; jamás escatimó gastos en este rubro, aunque se decía que personalmente no tenía gusto alguno y que se limitaba a seguir los consejos de su esposa, Julia. Cayo lo creía, ya que no careciendo él de gusto, no veía trazas de ello en su tío. Si bien había muchas otras residencias más espléndidas que Villa Salaria, algunas cual palacios de potentados orientales, Cayo reconocía que no había otra con mayor despliegue de buen gusto y mejor decoración. Claudia estaba de acuerdo con él. Mientras cruzaban la puerta de acceso y avanzaban por el camino de ladrillos que unía a la casa, Claudia dejó escapar una exclamación de sorpresa y dijo a Helena:

–¡Nunca soñé con nada igual! Parece sacado de un mito griego.

–Es un lugar muy agradable –convino Helena.

Las dos pequeñas hijas de Antonio Cayo los vieron primero y corrieron a través del césped a darles la bienvenida, seguidas con más tranquilidad por su madre, Julia, mujer de aspecto agradable, de tez trigueña, algo regordeta. Poco después salió de la casa Antonio, seguido por otros tres hombres. Era puntilloso en materia de comportamiento, tanto consigo como con los demás, y saludó a su sobrina y su sobrino y a su amiga con grave cortesía, pasando luego a presentar muy formalmente a sus huéspedes. Cayo conocía muy bien a dos de ellos, Léntelo Graco, un astuto y exitoso político de la ciudad, y Licinio Craso, el general que había ganado renombre durante la rebelión de los esclavos y que durante un año fue la comidilla de la ciudad. El tercer hombre del grupo resultó desconocido para Cayo; era más joven que los otros, pero no mucho mayor que Cayo, modesto, con la sutil modestia de quien no había nacido patricio; arrogante, con la menos sutil arrogancia del intelectual romano; calculador respecto a los recién llegados y moderadamente bien parecido. Se llamaba Marco Tulio Cicerón, y saludó con modesto retraimiento a Cayo y a las dos hermosas jóvenes que acababan de serle presentadas. Pero no pudo disimular su inquieta curiosidad y hasta Cayo, que no era la más perspicaz de las personas, comprendió que Cicerón los estaba examinando, sopesando, tratando de computar sus antecedentes, el monto de sus bienes familiares al igual que su influencia.

Claudia, entretanto, había decidido que Antonio Cayo era el más deseable de los elementos masculinos allí presentes, dueño de la imponente residencia y de las infinitas tierras. Teniendo solamente un concepto abstracto de la política y una noción más bien vaga de la guerra, no se sintió muy impresionada ni por Graco ni por Craso, y Cicerón no sólo era un desconocido –lo que equivalía a carecer de importancia para Claudia–, sino, evidentemente, formaba parte de esa clase de caballeros ávidos de dinero que le habían inculcado despreciar. Julia ya se había pegado a Cayo, uno de sus favoritos, ronroneando junto a él al igual que una enorme y desgarbada gatita, y Claudia hizo un perspicaz cálculo sobre Antonio, que Cayo nunca pudo hacer. Ella vio en aquel corpulento y musculoso terrateniente de nariz ganchuda un cúmulo de represiones y apetitos insatisfechos. Percibió el sentido recóndito de sensualidad en su puritanismo evidentemente postizo, y Claudia prefería a los hombres poderosos aunque fuesen impotentes. Antonio Cayo jamás sería indiscreto o fastidioso. Todo esto ella se lo hizo saber con una aparente e inquieta sonrisa.

El grupo estaba ya dentro de la casa. Cayo había desmontado y un esclavo egipcio se había llevado su caballo. Los lecticiarios, agotados por los kilómetros que habían andado, sudando, se acuclillaron al lado de sus cargas y tiritaron bajo el frescor del anochecer. Sus delgados cuerpos estaban rendidos, cual si fueran animales, y sus músculos se contraían bajo el dolor del agotamiento, como ocurre hasta con los animales. Nadie se fijó en ellos; nadie advirtió su presencia; nadie se ocupó de ellos. Los cinco hombres, las tres mujeres y las dos niñas entraron en la casa y no obstante los lecticiarios continuaron en cuclillas junto a las literas, esperando. Uno de ellos, un muchacho de no más de veinte años, comenzó a sollozar, más y más incontroladamente, pero los otros no le prestaron atención. Allí se quedaron por lo menos durante veinte minutos antes de que un esclavo fuera hacia ellos para conducirlos hasta la barraca donde recibirían alimento y albergue durante la noche.

Librodot

VIII

Cayo compartía su baño con Licinio Craso y se sintió aliviado al constatar que el gran hombre no era de la escuela de los que lo tomaban a él, Cayo, para que personalmente realizara todas las envejecidas cualidades de la juventud bien nacida de su tiempo. Encontró a Craso agradable y afable, y advirtió que tenía ese modo cautivador que consiste en solicitar la opinión de los demás, aunque se trate de personas sin mayor importancia. Se tendieron en el baño, chapoteando perezosamente en el agua, flotando para atrás y para adelante, gozando del agua tibia y perfumada, bien impregnada de sales aromáticas. El cuerpo de Craso estaba en forma; nada del vientre de la edad mediana, sino recio y neto, y él era juvenil y vivaz. Le preguntó a Cayo si habían llegado por el camino de Roma.

–Sí, en efecto, y mañana seguiremos hacia Capua.

–¿No les molestaron los símbolos de castigo?

–Teníamos mucha curiosidad por verlos –respondió Cayo–. Pero en realidad no nos molestaron demasiado. De vez en cuando había un cadáver despanzurrado por los pájaros, que resultaba poco agradable, especialmente si el viento soplaba en nuestra dirección, pero eso no podía impedirse, de modo que las muchachas corrieron las cortinas de sus literas. Sin embargo, usted sabe, se sintieron afectados y en algunos casos los lecticiarios se indispusieron.

–Supongo que advirtieron la identidad –dijo sonriendo el general.

–Es posible. ¿Usted cree que entre los esclavos hay ese tipo de sentimientos? Nuestros lecticiarios han nacido en establos en su mayor parte, y muchos de ellos han sido amansados a latigazos durante la infancia, en la escuela de Appio Mundelio, y si bien son fuertes, su condición no es superior a la de los animales. ¿Podrían ellos identificarse? Me resulta difícil creer que haya cualidades semejantes entre los esclavos. Pero usted debe de estar mejor informado. ¿Cree usted que todos los esclavos sintieron algo por Espartaco?

–Creo que la mayor parte de ellos.

–¿Realmente? Es como para intranquilizarse.

–De otro modo no hubiera sido partidario de este asunto de las crucifixiones –explicó Craso–. Es un derroche y no me gusta el derroche por el derroche mismo. Además, pienso que matar puede volverse contra quienes lo hacen... el exceso de matanza. Creo que a nosotros nos hace algo que más tarde puede dañarnos.

–¡Pero son esclavos! –protestó Cayo.

–¿Cómo es eso que tanto le gusta decir a Cicerón?... El esclavo es el *instrumentum vocale,* que se distingue de la bestia, el *instrumentum semi–vocale,* que se distingue de la herramienta común, que podríamos denominar el *instrumentum mutum.* Es una forma muy hábil de plantear la cuestión y estoy seguro de que Cicerón es un individuo muy inteligente, mas él no tuvo que luchar contra Espartaco. Ciceron no tuvo que calcular el potencial lógico de Espartaco porque no tuvo que pasar noches en vela, como yo, tratando de prever lo que Espartaco estaba pensando.

Cuando usted lucha contra ellos, descubre de pronto que los esclavos son algo más que *instrumenta vocalia.*

–¿Acaso usted lo conoció a él..., quiero decir personalmente?

–¿A él?

–Me refiero a Espartaco.

El general sonrió pensativamente.

–No, en realidad –manifestó–. Me hice mi propia imagen de él, uniendo esto y aquello, pero no conozco a nadie que lo haya conocido. ¿Cómo podía no conocerlo? Si usted tiene un perrito que de pronto ataca furiosamente y lo hace con mucha inteligencia, seguirá siendo un perrito, ¿no es así? Difícil de saber. Me hice mi propia imagen de Espartaco, pero no me atrevería a escribir una descripción suya. No creo que nadie pueda hacerlo. Los que podrían

haberlo hecho están colgados a lo largo de la vía Apia y el hombre mismo es ya como si hubiera sido un sueño. Nosotros lo reharemos ahora en su vieja condición de esclavo.

–Que es lo que era –dijo Cayo.

–Sí... sí, supongo que sí.

A Cayo le resultaba difícil continuar con el tema. No se trataba de que tuviera escasa experiencia de la guerra; la verdad era que ésta no le interesaba; y, sin embargo, la guerra era obligatoria para su casta, para su clase, para su condición de vida. ¿Qué pensaba Craso de él? ¿Serían sinceras su atención considerada y su cortesía? De todos modos la familia de Cayo no podía ser ignorada o negársele importancia, y Craso necesitaba amigos; porque, por irónico que parezca, el general que libró las más cruentas batallas de la historia romana obtuvo muy escasa gloria de ellas. Luchó contra esclavos y los derrotó... cuando esos esclavos casi habían derrotado a Roma. Todo el asunto constituía una curiosa contradicción, y la humildad de Craso bien podía haber sido real. Sobre Craso no podían tejerse leyendas ni canciones para cantar. La necesidad de olvidar esa guerra rebajó notablemente el alcance de sus victorias.

Salieron del baño y las esclavas que los esperaban los recibieron con toallas calientes. Más de un lugar con más ostentación que la residencia de Antonio Cayo no podría haber sido mejor en anticipar y satisfacer los menores deseos de sus huéspedes. Cayo pensó en eso mientras lo secaban. En los viejos tiempos, según le habían contado, existió un mundo lleno de pequeños principados y diminutos reinos y ducados, pero pocos de ellos pudieron haber vivido y atendido en el estilo en que lo hacía Antonio Cayo, terrateniente no del todo poderoso o importante y ciudadano de la República. Dijeran lo que dijeran, la manera de vivir romana era un reflejo de los mejor dotados y más capaces de gobernar.

–Nunca me he podido acostumbrar a ser vestido y tocado por mujeres –dijo Craso–. ¿A usted le gusta?

–Nunca he prestado mucha atención al asunto –respondió Cayo.

Lo cual no era enteramente cierto, ya que el joven encontraba un indudable placer y cierta excitación en ser tocado por esclavas. Su propio padre no lo permitía y en ciertos círculos se lo criticaba; pero en los últimos cinco o seis años la actitud hacia los esclavos había cambiado considerablemente, y Cayo, al igual que tantos de sus amigos, los había despojado de la mayoría de los elementos Romanos. Era una manera muy sutil de condicionar la cosas, en ese momento no sabía en realidad qué aspecto tenían las tres mujeres que los estaban atendiendo y, si de pronto se lo hubieran preguntado, no habría podido describirlas. La pregunta del general hizo que las observara.

Pertenecían a alguna tribu o lugar de Hispania, jóvenes, de esqueleto menudo, no mal parecidas en su modo suave y silencioso. Descalzas, vestían túnicas cortas y lisas, y sus ropas estaban humedecidas por el vapor de agua del baño y salpicadas de manchas de transpiración, a causa del esfuerzo que realizaban. Lo excitaban un poco, solamente a consecuencia de su propia desnudez, pero Craso atrajo hacia sí a una de ellas, la manoseó bobaliconamente y le sonrió, mientras ella se retorcía servilmente, pero sin ofrecer resistencia.

Aquello desconcertó enormemente a Cayo; sintió un súbito menosprecio por aquel gran general que manoseaba a una muchacha de casa de baños; no quiso mirar. Le pareció algo pequeño y sucio, que restaba dignidad a Craso, y Cayo pensó además que, cuando Craso lo recordara más adelante, se volvería también contra él, por haber estado presente.

Se dirigió a la mesa de masajes y se tendió y poco después se le acercó Craso.

–Hermosa cosita –comentó Craso. Y Cayo se preguntó si aquel hombre era completamente idiota en cuestión de mujeres. Pero Craso no estaba perturbado.

–Espartaco –dijo, retomando el hilo de la conversación anterior– era tan enigmático para mí como lo es para usted. Nunca lo vi... pese a los endemoniados bailes a que me condujo.

–¿Así que usted nunca lo vio?

–Nunca, pero eso no significa en absoluto que no lo conociera. Pieza por pieza lo compuse. Me gusta eso. Otra gente compone música o arte. Yo compuse un retrato de Espartaco.

Craso se extendió complacido bajo los hábiles dedos de la masajista. Una de las mujeres tenía un pequeño recipiente con aceite perfumado, del que dejaba caer ruidosa y constantemente el lubricante necesario bajo los dedos de la masajista, quien iba venciendo la tensión de un músculo tras otro. Craso se retorcía cual un enorme gato a quien le acariciaran el lomo, suspirando de placer.

–¿Qué aspecto tenía... su retrato? –preguntó Cayo.

–A menudo me pregunto qué idea tendría él de mí –dijo Craso con una mueca–. Al final vino a buscarme. Al menos eso dicen. No podría jurar haberlo oído, pero aseguran que gritaba: «¡Craso, espérame, bastardo!» o algo por el estilo. No se hallaba a más de cuarenta o cincuenta metros de distancia, y empezó a abrirse paso a hachazos en dirección a mí. Fue algo asombroso. No era un hombre muy grande... tampoco muy fuerte, pero estaba poseído por la furia. Ésa es la palabra, precisamente. Cuando luchaba con sus propios brazos, era algo así, una furia, una cólera. Y, en efecto, se abrió paso hasta medio camino de donde yo estaba. En esa desenfrenada carrera final debe de haber dado muerte por lo menos a diez o doce hombres y no se detuvo hasta que lo destrozaron.

–¿De modo que es verdad que nunca fue hallado su cuerpo? –preguntó Cayo.

–Así es. Lo cortaron en pedazos, y no quedó nada de él. ¿Usted sabe lo que es un campo de batalla? Allí hay carne y sangre y resulta muy difícil decir de quién es esa carne y de quién esa sangre. Así que se fue por donde vino, de la nada hacia la nada, del circo al puesto del carnicero. Vivimos por la espada y morimos por la espada. Así fue Espartaco. Yo lo saludo.

Lo que había contado el general le hizo recordar a Cayo la conversación que había tenido con el fabricante de salchichas, y estuvo a punto de formular la pregunta pertinente, pero en cambio inquirió:

–¿No lo odia?

–¿Por qué? Fue un buen soldado y un condenado y sucio esclavo. ¿Qué es lo que debería yo odiar en particular? Él está muerto y yo estoy vivo. A mí me gusta eso –dijo mientras se retorcía de agrado bajo los dedos de la masajista, pero dando por sentado que sus palabras eran algo aparte de ella y más allá de ella–, pero mi experiencia es limitada. Usted no pensaría lo mismo, seguramente, pero su generación mira las cosas de forma distinta. No hablo de porquerías, sino de refinamientos, como éste. ¿Hasta dónde puede uno llegar, Cayo?

Al principio el joven no se dio cuenta de qué estaba hablando el general y se le quedó mirando con curiosidad. Los músculos de la nuca de Craso evidenciaban su vehemencia y todo su cuerpo se veía poseído por la pasión. Cayo se turbó y sintió un poco de miedo; hubiera querido salir rápidamente de la habitación, pero no había modo de hacerlo con decoro; y no porque le importara qué era lo que iba a ocurrir sino porque estaba dispuesto a estarse allí para verlo ocurrir.

–Puede preguntarle a ella–dijo Cayo.

–¿Preguntarle a ella? ¿Se imagina que este animalejo habla latín?

–Todos hablan un poco.

–¿Sugiere que le pregunte directamente?

–¿Por qué no? –repuso entre dientes Cayo y, a continuación, se volvió boca abajo y cerró los ojos.

Librodot

IX

Mientras Cayo y Craso se hallaban en el baño, y mientras las últimas horas previas a la puesta del sol derramaban su halo dorado sobre los campos y jardines de Villa Salaria, Antonio Cayo llevó a la amiga de su sobrina a caminar por los campos en dirección a la pista de equitación. Antonio Cayo no se permitía aquellos ostentosos despliegues como, por ejemplo, una carrera de caballos privada o un circo propio para los juegos. Tenía una teoría particular de que para sobrevivir en la posesión de riqueza había que usarla discretamente y carecía en absoluto de la inseguridad social que exige un llamativo exhibicionismo, como ocurría comúnmente con la nueva clase de los hombres de negocios que estaba surgiendo en la República. Pero, al igual que sus amigos, Antonio Cayo gustaba de los caballos y pagaba elevadas sumas de dinero por animales de buen pedigrí y gozaba enormemente en sus caballerizas. Por aquel entonces el precio de un buen caballo era por lo menos cinco veces superior al precio de un buen esclavo, pero el motivo era que a veces hacían falta cinco esclavos para cuidar adecuadamente un caballo de carreras. El caballo corrió, saltó una cerca y después se tendió sobre un amplio prado. Las caballerizas y los corrales se encontraban en un extremo y a poca distancia de allí había una cómoda galería de piedra con capacidad para más de cincuenta personas, desde donde se dominaban el estadio y un amplio corral.

Al acercarse a las caballerizas oyeron el relincho imperioso de un potro, nota de insistencia y anhelo desconocida para Claudia, emocionante pero terrible.

–¿Qué es eso? –preguntó a Antonio Cayo.

–Un potro excitado. Lo compré en el mercado hace apenas dos semanas. Sangre tracia, de gran osamenta, salvaje, pero es una belleza. ¿Le gustaría verlo?

Caminaron hasta el establo y Antonio ordenó al capataz, un esclavo egipcio pequeño, encogido e indeciso, que lo llevara al gran corral de exhibición. Luego fueron a sentarse en la galería, donde otros esclavos habían dispuesto para ellos un nido de almohadones. Claudia no dejó de advertir el buen adiestramiento y la diligencia de los esclavos de Antonio Cayo, y cómo se anticipaban a cualquier deseo de éste a la menor indicación. Ella había crecido entre esclavos y conocía perfectamente las dificultades que podían originar. Cuando se lo hizo notar a él, éste dijo:

–Yo no azoto a mis esclavos. Cuando hay dificultades, mato a uno. Eso impone disciplina, pero en cambio no los desmoraliza.

–A mí me parece que tienen excelente ánimo –asintió Claudia.

–No es fácil tratar a los esclavos y los caballos. Es mucho más fácil tratar a los hombres.

Llevaron el potro al corral. Era un enorme animal de color rubio, ojos sanguinolentos y boca rebosante de espuma. Le habían puesto freno, pero aun así a los dos esclavos que lo llevaban de las riendas les resultaba difícil impedir que se encabritara y hocicara. Tironeó durante todo el trayecto hasta el centro del corral y, una vez que los esclavos lo dejaron en libertad y corrieron a ponerse a salvo, lanzó contra ellos tremendas coces. Claudia rió y aplaudió con entusiasmo.

–¡Es espléndido, espléndido! –exclamó–. Pero ¿por qué está en ese estado, tan furioso?

–¿No se da cuenta?

–Me imaginé que debía rebosar amor, no odio.

–Ambos sentimientos se mezclan. Nos odia a nosotros porque le impedimos hacer lo que quiere. ¿Le gustaría verlo?

Claudia asintió. Antonio dirigió unas pocas palabras a los esclavos, que se mantenían a poca distancia de él, y corrieron en dirección a las caballerizas. La yegua era de color castaño obscuro; estaba nerviosa e indecisa. Galopó a través del corral y el potro relinchó y dio un volteo para cortarle el paso. Pero Antonio Cayo no miraba a la yegua; sus ojos estaban fijos en Claudia, absorta en la contemplación de la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Librodot

X

Terminado el baño, afeitado, perfumado, con el cabello ligeramente aceitado y delicadamente rizado, con frescas ropas para la cena, Cayo se dirigió a la glorieta de enredaderas para beber una copa de vino antes de que llamaran a la mesa. La glorieta de Villa Salaria era una combinación de azulejos fenicios de color rosado con techo de vidrio delicadamente amarillento pálido. A esa hora del día, el resultado era un agradable halo de penumbra que transformaba los obscuros helechos y las plantas tropicales de grandes hojas en una fantasía de formas. Cuando Cayo entró Julia ya estaba allí, sentada en un banco de alabastro, con una de sus niñitas a cada lado, favorecida y satisfecha por la tenue luz del lugar. Sentada como estaba, con su larga túnica blanca, el cabello peinado con gusto hacia arriba, un brazo en torno a cada una de las criaturas, constituía el perfecto retrato de la matrona romana, gentil, tranquila y digna; y si no hubiera resultado tan evidente e infantil la pose que había adoptado, con toda seguridad que a Cayo le habría hecho recordar cada una de las pinturas de la madre de los Gracos que había visto. Reprimió el impulso de aplaudir o de decir: «¡Bravo, Julia!». Era muy fácil destruir a Julia, ya que sus afectaciones eran siempre patéticas, pero nunca hostiles.

–Buenas tardes, Cayo –dijo ella sonriente, con una agradable combinación de simulada sorpresa y de real agrado.

–No sabía que estabas aquí, Julia –se disculpó él.

–Al contrario; quédate. Quédate y deja que te sirva una copa de vino.

–Encantado –convino Cayo, y cuando ella indicó a las niñas que se fueran, protestó diciendo–: Déjalas, si quieren quedarse...

–Es que ya es hora de que les sirvan la cena –dijo. Y cuando las niñas se hubieron ido, agregó–: Ven y siéntate a mi lado, Cayo. Siéntate junto a mí, Cayo.

Él se sentó y ella sirvió vino para ambos. Chocó su copa con la de él y bebió mirándolo a los ojos.

–Eres demasiado guapo para ser bueno, Cayo.

–No tengo deseo alguno de ser bueno, Julia.

–¿Qué es lo que deseas, Cayo, si es que algo deseas?

–Placer –respondió él con franqueza.

–Y joven como eres te resulta cada vez más difícil, ¿verdad, Cayo?

–¿En verdad, Julia, tengo un aspecto particularmente triste?

–O particularmente feliz.

–El papel de virgen vestal, Julia, no sienta bien.

–Eres mucho más inteligente que yo, Cayo. Yo no puedo ser tan cruel como tú.

–No quiero ser cruel, Julia.

–¿Querrías besarme y probarlo?

–¿Aquí?

–Antonio no vendrá. En este preciso momento está dándole satisfacción a su nuevo potro, para edificación de esa rubita que trajiste.

–¿Qué? ¿Para Claudia? Oh, no... no. –Cayo comenzó a reírse para sus adentros.

–Qué malévolo eres. ¿Vas a besarme?

Él la besó suavemente en los labios.

–¿Eso es todo? ¿Quieres... esta noche, Cayo?

–En realidad, Julia...

–No me digas que no a mí, Cayo –lo interrumpió ella–. No, por favor. De todos modos esta noche no tendrás a tu Claudia. Conozco a mi marido.

–Ella no es mi Claudia y tampoco la quiero para esta noche.

–Entonces...

–Está bien –dijo él–, está bien, Julia. No hablemos de eso ahora.

Librodot

–Tú no quieres...

–No se trata de si quiero o si no quiero, Julia. Simplemente, no deseo seguir hablando de eso ahora.

Librodot

XI

La comida de la noche en Villa Salaria demostró, como ya lo habían hecho otras costumbres de la casa, cierta resistencia a cambios ya comunes en la cosmopolita Roma. De parte de Antonio Cayo se trataba menos de un conservadurismo inculcado que de un deseo de diferenciarse de la nueva clase de los ricos mercaderes, enriquecidos a costa de las guerras y a través de la piratería, la minería y el comercio, y que adoptaban con avidez cualquier innovación que proviniera de Grecia o Egipto. En lo que se refería a las comidas, Antonio Cayo no podía gozar de una cena recostado en un canapé; le hacía difícil la digestión y los pequeños bocados de delicadezas dulces y saladas, que estaban tan de moda, lo distraían de la verdadera comida. Sus huéspedes se sentaban a la mesa y comían en la mesa, y mientras les obsequiaba con caza y aves de corral, con sabroso asado y exquisitos pasteles, con las mejores sopas y las frutas más suculentas, no había allí en cambio nada de deliciosas mezcolanzas, como las que se servían en las mesas de tantos nobles romanos. Tampoco alentaba el baile o la música durante las comidas; sus comidas consistían básicamente en buenos alimentos, buenos vinos y buena conversación. Tanto su padre como su abuelo habían sabido leer y escribir con soltura; él mismo se consideraba un hombre educado, y mientras su abuelo había salido a trabajar a los campos junto a sus esclavos, Antonio Cayo manejaba su vasto latifundio en forma muy parecida a la que debía de haber empleado un príncipe oriental de tono menor en el gobierno de su pequeño imperio. No obstante, le gustaba imaginarse a sí mismo como un esclarecido gobernante, bien versado en historia griega, filosofía y drama, a la par que como persona de actividad política. Sus huéspedes reflejaban sus gustos, y cuando se reclinaban en sus asientos, después de las comidas, bebiendo vinos de postre –las mujeres momentáneamente en la glorieta–, Cayo reconocía en ellos la flor y nata que había forjado la grandeza de Roma y que gobernaba la urbe con tanta tenacidad y capacidad.

Cayo reconocía más que admitía tal hecho, y él mismo no albergaba ambiciones en ese sentido. Para ellos él carecía de valor y no era de mayor importancia, ya que lo consideraban solamente como un joven inútil de buena familia sin más talento que el de saber comer y vestir, lo que en cierta medida era una nueva tendencia, un producto no conocido que se remontaba tan sólo a un par de generaciones atrás. Y sin embargo no carecía de importancia; tenía envidiables conexiones familiares y, cuando muriera su padre, heredaría una gran fortuna, y no era de descartar la posibilidad de que, por algún golpe de buena suerte, se convirtiera en una persona de importancia política. Así pues, Cayo era algo más que tolerado y se le trataba un poco mejor que a un perfumado joven petimetre bien parecido, con cabello aceitado y escaso cerebro. Y Cayo les temía. Había algo enfermizo en ellos, pero no por ello parecían más débiles. Allí estaban sentados, después de haber ingerido sabrosas comidas y vinos generosos, y aquellos que habían desafiado su poder pendían de los crucifijos a lo largo de kilómetros y kilómetros en la vía Apia. Espartaco era carne, simple carne, como la carne de la mesa de trabajo del carnicero; ni siquiera en cantidad suficiente para el crucifijo. Pero nadie llegaría nunca a crucificar a Antonio Cayo, sentado allí tan tranquilo y seguro a la cabecera de la mesa, hablando de caballos, estableciendo el hecho extremadamente lógico de que mejor era enjaezar dos esclavos a un arado que un caballo, ya que jamás caballo alguno aguantaría ni la mitad del tratamiento que se dispensaba a un esclavo.

Una leve sonrisa iluminó el rostro de Cicerón mientras escuchaba. Cicerón inquietaba a Cayo más que los otros. ¿Cómo podía alguien gustar de Cicerón? ¿Acaso hubiera querido él tal cosa? En una oportunidad Cicerón lo había mirado, como diciendo: «Oh, te conozco, muchacho. Del fondo a la superficie, de arriba abajo, por dentro y por fuera». Y se preguntaba si los otros temían a Cicerón, para terminar deseando estar lejos de él y que Dios lo condenara al infierno. Craso escuchaba con urbano interés. Craso tenía que ser cortés. Era el prototipo del militar romano, erecto, de rostro cuadrado, firme, de rasgos duros, piel bronceada, sedosos cabellos negros... y Cayo pensó en él, cuando estaba en el baño, y dio un respingo. ¿Cómo

Librodot

pudo hacer eso? Del otro lado de la mesa, frente a Cayo, estaba sentado el político, Graco, un hombre enorme con voz tonante, la cabeza hundida en un collar de grasa, las manos grandes, regordetas, infladas, casi todos los dedos cubiertos con anillos. Replicaba con las respuestas profundas, condicionadas, del político profesional; su risa era una risa amplia; cuando aprobaba, aprobaba con decisión, bien que cuando desaprobaba lo hacía condicionadamente. Sus declaraciones eran pomposas, pero nunca necias.

–Por supuesto que usted tendrá mejores resultados con esclavos en el arado –observó Cicerón, después de que Graco hubiera manifestado cierta incredulidad–. La bestia que puede pensar es mucho más deseable que la bestia que no puede pensar. Eso es razonable. Además, el caballo es un objeto de valor. No hay tribus de caballos contra las cuales podamos hacer la guerra y traernos de regreso ciento cincuenta mil con destino a la subasta pública. Y si usted usa caballos, los esclavos los arruinarán.

–No me parece que sea así –dijo Graco. –Pregúntele a su huésped.

–Es verdad –asintió Antonio–. Los esclavos matarían a un caballo. No sienten respeto por nada que pertenezca a sus amos... excepto ellos mismos.

Llenó otro vaso de vino y preguntó:

–¿Es que vamos a hablar de los esclavos?

–¿Por qué no? –reflexionó Cicerón–. Siempre están con nosotros y nosotros somos el único producto de los esclavos y de la esclavitud. Eso es lo que hace de nosotros romanos, si es que hemos de ir directos al grano. Nuestro huésped vive en esta gran finca rústica (por lo que le envidio) gracias a un millar de esclavos. Toda Roma habla de Craso, debido al levantamiento de esclavos que sofocó, y Graco percibe ingresos del mercado de esclavos, ubicado en un barrio del que es amo y señor, que no me atrevo a calcular. Y este joven –agregó inclinándose y sonriendo a Cayo–, este joven es, sospecho, el producto único de los esclavos aun en medida mayor, ya que estoy seguro de que lo criaron, le dieron de comer, lo transportaron en sus salidas y lo educaron y...

Cayo se sonrojó, pero Graco estalló en risas y luego exclamó:

–¿Y usted, Cicerón?

–Para mí ellos constituyen un problema. Para vivir decentemente en Roma en estos días se necesitan por lo menos diez esclavos. Y comprarlos, alimentarlos, darles alojamiento... Bueno, ahí está mi problema.

Graco continuó riendo, pero Craso dijo: –No puedo aceptar con usted que los esclavos sean un factor determinante en lo que lleguemos a ser nosotros los romanos.

La retumbante risa de Graco continuó. Bebió un largo sorbo de vino y pasó a contar la historia de una muchacha esclava que había comprado en el mercado el mes anterior. Se hallaba algo bebido, su rostro estaba enrojecido, y la risa ahogada salía con ruido sordo de su enorme barriga espaciando sus palabras. Hizo una descripción muy detallada de la muchacha que había comprado. Cayo encontró el relato vulgar y sin sentido, pero Antonio aprobó gravemente y Craso se entusiasmó por la descripción tan materialista que hacía el gordo. Cicerón, durante el relato, sonrió fina y reflexivamente.

–Pero yo insisto en la declaración de Cicerón –dijo Craso, empecinado.

–¿Lo he ofendido? –preguntó Cicerón.

–Nadie ha sido ofendido aquí –repuso Antonio–. Estamos en compañía de gente civilizada.

–No... ofensa, no... Usted me confunde –dijo Craso.

–Es extraño –convino Cicerón– que cuando la evidencia de las cosas nos rodea, nos resistimos sin embargo a la lógica de sus partes componentes. Los griegos son diferentes. La lógica tiene para ellos un irresistible atractivo, independientemente de las consecuencias; pero nuestra virtud es la obstinación. Pero miren alrededor –uno de los esclavos a cargo de la atención de la mesa reemplazó los recipientes vacíos por otros llenos, y otro ofreció frutas y nueces a los hombres–, ¿cuál es la esencia de nuestras vidas? No somos simplemente un pueblo cualquiera; somos el pueblo romano, y lo somos precisamente por haber sido los primeros en comprender plenamente el uso del esclavo.

Librodot

–Pero antes de que existiera Roma ya había esclavos –objetó Antonio.

–En efecto, los había; unos pocos aquí, unos pocos allá. Es verdad que los griegos tenían plantaciones... y también las había en Cartago. Pero nosotros destruimos Grecia y nosotros destruimos Cartago, para dar lugar a nuestras propias plantaciones. Y las plantaciones y los esclavos son una y la misma cosa. Allí donde los otros pueblos tenían un esclavo, nosotros tenemos veinte... y ahora nosotros vivimos en una tierra de esclavos, y nuestra más grande realización es Espartaco. ¿Qué le parece eso, Craso? Usted tuvo trato íntimo con Espartaco. ¿Alguna otra nación que no fuera Roma podría haberlo engendrado?

–¿Acaso nosotros engendramos a Espartaco? –se preguntó Craso. El general estaba confundido. Cayó pensó que, fueran cuales fueran las circunstancias, el pensar profundamente le aburría... y mucho más cuando se enfrentaba con una mente como la de Cicerón. En realidad, no había entre ellos terreno en común para encontrarse–. Yo pienso –prosiguió Craso– que fue el infierno lo que engendró a Espartaco. –Difícilmente.

Sin dejarse impresionar, Graco gruñó confortablemente, bebió vino y, como pidiendo disculpas, observó a Cicerón que, siendo un buen romano, era un pobre filósofo. De todos modos, allí estaba Roma y allí estaban los esclavos, ¿y qué era lo que Cicerón proponía?

–Que lo comprendan –respondió Cicerón.

–¿Por qué? –inquirió Antonio Cayo.

–Porque de otro modo los esclavos nos destruirán a nosotros.

Craso rió y miró a Cayó al hacerlo. Fue ése el primer lazo de simpatía tendido entre ellos, y el joven sintió que un escalofrío de excitación le corrió por la espina dorsal. Craso estaba bebiendo abundantemente, pero cuando Cayo tuvo aquella sensación, no sintió deseos de beber.

–¿Vino usted por la carretera? –preguntó Craso.

Cicerón movió la cabeza; nunca resultaba fácil convencer a un militar de que no todos los asuntos se decidían por el uso de la fuerza.

–No hablo de la simple lógica de un puesto de carnicería. Es un proceso. Aquí, en las tierras de nuestro buen huésped, hubo una vez por lo menos tres mil familias de campesinos. Si considera cada familia a razón de cinco personas, eso hace quince mil personas. Y esos campesinos eran muy buenos soldados. ¿Qué me dice de eso, Craso?

–Eran buenos soldados. Me gustaría que hubiera más como ellos por aquí.

–Y buenos agricultores –prosiguió Cicerón–. No para cuidar prados y jardines, sino para cultivar la cebada. Simplemente cebada... pero los soldados romanos marchan sostenidos por la cebada. ¿Acaso una sola hectárea de su tierra produce tanta cebada, Antonio, como la que los campesinos obtenían de ella?

–Ni la cuarta parte –admitió Antonio Cayo.

Aquello se había vuelto excesivamente pesado y aburrido para Cayo. Al compás de sus imágenes interiores su rostro se acaloró y ruborizó. La excitación lo poseyó e imaginó que cuando un soldado entraba en batalla debía de sentir lo mismo que él. Apenas si escuchaba ya a Cicerón. Continuó observando a Craso, preguntándose por qué Cicerón persistía en tan tedioso tema.

–¿Y por qué?... ¿Por qué? –preguntaba Cicerón–. ¿Por qué sus esclavos no pueden producir? La respuesta es muy sencilla.

–Porque no quieren –dijo categóricamente Antonio. –Precisamente... no quieren. ¿Por qué habrían de querer? Cuando se trabaja para un amo, lo único logrado es inutilizar el trabajo. De nada vale afilar sus arados, porque los mellarán inmediatamente. Rompen las guadañas, destrozan los mayales y el derroche se convierte en un principio para ellos. Tal es el monstruo que hemos creado para nosotros mismos. Aquí, en cuarenta mil hectáreas, antes vivían quince mil personas, y ahora hay mil esclavos y la familia de Antonio Cayo, y los campesinos padecen hambre en las barriadas y callejuelas de Roma. Tenemos que comprender esto. Fue muy sencillo, cuando el campesino volvió de la guerra y sus tierras estaban cubiertas por la maleza y su mujer se había acostado con algún otro y sus hijos no lo reconocían, darle un

Librodot

puñado de monedas de plata por sus tierras y dejarlo ir a Roma a vivir en las calles. Pero el resultado es que nosotros vivimos ahora en una tierra de esclavos, y ésta es la base de nuestras vidas y el sentido de nuestras vidas... y toda la cuestión de nuestra libertad, de la libertad humana, de la República y del futuro de la civilización, será determinado por nuestra actitud hacia ellos. Ellos no son humanos; tenemos que comprender esto y dejar de lado el insensato sentimentalismo de los griegos en sus charlas sobre la igualdad de todos cuantos caminan y hablan. El esclavo es el *instrumentum vocale.* Seis mil herramientas de esa clase se alinean a lo largo del camino. ¡No es un derroche, sino una necesidad! Estoy harto de oír hablar de Espartaco, de su valor... sí, de su nobleza. ¡No hay valor ni hay nobleza en un perro vil que de repente lanza una dentellada al talón de su amo!

La frialdad de Cicerón no había desaparecido; por el contrario, se había transparentado en una palidez iracunda, igualmente fría, pero que había transfigurado a quienes le escuchaban, convirtiéndose él en amo de ellos, de modo que lo miraban en una actitud en que se mezclaban, a partes iguales, el encantamiento y el temor.

Únicamente entre los esclavos que andaban en torno a la mesa, sirviendo frutas, nueces y dulces, reponiendo el vino, no hubo reacción. Cayo lo advirtió, ya que ahora estaba totalmente sensibilizado y el mundo era diferente para él, criatura de excitaciones y reacciones. Vio cuan inalterables habían quedado los rostros de los esclavos, cuan estáticas eran sus expresiones, cuan letárgicos sus movimientos. Era verdad entonces lo que había dicho Cicerón, que no bastaba el hecho de que andarán y hablaran para que fueran seres humanos. No supo por qué aquello le había resultado reconfortante, pero así fue.

Librodot

XII

Cayo se disculpó mientras ellos seguían bebiendo y hablando. Se le contraía el estómago y sintió que se volvería loco si hubiera de continuar sentado allí y seguir escuchando el mismo tema. Se excusó con el pretexto de la fatiga del viaje, pero una vez que hubo salido del comedor sintió una imperiosa necesidad de respirar aire fresco, y por la entrada posterior de la casa, que le daba acceso, se encaminó hacia la terraza, íntegramente construida en mármol, salvo en el centro, donde había una fuente de agua. En el centro de la fuente una ninfa rosa emergía de un racimo de serpientes. De la concha marina que aquéllas sujetaban surgía un chorro de agua que se diluía y brillaba a la luz de la luna. Aquí y allí, en la terraza, había bancos de alabastro y verde piedra volcánica, artísticamente dotados de una atmósfera de intimidad gracias a los cipreses, plantados en grandes jarrones labrados en lava negra. La terraza, que se extendía a todo lo ancho de la enorme casa y que se adelantaba unos quince metros de ella, estaba circundada por una baranda de mármol, salvo en el centro, donde una serie de amplios escalones blancos conducía a los jardines más rústicos de la parte de abajo. Era típico de Antonio Cayo el ocultar así aquella excesiva exhibición de opulencia detrás de su casa, y Cayo estaba tan acostumbrado a ese derroche en piedra y piedra labrada, que apenas si echó una mirada a los detalles del lugar. Es posible que Cicerón hubiera observado el genio de un pueblo manifestado en el uso de la piedra y la afectación que emana de una decoración incidental en términos de eternidad; pero esa idea nunca se le ocurrió a Cayo.

Aun en el curso normal de las cosas, muy pocas ideas se le ocurrían que no le fueran sugeridas por otros, y por lo general se relacionaban con la comida y el sexo. No es que Cayo careciera de imaginación o fuera estúpido; la verdad es que su papel en la vida nunca le exigía imaginación ni pensamientos originales y el único problema que se le planteaba por el momento era el de comprender totalmente la mirada que le había dirigido Craso antes de salir del comedor. Estaba pensando en eso mientras miraba las colinas bañadas de luz lunar de la finca cuando una voz le interrumpió.

–¿Cayo?

Julia era la última persona con la cual hubiera querido verse a solas en aquella terraza.

–Me alegro de haber venido aquí afuera, Cayo.

Él se encogió de hombros sin responder y ella se encaminó hacia él, puso una mano en cada uno de sus brazos y lo miró a la cara.

–Sé amable conmigo, Cayo –le dijo.

«Por qué no parará de babear y lloriquear», pensó él.

–Lo que tú das es tan insignificante, te cuesta tan poco, Cayo. Y a mí me cuesta tanto pedírtelo. ¿No comprendes eso?

Él dijo:

–Estoy muy fatigado, Julia, y quiero irme a la cama.

–Me imagino que me lo merezco –murmuró ella.

–Por favor, no te lo tomes así, Julia.

–¿Cómo quieres que me lo tome?

–Estoy fatigado... eso es todo.

–Eso no es todo, Cayo. Te miro, me pregunto lo que eres y me odio a mí misma. Eres tan guapo... y además tan corrupto...

No la interrumpió. «Que diga lo que quiera.» Así se vería libre de ella más pronto.

Ella prosiguió:

–No..., no más corrupto que cualquier otro, supongo. Sólo contigo se me ocurre expresarlo. Pero todos estamos corrompidos, todos estamos enfermos, llenos de muerte, bolsas de muerte.... Estamos enamorados de la muerte. ¿Acaso no lo estás tú, Cayo, y no fue por eso por lo que viniste por el camino para poder ver los símbolos de castigo? ¡Castigo! Lo hacemos porque nos gusta... la forma en que tú haces las cosas que haces, porque te gusta hacerlas.

¿Sabes cuan hermoso eres aquí, a la luz de la luna? El joven romano, la crema del mundo entero en su mayor resplandor de belleza y juventud... y no tienes tiempo para una mujer. Soy tan corrupta como tú, Cayo, pero yo te odio tanto como te amo. Quisiera que estuvieras muerto. ¡Quisiera que alguien te matara y te cortara esa miserable cabecita que tienes!

Hubo luego un prolongado silencio, y después Cayo preguntó con calma:

–¿Eso es todo, Julia?

–No... no, no es todo, Cayo. También yo quisiera estar muerta.

–Ambos deseos pueden ser satisfechos –replicó Cayo.

–¡Qué despreciable eres...!

–Buenas noches, Julia –dijo Cayo secamente, y salió de la terraza.

Su determinación de no enfadarse había sido quebrantada por la irritación que le produjeron los insensatos arranques de su tía. Si ella hubiera tenido el menor sentido de la proporción, habría podido ver el ridículo espectáculo que proporcionaba con sus baboseos de sentimentalismo barato. Pero Julia nunca había tenido ese sentido y no era de extrañar que Antonio la encontrara exasperante.

Cayo fue directamente a su habitación. Había una lámpara encendida y dos esclavos estaban a la expectativa, jóvenes egipcios a los que Antonio proporcionaba un trato de favor dándoles trabajo de domésticos. Cayo los despidió. Luego se desvistió, agitado y tembloroso. Se friccionó todo con un suave perfume, empolvó partes de su cuerpo, se puso una túnica de lino, apagó la lámpara y se tendió sobre el lecho. Cuando sus ojos se acostumbraron a la obscuridad pudo distinguir bastante bien, ya que por la ventana abierta entraba un amplio haz de luz lunar. La habitación era agradablemente fresca, inundada por la fragancia de los perfumes y las emanaciones de los arbustos del jardín.

No habrían transcurrido más que unos cuantos minutos, pero a Cayo le pareció que hacía horas que estaba allí recostado, esperando. Entonces se oyó un suave golpe en la puerta.

–Adelante –dijo Cayo.

Craso entró, cerrando tras sí la puerta. El gran general nunca tuvo un aspecto más masculino que en ese momento, de pie allí, sonriendo al joven que lo esperaba.

Librodot

XIII

El rayo de luna había cambiado de posición y Cayo estaba fatigado y satisfecho, y sensual como un gato desperezado... que era la imagen que él mismo evocaba para sí, mientras decía a propósito de nada en particular:

–Odio a Cicerón.

Craso era paternal, encantado de sí mismo, y suave, y le preguntó:

–¿Por qué odias a Cicerón... al justo Cicerón? Cicerón, el justo. Sí, ¿por qué lo odias?

–No sé por qué lo odio. ¿Es que debo saber por qué odio a cierta gente? A algunos los amo, a otros los odio.

–¿Sabías que había sido por insinuación de Cicerón (no solamente suya, pero en gran parte) que se decidió hacer símbolos de castigo con los seis crucificados de la vía Apia? ¿Por eso es por lo que lo odias?

–No.

–¿Qué sentiste cuando viste los crucifijos? –preguntó el general.

–En algunos momentos me sentí excitado, pero en general no. Las muchachas se excitaron más que yo.

–¿Sí?

–Pero mañana será diferente –dijo Cayo sonriendo.

–¿Por qué?

–Porque tú los pusiste allí.

–En realidad, no. Fueron Cicerón, otros. A mí no me importó, me es igual.

–Pero tú destruíste a Espartaco.

–¿Tiene eso alguna importancia?

–Por eso te quiero... A él lo odio.

–¿A Espartaco?–preguntó Craso.

–Sí, a Espartaco.

–Pero nunca lo conociste.

–No importa. Lo odio... más que a Cicerón. Cicerón no me importa. Pero a él, el esclavo, lo odio. ¡Si yo hubiera podido matarlo! ¡Si hubieras podido traérmelo y decirme, oye, Cayo, córtale la cabeza! Si tú hubieras podido...

–Bueno, estás hablando como una criatura –dijo indulgentemente el general.

–¿Te parece? ¿Por qué no? –replicó Cayo con un deje plañidero en la voz–. ¿Por qué no he de ser una criatura? ¿Se gana tanto siendo mayor?

–Pero ¿por qué odias a Espartaco de ese modo si nunca lo conociste?

–Es posible que lo haya visto. Hace cuatro años, sabes, fui a Capua. Tenía entonces tan sólo veintiún años; era muy joven.

–Todavía eres muy joven –dijo el general.

–No... yo no me siento joven. Pero entonces lo era. Fuimos un grupo de cinco o seis. Mario Braco me llevó con él; me tenía mucha simpatía.

Cayo lo dijo deliberadamente, por el efecto que podría producir. Mario Braco había muerto durante la rebelión de los esclavos, de modo que no había motivo para que aquella relación constituyera un problema en el presente, pero él quería que Craso supiera que no era el único ni el primero. El general se puso rígido, pero no habló, y Cayo prosiguió:

–Sí, estábamos Mario Braco, yo y un hombre y una mujer, amigos suyos, y otros dos más, me parece, cuyos nombres no recuerdo. Mario estaba actuando a lo grande... sí, muy a lo grande.

–¿Te interesaba mucho él?

–Me apenó su muerte –respondió Cayo con un encogimiento de hombros, y el general pensó:

«¡Qué animalito eres! ¡Qué asqueroso animalito!».

Librodot

–El caso es que fuimos a Capua y Braco nos prometió un espectáculo circense especial, lo que era mucho más caro entonces que ahora. Para hacerlo en Capua había que ser muy rico.

–¿Léntulo Baciato tenía entonces una escuela de gladiadores allá, no es cierto? –preguntó el general.

–Sí, y se dice que era la mejor escuela de Italia. La mejor y la más costosa, y se podía comprar un elefante por lo que había que pagar para que combatieran un par de sus muchachos. Dicen que con eso se ganó un millón, pero de todos modos era un cerdo. ¿Tú lo conociste? Craso sacudió la cabeza.

–Háblame de él; me interesa mucho. Fue antes de la huida de Espartaco, ¿verdad?

–Creo que unos ocho días antes. Sí, Baciato se hizo famoso porque mantenía un verdadero harén de mujeres esclavas y a la gente no le gustan esas cosas. Por lo menos que se haga abiertamente. Está bien si se hace en una habitación, con las puertas cerradas, pero difícilmente será de buen gusto hacerlo en la vía pública. Y eso es precisamente lo que él hizo. Y también usó a sus muchachos como sementales y a las mujeres las destinó a la reproducción, lo que está muy bien, supongo, pero no sabía hacer nada con delicadeza. Era un hombre grande, gordo como un toro, de cabello negro, barba negra y recuerdo lo sucias que estaban las ropas, completamente cubiertas de manchas de comida. Mientras hablaba con nosotros se le veía una mancha de huevo, una mancha fresca de huevo, sobre su túnica.

–¡Qué memoria que tienes! –exclamó sonriendo el general.

–Lo recuerdo. Fui a verlo con Braco, y Braco quería dos peleas a muerte. Pero Baciato no se mostraba inclinado a hacerlo. Baciato decía que no había posibilidad de lograr una pelea con estilo o con técnica o un juego preciso si cada caballero rico y aburrido de Roma venía en busca de su propio espectáculo particular. Pero Braco tenía una generosa bolsa y el dinero manda.

–Manda con esa clase de gente –puntualizó el general–. Todos los *lanistae* son despreciables, pero ese Baciato era un cerdo. Sabrás que era propietario de tres de las mayores casas de vecindad de Roma y de una cuarta que se desmoronó el año pasado. La mitad de los vecinos murieron entre las ruinas. Era capaz de hacer cualquier cosa por dinero.

–No sabía que lo conocieras.

–Hablé con él. Era una fuente de información acerca de Espartaco... La única fuente, supongo, que supiera realmente algo sobre Espartaco.

–Cuéntame –pidió Cayo.

–Tú me estabas contando...que era posible que hubieras conocido a Espartaco.

–Tú, cuenta –dijo Cayo con petulancia.

–A veces es extraordinario cómo te pareces a una muchacha –dijo con una sonrisa el general.

–¡No digas eso! ¡No quiero que vuelvas a decirlo nunca. Como un gato, Cayo se puso tenso y montó en cólera.

–¿Pero qué es lo que he dicho para que te enojes conmigo en esa forma? –exclamó el general–. ¿Quieres que te cuente sobre Baciato? Fue hace algo más de un año, creo, y entonces los esclavos nos estaban atacando seriamente con saña. Por eso quise averiguar sobre ese Espartaco. Es más fácil derrotar a un hombre si lo conoces...

Cayo sonreía mientras escuchaba. No tenía una noción muy clara de por qué odiaba tanto a Espartaco, pero a veces encontraba una satisfacción más profunda en el odio que en el amor.

Librodot

SEGUNDA PARTE

Que es la historia que Craso, el gran general, contó a Cayo Craso, en relación a la visita que Léntulo Baciato, que tenía una escuela de gladiadores en Capua, hizo a su campamento

Librodot

I

(Esto, pues –dijo Craso mientras yacía recostado junto al joven– ocurrió poco después de que se me hubiera delegado el mando, ese tipo de honor que uno se lleva consigo rápidamente a la tumba. Los esclavos habían hecho pedazos a nuestras legiones y, desde un punto de vista práctico, eran los que gobernaban Italia. Y a esto me dijeron que había que ponerle fin. Ve y derrota a los esclavos, me dijeron. Mis peores enemigos me rindieron honores. Por ese entonces yo tenía acampadas mis tropas en la Galia Cisalpina, y envié un mensaje a tu amigo, el gordo Léntulo Baciato.)

* * *

Y la lluvia caía suavemente cuando Léntulo Baciato se acercaba al campamento de Craso. Todo el paisaje era deprimente y desolado, y él también se sentía desolado, lejos del hogar y del tibio sol de Capua. Ni siquiera disfrutaba de la comodidad de una litera; había cabalgado en un flaco caballo alazán, pensando:

«Cuando los militares toman el poder, los hombres honestos danzan al compás que ellos les marcan. La propia vida ya no le pertenece a uno. La gente me envidia porque tengo un poco de dinero. Es bueno tener dinero cuando se es un caballero. Es aún mejor tener dinero cuando se es un patricio. Pero si uno no es ninguna de ambas cosas, sino solamente un hombre honesto que ha ganado honestamente su dinero, entonces es imposible pensar en descansar tranquilo un solo momento. Si no sobornas a un inspector es porque le pagas al guardaespaldas de algún político, y si te libras de los dos, es porque tienes a un tribuno en tu lista de sueldos. Y cada vez que te despiertas te sorprendes de no haber sido asesinado mientras dormías. Y ahora un condenado general me hace el honor de arrastrarme a través de media Italia... para hacerme algunas preguntas. Si mi nombre fuera Craso, o Graco, o Sileno, o Menio, sería, por supuesto, una historia muy diferente. Ésa es la justicia romana y la igualdad romana en la República de Roma.»

Y a continuación Léntulo Baciato tuvo una serie de pensamientos poco halagüeños respecto a la justicia de Roma y a ciertos generales romanos. En tales pensamientos fue interrumpido por una cortante pregunta de los guardias camineros apostados antes de que se llegara al campamento. Detuvo obediente su caballo y se sentó allí bajo la fina y fría lluvia, mientras dos soldados avanzaban y lo examinaban. Ya que ellos de todos modos tenían que permanecer bajo la lluvia durante el tiempo de su guardia, no tenían prisa alguna por evitarle tal incomodidad. Lo examinaron fría y descortésmente y le preguntaron quién era.

–Mi nombre es Léntulo Baciato.

Como eran ignorantes campesinos, no reconocieron su nombre, y quisieron saber dónde creía que iba.

–Este camino conduce al campamento, ¿verdad? –

–Así es.

–Bueno, yo voy hacia el campamento.

–¿Para qué?

–Para hablar con el comandante.

–Nada menos que para eso. ¿Qué es lo que usted desea vender?

«¡Oigan a estos sucios bastardos!», pensó Baciato, pero contestó armándose de paciencia:

–No vendo nada. Estoy aquí porque he sido invitado.

–¿Invitación de quién?

–Del comandante. –Y sacó de su cartera la orden que Craso le había enviado.

No sabían leer, pero bastaba un pedazo de papel para que le dieran paso, y se le permitió marchar junto a su jamelgo de color rubio hasta el camino militar que conducía al campamento. Al igual que muchos de los ciudadanos que iban surgiendo en aquel tiempo,

Librodot

Baciato medía todo en términos de dinero; y no pudo menos que calcular, mientras avanzaba, lo que habría costado construir aquel tipo de camino, un camino provisional, trazado tan sólo para comodidad del campamento, pero no obstante un camino mejor que el que él había podido construir como acceso a su escuela de Capua. Sobre una base de tierra y grava se habían fijado ladrillos de piedra arenisca, sobre una distancia de casi dos kilómetros en línea recta hacia el campamento.

«Si estos malditos generales pensaran un poco más en combatir y menos en construir caminos, todo marcharía mejor», pensó; pero al mismo tiempo se sintió un poco orgulloso. Había que admitir que aún en un sucio, lluvioso y deprimente rincón como aquél se hacía sentir la civilización romana. Eso era indiscutible.

Se acercaba ahora al campamento. Como siempre, el lugar temporal de estacionamiento de los legionarios era como una ciudad; a donde iban las legiones allí iba la civilización; y allí donde las legiones acampaban, así fuera por una noche, surgía la civilización. Ahí estaba aquella poderosa zona amurallada, de más de un kilómetro cuadrado, fijada con tanta precisión como la del arquitecto que dibuja su diagrama sobre la mesa de dibujo. Primero había una zanja, de casi cuatro metros de ancho y casi cuatro metros de profundidad; tras dicha zanja una larga empalizada, también, de casi cuatro metros de altura. El camino cruzaba la zanja por una entrada, donde al acercarse se abrieron dos pesadas puertas de madera. Un trompeta hizo resonar la orden de entrada y un manípulo empezó a moverse en torno suyo al entrar. No era que le estuvieran rindiendo honores, sino que se trataba de la disciplina por la disciplina misma. No había fanfarronería alguna cuando se decía que jamás en la historia del mundo había habido tropas tan disciplinadas como las legiones. Hasta Baciato, con su enorme amor por el derramamiento de sangre y la lucha –y consecuentemente su desprecio por los soldados enrolados– quedó impresionado por la precisión mecánica de todo cuanto estaba vinculado al ejército.

No se trataba solamente del camino o de la zanja o de la empalizada y sus más de tres kilómetros de longitud, o de las amplias calles de aquel campamento ciudad, o de las zanjas de desagüe, o del pavimento de piedra arenisca que cubría el centro de la calle, o toda la múltiple vida y movimiento y orden de este campamento romano de treinta mil hombres; sino más bien el conocimiento de que aquel poderoso producto del esfuerzo y de la razón humanos era el vigoroso fruto del trabajo de legiones en marcha. No era hablar con ligereza afirmar que era más fácil derrotar a los esclavos mediante la vista del campamento de una legión pernoctando que entrando en combate con una de ellas.

Mientras Baciato desmontaba, frotándose su gordo trasero que había tenido tan largo e íntimo contacto con la montura, se acercó un joven oficial y le preguntó quién era, y qué andaba haciendo por allí.

–Léntulo Baciato, de Capua.

–Ah sí... sí –dijo el oficial arrastrando las palabras. Era un joven de no más de veinte años, bien parecido, producto perfumado y bien vestido de una de las mejores familias. La clase de persona que más odiaba Baciato.

–Sí –dijo el joven–. Léntulo Baciato, de Capua.

Él sabía; lo sabía todo con respecto a Léntulo Baciato de Capua y quién era y qué representaba y por qué se le había citado allí en el campamento del ejército de Craso.

«Sí –pensó Baciato–, me odias, verdad, hijito de puta, y estás ahí despreciándome; pero vienes a verme y lloriqueas y me compras cosas y son los tipos de tu clase los que hacen de mí lo que soy; pero te parece que eres demasiado bueno para acercarte a mí, porque mi aliento puede ensuciarte, ¡tú, pequeño bastardo!» Eso pensó, pero se limitó a asentir y no dijo nada.

–Sí –confirmó el joven–. El comandante lo ha estado esperando. Lo sé. Quiere que se presente ante él inmediatamente. Lo acompañaré hasta allá.

–Quisiera descansar y comer algo.

–El comandante se ocupará de eso. Es un hombre que piensa en todo –dijo sonriendo el joven oficial, y luego gritó a uno de los soldados–: ¡Coged el caballo, dadle de comer y beber y llevadlo a la caballeriza!

–No he comido nada desde el desayuno –dijo Baciato–, y me parece que, si vuestro comandante ha esperado tanto tiempo, bien puede esperar un poco más.

Los ojos del joven se achicaron, pero declaró en un tono cordial:

–Eso lo decidirá él.

–¿Ustedes dan de comer primero a los caballos?

El joven oficial sonrió y asintió.

–Sígame –le dijo.

–¡Yo no estoy en vuestra maldita legión!

–Está en el campamento de una legión.

Durante un momento se enfrentaron cara a cara; después Baciato se encogió de hombros y decidió que no ganaría nada con seguir discutiendo en medio de la lluvia que lo penetraba con sus aguijonazos, por lo que envolvió como pudo su húmedo abrigo en torno a su cuerpo y siguió al oficial, al que ya había caracterizado como un sucio mocoso patricio. Pero para sí pensó al mismo tiempo que, después de todo, él había visto correr más sangre en una sola tarde que la que hubiera podido ver en toda su carrera aquel mozalbete, en cuyos labios aún no debía de haberse secado la leche del seno de su madre. Pero, pensara lo que pensara, el gordo quedó a la altura de un pequeño carnicero en medio de un gran matadero, teniendo como única recompensa el conocimiento de que no era totalmente ajeno a las fuerzas que habían llevado a las legiones hasta aquel lugar.

Siguió al joven por la amplia avenida central del campamento, mirando con curiosidad las carpas, manchadas de lodo, emplazadas a uno y otro lado, eficaces como techo pero abiertas en el frente, y a los soldados tendidos en sus lechos de hierba, charlando, jurando, cantando o jugando a los dados. En su mayoría eran campesinos italianos, duros, con el rostro bien afeitado, de piel color oliva. En algunas de las carpas había pequeños hornillos, pero por lo general los soldados soportaban el frío con el mismo talante con que aguantaban el calor, al igual que cumplían con los interminables ejercicios militares y la despiadada disciplina; los débiles morían rápidamente; los fuertes se hacían cada vez más fuertes, provistos de acero y barba de ballena, unidos a un pequeño y eficaz cuchillo se había convertido en el más mortífero de los instrumentos de destrucción en masa de que se tuviera noticia. Directamente en el centro del campamento, en la intersección de dos líneas tendidas entre las cuatro esquinas, estaba el pabellón del general, el *praetonum,* que no era sino una amplia carpa dividida en dos secciones o habitaciones. La entrada a la carpa estaba cerrada y a ambos lados de ella había un centinela, provistos ambos de una larga y delgada lanza, en lugar del pesado y mortal pilo, y un escudo circular y un cuchillo curvo al estilo tracio en vez del macizo broquel y de la espada corta hispánica reglamentarios. Vestían túnicas blancas de lana, que estaban empapadas por la lluvia, y se mantenían como si hubieran sido tallados en piedra, chorreando el agua del casco, las ropas y las armas. Por alguna razón esto impresionó a Baciato mucho más que cualquier otra cosa que hubiera visto en su vida. Se sentía complacido cuando un ser de carne y hueso era capaz de ir más allá de lo que se esperaba que hiciera un ser de carne y hueso, y esto le agradó.

Cuando se acercaron, los centinelas saludaron y apartaron y mantuvieron en alto las cortinas que cubrían la entrada. Ambos, Baciato y el oficial, pasaron al interior de la carpa a media luz, y Baciato se encontró así en medio de una habitación de unos doce metros de ancho por unos seis de largo, que constituía la mitad frontal del *praetorium.* Su único mobiliario lo constituían una larga mesa de madera con una docena de sillas plegadizas en torno. En un extremo de la mesa, acodado a la misma, mirando un mapa extendido delante de él, estaba sentado el comandante en jefe, Marco Licinio Craso.

Librodot

Craso se puso de pie cuando entraron Baciato y el oficial, y el gordo se sintió complacido al notar con qué espontaneidad el general avanzó hacia ellos y le tendió la mano, dándole la bienvenida.

–¿Léntulo Baciato... de Capua? ¿No es así?

Baciato asintió y devolvió el apretón de manos. Aquel general era verdaderamente bien parecido, de hermosas facciones y constitución masculina y sin nada condescendiente en él.

–Encantado de conocerlo, señor –dijo Baciato.

–Ha hecho usted un largo viaje, con gran amabilidad y esto habla muy bien de usted. Seguramente estará usted empapado, con apetito y fatigado.

Craso expresó aquello con interés y con cierta timidez, lo que reconfortó a Baciato; pero el joven oficial continuó mirando al gordo con la misma altanería de antes. Si Baciato hubiera sido algo más perspicaz, habría comprendido que ambas actitudes carecían por igual de significado. El general tenía ante sí un plan de trabajo; el joven oficial mantenía la actitud de un caballero ante gente como Baciato.

–Usted lo ha dicho –respondió Baciato–. Empapado y fatigado, pero más que nada, muerto de hambre. Le pregunté a este joven si era posible comer algo, pero pensó que era un pedido falto de sentido.

–Estamos obligados a cumplir órdenes con mucha precisión –dijo Craso–. Mis órdenes eran las de traerlo a usted a mi presencia tan pronto llegara. Por supuesto que ahora será para mí un placer satisfacer cualquier deseo suyo. Tengo plena conciencia de la pesada jornada que ha realizado. Ropas secas, por supuesto... de inmediato. ¿Quiere tomar un baño?

–El baño puede esperar. Quiero meter algo entre mis costillas.

Sonriendo, el joven oficial salió de la tienda.

II

Habían terminado con el pescado asado y los huevos duros, y Baciato había pasado a devorar un pollo, que despedazaba hasta dejar los huesos limpios. Al mismo tiempo se servía regularmente de una fuente de madera con potaje y ayudaba a bajar los alimentos con poderosos tragos de vino. Tenía la boca sucia de pollo, potaje y vino; la limpia túnica ya mostraba manchas de trocitos de comida, y sus manos estaban cubiertas con grasa de pollo.

Craso lo observaba con interés. Tal como ocurría con los romanos de su clase y de su generación, sentía un especial desprecio social por el *lanista,* el hombre que enseñaba y adiestraba a los gladiadores, que los compraba y los vendía y que los alquilaba para el circo. En los últimos veinte años, los *lanistae* se habían convertido en un poder en Roma, un poder político y financiero, ya que frecuentemente eran hombres de enorme riqueza, como ocurría con aquel gordo grasiento sentado a la mesa delante de él. Una generación antes los combates en el circo eran intermitentes y no constituían aún un acontecimiento social de importancia. Siempre existieron; su popularidad era mayor en algunos medios, inferior en otros. Y entonces, de pronto, se convirtieron en el furor de Roma. En todas partes se construyeron circos. Las más pequeñas ciudades tenían su circo de madera para los combates. Las peleas de una pareja se convirtieron en las luchas de cientos de parejas y un programa de juegos se prolongaba durante meses. Y en vez de llegar a un punto de saturación el entusiasmo del público creció al parecer sin límites.

Cultas matronas romanas y tunantes callejeros se interesaron por igual en los juegos. Nació todo un lenguaje nuevo para el circo. Veteranos del ejército no tenían otra preocupación que la limosna pública y los juegos, y diez mil ciudadanos desocupados y sin alojamiento no vivían por otra razón aparente que no fuera la de presenciar los juegos del circo. De pronto, el mercado de gladiadores pasó a ser un mercado rentable y nacieron las escuelas de gladiadores. La escuela de Capua, que dirigía Léntulo Baciato, era una de las mayores y más prósperas. Así como el ganado de ciertos latifundios era deseado en cualquier mercado, así se deseaba y apreciaba en cualquier circo a los gladiadores de Capua. Y para el hombre de la calle, un guardaespaldas de tercera categoría, Baciato, se había hecho rico y era uno de los más notables adiestradores de *bustuarii* en toda Italia.

«Si –pensó Craso mientras lo observaba– sigue siendo un hombre de la calle, aún es un animal vulgar, taimado, intrigante. ¡Mira cómo come!» Para Craso siempre fue difícil comprender que hubiera tantos individuos mal nacidos y mal educados que poseyeran más dinero del que muchos de sus amigos ni siquiera soñarían llegar a tener. Evidentemente no eran menos inteligentes que aquel grueso adiestrador. Él mismo, por ejemplo; conocía sus reales valores como militar; tenía las virtudes romanas de la entereza y la tenacidad, y no creía que las tácticas militares fueran nada que poseyera uno por instinto. Había estudiado todas las campañas de que hubiera antecedentes y había leído todo lo mejor de los historiadores griegos. No había cometido el error –en que incurrieran todos los generales implicados anteriormente en aquella guerra– de subestimar a Espartaco. Y, no obstante, estaba allí sentado a la mesa frente a aquel grueso individuo y en cierta manera, por furioso que pareciera, se sentía inferior.

Se encogió de hombros y le dijo a Baciato:

–Usted debe comprender que nada siento sobre Espartaco con relación a usted, ni siquiera con relación a la guerra, por esa razón. No soy un moralista. He querido tener esta conversación con usted porque usted puede decirme lo que ningún otro podría.

–¿Y en concreto de qué se trata? –preguntó Baciato.

–De la naturaleza de mi enemigo.

El gordo se sirvió más vino y miró de soslayo al general. Un centinela entró en la tienda y colocó dos lámparas encendidas sobre la mesa. Ya era de noche.

Librodot

A la luz de las lámparas, Léntulo Baciato era una persona distinta. La penumbra lo había favorecido. La luz se deslizaba por su rostro mientras Baciato lo frotaba con la servilleta, derramando manchas de sombra sobre las capas de su carne colgante. Su nariz, grande y chata, temblaba de manera constante y poco favorecedora, y, lentamente, el hombre se estaba embriagando. Un frío destello de sus ojos advirtió a Cayó que no había que juzgarlo mal, ni pensar que se tratara de un afable necio. No era un necio, por cierto.

–¿Qué es lo que yo sé de su enemigo?

Afuera resonaron las trompetas. Los ejercicios habían terminado y el retumbar de los calzados de cuero sobre el empedrado cesó en el campamento.

–Sólo tengo un enemigo. Espartaco es mi enemigo –dijo Craso cautelosamente.

El gordo sonó su nariz en la servilleta.

–Y usted conoce a Espartaco –añadió el general.

–¡Por Dios, si lo conozco!

–Nadie más. Usted solamente. Nadie que haya luchado contra Espartaco lo conocía. Ellos fueron a combatir contra esclavos. Esperaban hacer sonar sus trompetas, redoblar sus tambores, lanzar sus pilos... y los esclavos huirían. A pesar de la cantidad de veces que las legiones fueron derrotadas, seguían esperando eso. Lo pasado no puede repetirse y hoy Roma hace su último esfuerzo y, si fracasa, ya no habrá Roma. Usted lo sabe tan bien como yo.

El gordo rió ruidosamente. Se sujetó el abdomen y se meció para atrás en su silla plegadiza.

–¿Le resulta divertido? –preguntó Craso.

–La verdad siempre es divertida.

Craso se contuvo y dominó su temperamento a la espera de que el gordo dejara de reír.

–No habrá más Roma..., sólo habrá Espartaco.

El gordo había rebajado su euforia a una risita en falsete y Craso, al observarlo, se preguntaba si realmente estaba en sus cabales o tan sólo estaba borracho. ¡Qué cosas puede producir un país! Allí estaba el lanista, que compraba esclavos y los adiestraba para luchar; por supuesto, se estaba riendo de eso. Él, Craso, también adiestraba hombres para la lucha.

–Usted debería ahorcarme, no alimentarme –murmuró Baciato tratando de congraciarse mientras se servía otra copa de vino.

–Suelo soñar –dijo el general orientando la conversación a lo que le interesaba– una especie de pesadilla. Uno de esos sueños que vuelven a repetirse, una y otra vez...

Baciato asintió comprensivamente.

– Y en ese sueño peleo con los ojos vendados. Es horrible pero lógico. Sepa que yo no creo que todos los sueños sean presagios. Ciertos sueños son tan sólo reflejos de los problemas que uno afronta estando despierto. Espartaco es lo desconocido. Si libro la batalla contra él, mis ojos están vendados. Ése no es el caso en cualquier otra circunstancia. Yo sé cómo pelean los galos; yo sé por qué luchan los griegos, los hispánicos y los germanos. Ellos luchan por las mismas razones, si bien con lógicas variaciones, por las que lucho yo. Pero yo no sé por qué luchan estos esclavos. Yo no sé cómo toma él a la chusma, toda la inmundicia y la basura del mundo entero, y la usa para destruir a las mejores tropas que haya habido sobre la tierra. Para formar a un legionario son necesarios cinco años..., cinco años para hacerle comprender que su vida carece de importancia, que la legión y solamente la legión es lo que cuenta, que una orden debe ser obedecida, cualquier orden. Cinco años de adiestramiento, diez horas diarias, todos los días... y entonces se los puede llevar a una barranca y ordenarles que sigan marchando más allá de la orilla y ellos obedecerán. Y, sin embargo, esos esclavos han destruido las mejores legiones de Roma. Por eso es por lo que le he pedido que venga aquí desde Capua..., para que me hable de Espartaco. De modo que yo pueda sacarme la venda que me cubre los ojos.

Baciato asintió sombríamente. En ese instante se sentía más relajado. Era el confidente y consejero de grandes generales, de manera que tenía que estar a la altura.

–En primer lugar –dijo Craso– está el hombre. Háble me de él. ¿Qué aspecto tiene? ¿Dónde dio con él?

–Los hombres nunca tienen el aspecto de lo que son.

–Cierto, muy cierto, y cuando se comprende eso se conoce a los hombres...

Esta frase constituía el mejor halago que podía ofrecérsele a Baciato.

–Era dócil, muy dócil, casi humilde, y es tracio; eso es todo lo que hay de cierto respecto a él. –Baciato hundió un dedo en el vino e hizo correr la punta sobre la mesa–. Dicen que es un gigante..., no, no, de ninguna manera. No hay tal gigante. Ni siquiera es lo que puede decirse alto. Más o menos de su altura, diría. Cabellos negros, rizados; ojos de color marrón obscuro. Tenía la nariz quebrada; de no ser así podría haberse dicho que era bien parecido. Pero la nariz rota le daba a su rostro una expresión ovina. Cara ancha y expresión dulce, rasgos sumamente engañosos. Habría matado a cualquier otro que hubiera hecho lo que él hizo.

–¿Qué es lo que hizo? –preguntó Craso.

–¡Ah!...

–Quiero hablar con franqueza porque quiero tener una descripción franca –dijo Craso lentamente–. Quiero que sepa que cualquier información que me proporcione será sobre la base de la más estricta confidencialidad. –Y por el momento dejó de lado el incidente por el cual Baciato habría matado a Espartaco–. También quiero conocer sus antecedentes..., dónde lo compró y qué era él.

–¿Qué es un gladiador? –sonrió Baciato abriendo sus manos–. No es simplemente un esclavo, comprende..., o por lo menos los gladiadores de Capua no son simples esclavos. Son especiales. Si usted hace pelear a perros, no compra perros falderos mimados por niñitas. Si usted hace luchar a hombres, querrá hombres que peleen. Hombres que rumien su hiél. Hombres que odien. Hombres con bazo. Así que yo requiero de los agentes que tengo en el mercado que busquen hombres con bazo. Ese tipo no es conveniente para esclavo doméstico ni tampoco es bueno para los latifundios.

–¿Por qué para los latifundios? –pregunto Craso.

–Porque si un hombre está deshecho, yo no lo quiero. Y si usted no puede doblegar a un hombre, usted puede matarlo, pero no puede hacerlo trabajar. Hará mal el trabajo. Echará a perder a los otros que trabajan. Es como una enfermedad.

–¿Y por qué lucha, entonces?

–¡Ah!..., he aquí la pregunta, y si usted no puede contestarla, entonces no puede trabajar con gladiadores. En los tiempos pasados a los luchadores del circo se les llamaba *bustuarii,* y luchaban por amor a la lucha; estaban mal de la cabeza, había muy pocos y, detalle importantísimo, no eran esclavos. –Se tocó la cabeza significativamente–. Nadie lucha hasta derramar sangre sin estar mal de la cabeza. A nadie le agrada. Al gladiador no le gusta combatir. Pelea porque se le da un arma y se le quitan las cadenas. Y cuando tiene el arma en sus manos, sueña con que es libre..., y eso es lo que quiere, tener un arma en sus manos y soñar que es libre. Y entonces es vuestro ingenio contra su ingenio, porque él es un demonio y usted también tiene que ser un demonio.

–¿Y dónde encuentra a tales hombres? –preguntó Craso, intrigado y cautivado por el relato simple y llano de un hombre que conocía su negocio.

–Hay sólo un lugar donde encontrarlos..., esos que yo prefiero. Sólo un lugar: las minas. Tiene que ser en las minas. Deben venir de algún lugar que, comparado con el, la legión es un paraíso; el latifundio es un paraíso, y hasta el patíbulo es una bendita merced. Allí es donde los encuentran mis agentes. Allí es donde encontraron a Espartaco... y era *koruu.* ¿Sabe lo que quiere decir esa palabra?

–Creo que es un término egipcio.

Craso sacudió la cabeza.

–Quiere decir tres generaciones de esclavos –explicó Baciato–. El nieto de un esclavo. En lengua egipcia, también sirve para designar a cierto tipo de abominable animal. Una bestia abyecta. Una bestia intocable entre las bestias, sí, aún para las bestias mismas. *Koruu.* Podríamos preguntarnos por qué surgió esto de Egipto. Yo se lo diré. Hay cosas peores que ser *lanista.* Cuando vine a su campamento, su oficial me miró desdeñosamente. ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Todos somos carniceros, o no lo somos, acaso?, y nuestro comercio es la carne trinchada. ¿Entonces, por qué?

Estaba ebrio. Sentía pena de sí mismo aquel gordo entrenador de gladiadores que dirigía la escuela de Capua. Le salió el alma; hasta un gordo y sucio cerdo que tiene un *ludus,* allí donde la arena se convierte en relleno para morcillas tiene un alma.

–¿Y Espartaco era *koruu?* –inquirió suavemente Craso–. ¿Espartaco vino de Egipto?

Baciato asintió.

–Era tracio, pero vino de Egipto. Los explotadores de minas de oro de Egipto compran en Atenas y cuando pueden, compran *koruu,* y a los tracios se los aprecia.

–¿Por qué?

–Existe la leyenda de que son buenos bajo tierra.

–Comprendo. ¿Pero por qué dicen que a Espartaco lo compraron en Grecia?

–¿Sé yo acaso por qué se dicen todas las tonterías que se dicen? Pero yo sé dónde fue comprado él, porque yo lo compré. En Tebas. ¿Duda de lo que digo? ¿Soy un mentiroso? Soy un gordo *lanista,* un hombre solitario sentado bajo esta asquerosa lluvia de Galia. ¿Por qué vivo tan solitario? ¿Qué derecho tiene usted a mirarme con desprecio? Su vida es su vida. La mía es la mía.

–Me siento muy honrado de tenerlo por huésped. Yo no lo miro con desprecio –dijo Craso.

Baciato sonrió y se inclino hacia el.

–¿Sabe lo que yo quiero? ¿Sabe lo que yo necesito? Somos dos hombres de mundo, usted y yo. Necesito una mujer. Esta noche. –Su voz se volvió suave y ronca y supliente–. ¿Por qué necesito una mujer? No por placer, sino por soledad. Para cicatrizar las heridas. Usted tiene mujeres... Los hombres nunca se apartan voluntariamente de las mujeres.

–Háble me de Espartaco y Egipto –dijo Craso–. Después hablaremos de mujeres.

III

De modo que ocurrió que antes de que se hablara de un infierno cristiano en libros y en sermones –y posiblemente también después– ya existía en la tierra un infierno que los hombres habían visto y al que miraban y conocían muy bien. Porque está en la naturaleza del hombre el que solamente pueda escribir sobre los infiernos que él mismo ha creado primero.

En el mes de julio, cuando el tiempo es seco y horrible, sube por el Nilo desde Tebas. Sube hasta la primera catarata. Te encontrarás ya en la propia tierra del demonio. ¡Mira cómo la cinta verde a lo largo de la ribera se ha encogido y blanqueado! ¡Mira cómo las colinas y montículos del desierto lo son de arena cada vez más fina! Humo y polvo; el viento las toca y vuelan aquí y se levanta en tentáculos más allá. Cuando el río discurre lentamente –y así ocurre durante el tiempo seco– una costra de polvo blanco lo cubre. El polvo está también en el aire y ya el calor es intenso.

Pero por lo menos corre un poco de viento en el lugar. Ahora has pasado la primera catarata y debes internarte en el desierto de Nubia, que se extiende hacia el sur y hacia el este.

Intérnate en el desierto lo suficiente como para dejar atrás el escaso viento que sopla sobre el río, pero no tanto como para alcanzar al menos un soplo de la brisa del mar Rojo. Y ahora sigue hacia el sur.

De pronto el viento se ha detenido y la tierra está muerta. Únicamente el aire está vivo, cristalizado, y resplandece por el calor, y los sentidos humanos carecen ya de valor porque el hombre ya no ve nada tal como es; todo está alterado y se ve encorvado y torcido y combado por el calor. Y el desierto también ha cambiado. Es una idea errada la que tiene mucha gente de que el desierto es igual en todas partes; pero desierto significa solamente falta de agua y esta falta de agua varía enormemente en grados, y el desierto varía también de acuerdo con la naturaleza del suelo y del paisaje donde se encuentra. Hay desiertos rocosos y desiertos montañosos y desiertos de arena, y blancos desiertos de sal y desiertos de lava... y existe también el desierto del movedizo polvo blanco, donde la muerte es el mandato absoluto.

Aquí no crece absolutamente nada. No se conocen aquí los arbustos secos, retorcidos, duros, del desierto de rocas; ni la solitaria maleza rastrera del desierto de arena; aquí no se conoce nada.

Entra, pues, en este desierto. Avanza con ahínco por el polvo blanco y siente cómo golpea en tus espaldas ola tras ola de terrible calor. Tan caliente como todo lo imaginable pero lo suficiente como para permitir que un hombre viva, tal es el calor que existe allí. Abre una huella a través de este desierto caliente y terrible, y tiempo y espacio se harán infinitos y monstruosos. Pero seguirás y seguirás y seguirás. ¿Qué es el infierno? El infierno comienza cuando los más sencillos y necesarios actos de la vida se hacen monstruosos, y esta convicción ha sido compartida en todas las edades por aquellos que han probado los infiernos que el hombre hace sobre la tierra. Ahora es espantoso caminar, respirar, ver, pensar.

Pero esto no sigue así para siempre. De pronto se observa un trazado y aparece un aspecto más del infierno. Ante ti surgen negras colinas, extrañas colinas negras de pesadilla. Éste es el campamento de las piedras negras. Avanzas hacia la piedra negra y entonces ves que está toda veteada con filones de brillante mármol blanco. ¡Oh, cuan blanco es este mármol! ¡Oh, cómo centellea y brilla y con qué celestial lustre, porque los senderos del cielo están pavimentados con oro y el blanco mármol es rico en oro! Por eso es por lo que los hombres vienen a este lugar, y es por eso por lo que estás aquí, porque el mármol es rico y abundante en oro.

Acércate más y mira. Hace mucho tiempo que los faraones egipcios descubrieron este campamento de rocas, y en esos tiempos sólo disponían de herramientas de cobre y bronce. De modo que solamente pudieron picar y raspar en la superficie y nada más. Mas después de generaciones de estar raspando la superficie, el oro se agotó y fue necesario ir hacia la profundidad de la roca negra y echar a un lado el mármol blanco. Eso fue posible porque pasó

Librodot

la edad del cobre y vino la edad del hierro, y ahora los hombres pueden trabajar el mármol con picos y con cuñas de hierro y machos de diez kilos.

Pero fue necesaria una nueva clase de hombres. El calor y el polvo y las contorsiones físicas necesarias para seguir la retorcida vena conteniendo oro, dentro de la roca, hizo imposible el empleo de campesinos, ya fueran de Etiopía o de Egipto y el esclavo común costaba demasiado y moría muy pronto. De modo que a este lugar fueron traídos endurecidos soldados hechos prisioneros y niños *koruu,* nacidos de esclavos que habían nacido de esclavos en un proceso en el que podían sobrevivir únicamente los más fuertes y duros. Y hacían falta niños, porque cuando la vena se estrechaba, en la profundidad del campamento de roca, únicamente un niño podía ir allí a trabajar.

El viejo esplendor y el poderío de los faraones desapareció y las arcas de los reyes griegos de Egipto quedaron vacías, la mano de Roma había caído sobre ellos y los tramites de esclavos de Roma se hicieron cargo de la explotación de las minas. De todos modos, nadie como los romanos sabía hacer trabajar verdaderamente a los esclavos.

Llegas a las minas como llegó Espartaco, con ciento veintidós tracios encadenados de cuello a cuello, arrastrando sus cadenas ardientes a través del desierto, por el largo camino desde la primera catarata. El duodécimo hombre contando desde adelante es Espartaco. Está casi desnudo, como están casi desnudos todos ellos, y pronto estará completamente desnudo. Le cubre los ijares un jirón de género, y tiene largo cabello y le ha crecido la barba, tal como todos los hombres de la línea tienen barba y largos cabellos. Las sandalias están completamente gastadas, pero lleva lo poco que ha quedado de ellas por la protección que aún puedan proporcionarle; si bien la piel de sus pies tiene poco más de un centímetro de espesor y es dura como el cuero, no por ello constituye suficiente protección contra el ardiente desierto de arena.

¿Qué apariencia tiene este hombre, Espartaco? Tiene veintitrés años de edad ahora que arrastra la cadena a través del desierto, pero no se sabe por su aspecto; para los de su clase existe la intemporalidad de la herramienta, ni juventud ni madurez ni envejecimiento, sino la intemporalidad de la herramienta. De la cabeza a los pies, en los cabellos, en la barba y en el rostro, está cubierto con la polvorienta arena blanca, pero debajo de la arena su piel es de un tostado marrón, como sus ojos obscuros e intensos que salen de su cadavérico rostro al igual que ardientes carbones de odio. La piel bronceada es inherente a la vida de los de su tipo, porque los esclavos de piel blanca y rubios cabellos de las tierras nórdicas no pueden trabajar en las minas; el sol los quema y los mata, y mueren en medio de los más tremendos dolores.

Es difícil afirmar si es alto o bajo, porque los hombres encadenados no caminan erectos, pero el cuerpo está curtido a latigazos, reseco por el sol, deshidratado pero no descarnado.

Porque en tantas generaciones hubo un proceso de espigamiento, de aventamiento y en las rocosas colinas de Tracia la vida nunca fue fácil, de modo que cuanto sobrevive es fuerte y se aferra con denuedo a la vida. El puñado de trigo con que se alimentan a diario, los chatos y duros bizcochos de cebada son absorbidos hasta extraerles el último residuo de sustancia y el cuerpo es lo suficientemente joven para sostenerse a sí mismo. La nuca es gruesa y musculosa, pero presenta llagas ulceradas allí donde se asienta el collar de bronce. Los hombros están cubiertos de músculos y tan iguales son las proporciones del cuerpo que el hombre parece más pequeño de lo que es. El rostro es ancho y debido a que la nariz le fue rota a raíz de un bastonazo asestado por un capataz, aparece más chata de lo que en realidad es, y como sus obscuros ojos están muy separados, adquiere una mansa expresión ovejuna. Bajo la barba y el polvo, la boca aparece ancha y con labios gruesos, sensuales y sensitivos, y si se contraen –en una mueca, nunca en una sonrisa– se ve que los dientes son blancos y parejos. Las manos son grandes y cuadradas y tan hermosas como suelen ser algunas manos; en realidad, lo único hermoso que tiene son las manos.

Éste, pues, es Espartaco, el esclavo tracio, hijo de un esclavo que fue a su vez hijo de esclavo. No hay hombre que conozca su destino y el futuro no es un libro que se pueda leer y aun el pasado –cuando el pasado es trabajo agotador y nada mas que trabajo agotador– puede

Librodot

disolverse en un lóbrego lecho de incontables dolores. Éste, pues es Espartaco, que no conoce el futuro y no tiene motivos para recordar el pasado y a quien nunca se le ha ocurrido que los que trabajan puedan llegar jamás a hacer otra cosa que trabajar, ni tampoco que nunca llegue un tiempo en que el hombre pueda trabajar sin que el látigo fustigue sus espaldas.

¿En qué piensa mientras avanza penosamente a través de la arena caliente? Bueno, habría que saber que cuando un hombre arrastra una cadena, piensa muy poco, en muy pocas cosas, y la mayor parte del tiempo lo mejor es no pensar en otra cosa que en cuándo se volverá a comer otra vez, beber nuevamente, dormir de nuevo. De modo que no hay pensamientos complicados en la mente de Espartaco o en la mente de cualquiera de los tracios, los camaradas que con él llevan las cadenas. A los hombres se los transforma en bestias y ellos no piensan en los ángeles.

Pero ahora estamos al final de un día y la escena está cambiando, y los hombres de ese tipo se aferran a pequeñas excitaciones y cambios. Espartaco mira hacia arriba y allí está la negra cinta de la escarpa. Hay una geografía de los esclavos y aunque ellos no conocen la forma de los mares, la altura de las montañas o el curso de los ríos, conocen muy bien las minas de plata de Hispania, las minas de oro de Arabia, las minas de hierro del África del Norte, las minas de cobre del Cáucaso y las minas de estaño de Galia. Tienen su propio léxico del horror, su propio refugio en el conocimiento de otros lugares peores que en el que están; pero en el mundo entero no hay nada peor las negras escarpas de Nubia.

Espartaco lo mira; los otros lo miran, y toda la línea detiene su penosa marcha, su empecinada marcha, y los camellos con sus cargas de agua y trigo también se detienen, y hasta se detienen los capataces con sus látigos y sus picas. Todos miran a la negra cinta del infierno. Y entonces la línea reanuda la marcha.

Cuando llegan a ella, el sol se está poniendo tras la negra roca, que ha ennegrecido aún más, que se ha tornado más salvaje, más siniestra. Ha terminado el día de trabajo y los esclavos van saliendo de los pozos.

«¿Qué son ésos, qué son ésos?», piensa Espartaco.

Y el hombre que camina detrás de él murmura: «¡Dios me ayude!».

Pero Dios no los ayudará a ellos allí. Dios no se encuentra allí; ¿qué podría estar haciendo Dios allí? Y entonces Espartaco comprende que las cosas que ve no son extrañas especies del desierto, sino hombres como él mismo y niños como él lo fuera una vez. Eso es lo que son. Pero la diferencia en ellos ha sido compuesta desde adentro y desde fuera; y para aquellas fuerzas que les dieron formas distintas a las de la humanidad ha habido una respuesta interior, un lento desaparecer del deseo de ser humano. Basta mirarlos... ¡Miradlos! El corazón de Espartaco, que con el transcurrir de los años se había endurecido como la piedra, comenzó a contraerse con miedo y horror. Las fuentes de su íntima piedad, que creía habíanse secado, aún estaban húmedas, y su deshidratado cuerpo todavía era capaz de verter lágrimas. Él los mira. El látigo cae sobre sus espaldas, para obligarlo a moverse, pero no obstante se queda allí y los mira.

Se han estado arrastrando en las galerías y ahora que salen al exterior siguen arrastrándose como animales. No se han bañado desde que se encuentran aquí, y nunca más volverán a bañarse. Su piel es un conjunto de retazos de polvo negro y mugre marrón; su cabello es largo y esta apelotonado, y, cuando no son niños, tienen barbas. Algunos son negros y otros blancos, pero la diferencia es ahora tan pequeña que difícilmente se la toma en cuenta. Todos tienen desagradables callosidades en las rodillas y los codos, y están desnudos, completamente desnudos. ¿Por qué? ¿Es que las ropas los harán vivir más tiempo? La mina tiene un solo propósito, proporcionar beneficios a los accionistas romanos, y aun unas sucias hilachas de vestidos cuestan algo.

Pero hay algo que todos ellos llevan. Cada uno tiene en su cuello un collar de bronce o de hierro, y cuando van saliendo arrastrándose fuera de la roca negra, los capataces unen cada collar a una larga cadena y, cuando el número de encadenados llega a veinte, los hacen marchar hacia su barraca. Debe tenerse en cuenta que jamás nadie escapó de las minas de Nubia;

Librodot

nadie pudo escapar. ¿Un año en las minas y cómo podría uno pertenecer nuevamente al mundo de los hombres? La cadena, más que una necesidad, es un símbolo.

Espartaco clava la vista en ellos y busca a los de su clase, a su propia raza, al género humano, a la humanidad, que es la raza y la clase del hombre cuando el hombre es un esclavo. «Hablad», se dice a sí mismo, «hablad entre vosotros». Pero no hablan. Están silenciosos y muertos. «Sonreíd», se suplica a sí mismo. Pero nadie sonríe.

Llevan con ellos sus herramientas, los picos de hierro, las barras y los formones. Muchos de ellos llevan rústicas lámparas atadas a sus cabezas. Los niños, flacos como arañas, se contorsionan al caminar y pestañean constantemente al entrar en contacto con la luz. Los niños nunca crecen: sirven para dos años a lo más, después de llegar a las minas, pero no hay otro modo de seguir la veta de oro de las piedras cuando se hace más delgada y cambia de rumbo. Llevan las cadenas junto a los tracios, pero ni siquiera vuelven la cabeza para mirar a los recién llegados No tienen curiosidad. No les importa.

Y Espartaco sabe. «Dentro de muy poco a mí tampoco me importará», se dice a sí mismo. Y esto es más aterrador que cualquier otra cosa.

Ahora los esclavos van a comer y los tracios son llevados con ellos. La caverna en la piedra, que es su barraca, ha sido construida en la base de la propia escarpa. Fue construida hace mucho, mucho tiempo. Nadie recuerda cuándo fue construida. Está hecha de bloques macizos de piedra negra, y dentro no hay luz, y la ventilación proviene únicamente de la abertura de cada extremo. Nunca se la ha limpiado. La suciedad depositada allí durante décadas se ha podrido y endurecido sobre el piso. Los capataces nunca entran allí. Si dentro se produjera algún motín, se limitarían a suspender la ración de alimentos y agua; después de haber estado suficiente tiempo sin alimentos ni agua, los esclavos se volverán dóciles y se arrastrarán hacia afuera, como animales que son. Cuando alguien muere dentro, los esclavos sacan el cadáver. Pero a veces un niñito muere en la profundidad de la caverna y nadie lo advertirá ni nadie lo echará de menos hasta que la descomposición de su cuerpo lo ponga en evidencia. Tal clase de lugar es la barraca.

Los esclavos entran allí sin las cadenas. Al entrar se las retiran y les entregan un tazón de madera con alimento y una bota de cuero con agua. La bota contiene poco menos de un cuarto, y ésta es la ración que les proporcionan dos veces al día. Pero dos cuartos de agua al día no son suficientes para reponer lo que el calor sustrae del cuerpo en un lugar tan seco, de modo que los esclavos están sujetos a un proceso progresivo de deshidratación. Si otras cosas no los matan, tarde o temprano aquello destruirá sus riñones y, cuando el dolor llegue al extremo de impedirles trabajar, serán abandonados en el desierto, para que mueran.

Todo eso lo sabía Espartaco. El lo sabe todo respecto a los esclavos y la comunidad de los esclavos es la suya. Ha nacido en ella; ha crecido en ella; ha madurado en ella. Conoce el secreto fundamental de los esclavos. Es un deseo, no de placeres, comodidades, alimentos, música, risa, amor, abrigo, mujeres o vino; nada de eso. Es el deseo de aguantar, de sobrevivir. Eso y nada más que eso: sobrevivir. No sabe por qué. No hay razón para tal supervivencia ni lógica en ese sobrevivir; pero tampoco la hay en el conocimiento y en el instinto. Ningún animal podría sobrevivir en esa forina; el modo de sobrevivir no es sencillo; no es una tarea fácil; es mucho más complejo y se requiere más meditación y es más difícil que todos los problemas que haya afrontado la gente que nunca afrontó este problema. Y también hay una razón para ello. Y lo que justamente no conoce Espartaco es la razón.

Pero quiere sobrevivir. Se adapta, se amolda, acepta las condiciones, se aclimata, se sensibiliza. El suyo es un organismo de profunda fluidez y flexibilidad. Su cuerpo conserva fuerza de la libertad de ser liberado de las cadenas. ¡Cuánto tiempo él y sus camaradas llevaron las cadenas a través del mar, remontando el río Nilo, cruzando el desierto.! ¡Semanas y semanas encadenado, y ahora se ve libre de ellas! Se siente más liviano que una pluma, pero esa fortaleza que acaba de encontrar no debe ser desperdiciada. Acepta el agua... más agua de la que ha visto en semanas. La guardará y la sorberá durante horas, de modo que cada gota caiga en los tejidos de su cuerpo. Toma sus alimentos, trigo y cebada pisada cocida con

langostas secas. Bueno, en las langostas secas hay fuerza y vida y el trigo y la cebada son el tejido de su carne. Ha comido peor, y hay que hacer honor a todo alimento; aquellos que no lo honran, aunque sea con el pensamiento, se convierten en enemigos de los alimentos, y pronto mueren.

Camina en la obscuridad de la barraca y la fétida oleada del olor a podrido agrede sus sentidos. Pero no hay hombre que muera por el mal olor, y solamente los tontos y los hombres libres se pueden dar el lujo de vomitar. Él no gastará un gramo del contenido de su estómago en cosa parecida. No luchará contra ese olor; no se puede luchar contra tales cosas. En cambio, abrazará ese olor; le dará la bienvenida y dejará que lo penetre y pronto no tendrá por qué aterrorizarse de él.

Marcha en la obscuridad y sus pies lo guían. Sus pies son como ojos. No debe ni tropezar ni caer, porque en una mano lleva la comida y en la otra el agua. Se orienta hacia la pared de piedra y se sienta con la espalda contra ella. No se está tan mal aquí. La piedra es fría y tiene donde apoyar la espalda. Come y bebe. Y en torno a él se sienten los movimientos y el masticar de otros hombres y niños que hacen exactamente lo que hace él, y dentro de él los expertos órganos de su cuerpo le ayudan y con experiencia extraen lo que necesitan del poco alimento y de la escasa agua. Ingiere los últimos granos de alimento de su tazón, bebe lo que pueda quedar y lame luego el interior del recipiente. Esto no está condicionado por el apetito; alimento es supervivencia; cada residuo insignificante de comida constituye supervivencia.

Una vez comidos los alimentos, algunos de los que han comido se sienten más contentos y otros se entregan a la desesperación. No toda desesperación se ha desvanecido en este lugar; la esperanza puede perderse, pero la desesperación se aferra más empecinadamente, y se sienten gemidos y suspiros y se vierten lágrimas, y en alguna arte se deja oír un grito tembloroso. Y hasta alguien habla un poco, una voz débil llama:

–¿Espartaco, dónde estás?

–Aquí, estoy aquí, tracios –responde.

–Aquí está el tracio –dice otra voz. «Tracio, tracio.» Ellos son su pueblo y se reúnen en torno de él. Siente sus manos mientras se apretujan junto a él. Tal vez los otros esclavos escuchan, pero de cualquier manera están profundamente silenciosos. Se trata solamente del cumplido de los recién llegados al infierno. Es posible que los que llegaron antes allí recuerden ahora qué era lo que más temían recordar. Algunos entienden las palabras de la lengua ática y otros no. Es posible que en alguna parte hasta exista memoria de las montañas coronadas de nieve de Tracia, la bendita, la bendita frescura, los arroyuelos discurriendo entre los bosques de pinos y las cabras negras brincando entre las rocas. ¿Quién sabe qué recuerdos perduran en el pueblo condenado de la escarpa negra?

«Tracio» lo llaman, y ahora los siente en todos lados, y cuando extiende una mano siente el rostro de uno de ellos, todos cubiertos de lágrimas.

Ah, las lágrimas son un derroche.

–¿Dónde estamos, Espartaco, dónde estamos? –murmura uno de ellos.

–No estamos perdidos. Recordamos cómo hemos venido.

–¿Quién se acordará de nosotros?

–No estamos perdidos –repite.

–Pero ¿quién se acordará de nosotros?

No se puede hablar de esa manera.

Él es casi un padre para ellos.

Porque para hombres que lo doblan en años él es el padre, según la vieja costumbre de la tribu. Todos ellos son tracios, pero él es el tracio.

De modo que él les canta suavemente, al igual que un padre cuenta un cuento a sus hijos:

> Así como en la playa rompe impetuosa el agua.
> En cerrada formación ante el viento del oeste,
> Surgiendo translúcida desde el fondo del océano

Librodot

Y encurvándose sobre la tierra al romper,
Su blanca espuma con decisión arroja lejos.
Así también y en tal orden los danaítas avanzaron,
Sin titubeos, hacia el frente de batalla...

Se posesiona de ellos y contiene sus penas, pensando para sí mismo: «¡Qué maravilla, qué magia hay en la vieja canción!». Los libera de aquella terrible obscuridad y los lleva a las perladas playas de Troya. ¡Allí están las blancas torres de la ciudad! ¡Allí están los dorados guerreros, cubiertos de bronce! El suave canto sube y desciende y suelta los nudos del terror y la ansiedad, y en la obscuridad se siente cómo se mueven y cómo gesticulan. Los esclavos no necesitan saber griego y, además, en el dialecto tracio de Espartaco poco queda de la lengua ática; ellos conocen ese canto, en que se conserva la vieja sabiduría de un pueblo y se la mantiene para los tiempos de tribulaciones...

Finalmente Espartaco se echa a dormir. Dormirá. Joven como es, hace mucho que hizo frente y dominó al terrible enemigo del insomnio. Ahora él mismo se sosiega y explora los recuerdos de la infancia. Quiere frescura, limpios cielos azules y sol y suaves brisas, y allí está todo eso. Yace entre los pinos observando cómo pacen las cabras, y junto a él está un hombre viejo, muy viejo. El viejo le enseña a a leer con un palo, el viejo traza letras y más letras en la tierra.

–Lee y aprende, hijo mío –le dice el viejo–. Así nosotros los esclavos, llevamos un arma con nosotros. Sin ella, somos como las bestias del campo. El mismo Dios que le dio el fuego al hombre le dio el poder de escribir sus pensamientos, de modo que pueda recordar los pensamientos de los dioses en los dorados tiempos pasados. En aquel entonces los hombres estaban cerca de los dioses y podían hablar con ellos cuando querían, y entonces no había esclavos. Y ese tiempo volverá.

Y Espartaco recuerda y sus recuerdos se transforman en un sueño y duerme...

Por la mañana es despertado por el doblar del tambor. Hacen doblar el tambor a la entrada de la barraca y su retumbar hace eco y vuelve a repetirse a lo largo de la caverna de piedra. Se levanta y en torno a él siente cómo se levantan sus compañeros esclavos. En la extrema obscuridad avanzan hacia la entrada. Espartaco lleva consigo su tazón y su bota; si los olvidara, no habría para él alimentos ni agua en ese día; pero él conoce bien la vida de la esclavitud y no hay en ella variantes tales que no pueda prever. Al avanzar siente la presión de los cuerpos en torno a él y se deja llevar con ellos hacia la abertura del extremo de la barraca de piedra. Y durante todo ese tiempo el tambor sigue retumbando.

Falta una hora para que amanezca y el desierto tiene la frescura que siempre tendrá. En esta única hora del día el desierto es un amigo. Una suave brisa refresca el rostro de la escarpa. El cielo es de un maravilloso azul obscuro y el suave centelleo de las estrellas desaparece lentamente, único signo de feminidad en aquel triste, desahuciado mundo de hombres. Hasta los esclavos de las minas de oro de Nubia –de las que ninguno volverá– deben tener un pequeño descanso; y entonces se les da la hora antes del amanecer, de modo que sus corazones se llenen de un punzante amargo dulzor que reviva sus esperanzas.

Los capataces están agrupados a un lado, masticando pan y bebiendo agua. Hasta dentro de cuatro horas no se les dará ni pan ni agua a los esclavos, pero una cosa es ser capataz y otra es ser esclavo. Los capataces están envueltos en mantas de lana y cada uno de ellos lleva un látigo, una pesada cachiporra y un largo cuchillo. ¿Quiénes son estos hombres, los capataces? ¿Qué es lo que los trae a este terrible lugar del desierto donde no habita mujer alguna?

Son hombres de Alejandría, amargos, duros, y están aquí porque se les paga bien y porque obtienen un porcentaje sobre todo el oro que producen las minas. Están aquí con sus sueños de riqueza y ociosidad, y con la promesa de obtener la ciudadanía romana una vez que hayan servido cinco años en beneficio de la corporación. Viven para el futuro, cuando alquilen una vivienda en una casa de vecindad de Roma, cuando cada uno de ellos compre tres o cuatro o cinco muchachas esclavas para que duerman con ellos y para que les sirvan, y cuando pasen el

Librodot

día entero en los juegos o en los baños, y cuando se emborrachen todas las noches. Creen que viniendo a este infierno, anticipan su futuro paraíso terrenal; pero la verdad es que ellos, al igual que los guardianes de las cárceles, necesitan más del insignificante señorío sobre los condenados que el perfume, los vinos o las mujeres.

Son extraños hombres, producto único de los arrabales de Alejandría y hablan un lenguaje que es una jerga de arameo y griego. Hace dos siglos y medio que los griegos conquistaron Egipto y estos capataces no son ni egipcios ni griegos, sino alejandrinos. Lo que quiere decir que son versátiles en su corrupción, cínicos en sus apreciaciones e incrédulos de todo dios. Su codicia es grande pero barata. Se acuestan con hombres y duermen adormecidos por la droga del jugo de las hojas de Khat, que crece en las costas del mar Rojo. Tales son los hombres a los que observa Espartaco en la fresca hora anterior al amanecer, mientras los esclavos salen de las grandes barracas de piedra, echan al hombro sus cadenas y van hacia la escarpa. Ésos serán sus amos; y sobre él detentarán poder de vida y muerte; y por eso observa en busca de pequeñas diferencias, costumbres, maneras e indicaciones. En las minas no hay guardianes buenos, pero es posible que algunos sean menos crueles y menos sádicos que otros.

Observa cómo se apartan, uno a uno, para hacerse cargo allí donde están formando los esclavos. Aún hay demasiada obscuridad para poder distinguir sutilezas de rasgos o formas, pero sus ojos tienen práctica en tales cosas, y hasta en la manera de caminar y en el peso de un hombre existe algo que los define.

Está fresco y los esclavos están desnudos. Ni siquiera un jirón de género oculta sus lastimosos, inútiles órganos sexuales quemados por el sol, y allí están de pie tiritando y cruzando sus brazos en torno al cuerpo. La ira llega lentamente hacia Espartaco, ya que la ira no es productiva en la vida de los esclavos, pero piensa: «Podemos soportar todo menos esto, porque cuando no hay ni un pedazo de genero para cubrir nuestras partes, somos como animales». Y entonces revisa mentalmente: «No, menos que animales. Porque cuando los romanos se apoderaron de las tierras a que pertenecíamos y de las plantaciones en que trabajábamos, los animales quedaron en el campo y solamente nosotros fuimos enviados a las minas».

Ahora ha cesado el maldito redoble del tambor y los cuidadores desenrollan sus látigos y ablandan la tiesura del cuero de modo que el ambiente se llena de chasquidos y estallidos. Descargan sus látigos al aire, porque es demasiado temprano para descargarlos sobre la carne, y la pandilla avanza hasta el frente de las formaciones. Está más claro ahora y Espartaco puede ver el flaco niño que tirita a su lado y que deberá arrastrarse al fondo de la tierra para picar en la piedra blanca donde se encuentra el oro. Los otros tracios también ven, ya que se han reunido en torno a Espartaco, y algunos murmuran:

–Padre, oh padre, ¿qué clase de infierno es éste?

–Todo marchará bien –declara Espartaco; porque cuando a uno le llaman padre los suficientemente viejos como para ser padres de uno, ¿qué otra cosa se puede decir? De modo que dice las palabras que debe decir.

Todos los grupos se han ido hacia la escarpa y solamente ha quedado el desordenado grupo de los tracios. Queda una media docena de capataces, dirigido por uno de ellos. Avanzan hacia los recién venidos arrastrando los látigos, que dejan trazos sobre la arena. Uno de los capataces habla y pregunta en su jerga:

–¿Quién es vuestro líder, tracios?

Nadie responde.

–Es demasiado pronto para el látigo, tracios. Espartaco interviene entonces:

–Ellos me llaman padre.

Los cuidadores lo miran de arriba abajo y lo miden.

–Eres demasiado joven para que te llamen padre.

–Ésa es la costumbre de nuestra tierra.

–Aquí tenemos otras costumbres, *padre.* Cuando los hijos pecan, los padres son azotados. ¿Me oyes?

–He oído.

Librodot

–Entonces oíd todos vosotros, tracios. Éste es un mal lugar pero puede ser peor. Mientras viváis, os exigiremos trabajo y obediencia. Una vez hayáis muerto, no os exigiremos nada. En otros lugares es mejor vivir que morir. Pero aquí podemos hacer que sea preferible morir que vivir. ¿Me entendéis, tracios?

Está saliendo el sol. Se los encadena y llevan sus cadenas hacia la escarpa. Allí se las quitan. La breve frescura de la mañana ya ha desaparecido. Se les entregan herramientas, picos de hierro, barrenos, barras. Se les muestra una veta blanca en la roca negra, en la base de la escarpa. Puede ser el comienzo de una vena; puede no ser nada. Deben extraer la roca negra y dejar al descubierto la piedra que contiene oro.

El sol se ha remontado en el cielo y el terrible calor del día comienza de nuevo. Picos y barras y barrenos. Espartaco enarbola un martillo. Cada hora hay medio kilo más de peso en el martillo. Es fuerte, pero nunca antes en su vida de trabajo hizo un trabajo como éste, y pronto cada músculo de su cuerpo se retuerce y gime bajo la tensión. Es muy sencillo decir que el martillo pesa más de ocho kilos; pero no hay palabras para describir las torturas de un hombre que enarbola y descarga tal martillo hora tras hora. Y aquí, donde el agua es tan preciosa, Espartaco comienza a sudar. El sudor mana de su piel, corre por su frente, y le cae en los ojos. Con toda la fuerza de su voluntad quiere que el sudor cese. Sabe que en ese clima, sudar es perecer. Pero el sudor no se detiene y la sed se convierte en un terrible, salvaje, doloroso animal dentro de sí.

Cuatro horas se han ido para siempre. Cuatro horas son una eternidad. ¿Quién mejor que un esclavo sabe cómo controlar los deseos del cuerpo? Sin embargo, cuatro horas se han ido para siempre y, cuando las botas de agua circulan entre los grupos, Espartaco siente como si muriera de sed, como lo sienten todos los tracios. Y extraen de las botas de cuero el verde y gorgoteante fluido bendito. Y entonces saben qué insensatez han hecho.

Así son las minas de oro de Nubia. Cuando es mediodía, la fuerza y el poder de trabajo han disminuido y entonces el látigo comienza a urgirlos. ¡Oh, qué gran maestría la de los capataces en el manejo del látigo! Pueden tocar cualquier parte del cuerpo, con delicadeza, suavemente, amenazadoramente, como una advertencia. Pueden tocar la ingle del hombre o su boca o su espalda o su frente. Es igual que un instrumento y puede ejecutar música en el cuerpo del hombre. La sed es ahora diez veces más intensa que antes, pero el agua se ha terminado y no se les proporcionará más hasta que termine la jornada de trabajo. Y un día así es una eternidad.

Y sin embargo termina. Todo termina. Hay un tiempo para comenzar y un tiempo para terminar. Una vez más redobla el tambor y la jornada de trabajo ha finalizado.

Espartaco deja caer el martillo y mira sus manos sangrantes. Algunos de los tracios se sientan. Uno de ellos, un muchacho de dieciocho años, se revuelca y cae sobre el costado, las piernas encogidas en apretada agonía. Espartaco se dirige hacia él.

–¿Padre... padre, eres tú?

–Sí, sí –dice, y besa al muchacho en la frente.

–Bésame entonces en los labios, porque me estoy muriendo, padre mío, y lo que queda de mi alma quiero dártela a ti.

Y Espartaco lo besa, pero no puede llorar, porque está seco y chamuscado como cuero quemado.

IV

Así terminó Baciato su relato de cómo llegaron Espartaco y otros tracios a las minas de Nubia y cómo trabajaron desnudos frente a la negra escarpa. Le había llevado mucho tiempo el contarlo. La lluvia había parado. La obscuridad era profunda y total bajo el cielo plomizo, y los dos hombres, uno entrenador de gladiadores y el otro un soldado patricio afortunado que algún día llegaría a ser el hombre más rico de su tiempo, estaban sentados en la fluctuante zona que formaba la luz de las lámparas. Baciato había bebido una buena cantidad de vino y los fofos músculos de su cara se habían vuelto más flácidos. Era ese tipo de sensualista que combina el sadismo con una enorme capacidad de autoconmiseración e identificación subjetiva, y su relato de las minas de oro había sido hecho con mucha fuerza, color y también piedad, y Craso estaba emocionado, a pesar suyo.

Craso no era ni ignorante ni insensible y había leído el vibrante ciclo que Esquilo escribió sobre Prometeo, y vio algo de lo que significaba para Espartaco emerger de donde había estado hasta el punto de que Roma no tuviera fuerzas suficientes que reunir para hacerles frente a sus esclavos. Tenía una necesidad casi apasionada de comprender a Espartaco, de imaginarse a Espartaco..., sí, y de arrastrarse un poco dentro de Espartaco, por difícil que pudiera ser, de modo que el eterno enigma de su clase, el enigma del hombre encadenado que alcanza las estrellas, pudiera él despejarlo en algo. Miró a Baciato de soslayo y reconoció que en realidad era mucho lo que le debía a aquel hombre obeso y feo, y pensó en cuál de las desaliñadas sirvientas del campamento podía contarse para que compartiera su camastro por aquella noche. En líneas generales, tal lujuria no estaba dentro de la comprensión de Craso, cuyos deseos actuaban diferentemente, pero el comandante era meticuloso en cuanto al pago de pequeñas deudas personales.

–¿Y cómo escapó Espartaco de aquel lugar? –preguntó al *lanista.*

–No escapó. Nadie escapa de un lugar así. La virtud del lugar está en la rapidez con que destruye los deseos de los esclavos de volver al mundo de los hombres. Yo compré a Espartaco allí.

–¿Allí? Pero ¿por qué? ¿Y cómo supo que estaba allí o quién era o cómo era?

–Yo no lo sabía. Pero usted piensa que mi reputación por los gladiadores es una leyenda, una ficción... Usted piensa que yo soy un gordinflón grasiento e inútil, que no sabe nada de nada. Pero, aun en mi profesión hay arte, se lo aseguro...

–Le creo –asintió Craso–. Cuénteme cómo compró a Espartaco.

–¿Está prohibido el vino en la legión? –preguntó Baciato, levantando en alto la botella vacía–. ¿O debo agregar la ebriedad a los motivos de desprecio que usted siente por mí? ¿O no se dice que el tonto suelta su lengua sólo cuando el alcohol la desata?

–Traeré más vino –respondió Craso, y se levantó y fue hasta el otro lado de la cortina, al cuarto de dormir, volviendo con otra botella. Baciato era su camarada, y Baciato no se preocupó por el corcho, sino que golpeó el cuerpo de la botella contra la pata de la mesa y llenó su copa hasta que se derramó.

–Sangre y vino –dijo, y sonrió–. Me gustaría haber nacido diferentemente y mandar una legión. Pero ¿quién sabe? Es posible que para usted el placer consista en ver pelear a los gladiadores. Yo estoy aburrido de eso.

–Ya veo suficientes combates.

–Claro, por supuesto. Pero en el circo hay un estilo y un valor que difícilmente pueden igualar ni sus propias matanzas en masa. A usted lo envían a que salve la suerte de Roma después de que Espartaco ha aplastado las tres cuartas partes del poderío de Roma. ¿Domina usted Italia? La verdad es que es Espartaco quien domina Italia. Sí, usted lo derrotará. No hay enemigo que pueda hacerle frente a Roma. Pero por el momento él tiene la ventaja. ¿Verdad?

–Sí –contestó Craso.

Librodot

–¿Y quién entrenó a Espartaco? Yo fui. Nunca peleó en Roma, pero los mejores combates no se celebran en Roma. Carnicería es lo que le gusta a Roma, pero las verdaderas grandes peleas se realizan en Capua y en Sicilia. Yo se lo digo, no hay legionario que sepa pelear, completamente cubiertos con *galea, pectoralis y humeralia,* como un niño en la matriz blandiendo esos garrotes de ustedes. Vayan desnudos a la arena, con una espada en la mano y nada más. Sangre en la arena y se la huele cuando se camina por ella. Las trompetas suenan y los tambores redoblan y el sol lo ilumina todo y las damas agitan sus pañuelos de encaje y no pueden apartar la vista de esas partes que cuelgan desnudas frente a ellas, y todos se estremecen de emoción antes de que termine la jornada, pero sus propios órganos son los que salen afuera cuando es cortado el abdomen, y usted está allí gritando cuando sus intestinos se derraman sobre la arena. Eso es pelear, mi comandante... y para hacerlo bien, la gente normal no sirve Se necesita gente de otro origen, y ¿dónde se la encuentra? Estoy dispuesto a gastar dinero para ganar dinero, y envío a mis agentes a comprar lo que necesito. Los envío a lugares donde los hombres débiles mueren rápidamente y donde los cobardes se suicidan. Dos veces al año envío agentes a las minas de Nubia. Una vez fui allí personalmente... sí, y me bastó con esa vez. Para mantener una mina en explotación hacen falta esclavos. La mayoría sirve para un par de años, no más. Otros apenas sirven para seis meses. Pero la única forma provechosa de explotar una mina es usando esclavos rápidamente y siempre comprando más. Y como los esclavos lo saben, existe siempre el peligro de la desesperación. Que es una enfermedad contagiosa. De modo que cuando hay un hombre desesperado, un hombre fuerte que no teme al látigo y a quien otros hombres escuchan, no hay nada mejor que matarlo rápidamente y empalarlo al sol de modo que las moscas puedan alimentarse de su carne y todos puedan ver el fruto de la desesperación. Pero esa forma de matar constituye un derroche y no incrementa las ganancias de nadie, de modo que he hecho un arreglo con los capataces y ellos me guardan esos hombres para mí y me los venden a un precio razonable. Ellos se guardan el dinero y nadie se perjudica. De esos hombres salen buenos gladiadores.

–¿Y así fue como compró usted a Espartaco?

–Precisamente. Compré a Espartaco y a otro tracio llamado Gannico. Usted sabe que estuvieron muy en boga los tracios porque saben manejar muy bien la daga. Un año es la daga, al siguiente la espada, el otro año la *fuscina.* En realidad hay muchos tracios que nunca han tocado una daga pero la leyenda es ésa, y las damas no quieren ver dagas en las manos de nadie más.

–¿Usted lo compró personalmente?

–Por intermedio de mis agentes. Los embarcaron a ambos encadenados desde Alejandría, y yo tengo un agente portuario en Nápoles y despacho tierra adentro en litera.

–No es un negocio de pacotilla el suyo –admitió Craso quien siempre estaba alerta en busca de dónde invertir provechosamente un poco de dinero.

–De modo que usted lo aprecia –convino Baciato mientras el vino le chorreaba por los extremos de la boca al extender sus ponderables carrillos–. Poca gente lo hace. ¿Cuánto cree que tengo invertido en Capua?

Craso negó con la cabeza:

–Nunca pensé en ello. Uno ve gladiadores y no se detiene a pensar en cuánto hubo que invertir antes de que entraran en la arena. Pero eso es lo normal. Uno ve una legión y piensa que siempre hubo legiones y que, en consecuencia, siempre las habrá.

Fue una soberbia lisonja. Baciato dejó la copa y se quedó mirando al comandante, y luego se frotó con un dedo, de arriba abajo, su bulbosa nariz.

–Adivine.

–¿Un millón?

–Cinco millones de denarios –dijo Baciato, lenta y enfáticamente–. Cinco millones de denarios. Considere eso no mas. Tengo tratos con agentes en cinco países. Tengo agentes portuarios en Nápoles. Doy de comer lo mejor, trigo entero, cebada, carne de vaca y queso de cabra. Tengo propio circo para pequeños espectáculos y parejas, pero el anfiteatro tiene una

Librodot

gran tribuna y cuesta nada menos que un millón. Aparte de la guarnición local alimento y alojo un manípulo. Para no mencionar las propinas en la misma dirección... con su perdón. No todos los militares son como usted. Y si hay que hacer combatir a los muchachos en Roma, hay que pagar cincuenta mil denarios anuales a los tribunos y a los jefes de la guardia. Y no hablemos de las mujeres.

–¿Las mujeres? –preguntó Craso.

–Un gladiador no es un peón de latifundio. Si quiere que se mantenga a la altura requerida, debe proveerle de alguien que se acueste con él. Así come mejor y pelea mejor. Tengo una casa para mis mujeres y compro solamente lo mejor, nada de rameras o mujeres ajadas, sino que todas son fuertes y sanas y vírgenes cuando llegan a mis manos. Yo sé; las pruebo. –Vació la copa, se lamió los labios y quedó dolorido y solitario–. Tengo necesidad de mujeres –se quejó sirviéndose lentamente vino–. Algunos hombres no las necesitan... Yo sí.

–¿Y esa mujer a la que llaman mujer de Espartaco?

–Varinia –dijo Baciato–. Se había concentrado en sí misma y ante sus ojos había un mundo de odio, ira y desesperación. Varinia –repitió.

–Háble me de ella.

El silencio que se produjo fue más elocuente para Craso que las palabras que siguieron.

–Cuando la compré tenía diecinueve años. Una bestiecilla germana, pero agradable de mirar, si a uno le gustan los cabellos rubios y los ojos azules. ¡Un animalejo sucio a quien debería haber matado y que Dios me asista! En cambio se la di a Espartaco. Fue una broma. Él no quería mujer alguna y ella no quería un hombre. Fue una broma.

–Háble me de ella.

–Ya le he hablado –gruñó Baciato. Se puso de pie y salió tambaleándose por entre los colgantes de las cortinas y Craso oyó cómo orinaba afuera. Era virtud del comandante insistir en su objetivo obstinadamente. El regreso a la mesa de un tambaleante Baciato no le molestó. Ni era su propósito ni le interesaba hacer un caballero de aquel *lanista.*

–Háble me de ella –insistió.

Baciato sacudió la cabeza pesadamente.

–¿No le molesta si me emborracho? –preguntó con dignidad herida.

–No me preocupa lo más mínimo. Beba todo lo que quiera –respondió Craso–. Pero usted me estaba contando que había hecho traer a Espartaco y Gannico tierra adentro en litera. ¿Me imagino que encadenados?

Baciato asintió.

–¿Usted no lo había visto antes, entonces?

–No. Lo que yo vi habría significado muy poco para usted. Pero yo juzgo a los hombres en forma diferente. Ambos estaban barbudos, sucios, completamente cubiertos de úlceras y llagas y marcados de la cabeza a los pies por los efectos del látigo. Hedían en tal forma que revolvía el estómago acercárseles. Su propio excremento seco los cubría. Se hallaban en condiciones infrahumanas y solamente sus ojos revelaban en ellos al *desperante.* Usted no los habría usado ni para limpiar sus letrinas, pero yo los mire y vi algo en ellos. Vi algo en ellos porque ése es mi arte. Los puse en el baño, los hice afeitar y les hice cortar el cabello, los friccionaron con aceite y les di de comer bien...

–¿Quiere hablarme de Varinia ahora?

–¡Maldito sea!

El *lanista* trató de alcanzar su copa de vino, pero lo hizo con tanta torpeza que la volcó. Se quedó mirando la mesa, con la vista fija en la mancha roja. Lo que vio entonces nadie podrá decirlo. Es posible que viera el pasado, y posiblemente también algo del futuro. Porque el arte de los augures no es totalmente un fraude, y únicamente los hombres, no los animales, tienen el poder de juzgar las consecuencias de sus actos. Aquél era el hombre que había adiestrado a Espartaco; había enhebrado la vida de éste a un futuro sin fin –tal como muchos hombres lo hacen– y, si bien el tracio sería olvidado e ignorado durante siglos, posteriormente sería recordado. El adiestrador de hombres que había entrenado a Espartaco estaba allí sentado

Librodot

enfrentando al líder de los hombres que debían derrotar a Espartaco; pero ambos compartían el augurio vago y confuso del entendimiento de que nadie podría destruir a Espartaco. Y porque compartían por lo menos una vislumbre de aquello, ambos estaban igualmente condenados.

Librodot

V

(Su amigo el gordo Léntulo Baciato, dijo Craso, el comandante, pero Cayo Craso, el muchacho que yacía a su lado en la cama, estaba dormitando, los ojos cerrados... y solamente había escuchado fragmentos del relato. Craso no era un buen narrador; el relato estaba en su mente, en sus recuerdos, en sus temores y en sus esperanzas. La rebelión de los esclavos había terminado y Espartaco había terminado. Villa Salaria significa paz y prosperidad, y esa paz romana que ha bendecido la tierra, y él yace allí acostado con un muchacho. ¿Y por qué no?, se preguntó. ¿Es peor que lo que hicieron otros grandes hombres?

(Cayo Craso cavilaba sobre las cruces alineadas en el camino de Roma a Capua, ya que no estaba enteramente dormido. No le preocupaba el que estuviera compartiendo la cama con el gran general. Su generación ya no sentía necesidad alguna de mitigar culpas por la racionalización de la homosexualidad. Para él era normal. La pasión de seis mil esclavos que colgaban de las cruces a los costados del camino también era normal para él. Era mucho más feliz que Craso, el gran general. Craso, el gran general, era un hombre asediado por los demonios; pero Craso, el joven de noble cuna –parientes lejanos, tal vez, ya que la familia de los Craso era una de las más numerosas de Roma en aquel tiempo– no luchaba contra demonio alguno.

(Es verdad que el difunto Espartaco era un insulto para él. Odiaba al esclavo muerto, pero abrió los ojos y miró el rostro ensombrecido de Craso, incapaz de explicar su odio.

(No estás durmiendo –dijo Craso–, no estás durmiendo, después de todo, y ésa es la historia, tal como es –si es que algo de ella escuchaste–, y ¿por qué odias a Espartaco, que ahora está muerto y desaparecido para siempre?

(Pero Cayo Craso se había perdido en sus propios recuerdos. Había sido hacía cuatro años, y Braco era su amigo. Y con Braco había viajado por la vía Apia hacia Capua, y Braco había querido agradarlo. Para halagarlo galante, rica y generosamente, ¿qué mejor que sentarse junto al hombre que uno desea en los almohadones del circo y ver cómo los hombres luchan hasta morir? En ese tiempo, hace de esto cuatro años, cuatro años antes de esta extraña noche en Villa Salaria, él compartía una litera con Braco, y éste le había lisonjeado y prometido que vería los mejores combates que pudiera haber en Capua... y que el costo no sería obstáculo. Habría sangre en la arena, y mientras miraran beberían vino.

(Y entonces había ido con Braco a ver a Léntulo Baciato, que tenía la mejor escuela y entrenaba a los mejores gladiadores de toda Italia.

(Y todo eso, reflexionó Cayo, fue hace cuatro años, antes de que hubiera una rebelión de los esclavos, antes de que nadie hubiera oído mencionar el nombre de Espartaco. Y ahora Braco estaba muerto y Espartaco también había muerto, y él, Cayo, yacía en la cama con el más grande de los generales de Roma.)

Librodot

TERCERA PARTE

Que es el relato del primer viaje a Capua hecho por Mario Braco y Cayo Craso, unos cuatro años antes de la velada en Villa Salaria, y del combate de dos parejas de gladiadores

Librodot

I

Un hermoso día de primavera, cuando Léntulo Baciato, el *lanista,* estaba sentado en su despacho, eructando intermitentemente, con su abundante desayuno haciendo un confortable bulto en su estómago, su contable griego entró en la habitación y le informó de que afuera esperaban dos jóvenes romanos, y que querían hablarle respecto a hacer combatir a algunas parejas de gladiadores.

Tanto el despacho como el contable –un esclavo jónico bien educado– eran indicios de riqueza y prosperidad por parte de Baciato. Su aprendizaje en la política de barrio y en la organización de peleas callejeras, su astucia para escalar posiciones sirviendo a una importante familia tras otra, y la habilidad organizativa que le había permitido crear una de las más numerosas y más eficientes pandillas de la ciudad, le habían proporcionado muy buenos beneficios, y la inversión de sus ahorros, cuidadosamente guardados, en una pequeña escuela de gladiadores en Capua, había constituido una inversión acertada. Como a menudo gustaba repetir, galopaba en el corcel del futuro. Un rufián podía llegar hasta allí y no más lejos, y no hay rufián que tenga astucia suficiente para elegir siempre el lado ganador. Pandillas más poderosas que la suya habían sido barridas del escenario romano por la inesperada victoria de un oponente y la furia salvaje de un nuevo cónsul.

Por otra parte, las peleas de parejas –como comúnmente se las llamaba– era un nuevo campo para inversiones y beneficios; era legal; se trataba de un negocio admitido; y cualquiera que supiera leer los signos de los tiempos adecuadamente, comprendía que estaban en sus comienzos. Un entretenimiento informal se transformaría pronto en la arrolladura locura de todo un sistema social. Los políticos comenzaban a comprender que si no se puede alcanzar la gloria de una guerra victoriosa en tierras extranjeras, se puede lograr casi otro tanto creando una réplica en escala menor en casa, y las peleas de cientos de parejas, prolongándose durante días y semanas, ya no eran cosa fuera de lo común. La demanda de gladiadores adiestrados no llegaba nunca a verse satisfecha, y los precios subían más y más. Se construían circos de piedra en ciudad tras ciudad y, finalmente, cuando se levantó en Capua uno de los más imponentes y hermosos circos de Italia, Léntulo Baciato decidió trasladarse allí y abrir una escuela de gladiadores.

Había comenzado en forma muy reducida, con una pequeña choza y un rústico corral de pelea, donde adiestraba a una pareja de gladiadores cada vez; pero sus negocios se desarrollaron rápidamente y ahora, cinco años más tarde, tenía un gran establecimiento donde eran adiestrados y alojados más de un centenar de parejas. Tenía su propio bloque de celdas de piedra, su propio gimnasio y casa de baños, su curso de entrenamiento, y su propio circo para espectáculos privados, nada parecido a los anfiteatros públicos, por supuesto, pero con capacidad para acomodar comitivas de cincuenta o sesenta personas y con amplitud suficiente para que combatieran tres parejas a la vez. Además, había establecido suficientes conexiones locales con las autoridades militares –mediante sobornos adecuados– como para tener una fuerza de tropas regulares disponibles en cantidad suficiente en cualquier momento, y de ese modo ahorrarse el gasto de mantener su propia fuerza policial privada. Sus cocinas alimentaban a un pequeño ejercito, ya que contando los gladiadores, sus mujeres, los entrenadores, los esclavos domésticos y los lecticiarios, la casa alojaba a más de cuatrocientas personas. Baciato tenía razones de sobra para estar satisfecho de sí mismo.

El despacho en que se hallaba sentado aquella soleada mañana de primavera constituía su última adquisición. Al comienzo de su carrera se había resistido a todo cuanto fuera aparentar. No era patricio y no pretendía aparentar serlo. Pero a medida que sus ganancias aumentaron, comprendió que le correspondía vivir de acuerdo con ellas. Empezó comprando esclavos griegos, y en la compra se incluyeron un arquitecto y un contable. El arquitecto lo había convencido de que debía construir un despacho al estilo griego, de techo plano y con columnas, dotado solamente de tres paredes, quedando el cuarto lado abierto a la perspectiva

Librodot

que su situación le permitía tener. Con los tapices recogidos hacia atrás, todo un lado de la habitación quedaba abierto al aire fresco y el sol. El piso de mármol y la hermosa mesa blanca desde la que dirigía sus negocios, eran del más refinado buen gusto. El lado abierto quedaba a sus espaldas y él miraba hacia la puerta de entrada. Aparte de eso, tenía una habitación para sus empleados y una sala de espera. Era un cambio considerable, sin duda, desde la época de las luchas callejeras de pandillas en los arrabales de Roma.

El contable prosiguió su información:

–Dos de ellos..., *rosillae.* Perfume, maquillaje y anillos y ropas muy costosas. Mucho dinero, pero son *rosillae,* y pueden ser un incordio. Uno es apenas un muchacho, de cerca de veintiún años, diría. El otro trata de agradarlo.

–Hágalos pasar –ordenó Baciato.

Un momento después entraron los dos jóvenes y Baciato se puso de pie con excesiva cortesía, indicando dos taburetes frente a su mesa.

Mientras ambos se sentaban Baciato los observó rápida y expertamente. Tenían aire de riqueza, pero tan sólo el suficiente como para evidenciar que no tenían que exhibirla. Eran jóvenes de buena familia, pero no dentro de la gran tradición, ya que lo que eran resultaba demasiado evidente para ser tolerado por algunas de las más severas *gens* de la ciudad. El más joven, Cayo Craso, era tan hermoso como una muchacha. Braco era algo mayor, fornido, y desempeñaba el papel dominante entre los dos. Tenía fríos ojos azules y cabello rubio, labios finos y expresión cínica. El fue quien habló. Cayo se limitaba a escuchar, mirando solamente a su amigo en forma ocasional, con respeto y admiración. Y Braco hablaba de gladiadores con la fácil familiaridad del aficionado a los juegos.

–Yo soy Léntulo Baciato, *lanista* –dijo el gordo, dándose a sí mismo el título despectivo que, se hizo la promesa, habría de costarles al menos cinco mil denarios antes de que terminara el día.

Braco hizo la presentación de ambos y entró inmediatamente en materia.

–Quisiéramos una demostración privada de dos parejas.

–¿Para ustedes dos solamente?

–Nosotros y dos amigos.

El *lanista* asintió gravemente y juntó sus manos regordetas, de modo que se vieran bien sus dos diamantes, su esmeralda y su rubí.

–Eso puede arreglarse–dijo.

–A muerte –dijo Braco con calma.

–¿Qué?

–Usted me ha oído. Quiero dos parejas, tracios, en un combate a muerte.

–¿Por qué? –preguntó Baciato–. ¿A qué se debe que cada vez que vienen ustedes los jóvenes de Roma tiene que ser a muerte? Ustedes pueden ver tanta sangre y combates de calidad igual... ¡no, superior!, en una pelea por decisión. ¿Por qué a muerte?

–Porque lo preferimos.

–Ésa no es una respuesta. Miren, miren –dijo Baciato, abriendo sus manos en procura de calma y reflexión y consideración científica de hombres que saben lo que tratan–. Ustedes piden tracios. Tengo los mejores luchadores tracios del mundo, pero ustedes no verán buenas peleas ni buen trabajo de daga si piden una pelea a muerte. Eso lo saben ustedes mejor que yo. Y es razonable. Ustedes pagan su dinero... y bueno, no hay nada más que decir. Puedo proporcionarles un día entero de juegos con punzones que será algo que jamás han visto en Roma. Para decir verdad, ustedes pueden ir al teatro y ver lo mejor de lo mejor. Pero si ustedes vienen a mí por placer personal, entonces yo defiendo mi reputación. Mi reputación no es la de un carnicero. Yo quiero ofrecerles buenas peleas, los mejores combates que puedan lograrse por dinero.

–Queremos buenas peleas –dijo Braco–. Las queremos a muerte.

–¡Eso es una contradicción!

–Para su manera de pensar –repuso suavemente Braco–. A usted le gustaría quedarse con las dos cosas, el dinero y los gladiadores. Cuando yo pago por algo, lo pago. Estoy comprando dos parejas en lucha a muerte. Y si usted no desea servirme, me voy a otra parte.

–¿He dicho yo que no quiera servirlos? Quiero servirlos mejor de lo que ustedes se imaginan. Si lo desean puedo darles series ininterrumpidas de dos parejas en la arena desde la mañana hasta la noche. Y los reemplazaré si cualquiera de las parejas resulta muy lastimada. Les proporcionaré toda la sangre y la emoción que puedan desear ustedes y sus damas, y no les cobraré más de ocho mil denarios en total. Esto incluye alimentos y vino y servicios del tipo que se les ocurran.

–Usted sabe lo que nosotros queremos. No me gusta regatear –dijo Braco fríamente.

–De acuerdo. Les costará veinticinco mil denarios. Cayo quedó impresionado (en realidad, un tanto asustado), ante la cifra, pero Braco se encogió de hombros.

–Muy bien. Tendrán que luchar desnudos.

–¿Desnudos?

–¡Como lo ha oído, *lanista!*

–Está bien.

–Y no quiero triquiñuelas... nada de que se hagan un par de tajos y se tiren en la arena y finjan estar muertos. Si ambos caen, uno de sus entrenadores los degollará a los dos. Y ellos tienen que comprender eso. Baciato asintió.

–Le daré diez mil a cuenta y el resto cuando hayan terminado los combates.

–Está bien. Haga el favor de pagarle a mi contable. Él le dará el recibo y redactará el contrato. ¿Quiere verlos antes de irse?

–¿Podríamos tener el espectáculo por la mañana?

–¿Por la mañana?...

–Sí. Pero debo advertirle que ese tipo de combate suele terminar muy rápidamente.

–¡Por favor, no me haga advertencias, *lanista!* Se volvió a Cayo y le preguntó: ¿Quieres verlos, muchacho?

Cayo sonrió tímidamente y asintió. Salieron y, una vez que Braco hubo pagado y firmado el contrato, se introdujeron dentro de su litera y fueron llevados a la playa de ejercicios. Cayo no podía apartar sus ojos de Braco. Nunca, pensó, había visto a un hombre conducirse tan admirablemente. No era solamente por los veinticinco mil denarios, ya que su asignación de mil denarios al mes era considerada munificente por cualquiera que entendiera, sino por la manera de gastarlos y la forma despreocupada de tratar de la vida humana. Era una especie de desprecio cínico al que aspiraba Cayo y que, para él, señalaba el más elevado nivel de cosmopolitismo; y, en este caso, estaba combinado con una maravillosamente fría sofisticación. Nunca en mil años habría podido tener él el coraje de exigir que los gladiadores pelearan desnudos; y ésa era una de las razones por las que iban a tener el espectáculo para su propia diversión en Capua, en vez de ir al circo en Roma.

En la playa de ejercicios los esclavos descendieron las literas. La playa de ejercicios era un lugar circundado por rejas de hierro, de cuarenta y cinco metros de largo por doce de ancho, cercado con hierro por tres lados y formando el cuarto lado las celdas de bloques de piedra en que moraban los gladiadores. Cayó comprendió que allí había un arte mucho más peligroso que el de adiestrar y mantener bestias salvajes; porque un gladiador no solamente era una bestia peligrosa, sino una que al mismo tiempo podía pensar. Una emoción deliciosa de temor y excitación lo sacudió al observar a los hombres en la playa de ejercicios. Había unos cien, cubiertos sus ijares con géneros y nada más; perfectamente afeitados, el cabello cortado casi a rape, y hacían sus ejercicios provistos de bastones y garrotes de madera. Entre ellos se movían unos seis adiestradores y ellos, al igual que todos los entrenadores, eran viejos veteranos del ejército. Los entrenadores llevaban una corta espada hispánica en una mano y una pesada manopla de bronce en la otra, y andaban cautelosa y cuidadosamente, nerviosos y alerta los ojos. Un manípulo del ejército regular estaba diseminado a intervalos en torno al lugar cercado, con sus pesados y mortíferos pilos imponiendo una extraordinaria disciplina. No era

Librodot

de maravillarse, pensó Cayo, que fuera tan alto el precio de la muerte de unos cuantos de aquellos hombres. Los gladiadores ostentaban una musculatura soberbia y tenían la gracia de una pantera en los movimientos. En líneas generales, eran de tres tipos, los tres tipos de luchador tan populares en Italia en aquellos días. Estaban los tracios –una clasificación de tipo profesional más que racial, ya que entre ellos había numerosos judíos y griegos–, que eran los que gozaban de mayor favor en aquel entonces. Luchaban con la *sica,* una daga corta y ligeramente curvada, el arma corriente en Tracia y en Judea, donde habían sido reclutados la mayoría de ellos. Los *retiarii* comenzaban precisamente su época de popularidad y luchaban con dos curiosas armas, una red de pescar y una larga lanza de tres puntas llamada tridente. Para esta categoría Baciato prefería a los africanos, hombres altos, negros, de largas extremidades, procedentes de Etiopía, y siempre los enfrentaba a los *murmillones,* una amplia categoría de luchadores que llevaban tan sólo una espada o espada y escudo. Los *murmillones* eran casi siempre germanos o galos.

–Obsérvalos –dijo Braco señalando a los negros–, son el espectáculo más notable y son los más hábiles, pero pueden volverse tediosos. Para ver lo mejor de lo mejor hay que ver a los tracios. ¿No le parece? –preguntó a Baciato.

El *lanista* se encogió de hombros.

–Cada cual tiene sus virtudes.

–Enfrénteme a un tracio con un negro.

Baciato lo miró un momento y luego sacudió la cabeza:

–No es equitativo. El tracio lleva solamente una daga.

–Yo quiero eso –dijo Braco.

Baciato volvió a encogerse de hombros, echó una mirada a uno de los entrenadores y le hizo señal de acercarse. Fascinado, Cayo observaba las líneas de los gladiadores mientras proseguían en sus precisos ejercicios. Cual si danzaran, los judíos y los tracios realizaban su trabajo con la daga, usando para ello pequeños bastoncitos y un escudito también de madera, mientras los negros tenían redes y largas lanzas de madera que en su apariencia no eran otra cosa que palos de escoba, y los enormes y rubios germanos y galos finteaban con espadas también de madera. Nunca en su vida había visto hombres tan en forma, tan ágiles, tan dotados de gracia, aparentemente tan incansables, como aquellos que ejecutaban esos pasos de danza, una y otra vez y otra más. Allí, a la luz del sol tras las barras de hierro, comunicaban hasta Cayo –hasta aquella pobre, retorcida y contaminada conciencia– un sentimiento de piedad por el hecho de que existencias tan espléndidas y vitales pudieran servir tan sólo para el matadero. Pero fue apenas un destello; nunca antes había experimentado Cayo tan intensa excitación ante la perspectiva de un evento futuro. El aburrimiento habíase posesionado de su vida cuando aún era un niño. Ahora no estaba aburrido.

El entrenador estaba explicando:

–La daga tiene solamente filo en un lado. Si la daga cae dentro de la red, el tracio está perdido. En la escuela lo consideramos un mal ejercicio. No es equitativo.

–Tráigalos –ordenó Baciato secamente.

–¿Por qué no con un germano?...

–¡Estoy pagando por ver tracios –insistió Braco fríamente–, y no me discuta!

–Lo has oído –dijo el *lanista.*

El entrenador llevaba un pequeño silbato de plata colgado del cuello. Lo hizo sonar secamente tres veces y los gladiadores tomaron posición de descanso.

–¿Cuáles quiere? –preguntó a Baciato.

–Draba.

–¡Draba! –gritó el entrenador.

Uno de los africanos se volvió y caminó hacia ellos, arrastrando la red y la lanza. Todo un gigante, brillante su piel negra bajo el lustre de la transpiración.

–David.

–¡David! –gritó el entrenador.

Librodot

Éste era un judío, delgado, con fisonomía de halcón, labios delgados y de expresión amarga y ojos verdes en un rostro bien rasurado, curtido por el sol. Sostenía la daga de madera con unos dedos que se contraían y extendían, y miró a los visitantes sin verlos.

–Un judío –dijo Braco a Cayo–. ¿Has visto alguna vez a un judío?

Cayo negó con la cabeza.

–Va a ser emocionante. Los judíos son muy hábiles con la *sica.* Es todo lo que saben en materia de combate, pero lo hacen muy bien.

–Polemus.

–¡Polemus! –gritó el entrenador.

Polemus era un tracio, muy joven y agradable y bien parecido.

–¡Espartaco!

Este se unió a los otros tres. Los cuatro hombres se quedaron allí, separados de los dos jóvenes romanos, del *lanista* y de los lecticiarios, por la reja de hierro de la playa de ejercicios. Al mirarlos, Cayo comprendió que se trataba de algo realmente nuevo, algo diferente y extraño y terrible dentro de sus propios términos. No se trataba sólo de la ceñuda y resentida masculinidad que evidenciaban –masculinidad que casi nunca existió en el círculo de sus amistades–, sino de la forma en que se reconcentraban frente a él. Eran hombres adiestrados para luchar y matar, no como luchan los soldados, no como luchan los animales, sino como luchan los gladiadores, que es algo completamente diferente. Estaba mirando a cuatro máscaras aterradoras.

–¿Les parecen bien? –preguntó Baciato. Ni aunque le costara la vida, Cayo habría podido responder o siquiera articular una palabra, pero Braco dijo fríamente:

–Sí, salvo ése de la nariz rota. No tiene aspecto de luchador.

–Las apariencias engañan –le hizo notar Baciato–. Éste es Espartaco. Es muy hábil, muy fuerte y muy rápido. Lo he elegido por una razón: es muy rápido.

–¿Con quién lo va a enfrentar?

–Con el africano –respondió Baciato.

–Muy bien. Espero que valga el precio –dijo Braco.

Así fue cómo y cuándo Cayo vio a Espartaco; aunque cuatro años más tarde había olvidado los nombres de los gladiadores y sólo se acordaba del sol, el olor y las emociones del lugar y del olor de los cuerpos de aquellos hombres chorreando sudor.

Librodot

II

He aquí a Varinia, que yace despierta en la obscuridad y no ha dormido en toda la noche ni un solo instante; pero Espartaco, que yace junto a ella, duerme. ¡Qué profunda y totalmente dormido está! El suave fluir de su respiración, la inhalación y la exhalación del aire, que es el combustible que alimenta el fuego de su vida interior, es más regular que nunca, como todos los flujos y reflujos del mundo de la vida, y Varinia piensa en ello y sabe que cuanto está en paz y asido a la vida tiene la misma regularidad, se trate del movimiento de las olas, del transcurrir de las estaciones, o de la fricción del óvulo dentro de la mujer.

Pero ¿cómo es posible que un hombre duerma de ese modo, sabiendo lo que tendrá que enfrentar cuando despierte? ¿Cómo puede dormir al margen de la muerte? ¿De dónde procede su tranquilidad?

Muy suavemente, lo más suavemente posible, Varinia lo toca y roza su piel, su carne y sus miembros, mientras yace en la obscuridad. La piel es elástica y fresca y viviente; los músculos están distendidos; los miembros están sueltos y en reposo. El sueño es precioso; para Espartaco, dormir es vida.

(Duerme, duerme, duerme, mi adorado, mi amor, mi querido, mi bueno, mi terrible... Duerme. Duerme y conserva tu fuerza, hombre mío, hombre mío.)

Suave y cuidadosamente, todo su gesto es como un susurro. Varinia se aprieta contra él, de modo que su carne se una cada vez más a la de él, sus largos miembros apretados a los suyos, sus pechos en plenitud estrechándose a él, y finalmente su rostro tocando el suyo, mejilla contra mejilla, sus dorados cabellos desparramados cual dorada corona sobre él, mitigado ahora su terror por los recuerdos y por el amor, porque no es fácil que el temor y el amor aniden juntos.

(Una vez ella le dijo: «Quiero que hagas algo. Quiero que hagas algo de lo que hacemos en nuestra tribu porque creemos en algo». Él le sonrió. «¿En qué creen en vuestra tribu?» Ella le replicó: «Te reirás», y él respondió entonces: «¿Río yo acaso? ¿He reído alguna vez?». Entonces ella le dijo: «En la tribu creemos que el alma entra al cuerpo por la nariz y por la boca, mezclada con la respiración, poco a poco. Estás sonriendo». Y él le dijo: «No me río de ti. Sonrío ante las maravillosas cosas que cree la gente». A lo que ella respondió: «Es porque eres griego y los griegos no creen en nada». Él le dijo que no era griego, sino tracio, y que no era cierto que los griegos no creyeran en nada, sino que, por el contrario, los griegos creían en las mejores y más hermosas cosas que pueda creer la gente. A esto su respuesta fue que le tenía sin cuidado lo que creyeran los griegos, sino si él quería o no hacer lo que hacían en la tribu. ¿Iba a poner su boca junto a la suya y respirar y exhalar su alma dentro de ella? Y luego ella haría lo mismo con él y por los tiempos de los tiempos sus almas estarían unidas y serían una persona en dos cuerpos. ¿O acaso tenía miedo? Y a esto él le respondió diciendo: «¿Puedes imaginarte las cosas a las que yo pueda temer?».)

Ella yace con él en el delgado jergón sobre el piso de su celda. La celda es su hogar. La celda es su castillo. Toda su vida conjunta ha transcurrido en aquel cubículo de piedra que mide metro y medio por poco más de dos metros y que contiene sólo un orinal y un jergón. Pero aun dichos objetos no son suyos; nada les pertenece, ni ellos mismos se pertenecen, y ella yace junto a él ahora, tocándole el rostro y los miembros y sollozando dulcemente... ella a quien nadie vio llorar a la luz del día.

(«No doy mujeres, las presto –gustaba decir Baciato–. Se las presto a mis gladiadores. Un gladiador no es bueno en la arena si sus partes se contraen. Un gladiador no es un lecticiario. Un gladiador es un hombre y si no es un hombre nadie pagará diez denarios por él. Y un hombre necesita una mujer. Compro a las incorregibles porque son baratas y, si no puedo amansarlas, mis muchachos lo harán.»)

La noche pasa y el primer halo gris del amanecer entra en la celda. Si Varinia se pusiera de pie, en toda su altura, su cabeza llegaría al nivel de la única ventana de la celda. Si tuviera que

mirar fuera de la celda, vería la pista enrejada de la playa de ejercicios y más allá a los dormidos soldados que montan la guardia día y noche. Eso lo sabe muy bien. Celda y cadenas no son lo natural en su vida, como lo son en la de Espartaco.

(Esta mujer tan particular llenó a Baciato de ansiedad y deleite. Sus agentes la habían comprado en Roma por muy poco, en realidad por sólo quinientos denarios, de modo que sabía que la mercadería difícilmente carecería de defectos, pero sólo mirarla despertó ansiedad en él y lo deleitó. Porque era alta y de hermosa figura, como solían ser muchas de las muchachas de las tribus germanas, y Baciato admiraba a las mujeres altas y atractivas. Y, además, era muy joven, de no más de veinte o veintiún años de edad, y a Baciato le encantaban las mujeres jóvenes.

Y más aún, era bastante hermosa y tenía una gran cabellera rubia, y Baciato prefería a las mujeres hermosas con finos cabellos. De modo que no es difícil comprender por qué despertó en el *lanista* tanta ansiedad y lo deleitó tan intensamente.

(Pero la impureza estaba allí y él la descubrió la primera vez que trató de llevársela a la cama. Ella se transformó en una gata salvaje. Se convirtió en un monstruo que daba puntapiés, escupía, arañaba, mordía, y como era grande y fuerte, le costó buen trabajo golpearla hasta dejarla inconsciente. Durante la lucha, todos los objetos de valor que decoraban el dormitorio quedaron hechos pedazos, inclusive un hermoso jarrón griego que él tuvo que usar para golpearla en la cabeza hasta que dejó de luchar. Su ira y frustración fueron tales que creyó que habría sido plenamente justificado el matarla; pero cuando sumó los delicados jarrones, las lámparas y las estatuitas a su costo original, consideró que la inversión era demasiado elevada para permitirle dejarse llevar por la ira. Ni podía de buena fe venderla en el mercado por un precio de acuerdo con su apariencia. Posiblemente porque había comenzado como rufián en los arrabales de Roma, Baciato se preocupaba extraordinariamente por la ética comercial. Se enorgullecía del hecho de que nunca había vendido nada por falsas apariencias. En cambio decidió dejar que los gladiadores la domesticaran, y como ya sentía una poco razonable antipatía por el extraño y silencioso tracio llamado Espartaco –cuyo exterior ovejuno ocultaba una llama respetada por todos los gladiadores de la escuela–, lo eligió como compañero.)

(Se complació en observar a Espartaco cuando le entregó a Varinia y le dijo: «Ésta es la compañera con quien vivirás. Dale hijos o no, como quieras. Haz que te obedezca, pero no la lastimes ni deformes». Eso fue lo que le dijo a Espartaco mientras éste permanecía silencioso e impasible, mirando con calma a la muchacha germana. Varinia no estaba hermosa en esa ocasión. Había dos cicatrices en su rostro. Un ojo estaba hinchado hasta cerrarse, amarillo y púrpura, y había magulladuras verdes y púrpura en su frente, la nuca y los brazos. «Mira lo que recibes», dijo Baciato, arrancándole el vestido ya en jirones que le había dado, y entonces la muchacha quedó desnuda frente a Espartaco. En ese momento Espartaco la vio y la amó, no por su desnudez, sino porque sin vestidos no estaba desnuda y no se encogió ni trató de cubrirse con los brazos, sino que permaneció allí, sencilla y orgullosamente, sin mostrar ni dolor ni pena, sin mirarlo a él ni a Baciato, pero ensimismándose, conteniendo su mirada, su alma y sus sueños, y conteniendo todas aquellas cosas, porque había decidido entregar la vida, que para ella ya no tenía valor alguno. Su corazón fue en busca de ella.)

(Esa noche ella se arrinconó humildemente en un extremo de la celda, y él no la molestó ni hizo el menor ademán de acercarse a ella, salvo preguntarle cuando comenzó a refrescar: «¿Hablas latín, muchacha?». No hubo respuesta. Entonces le dijo: «Te hablaré en latín porque no sé hablar germano, y como ha comenzado a refrescar quisiera que usaras mi jergón, muchacha...». Pero tampoco hubo respuesta. De modo que empujó el jergón hacia ella y lo dejó entre los dos, y por la mañana estaba allí, y ambos habían dormido sobre las piedras. Pero ésa había sido la primera gentileza sincera de que había sido objeto Varinia desde que la habían apresado en los bosques germanos un año y medio antes.)

Y en esta húmeda noche, que se disuelve en el día, el recuerdo de la primera noche vuelve a ella, y con el recuerdo surge de ella hacia el hombre que duerme a su lado un amor tan intenso que éste tendría que ser de piedra para no sentirlo. Se agita y, de pronto, abre los ojos y la ve

Librodot

brumosamente en la media luz del amanecer y, no despierto del todo aún pero viéndolo todo con mirada interior, la atrae hacia sí y comienza a acariciarla. –¡Oh, querido mío, querido mío! –dice ella.

–Déjame.

–¿Y dónde encontrarás la fortaleza para hoy, amado mío?

–Déjame, tengo fuerzas de sobra.

Entonces ella se deja estar en sus brazos mientras silenciosamente fluyen las lágrimas.

Librodot

III

Esa mañana se librará el combate, y esa certeza se detecta en el ambiente, y cada uno de los doscientos y tantos desdichados gladiadores lo sabe y responde a ese electrizante conocimiento. Dos parejas se desangrarán en la arena porque dos jovenzuelos han venido de Roma con mucho dinero y en busca de emociones. Dos tracios, un judío y un africano, y como el africano ha sido adiestrado con la red y el tridente, habrá una flagrante desigualdad. Esto muchos *lanistas* no lo permitirían, porque aun cuando uno adiestre a un perro no es para enfrentarlo a un león, pero Baciato es capaz de cualquier cosa por dinero.

El negro, Draba, despierta esa mañana, y en su propia lengua dice: «Día de la muerte, yo te saludo».

Yace en su jergón y piensa en su mujer. Medita sobre el hecho extraño de que todos los hombres, por desdichados que sean, tienen recuerdos de amor, de caricias, de besos, de juegos, de alegrías, de canciones y danzas, y que todos los hombres tienen miedo a morir. Hasta cuando la vida carece de todo valor, se aferran a ella. Aun cuando están solos y lejos del hogar y desprovistos de toda esperanza y toda perspectiva de regresar a su hogar, y están sometidos a todas las indignidades y penas y crueldades y son alimentados como si fueran simples bestias y se los adiestra para que otros se diviertan, aun en esas circunstancias se aferran a la vida.

Y él, que una vez fuera un honesto hombre de su casa, con hogar, mujer e hijos propios, a quien se escuchaba en la paz y se honraba en la guerra; él, que era todo eso, recibe ahora una red de pescar y un tridente y se lo envía a luchar, para que la gente se ría de él o bata las palmas por él.

Murmura la hueca filosofía de los de su condición y su profesión: *«Dum vivimus, vivamus».*

Pero es hueca y no proporciona consuelo, y le duelen los huesos y los músculos al ponerse en pie para comenzar el día y forzar su cuerpo y su mente a la tarea de dar muerte a Espartaco, a quien ama y a quien valora por encima de todos los hombres blancos del lugar. Pero acaso no se ha dicho: «Gladiador, no hagas amistad con gladiadores».

Librodot

IV

Primero fueron a los baños, los cuatro juntos y en silencio. De nada valía hablar, ya que nada había que ellos pudieran decir, y ya que habrían de estar juntos desde entonces hasta entrar a la arena, hablar sólo podría empeorar las cosas.

Los baños ya estaban calientes, y rápidamente se sumergieron en las turbias aguas, como si por todo debiera pasarse sin pensar y sin hacer consideraciones. La casa de baños estaba casi a obscuras, en sus doce metros de largo por seis de ancho, iluminada, una vez que la puerta hubo sido cerrada, por una sola y pequeña lámpara de mica, colgada del techo. Bajo aquella pálida luz el agua del baño era gris obscura, cubierta por el vapor de agua que surgía de la misma, proveniente de las piedras calentadas al rojo que habían sido arrojadas en ella, lo que llenaba todo el baño de un aire saturado de vapor. Penetró en cada poro del cuerpo de Espartaco, aflojó sus músculos y le produjo una extraña sensación de reposo y comodidad. El agua caliente era una maravilla inagotable para él, y nunca logró lavarle del todo de la muerte seca del desierto de Nubia. Y nunca pudo entrar a la casa de los baños sin detenerse a reflexionar sobre el cuidado que se prestaba a los cuerpos de aquellos a quienes se preparaba para morir y a quienes se adiestraba para producir tan sólo muerte.

Cuando producía las cosas que dan vida, trigo y cebada y oro, su cuerpo estaba sucio, era una cosa inútil, algo vergonzoso e inmundo, digno tan sólo de ser golpeado y apaleado, de ser cubierto de puntapiés y latigazos y condenado al hambre, pero ahora era una criatura de muerte y por eso su cuerpo era tan precioso como el amarillo metal que había extraído de las minas de África.

Y, aunque parezca extraño, recién entonces afloró en él el odio. Antes no había lugar para el odio; el odio es un lujo que precisa de alimentos y fuerza y hasta tiempo para, en cierto modo, reflexionar en él. Ahora tenía esas cosas y a Léntulo Baciato como objetivo viviente de su odio. Baciato era Roma y Roma era Baciato. Odiaba a Roma y odiaba a Baciato; y odiaba todo cuanto fuera romano. Había nacido y había sido criado para que se dedicara a la labranza de los campos, el pastoreo del ganado y la extracción de minerales de las minas; pero solamente en Roma había llegado a ver que se educara y adiestrara a hombres con el fin de que se despedazaran a cuchillazos y se desangraran en la arena para risa y emoción de hombres y mujeres bien educados.

De los baños fueron a las mesas para masajes. Como siempre, Espartaco cerró los ojos al derramársele sobre la piel el fragante aceite de oliva y mientras cada uno de sus músculos era ablandado bajo los dedos ágiles y expertos del masajista. La primera vez que le ocurrió aquello tuvo la sensación de ser un animal atrapado, lo invadió una sensación de pánico y terror, de que la insignificante libertad de que era poseedor o hubiera poseído, su propia carne, era invadida por aquellos dedos que lo exploraban y palpaban profundamente. Ahora, sin embargo, podía descansar y sacarle el máximo de ventaja a lo que le proporcionaba el masajista. Doce veces había yacido como ahora; doce veces había luchado, ocho en el gran anfiteatro de Capua, bajo la instigadora demanda de la multitud vociferante y enloquecida por la sangre, cuatro veces en el circo particular de Baciato, para edificación de dos expertos en matanzas que venían de las poderosas y legendarias urbes, que él nunca había visto, a pasar el día con sus damas o sus amantes masculinos contemplando el combate de los luchadores.

Ahora, como siempre que yacía sobre la mesa de masaje, revivía esos momentos. Los tenía grabados en la mente. Ninguno de los horrores de las minas o de los campos era comparable al horror que se apoderaba de uno cuando debía entrar a la arena apisonada del circo; no había temor como ese temor; ninguna indignidad era comparable a aquella indignidad de ser elegido para matar.

Y de ese modo aprendió que no había forma de vida humana inferior a la del gladiador, y que su cercana proximidad a la bestia era recompensada con el mismo ansioso cuidado otorgado a los caballos de raza, aunque Léntulo Baciato o cualquier otro romano se habría

Librodot

sublevado ante la idea de que se matara a un buen caballo en la arena. Llevaba su propio manto de temor y de indignidad, y ahora el masajista trazaba con sus dedos la trama de cada hebra y de cada contrahebra del tejido de cicatrices.

Había tenido suerte. Nunca le habían seccionado un nervio, ni quebrado un hueso, ni vaciado un ojo, ni había recibido un puntazo de daga en el tímpano o la nuca ni sufrido ninguna de esas heridas especiales y particulares que tanto temían sus camaradas y con las que soñaban en noches de sudor, agonía y terror. Nunca lo habían desjarretado ni le habían perforado los intestinos. Todas sus heridas habían sido simples *mementa,* como las llamaban ellos, y no podía ni quería atribuirlo a habilidad.

¡Habilidad en el matadero! «Ningún esclavo se convierte en soldado», decían ellos. Pero él era rápido como un gato, casi tan rápido como el judío de ojos verdes, la criatura del odio y del silencio que yacía en la mesa junto a la suya, y era muy fuerte y muy precavido. Aquello era duro..., pensar y no enfadarse. *Ira est mors.* Y los que se enfadan en la arena, mueren. El temor era algo distinto, pero no la ira. Para él no era duro. Toda su vida sus pensamientos habían sido el instrumento de la supervivencia. Poca gente sabía eso. «El esclavo no piensa absolutamente en nada.» Y «el gladiador es una bestia». Eso decían, y era obvio, pero dentro de él era completamente al revés. De vez en cuando un hombre libre sobrevive por el pensamiento; pero de día en día el esclavo debe pensar en vivir, que es otra clase de pensamiento, pero pensamiento al fin. El pensamiento era el compañero del filósofo, pero el adversario del esclavo. Cuando Espartaco dejó a Varinia esa mañana, la borró de su vida. Ella no debía existir, para él. Si él vivía, ella viviría, pero ahora no estaba ni vivo ni muerto.

Los masajistas finalizaron su labor. Los cuatro esclavos descendieron de las mesas y se envolvieron en las largas túnicas de lana, las mortajas, como se las llamaba, y cruzaron el patio en dirección al comedor. Los gladiadores ya estaban desayunando, cruzados de piernas sobre el suelo y tomando los alimentos de pequeñas mesitas situadas frente a ellos. Cada hombre recibía una ración de leche agria de cabra y un tazón con potaje de trigo cocido con trocitos de grasa de cerdo. El *lanista* daba bien de comer y muchos de los hombres que llegaban a su escuela saciaban su apetito por primera vez en sus vidas, al igual que los condenados antes de ser clavados en dos crucifijos. Pero para los cuatro que tenían que aparecer en la arena, había solamente un poco de vino y unas pocas rebanadas de pollo frío. No se pelea bien con el estómago lleno.

De todos modos Espartaco no tenía apetito. Los cuatro se sentaron aparte de los otros, y los cuatro compartieron su desdén por los alimentos. Bebieron el vino. Tomaron un trozo o dos de carne y en ciertos momentos se miraron entre ellos. Pero ninguno habló, y la de ellos fue una pequeña isla de silencio en el sordo parloteo que llenaba el comedor. Ni tampoco los otros gladiadores les dirigieron la palabra ni les prestaron mucha atención. Tal era la cortesía del último desayuno.

Todos sabían ya que habían sido emparejados. Nadie ignoraba que Espartaco lucharía contra el negro y que se trataría de daga contra red y tridente. Todos sabían que el tracio y el judío habían sido elegidos para formar la otra pareja. Espartaco habría de morir y lo mismo iba a ocurrirle al joven tracio. La culpa la tenía Espartaco. No solamente se había acostado con la muchacha germana y había hablado siempre de ella como de su esposa y no de otro modo *que* como esposa, sino que hacía que los hombres lo quisieran. Ninguno de los hombres sentados en el recinto podría haber expresado eso explícitamente. Ellos no sabían por qué había ocurrido o precisamente cómo había ocurrido. Todo hombre tiene su modo. Todo hombre tiene miles de pequeños gestos y acciones. La manera suave del tracio, su rostro ovejuno de labios gruesos y nariz quebrada, todo aquello revelaba una calidad que hacía que los hombres aceptaran sus juicios y que fueran a él con sus temores y sus querellas, y que lo buscaran en procura de consuelo y de ayuda para adoptar decisiones. Y cuando él decidía algo, hacían lo que él había dicho. Cuando les hablaba en su suave latín, de curiosa acentuación, ellos aceptaban sus palabras. Él les hablaba y ellos se consolaban. Parecía ser un hombre feliz. Había mantenido la cabeza erguida, cosa que era muy extraña en un esclavo.

Librodot

Nunca inclinó su cabeza. Nunca levantó la voz ni jamás se puso furioso. Su actitud satisfecha lo distinguía de los demás, y de ese modo andaba en aquella impía compañía de entrenadores asesinos y hombres condenados.

–Los gladiadores son animales –solía decir Baciato–. Si uno piensa en ellos como si fueran gente, uno pierde toda perspectiva.

El sencillo hecho era que Espartaco se negaba a ser un animal, y por tal razón se lo consideraba peligroso, y por grande que fuera su habilidad con la daga y por muy beneficioso que pudiera resultar el alquilarlo, Baciato prefirió su provechosa muerte. El desayuno había terminado. Los cuatro hombres que eran privilegio, como decían irónicamente en su propio argot, se alejaron caminando. Eran cosa prohibida aquella mañana. Pero Gannico se acercó a Espartaco, lo abrazó y lo besó en los labios. Era extraño hacer eso y el precio a pagar muy elevado –treinta azotes–, pero entre los gladiadores había pocos que no comprendieran por qué lo había hecho.

V

En el año que siguió, Léntulo Baciato recordó muchas veces aquella mañana y muchas veces sometió los acontecimientos a escrutinio en un intento de comprender si aquellos hechos que conmovieron la tierra podían serle imputados a él. No estaba convencido, por cierto, de que así fuera, y no le resultaba difícil aceptar el hecho de que todo cuanto había ocurrido a continuación había acontecido porque dos petimetres romanos habían deseado ver un combate a muerte. Nunca transcurría una semana sin que hubiera un espectáculo privado en que en su propio circo se presentaran una, dos o tres parejas de gladiadores, y no podía ver que aquello era muy diferente. También pensó en la suerte que habían corrido algunas casas de vecindad que poseía en la ciudad de Roma. Aquellas casas de vecindad, o *insulae,* como se las llamaba, constituían, según público reconocimiento, una de las mejores inversiones que podía hacer un hombre de negocios. No estaban sujetas a ninguna de las vicisitudes de las empresas comerciales; daban una renta permanente y siempre en aumento. Pero en el aumento de esa renta existía cierto peligro. Al comienzo Baciato adquirió dos casas, una de cuatro pisos y una de cinco pisos. Cada una de ellas tenía doce viviendas por piso, y cada vivienda costaba a su inquilino más de novecientos sestercios al año.

No necesitó mucho tiempo Baciato para darse cuenta de que un hombre interesado en obtener provecho no hacía otra cosa que aumentar el número de plantas de las casas de vecindad. Algunos basureros sin sentido de empresa poseían casas de planta baja; los hombres ricos poseían edificios de muchas plantas. Rápidamente el *lanista* elevó la casa de cinco a siete plantas, pero cuando agregó la primera planta a la casa de cuatro se produjo un derrumbe que la dejó reducida a ruinas, acongojándolo no sólo con la pérdida enorme que ello implicaba, sino también con la muerte de veinte de sus inquilinos, lo que significó agregar nuevos gastos a la fortuna que debió destinar a sobornos. Algo parecido a esto, es decir, el aumento de cantidad que redundaba en cambios en la calidad, se producía allí en relación a los gladiadores, aunque Baciato sabía que en la práctica él no era peor que la mayoría de los *lanistae* y, en verdad, en mejor que muchos de ellos.

Es cierto que había sido una mala mañana. Primero fue azotado Gannico. No era bueno azotar a un gladiador, pero al mismo tiempo la disciplina de la escuela debía ser la más estricta disciplina del mundo. La violación de la más elemental regla disciplinaria por parte de un gladiador tenía que ser castigada, y el castigo debía ser rápido y despiadado. En segundo lugar, había resentimiento entre los gladiadores por el hecho de que un hombre con daga hubiera de enfrentarse a otro con red y tridente. Tercero, allí estaba la lucha misma.

Baciato estaba esperando en el circo la llegada de los huéspedes. Independientemente de lo que Baciato pensara de aquellos romanos en sentido personal, había que hacer honor al dinero, de lo que tenía plena conciencia. Allí donde encontraba a un millonario –no simplemente a un hombre que tuviera millones de sestercios, sino a uno que pudiera gastarlos– quedaba anonadado ante su propia convicción de ser una rana tan pequeña en un estanque tan grande. Cuando era jefe de pandilla en las calles de la urbe, su sueño consistía en llegar a acumular los cuatrocientos mil sestercios que le darían derecho a ser admitido en la orden de los caballeros. Cuando se convirtió en caballero, sin embargo, comenzó primero por comprender lo que la riqueza significaba, y, pese a todo cuanto había trepado –mediante su propia sagacidad también–, descubrió que aún había un interminable horizonte de peldaños delante de él.

Hay que cumplir cuando el cumplido es merecido. Por eso estaba allí esperando la llegada de Cayo, Braco y los demás; y, en consecuencia, no sabía que Gannico se había hecho merecedor a los treinta azotes. En cambio, acompañó a los huéspedes hacia el palco que había sido construido para ellos, un palco colocado a altura suficiente como para que pudiera verse cualquier lugar de la arena sin necesidad de tener que levantarse o inclinarse. Él mismo dispuso los almohadones de los canapés, de modo que los visitantes pudieran reclinarse con la

Librodot

mayor comodidad y facilidad posible al contemplar los combates. Se les había traído vino helado y pequeños potes con confituras y pichoncitos en miel, de modo que pudieran satisfacer el apetito y calmar la sed. Un toldo a rayas los protegería del sol matutino, y dos esclavos domésticos estaban apostados allí con abanicos de plumas, para el caso de que la fresca mañana se transformara en un caluroso mediodía. Mientras supervisaba los arreglos de la escena, el corazón de Baciato se inflamaba de orgullo, ya que allí había todo cuanto cualquiera pudiera pedir, por delicado que fuera su gusto. Y para que no se aburrieran desde la llegada hasta el momento en que comenzaran los juegos, había dos músicos y una bailarina en la pista del circo.

No es que ellos prestaran mucha atención ni a la música ni a la danza, ya que apuntaban a cosas mucho más importantes, y, según el amigo casado de Braco –Cornelio Lucio era su nombre–, a juzgar por su nervioso parloteo, aquello era lo que hacía falta para vivir decentemente en Roma en esos días. Baciato permanecía allí y escuchaba; estaba ansioso por saber qué era lo que se necesitaba para vivir decentemente en esos días, y la conversación lo sorprendió cuando escuchó que Lucio había pagado cinco mil denarios por un nuevo *libarius,* una fortuna por un hombre que tan sólo horneaba pasteles.

–Pero no se puede vivir como un cerdo..., ¿no es así? –preguntó Lucio–. Ni siquiera en la forma en que vivía mi padre. Si se quiere comer decentemente, son necesarios por lo menos cuatro: el pastelero, el *cocus,* el *pistores* e indudablemente el *dulciarius,* o de lo contrario hay que enviar al mercado por dulces ya cocinados y arreglárselas sin eso.

–No veo cómo podría uno arreglarse sin eso –dijo su esposa–. Todos los meses un nuevo *tonsores;* nadie que no fuera un dios podría afeitarte bien, pero si yo pido un peinador o un masajista extra...

–No es que se necesiten cien esclavos –le dijo Braco afablemente–: es preciso adiestrarlos, y aun cuando se los haya adiestrado, hay que considerar si el esfuerzo vale la pena. Tengo un *privata* para mi ropa, un griego de Chipre, capaz de recitar a Homero de memoria durante horas. ¡Imagínense! Nunca limpia ni lava. Todo lo que le pido es que mantenga algún orden en mis ropas. Tengo un armario para las túnicas. Todo lo que deseo es que cuando ya no quiero una túnica determinada la coloquen en ese armario. Una túnica en el armario donde se guardan mis túnicas. Podría enseñársele a un perro a que lo hiciera, ¿verdad?

De modo que si yo digo: «Raxides, dame mi túnica amarilla», pueda darme mi túnica amarilla. Pero no es así. Y ocuparía más tiempo enseñarle a él que hacerlo yo personalmente.

–Tú no puedes hacer eso personalmente –protestó Cayo.

–No..., por supuesto que no. Muchacho, mira qué clase de vino nos sirve el *lanista.*

Baciato fue rápido.

–Cisalpino –alardeó enseñando la jarra.

Braco escupió delicadamente con un dedo al costado de la nariz.

–¿Cómo se le ocurrió poner almohadones si yo no le dije que quisiéramos almohadones? ¿Tiene vino de Judea, *lanista ?*

–Por supuesto, y del mejor. Un rosado claro, el más claro de los rosados. –Y gritó a uno de los esclavos que trajera vino de Judea inmediatamente.

–Díselo a él –le dijo Lucio a su esposa, que le estaba susurrando algo.

–No...

Braco se inclinó hacia ella, le tomó la mano y la apretó contra sus labios.

–¿Quieres decirme algo, querida?

–Te lo diré al oído.

Le habló al oído y Braco respondió:

–Por supuesto, por supuesto. –Y entonces le dijo a Baciato–: Traiga aquí al judío antes de que pelee.

Baciato nunca alcanzaba a descubrir el fondo de las acciones que realizaba la gente bien nacida. Sabía que había algo oculto, pero no podía precisarlo en modo alguno, y no podía encontrar un resquicio o razón que le diera la pauta que le permitiera ocultar su origen en un

esquema de comportamiento. Cada grupo que alquilaba su circo para un espectáculo privado se comportaba diferentemente. ¿Quién podía entenderlos?

Baciato mandó a buscar al judío.

Éste llegó entre dos entrenadores, entró en el palco y se quedó allí esperando de pie. Aun estaba cubierto con su larga y rústica túnica de lana, y sus claros ojos verdes parecían piedras. Nada vio con aquellos ojos. Simplemente se quedó allí.

La mujer sonrió tontamente. Cayo estaba espantado. Era la primera vez que un gladiador estaba al alcance de su mano, sin pared ni barrotes entre ellos, y no bastaban los dos entrenadores para tranquilizarlo. No había nada de humano en aquel judío de ojos verdes y fina boca, la nariz ferozmente ganchuda y el cráneo rapado.

–Dígale que se quite la túnica, *lanista* –ordenó Braco.

–Desvístete –murmuró Baciato.

El judío continuó de pie unos instantes; luego, de pronto, dejó caer la túnica y permaneció desnudo delante de ellos, el musculoso cuerpo tan inmóvil como si hubiera sido tallado en bronce. Cayo se quedó mirándolo fascinado. Lucio se hacía el aburrido, pero su esposa fijó la mirada en él con la boca ligeramente abierta, la respiración dificultosa y acelerada.

–*Animal bipes implume* –dijo Braco, con voz cansina.

El judío se agachó, recuperó su túnica, se volvió y desapareció. Los dos entrenadores lo siguieron.

–Hágalo pelear primero –dijo Braco.

Librodot

VI

Por aquel entonces la ley no exigía que, cuando un tracio o un judío lucharan en la arena con la tradicional daga, o tal vez mejor, con el cuchillo ligeramente curvado, que se conocía como *sica,* se le proporcionara un escudo de madera para defenderse, y aun cuando aquella ley fue aprobada, con frecuencia se la ignoraba. El escudo, al igual que los tradicionales grebas y casco de bronce, se imponían al dramatismo esencial que implicaba el uso del cuchillo, en especial al increíble juego de movimiento y agilidad que exigía a los gladiadores. Hasta unos cuarenta años antes –y hasta esa época la lucha de parejas era bastante infrecuente– al combate corriente en el circo se le llamaba *samnites,* y los gladiadores luchaban con pesada armadura, llevando el gran escudo oblongo de la legión, el *scutum,* y la espada hispánica, la *spatha.* Aquel espectáculo no era ni muy emocionante ni muy sangriento, y el chocar de escudo contra escudo y espada contra espada podía prolongarse durante horas, sin que ninguno de los pares se hiriera mayormente. Asimismo, en esos tiempos el *lanista* era más despreciado que un proxeneta; por lo general, se trataba de un jefecillo de pandilla que hacía pelear a unos cuantos esclavos agotados y dejaba que se acuchillaran hasta que uno de ellos caía muerto por la enorme pérdida de sangre o por extenuación. Muy a menudo, el *lanista* era también proxeneta, es decir, era tratante de gladiadores y de prostitutas simultáneamente.

Dos innovaciones revolucionaron la lucha de parejas e hicieron de un espectáculo aburrido la locura de Roma y llevó a muchos *lanistae* a ocupar bancas en el Senado, poseer residencias veraniegas y amasar fortunas millonarias. La primera fue resultado de la penetración militar y comercial de Roma en África. Los negros, muy raros en el pasado, hicieron su aparición en el mercado de esclavos, con su altura y fortaleza. Un *lanista* tuvo la idea de darle a un negro una red y un tridente y enfrentarlo en el circo a una espada y un escudo. Esto conquistó inmediatamente la fantasía de los romanos; los juegos dejaron de ser fortuitos. El proceso se completó con la segunda innovación, que fue resultado de la penetración en Tracia y Judea y el descubrimiento de dos razas fuertes e independientes de campesinos cuya arma principal en la guerra era un cuchillo corto, curvo y afilado como una navaja. Aun más que los *retiarii,* es decir, los hombres de la red, este hecho transformó el combate de gladiadores. Rara vez se usaba el escudo o la armadura. El pesado chocar del *samnites* evolucionó hacia la velocidad de relámpago de los duelos con daga, electrizantes, plenos de horripilantes heridas, abundante derramamiento de sangre, destripamiento, habilidad y dolor y movimientos de centella.

Como le decía Braco a su joven compañero:

–Una vez que se ha visto a los tracios no se desea otra cosa, ¿sabes? Cualquier otra cosa resulta muy tediosa, aburrida y sin sentido. Un combate en que participen tracios es lo más emocionante que hay en el mundo.

Era el momento de las parejas. La bailarina y los músicos se habían retirado. La pequeña pista se hallaba vacía y desierta bajo el cálido sol de la mañana. Un silencio estremecedor y doloroso se instaló en el lugar, y los cuatro romanos, la dama y los tres caballeros, yacían sobre sus canapés bajo el toldo a rayas, bebiendo el rosado vino de Judea, a la espera de que los juegos comenzaran.

Librodot

VII

En la sala de espera, que consistía en un pequeño cobertizo abierto hacia la arena del circo, los tres gladiadores –los dos tracios y el negro– estaban sentados a la espera del regreso del judío. Estaban sentados en un banco, presas del infortunio; estaban *consignados,* como se solía decir. La vergüenza era su única compañía; no había para ellos ni gloria, ni amor, ni honor. El africano dijo finalmente, rompiendo el silencio que se habían impuesto voluntariamente:

–*Quem di diligunt adolescens moritur.* Si los dioses te quieren, harán que mueras en la adolescencia.

–No –dijo Espartaco.

Y entonces el africano le preguntó:

–¿Crees en los dioses?

–No.

–¿Crees que hay otra vida después de ésta?

–No.

–Entonces, ¿en qué crees, Espartaco? –preguntó el africano.

–Creo en ti y creo en mí.

–Tú y yo –dijo Polemo, el joven y bien parecido tracio– somos carne en la mesa de la carnicería del *lanista.*

–¿En qué más crees, Espartaco? –preguntó el negro.

–¿En qué más?... ¿Con qué sueña el hombre? Cuando un hombre va a morir, ¿en qué sueña?

–Te diré lo que expresé antes, –declaró suavemente el negro, resonante y apesadumbrada la voz que le salía de lo profundo del pecho–y te diré lo siguiente: estoy demasiado solo y muy lejos de mi hogar *y* muy amargado a causa de esta lejanía. No quiero seguir viviendo. No te mataré, camarada.

–¿Es éste un lugar para la clemencia?

–Éste es un lugar para el cansancio y yo estoy fatigado.

–Mi padre era esclavo –dijo Espartaco– y me enseñó la única virtud. La única virtud del esclavo es la de vivir.

–Los dos no podemos vivir.

–Y el único favor que la vida concede al esclavo es el de que, al igual que el resto de la gente, no sabe cuándo morirá.

Los guardianes les habían oído y con sus lanzas golpearon en la pared del cobertizo, exigiendo silencio. El judío regresó; de todos modos no había hablado; nunca solía hacerlo. Permaneció en la puerta, embozado, con la cabeza inclinada por el pesar y la vergüenza. Sonó una trompeta. El joven tracio se puso de pie, temblándole el labio inferior por la tensión, y él y el judío dejaron caer sus túnicas. La puerta se abrió y, desnudos, uno al lado del otro, entraron en la arena.

El africano no mostró interés. Estaba aferrado a la muerte. Cincuenta y dos veces había luchado con la red y el tridente y había salido indemne, pero ahora se había roto el lazo que lo ataba a la vida. Estaba allí en el banco, inmerso en sus recuerdos, agobiado, la cabeza entre las manos; pero Espartaco saltó hacia la puerta y acercó los ojos a un resquicio con el fin de poder ver, de poder saber. No tomó partido. El tracio era de su pueblo, pero el judío era algo que le laceraba el corazón de curiosa y extraña manera. Cuando una pareja luchaba a muerte, uno tenía que morir pero la esencia del hecho era la vida, mientras la vida persistiera. La esencia de Espartaco era la vida. La gente reconocía eso en él. Era la supervivencia en grado supremo; y ahora acercaba sus ojos a la rendija de la puerta para poder ver el centro de la arena.

Librodot

La visión al comienzo estaba bloqueada por la pareja, pero las figuras de los gladiadores se fueron empequeñeciendo a medida que avanzaron hacia el centro de la pista y estuvieron frente a aquellos que habían comprado su carne y su sangre. Sus sombras los seguían; sus cuerpos estaban obscurecidos y resplandecientes de aceite. Entonces se apartaron diez pasos, y cada uno quedó enmarcado en la orilla de su radio visual, con el sol y la arena entre ellos. Espartaco veía el palco donde habían tomado asiento los romanos; cubría el final de lo que alcanzaba su vista un amplio y alegre pabellón de color rosa, amarillo y púrpura, con el toldo a rayas y el lento movimiento de los abanicos de plumas del personal de esclavos. Allí estaban sentados los que habían comprado la vida y la muerte, el grupito minoritario y poderoso, y todos los pensamientos que pueden ocurrírsele a un hombre, por lo menos en cada edad de los tiempos, todos esos pensamientos se le hicieron presentes a Espartaco.

El entrenador, arbitro del circo, entró en la pista. Llevaba los dos cuchillos en una bandeja de madera pulida, y los ofreció simbólicamente a quienes habían pagado el costo del espectáculo.

Al inclinar la bandeja hacia ellos, el sol brilló sobre el pulido metal de las hojas, treinta centímetros de reluciente acero, afiladas como navajas, hermosamente labradas, con mango de nogal obscuro. Los cuchillos eran ligeramente curvados, y el menor roce del filo contra la piel bastaba para seccionarla.

Braco hizo la señal y en Espartaco el odio fue como el roce de uno de aquellos afilados cuchillos desde la cabeza a los pies; mas luego, controlada y desapasionadamente, observó a los gladiadores elegir sus armas y alejarse de su campo de visión. Pero él conocía los movimientos que estaban haciendo; conocía cada uno de tales movimientos. Observándose el uno al otro con el cauteloso horror y agudeza mental de los condenados, ambos estaban midiendo los veinte pasos de espacio asignado. Se inclinaron y con arena frotaron sus puños y la superficie de las manos. Ahora estaban agachados y cada músculo temblaba cual tenso resorte y sus corazones latían con fuerza de máquinas.

El entrenador hizo sonar su silbato de plata y los dos gladiadores volvieron a entrar en el campo visual de Espartaco. Desnudos, agachados, cada cual con el reluciente cuchillo aferrado a la palma de la mano derecha, se habían desprendido de su condición humana. Eran dos animales. Se movían en círculo, igual que animales, arrastrando los pies, con pasos cortos, pegados a la arena caliente. Se acercaban y se alejaban en convulsivos movimientos, y los romanos estaban aplaudiendo, mientras el pecho del judío se había cubierto de un hilo de sangre, cual si fuera una banda.

Pero ninguno de los dos parecía tener noción del daño infligido. Su concentración en el otro era tan intensa, tan absoluta, tan absorbente, que todo el mundo parecía tener en ellos su centro de rotación. El tiempo cesó; toda la vida y la experiencia estaban concentradas en cada uno de ellos, y la intensidad con que ambos se estudiaban mutuamente se hizo penosa. Y una y otra vez volvieron a fundirse en lo que parecía una única convulsión de fuerza y de decisión, trabados, la mano izquierda agarrando la derecha, uno frente al otro, cuerpo contra cuerpo, rostro contra rostro, las muñecas apretadas, forcejeando y gritando en silencio el deseo de acercarse, cortar y matar. La transición era ahora completa; se odiaban mutuamente; un solo propósito los animaba, el propósito de la muerte, ya que sólo matando podían sobrevivir. Apretados el uno contra el otro, como estaban, los músculos rígidos y tensos, los dos se hicieron uno, una entidad rota dentro de ella misma.

Mientras la carne y la sangre pudieron soportarlo, estuvieron tensos en aquel abrazo prieto, y entonces se rompió y se separó, y a todo lo largo del brazo del tracio había una franja de rojo. A una distancia de doce pasos se quedaron jadeantes, odiándose y estremeciéndose, ambos cubiertos de arriba abajo con sangre y aceite y sudor, la sangre chorreando y manchando la arena a sus pies. Entonces el tracio atacó. El cuchillo tendido hacia delante, se lanzó sobre el judío y el judío se dejó caer sobre una rodilla, paró el cuchillo hacia arriba y arrojó al tracio malherido por el aire. Y aun antes de que el tracio cayera al suelo el judío ya estaba sobre él. Fue el momento supremo de horror y de extrema emoción de la pelea. La

Librodot

muerte cortaba en trozos al tracio. Se retorció, rodó convulso, usó sus pies descalzos para atajar el terrible cuchillo, pero el judío estaba de nuevo sobre él, cortando y apuñalando, mientras el joven tracio se debatía desesperadamente, incapaz de asestar un golpe mortal.

El tracio pudo ponerse en pie; su cuerpo sangrante, roto, literalmente saltó por el aire y cayó sobre los pies y allí se detuvo, pero la vida y la fuerza se le estaban escapando. La explosión que lo había puesto de pie había agotado hasta lo más profundo el recipiente de su fortaleza. Con una mano buscó el equilibrio y apretó el cuchillo con la otra y se balanceó de acá para allá, finteando con el arma para mantener al judío a distancia. Pero el judío se mantuvo a distancia sin hacer intento alguno por acercársele nuevamente... Y en verdad no hacía falta alguna acercarse, porque el tracio estaba deshecho, el rostro cruzado por un tajo, las manos, el cuerpo, las piernas cubiertos de heridas, sangrando copiosamente en el charco húmedo y creciente de la arena bajo sus pies. Y no obstante aún no había terminado el drama supremo de la vida y de la muerte.

Los romanos salieron del trance y comenzaron a gritarle al judío, en forma chillona, ronca, imperiosa:

–*¡Verbera!* ¡Ataca! ¡Ataca!

Pero el judío no se movió. Tenía solamente una cuchillada a través del pecho, pero el movimiento del combate había hecho que la sangre se extendiera por todo su cuerpo. De pronto lanzó el cuchillo contra la arena, donde se clavó cimbreante. Y se quedó de pie, con la cabeza inclinada hacia abajo.

En un instante la oportunidad pasaría. El desnudo tracio, que vestía ahora un atuendo de roja sangre que cubría cada palmo de su cuerpo, cayó sobre una rodilla. Había dejado caer su cuchillo y estaba muriendo rápidamente. Los romanos gritaron y el entrenador se lanzó a través de la pista blandiendo un largo y pesado látigo de cuero. Dos soldados lo siguieron.

–¡Pelea, escoria! –bramó el entrenador, y el látigo cayó sobre la espalda del judío y se enroscó en su abdomen–. ¡Pelea! –El látigo volvió a golpearle, pero él no se movió y entonces el tracio rodó sobre su rostro, tiritó un poco y comenzó a quejarse, al principio con débiles gritos que fueron aumentando en intensidad hasta alcanzar un crescendo arrancado del fondo mismo de su doblegado cuerpo.

Los gritos de dolor cesaron y quedó tendido e inmóvil; y entonces el entrenador dejó de azotar al judío. El africano se había unido a Espartaco en la rendija de la puerta. Ambos observaban sin hablar.

Los soldados se acercaron al tracio y lo aguijonearon con sus lanzas. Se movió un poco. Uno de los soldados desenganchó un pequeño pero pesado martillo que colgaba de su cinturón. El otro soldado, usando como cuña su lanza en el costado del cuerpo del tracio, hizo que se diera la vuelta. Entonces el primer soldado le aplicó un terrible golpe en la sien con el martillo, golpe que lo hizo hundirse en la suave superficie del cráneo. Después de esto, los soldados saludaron a los espectadores con el martillo impregnado de sesos. Al mismo tiempo otro entrenador hizo entrar un asno a la arena. El animal llevaba un brillante aderezo de plumas sobre la cabeza y arneses de cuero de los que colgaba una cadena. La cadena fue atada a los pies del tracio y los soldados hostigaron al asno con sus lanzas, de modo que galopó en torno a la pista, arrastrando tras de él el sangriento cadáver, del que en esos momentos se desprendía la masa encefálica. Los romanos aplaudieron el espectáculo y la dama hizo tremolar su pañuelo, deleitada.

A continuación, la arena bañada en sangre fue removida y aplanada, para dar lugar a la música y a la danza antes de que comenzara la lucha de la segunda pareja.

Librodot

VIII

Baciato corrió apresuradamente al palco de sus clientes, para pedirles disculpas, para explicarles por qué, habiendo ellos pagado tan bien, el judío había fallado en el final mismo de la lucha, al no proceder a cortar una arteria del cuello o del brazo de modo que abundante sangre proporcionara al final del combate el rico colorido que se requería; pero Braco, con una copa de vino en la mano, le impuso silencio con la otra:

–Ni una palabra, *lanista.* Fue delicioso. Ha sido suficiente.

–Pero yo tengo mi reputación.

–Al demonio con su reputación. Pero, espere... Le diré lo que tiene que hacer. Traiga aquí al judío. No lo castigue en otra forma. Cuando un hombre ha peleado bien, basta con eso, ¿no es cierto? Tráigalo aquí.

–¿Aquí? Bueno, en realidad... –comenzó a decir Lucio.

–¡Por supuesto! No trate de limpiarlo. Que venga como está.

Mientras Baciato iba a cumplir el mandato, Braco comenzó el intento de explicar, como intentan tan a menudo los conocedores y con las mismas concesiones a lo fútil, la precisa belleza y pericia de lo que acababan de ver.

–Si entre cien peleas de parejas uno ve una como esta tiene suerte. Un momento de gloria es mejor que una hora de tediosas fintas. Éste es el famoso *avis jacienda ad mortem.* Una lucha a muerte... ¿y qué mejor muerte que ésta puede esperar un gladiador? Consideren las circunstancias. El tracio mide al judío y sabe que él lo aventaja...

–Pero fue el primero en hacer correr sangre –objetó Lucio.

–Lo que no significa nada. Lo más probable es que nunca hubieran peleado antes. De ahí la adopción de precauciones. Cada uno tenía que hacer una serie de pasos para conocer al otro. Si hubieran estado en igualdad de condiciones, habrían finteado, lo que habría significado habilidad y aguante; pero cuando se trabaron el judío rompió el abrazo y golpeó en el brazo del tracio. Si hubiera sido el brazo derecho en vez del izquierdo, la cosa habría terminado allí; pero tal como se produjo, el tracio sabía que lo aventajaban y se jugó todo en un golpe a fondo... un golpe a fondo con el cuerpo. Nueve gladiadores entre diez habrían parado el golpe e intentado trabarse con el otro, e inclusive habrían preferido recibir un mal golpe para pararlo. ¿Saben ustedes lo que significa parar uno de esos cuchillos con todo el peso del cuerpo de un hombre detrás de ellos? ¿Por qué mandé buscar al judío? Les mostraré...

Mientras hablaba, el judío había aparecido, todavía desnudo, oliendo a sangre y a sudor, visión salvaje, terrible de hombre de pie ante ellos, la cabeza inclinada, temblándole aún los músculos.

–¡Arrodíllate! –ordenó Braco.

El judío no se movió.

–¡Arrodíllate! –gritó Baciato.

Los dos entrenadores que estaban con él tomaron al judío y lo forzaron a arrodillarse ante los romanos, y Braco exclamó triunfalmente mientras le señalaba la espalda:

–¡Miren aquí!... ¡Aquí! No son las marcas del látigo. Miren cómo está cortada la piel; como si la uña de una dama lo hubiera rasguñado. Allí fue donde lo tocó el cuchillo del tracio cuando lanzó todo su cuerpo contra él. *Avis jacienda ad mortem! Déjelo, lanista* –dijo Braco a Baciato–. No más látigo. Déjalo estar y sacarás una fortuna de él. Yo mismo me encargaré de darlo a conocer. ¡A tu salud, gladiador! –gritó Braco.

Pero el judío permaneció impasible, la cabeza inclinada.

Librodot

IX

–Llorarán las piedras –dijo el negro–, y las arenas sobre las que caminamos sollozarán y gemirán de dolor, pero nosotros no lloraremos.

–Nosotros somos gladiadores –respondió Espartaco.

–¿Tienes corazón de piedra?

–Yo soy esclavo. Me imagino que un esclavo debería tener corazón de piedra o no tenerlo. Tú tienes buenas cosas de qué acordarte, pero yo soy *koruu,* y nada tengo que recordar que merezca la pena.

–¿Por ese motivo puedes contemplar esto sin emocionarte?

–De nada me valdrá emocionarme –respondió Espartaco sin entusiasmo.

–No te conozco, Espartaco. Tú eres blanco y yo soy negro. Somos diferentes. En mi tierra, cuando el corazón de un hombre se llena de pena, el hombre llora. Pero en ti, tracio, las lágrimas se han secado. Mírame. ¿Qué es lo que ves?

–Veo a un hombre llorando –dijo Espartaco.

–¿Y soy menos hombre por eso? Óyeme, Espartaco, no pelearé contra ti. ¡Condenados y malditos sean ellos, malditos para siempre! No pelearé contra ti, Espartaco, como lo oyes.

–Si no peleamos, moriremos los dos –respondió en voz baja Espartaco.

–Entonces, mátame, amigo mío. Estoy cansado de vivir. Estoy enfermo de vivir.

–¡Quietos ahí!

Los soldados golpearon la pared del cobertizo, pero el negro se volvió y dio un puñetazo contra la pared, que hizo temblar todo el cobertizo. Después se contuvo repentinamente y se sentó en el banco y apoyó la cabeza entre las manos. Espartaco se acercó a él, le levantó la cabeza y tiernamente limpió las gotas de sudor de su frente.

–Gladiador, no hagas amistad con gladiadores.

–¿Espartaco, para qué ha nacido el hombre? –susurró dolorosamente el negro.

–Para vivir.

–¿Es ésa la respuesta completa?

–La única respuesta.

–No comprendo tu respuesta, tracio.

–¿Por qué, por qué, amigo mío? –preguntó Espartaco, casi implorante–. El niño conoce la respuesta en el momento mismo en que sale del seno de la madre. Tan sencilla es la respuesta.

–No es respuesta para mí –dijo el negro. Y mi corazón se parte por aquellos que me amaron.

–Y otros te amarán.

–Nunca más–dijo el negro–, nunca más.

Librodot

X

En los años siguientes, Cayo no recordaría aquella mañana de las dos parejas de Capua con gran claridad. Había muchas sensaciones en su vida, sensaciones que había comprado y por las que había pagado y Espartaco era tan sólo un nombre tracio. Los romanos sostenían que todos los nombres tracios sonaban igual: Gannico, Espartaco, Menico, Floraco, Leaco. Cayo pudo haber dicho, al relatar la historia, que el judío también era tracio, ya que en la terminología circense y en la adictiva atracción que todo el pueblo sentía por la arena se le daban dos significados a la palabra «tracio». Por una parte, tracio era el nombre que distinguía a cualquier individuo que perteneciera a los cientos de tribus que habitaban en la región sur de los Balcanes. Sin embargo, los romanos utilizaban este gentilicio de manera aún más amplia, refiriéndose con él a cualquier pueblo bárbaro que viviera al este de los Balcanes, a través de las estepas que llegan al mar Negro. Los más cercanos a Macedonia hablaban griego, pero el griego no era en modo alguno el idioma de todos aquellos a los que se llamaba tracios, como tampoco el cuchillo curvo era el arma común de todas esas tribus.

Por otra parte, en el lenguaje deportivo de la ciudad de Roma y en el argot corriente del circo, se identificaba como tracio a cualquiera que luchara con la *sica.* En consecuencia, el judío era tracio, porque Cayo no sabía, ni le importaba saber, que aquél provenía de la facción de los celotas, integrada por campesinos indómitos, de vigorosa nuca, de las colinas de Judea, que enarbolaban la bandera de la rebelión y del odio incesante contra los opresores, ya desde los viejos tiempos de los macabeos y de la primera guerra agraria. Cayo conocía poco de Judea y le interesaba menos; el judío, para él, era un tracio circunciso. Había visto la lucha de una pareja y la segunda vendría a continuación. Esta segunda pareja resultaba menos corriente, pero en sus recuerdos de lo que había ocurrido con el negro había olvidado la suerte corrida por su oponente. Recordaba con claridad, sin embargo, su entrada en la pista, avanzando ambos desde su jaula y desde la sombra hacia la arena amarilla, salpicada de manchas y bañada por el implacable sol. Los pájaros volaron, los pájaros carnívoros, *avis sanguinaria,* esos pequeños y delicados pajaritos con manchas amarillas que con tanta voracidad picoteaban la arena manchada llenando sus buches. Al igual que la arena, tenían manchas amarillas, y cuando emprendieron el vuelo fue como si montoncitos de arena hubieran saltado por los aires. Los dos hombres se detuvieron entonces en el lugar apropiado. Allí, a rendir homenaje a quienes habían comprado su sangre y su carne; he aquí el momento en que la vida carece de valor, cuando la dignidad y la vergüenza alteran el sentido de la vida. A esto es a lo que se ha llegado; la señora del mundo se divierte con la sangre.

Cayo recordaba cuan pequeño parecía el tracio comparado con el gigantesco negro africano, porque aquello era un recuerdo grabado sobre el fondo bañado por el sol de la arena amarilla y de los tableros de madera sin pintar del anfiteatro; pero no recordaba lo que había dicho Braco. Aquellas eran insignificantes palabras, sin importancia, habían desvanecido con el fluir del tiempo. Los pequeños caprichos de tales hombres nunca son causas, sólo aparentan serlo. Ni siquiera Espartaco era una causa, sino el resultado de lo que para Cayo era normal. Y el capricho que había llevado a Braco a planear aquella orgía microcósmica de muerte y sufrimiento para distracción de sus insignificantes y vacíos compañeros, no parecía ser un capricho para Cayo, sino más bien algo pleno de originalidad y emoción.

De manera que la pareja rindió su homenaje a los romanos que bebían vino y saboreaban confituras. Entonces entró en la arena el portador de las armas. Para Espartaco, el cuchillo. Para el africano, el largo y pesado tridente y la red de pescar. Ambos eran payasos en su degradación vergonzosa y sangrienta. El mundo entero había sido esclavizado para que los romanos pudieran sentarse allí a la sombra confortable de su palco y paladear confituras y beber vino.

La pareja tomó las armas. Y entonces, tal como lo vio Cayo, el negro se volvió loco. Locura era lo único que Cayo podía atribuir al hecho. Ni él, ni Braco, ni Lucio podrían haberse

remontado a la vida anterior del hombre negro, y únicamente si lo hubieran hecho podrían haber sabido que el negro no había enloquecido. Ni mentalmente podrían haberse imaginado la casa que tenía a orillas del río y los niños que su mujer le había dado y la tierra que trabajaba y los frutos de esa tierra, antes de que llegaran los soldados y con ellos los tratantes de esclavos, a cosechar la cosecha de vidas humanas que en forma tan mágica se transformaba en oro.

Así que ellos solamente vieron que el africano había enloquecido. Lo vieron arrojar la red a un costado y lanzar un salvaje alarido de guerra. Y entonces lo vieron correr hacia el palco. Un entrenador con la espada desenvainada trató de detenerlo y al instante se vio retorcido entre las púas del tridente, como un pez ensartado, y luego el negro lo levantó por los aires y lo hizo girar una y otra vez, en medio de alaridos, antes de sacudirlo contra el suelo. En ese momento, una empalizada de poco menos de dos metros obstruía el camino del gigantesco africano, pero éste arrancó las tablas que la formaban como si fueran de papel. En su fortaleza estaba transfigurado; su fuerza lo había transformado en un arma lanzada contra el palco donde estaba el grupo de romanos. Pero de todos los costados de la pista llegaban soldados. Los primeros lo rodearon, las piernas abiertas sobre la arena, y lanzaron sus lanzas, las grandes lanzas de madera con punta de hierro a las que nada en el mundo podía resistir, que habían arrasado a los ejércitos de cien naciones. Pero no arrasaron al negro. Una lanza le alcanzó por la espalda; la punta de hierro le atravesó el cuerpo y salió por el pecho, pero no consiguió detenerlo. Sí, ni eso pudo detenerlo, y aun con aquella monstruosa vara de madera clavada en su espalda, avanzó hacia los romanos. Una segunda lanza le penetró por el costado, pero siguió avanzando. Una tercera lanza se incrustó en la espalda y una cuarta se clavó en su nuca. Ahora, por fin, habían terminado con él, y sin embargo aun así el tridente empuñado en su apretada mano alcanzó a tocar la baranda del palco detrás de la cual los romanos se habían ocultado aterrorizados. Y entonces cayó, la sangre manándole a borbotones, y murió.

Hay que advertir que durante todo ese tiempo Espartaco no se había movido. Si se hubiera movido, habría muerto. Dejó caer el cuchillo sobre la arena y permaneció inmóvil. La vida es la respuesta a la vida.

Librodot

CUARTA PARTE

Que concierne a Tulio Marco Cicerón y su interés por el origen de la gran rebelión de los esclavos

Librodot

I

Que en Villa Salaria, donde un grupo de damas y caballeros romanos de buena familia se encontraron y compartieron una noche de la atenta hospitalidad de un terrateniente y caballero romano, hubiera excesiva preocupación por Espartaco y la gran rebelión que había encabezado, era algo que no podía menos que esperarse. Todos ellos habían llegado a la residencia de campo andando por la vía Apia, la mayoría por el sur, desde Roma, y Cicerón desde el norte, en dirección a Roma en su viaje desde Sicilia, donde, en su calidad de *quaestor,* ocupaba un importante puesto gubernativo. Así pues, en el trayecto se vio obligado a contemplar durante horas los símbolos de castigo, la severa e inflexible *signa poenae* que proclamaba al mundo entero que la ley romana era tan despiadada como justa.

Con todo, el menos sensible de los seres humanos no podría haber pasado por la importante ruta sin reflexionar acerca de las encarnizadas batallas que se libraron entre esclavos y hombres libres y que habían sacudido a la República hasta sus cimientos, que realmente habían estremecido al mundo entero que la República dominaba. No había esclavo en la casa de campo que no se agitara inquieto en su lecho al pensar en cuántos de su condición pendían de las innumerables cruces. Aquellas crucifixiones en particular fueron fuente de indescriptible padecimiento, y el dolor de los seis mil hombres que murieron lentamente y con tanta crueldad conmovió a toda la población de la campiña. No podía esperarse otra cosa, y era de esperar que un joven tan lúcido como Marco Tulio Cicerón se viera afectado.

Respecto a Cicerón, vale la pena hacer notar que un hombre como Antonio Cayo le acompañó hasta el camino en expresión de cortesía, que estaba mucho más allá de la debida a sus treinta y dos años de edad.

No era cuestión de linaje, de normal importancia familiar y ni siquiera de encanto personal o de cualidades que le conquistaran el favor de los otros, ya que ni sus propios amigos consideraban a Cicerón como especialmente simpático. Inteligente era, pero otros eran tan inteligentes como él. Específicamente, era uno de esos jóvenes –presentes en toda época– capaces de desprenderse de todo escrúpulo, de toda ética, de cualquier confusión sobre la moralidad en vigor, de cualquier impulso de tranquilizar la conciencia o pecado, de cualquier impulso a la piedad y a la justicia que pudiera constituir un obstáculo en el camino hacia el éxito. Esto no significa que no se interesara en la justicia, la moralidad o la piedad; estaba interesado, pero únicamente en la medida en que tuvieran algo que ver con su propio ascenso social. Cicerón no era solamente ambicioso, ya que la simple y pura ambición puede estar acompañada de ciertos elementos de emoción; Cicerón estaba fría y astutamente preocupado por el éxito, y si a veces sus cálculos se habían vuelto contra él, eso tampoco era raro en hombres de su clase.

Por aquel entonces aún no se habían vuelto contra él. Era el muchacho maravilloso que había ejercido el derecho a los dieciocho años, que había luchado en una gran campaña –exclusivamente por razones de prestigio y sin correr riesgo físico alguno– a los veinte y que, doblando los treinta, había entrado a ocupar un importante puesto gubernamental. Sus ensayos –sobre filosofía y política– y sus discursos eran leídos y admirados y si la débil sustancia que contenían la había tomado prestada, la mayoría de la gente era demasiado ignorante para saber de dónde la había robado. Conocía a la gente que le convenía y se formaba una opinión acerca de ella cuidadosamente. En ese tiempo mucha gente andaba en Roma en busca de conexiones influyentes; la virtud primigenia de Cicerón consistía en que no permitía que nada interfiriera en sus conexiones con la gente que le convenía.

Hacía mucho tiempo que Cicerón había descubierto la profunda diferencia que existía entre justicia y moralidad. La justicia era el instrumento del fuerte, concebida para ser usada a voluntad del fuerte; la moralidad, como los dioses, era la ilusión de los débiles. La esclavitud era justa; tan sólo los necios –según Cicerón– argüían que era moral. Viajando hacia el norte por la carretera, pudo apreciar los terribles sufrimientos que ocasionaban las interminables

Librodot

crucifixiones, pero no se dejó conmover. En ese tiempo estaba trabajando –siempre estaba escribiendo algo– en una breve monografía sobre la serie de rebeliones de esclavos que habían sacudido al mundo entero, y estaba profundamente interesado en los diversos tipos de esclavos ejecutados a lo largo de la vía Apia. Había puesto en juego su interés sin tomar partido, y estaba en condiciones de estudiar los diversos tipos –los galos, los africanos, los tracios, los judíos, los germanos y los griegos–que formaban la multitud de crucificados, sin experimentar ni náuseas ni piedad. Se le ocurrió que en aquel profundo interés había un reflejo de alguna nueva y poderosa corriente que había aparecido en el mundo, corriente con ramificaciones que se prolongarían hasta épocas aun desconocidas; pero también se le ocurrió que, en su época en especial, una persona que pudiera observar fríamente y analizar e interpretar aquella nueva manifestación de las revueltas de esclavos, estaría en posesión de un poder único. Cicerón sólo sentía desprecio por aquellos que odiaban sin entender las necesidades subjetivas de los objetos de sus odios.

Ésas eran cualidades que algunos veían y otros no veían en Cicerón. Cuando Claudia llegó aquella noche a Villa Salaria, no observó esas cualidades. El tipo menos complicado de fuerza era más comprensible para Claudia. Helena, por el contrario, lo reconocía y le rendía tributo. «Soy igual que tú –le decían sus ojos a Cicerón–. ¿Continuaremos esto?» Y cuando su hermano yacía en el lecho, esperando la llegada de un gran general, ella se trasladó a la habitación de Cicerón. Estaba dotada de la artificial dignidad de esas personas que se desprecian a sí mismas y se sienten reconfortadas al hacerlo, pero por qué había de sentirse inferior a aquel hombre que provenía de una familia ávida de dinero perteneciente a la clase media encumbrada, no podía decirlo. No habría podido admitir, ni incluso a sí misma, que antes de que la noche terminara hubiera hecho una serie de cosas por las que a continuación se odiaría a sí misma.

Para Cicerón, sin embargo, ella era un tipo de mujer muy deseable. Su cuerpo alto y fuerte, sus líneas rectas y sus intensos ojos obscuros representaban para él todas las legendarias cualidades de la sangre patricia. Era el objetivo particular hacia el que se habían encaramado durante generaciones los suyos, mas siempre les había resultado inalcanzable. Y descubrir dentro de un aspecto exterior como aquél las cualidades que llevaban a una mujer a la habitación de un hombre a tan avanzadas horas de la noche por una sola y obvia razón, era singularmente satisfactorio.

En ese tiempo era raro encontrar a un romano que trabajara durante la noche. El desarrollo extrañamente desigual de esa sociedad tenía uno de sus puntos débiles en la iluminación artificial, y las lámparas romanas eran pobres, chisporroteantes objetos que producían fatiga visual y, en el mejor de los casos, proporcionaban una pálida luz amarilla. Trabajar de noche, en consecuencia, especialmente una noche después de ingerir tanto vino y comida, era un signo específico de admirable o sospechosa excentricidad, dependiendo de quién fuera la persona que hiciera el trabajo. En el caso de Cicerón, era más bien digno de admiración, ya que se trataba de un joven realmente extraordinario; y cuando Helena entró en su habitación, el joven se hallaba sentado en su cama con las piernas cruzadas mientras anotaba y corregía en un manuscrito extendido en su regazo. Es posible que a una mujer de mayor edad la situación le hubiera resultado demasiado estudiada; pero Helena tenía tan sólo veintitrés años de edad, y quedó verdaderamente impresionada. Alguien que era un líder tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra seguía siendo fiel a las viejas leyendas, las de aquellos romanos que se suponía dormían solamente dos o tres horas cada noche, destinando el resto de su tiempo a la nación. Estos seres estaban consagrados. A ella le agradó la idea de que un hombre consagrado la hubiera mirado de la manera en que lo había hecho Cicerón.

Aun antes de que hubiera cerrado la puerta tras ella, Cicerón le había señalado los pies de la cama, para que se sentara –cosa obligada, por otra parte, ya que no había otro lugar cómodo en la habitación donde hacerlo– y prosiguió con su trabajo. Ella cerró la puerta y se sentó en la cama.

Librodot

¿Por qué no? Una de las cosas que habían maravillado a Helena en su vida era el que no hubiera dos hombres que abordaran a una mujer exactamente de la misma manera. Pero Cicerón no la abordó de manera alguna, y después de haber estado sentada allí durante un cuarto de hora, ella le preguntó:

–¿Qué está escribiendo?

Él la miró inquisitivo. La pregunta era superficial; se trataba de un comienzo convencional, pero a Cicerón le gustaba hablar. Al igual que tantos jóvenes de su tipo, estaba perpetuamente a la espera de la mujer que había de comprenderlo, o sea la mujer que alimentaría adecuadamente su ego, y le preguntó a Helena:

–¿Por qué me lo pregunta?

–Porque quiero saberlo.

–Estoy escribiendo una monografía sobre las rebeliones de los esclavos –declaró modestamente.

–¿Quiere decir una historia de ellos?

En aquel tiempo comenzaba a estar en boga el que ociosos caballeros de la alta sociedad se dedicaran a redactar escritos históricos, y muchos aristócratas recién llegados estaban atareados manipulando la historia de los comienzos de la República, de modo que sus antepasados y los grandes acontecimientos engranaran convenientemente.

–No es una historia –respondió Cicerón con seriedad, mientras miraba a la muchacha grave e insistentemente, expresión que él sabía que transmitía una sensación de honestidad e integridad, independientemente de su proceso íntimo de simulación–. Una historia comprendería una cronología. Yo estoy más interesado en el fenómeno, en el proceso. Si uno mirara a esas cruces, a esos símbolos castigo que bordean la vía Apia, solamente vería los cadáveres de seis mil hombres. Y podría llegar a la conclusión de que los romanos son vengativos, y no basta con que digamos que somos un pueblo justo, invocando para ello la necesidad de la justicia. Debemos explicar, aun a nosotros mismos, la lógica de esa justicia. Debemos comprender. No fue suficiente que el anciano dijera: *«Delenda est Carthago».* Eso es demagogia. Por mi parte me hubiera gustado comprender por qué Cartago debía ser destruida y por qué seis mil esclavos han tenido que ser condenados a morir en esa forma.

–Algunos dicen –manifestó Helena sonriendo– que si los hubieran lanzado a todos de golpe al mercado de esclavos, algunas fortunas muy respetables habrían quedado en la ruina.

–Un poco de verdad y mucho de falso –respondió Cicerón–. Quiero ver más allá de la superficie. Quiero ver el significado de la rebelión de los esclavos. El engaño se ha convertido en un gran pasatiempo romano; no quiero engañarme a mí mismo. Hablamos de esta guerra y de aquella guerra, de grandes campañas y de grandes generales, pero ninguno de nosotros quiere siquiera cuchichear sobre la guerra de nuestro tiempo que no cesa, que ensombrece todas las otras guerras, la guerra de los esclavos, la rebelión de los esclavos. Incluso los generales implicados en ella la mantienen secreta. No hay gloria en una guerra de esclavos. No hay gloria en el sometimiento de los esclavos.

–Pero, seguramente no es un asunto de tanta importancia.

–¿No? ¿Y las crucifixiones no fueron de importancia para usted cuando venía por la vía Apia?

–Es bastante nauseabundo. No me agrada mirar esas cosas. A mi amiga Claudia sí le agrada.

–En otras palabras, tiene alguna importancia.

–Pero todo el mundo sabe de Espartaco y su guerra.

–¿Usted cree? No estoy muy seguro. Ni siquiera estoy seguro de que Craso sepa mucho de eso. Espartaco es un misterio, por lo menos por lo que a nosotros concierne. De acuerdo con los registros oficiales, era un mercenario tracio y un salteador de caminos. Según Craso, era un esclavo de nacimiento traído de las minas de Nubia. ¿A quién creer? Baciato, el canalla que dirigía la escuela de gladiadores de Capua, ha muerto; un esclavo griego que tenía como

Librodot

contable lo degolló, y de igual modo han desaparecido o muerto otras personas que habían estado relacionadas con Espartaco. ¿Y quién va a escribir sobre él? Gente como yo.

–¿Por qué no habían de hacerlo la gente como usted? –preguntó Helena.

–Gracias, querida. Pero yo nada sé de Espartaco. Yo sólo lo odio.

–¿Por qué? Mi hermano también lo odia.

–¿Y usted no lo odia?

–No siento nada en particular –dijo Helena–. Era, simplemente, un esclavo.

–Pero ¿es que lo era? ¿Y cómo un esclavo llega a ser lo que Espartaco llegó a ser? Ése es el misterio que debo resolver. Descubrir dónde empezó y por qué empezó. Pero... ¿no la estoy aburriendo?

Había en Cicerón un aire de sinceridad que la gente captaba y creía que le sirvió de defensa cuando se lanzaron contra él tantos cargos unos años más tarde.

–Por favor, siga hablando –dijo Helena. Los hombres de la edad de Cicerón que ella conocía en Roma hablaban de los últimos perfumes, de los gladiadores por quienes apostaban, del caballo que admiraban o de sus últimas amantes o concubinas–. Siga, por favor –insistió ella.

–No confío por completo en la retórica –dijo Cicerón–. Me gusta escribir las cosas y dejar que caigan en su lugar Temo que mucha gente sienta como usted que el levantamiento de esclavos carece de mayor importancia. Pero observe: todas nuestras vidas están relacionadas con esclavos y un levantamiento de esclavos implica más guerras que las de todas nuestras conquistas. ¿Puede usted creer eso?

Ella movió la cabeza.

–Yo puedo probárselo. Comenzó hace unos ciento veinte años, con el levantamiento de los esclavos cartagineses que manteníamos en cautividad. Después, dos generaciones más tarde, se produjo la gran rebelión de los esclavos en las minas de Laurio, en Grecia. Después estalló la enorme revuelta de los mineros en Hispania. Luego, pocos años más tarde, se desencadenó la guerra de esclavos dirigida por Salvio. Ésas son solamente las grandes rebeliones, pero entre ellas se han producido miles de pequeños levantamientos, y todo en su conjunto es una sola guerra, una guerra ininterrumpida y vergonzosa, una interminable guerra librada entre nosotros y nuestros esclavos, una guerra silenciosa, una vergonzosa guerra de la que nadie habla y que los historiadores no desean registrar. Tenemos miedo de dejar constancia de ella, miedo de mirarla, porque es algo nuevo sobre la tierra. Ha habido guerras entre naciones, entre ciudades, entre grupos y hasta guerras entre hermanos, pero éste es un nuevo monstruo, engendrado dentro de nosotros mismos, metido dentro de nuestras vísceras, y que se enfrenta a todos los partidos, a todas las naciones, a todas las ciudades.

–Usted me asusta –dijo Helena–. ¿Se da cuenta de la descripción que está haciendo?

Cicerón asintió y la miró inquisitivo. Ella sintió el impulso de cubrirle las manos con las suyas y sintió una poderosa corriente de atracción hacia él. Allí estaba un hombre joven, no mucho mayor que ella, profundamente preocupado con la suerte y el futuro de la nación. Le hizo recordar las historias que había oído de los tiempos pasados, vagos recuerdos de historias de su infancia. Cicerón dejó a un lado el manuscrito y comenzó a acariciarle suavemente la mano y finalmente se inclinó sobre ella y la besó. Vivamente recordó ella entonces los símbolos de castigo, la carne descompuesta, picoteada por los pájaros, ennegrecida por el sol, de los hombres crucificados a lo largo de la vía Apia; pero solamente ahora dejaba de ser horrible, ya que Cicerón había hecho algo racional de ello, aunque en toda su vida nunca podría ella recordar el contenido de aquel raciocinio.

«Somos un pueblo singular, dotado de una gran capacidad para el amor y la justicia», pensó Cicerón. Y sintió, mientras comenzaba a hacerle el amor a Helena, que allí había por fin una mujer que lo comprendía. Mas esto no disminuyó la sensación de poder que el conquistarla le proporcionaba. Por el contrario, se sintió ampliamente dotado de poder, la extensión del poder, y era esa misma extensión, si es que la verdad ha de ser dicha, la que comprendía la lógica de lo que escribió. En un momento de mística revelación, vio el poder de sus ijares

Librodot

unido al poder que había aplastado a Espartaco y lo aplastaría una y otra vez. Mirándolo, Helena comprendió de pronto, y con horror, que su rostro estaba poseído por el odio y la crueldad. Y como siempre, ella se sometió con temor y odio hacia ella misma.

Librodot

II

Debido al enorme cansancio y al trastorno emocional que la aquejaba, Helena terminó por dormirse, y la pesadilla del despertar, que marcaba siempre sus relaciones con un hombre, se convirtió en un extraño e inquietante sueño. El sueño combinaba de tal manera realidad e irrealidad que era difícil separarlas. En su sueño recordó ella el día en que, en las calles de Roma, su hermano Cayo le había señalado a Léntulo Baciato, el *lanista.* Había ocurrido hacía apenas siete meses, y pocos días antes el contable griego había degollado a Baciato a consecuencia, como se decía en las murmuraciones, de una disputa acerca de una mujer que el griego había comprado con dinero robado al *lanista.* Baciato había logrado en cierto sentido una reputación al estar relacionado con Espartaco. En esa oportunidad se encontraba en Roma para defenderse en una querella referente a sus casas de vecindad. El edificio se había derrumbado y los familiares de seis inquilinos muertos lo habían demandado.

En su sueño lo recordaba muy bien y normalmente: un inmenso individuo obeso, producto del exceso de alimentación y disipación, que no alquilaba literas, sino que acostumbraba caminar envuelto en una gran toga, carraspeando y escupiendo constantemente y echando de la calle a bastonazos a los rapaces pordioseros que imploraban limosna. Más tarde, ese mismo día, ella y Cayo se detuvieron en el Foro y por simple casualidad ocurrió que lo hicieron ante el tribunal en que se estaba defendiendo Baciato. Esto, en el sueño, era prácticamente igual a lo que había ocurrido en la realidad. El tribunal estaba reunido al aire libre. Había un enjambre de espectadores –holgazanes, mujeres a las que les sobraba el tiempo, jóvenes de los alrededores, niños, forasteros que no querían marcharse de la gran urbe sin presenciar cómo se administraba la famosa justicia romana, esclavos que iban y venían de realizar algún recado–, y, en verdad, parecía milagroso que pudiera sentenciarse algo mínimamente razonable, no digamos justo, en medio de tal muchedumbre. Pero así era como actuaban los tribunales, semana tras semana. Baciato era interrogado y respondía a las preguntas con rugidos de toro, y todo esto era como había sido en la realidad. Pero entonces, como ocurre en sueños, se encontró sin explicación alguna de pie en el dormitorio del *lanista* observando al contable griego acercándose con un cuchillo desenvainado. El cuchillo era una curva *sica* de esas con las que los tracios luchan en el circo, y el piso del dormitorio era como el de un circo, o sea de arena, ya que ambas cosas tienen el mismo nombre, *arena,* en latín. El griego cruzó la arena con la cuidadosa agilidad de un tracio, y el *lanista,* despierto y sentado en su cama, lo miraba horrorizado. Pero ninguno de los hombres pronunció palabra alguna ni hizo ruido alguno. Entonces, junto al griego apareció una gigantesca figura, un poderoso hombre bronceado cubierto con una armadura y Helena comprendió inmediatamente que se trataba de Espartaco. Su mano se había cerrado sobre la muñeca del tenedor de libros y la había estrujado apenas, y el cuchillo cayó sobre la arena. Entonces el bronceado y bien parecido gigante, que era Espartaco, hizo una señal a Helena y ésta levantó el cuello y cortó el cuello del *lanista.* Después, el griego y el *lanista* desaparecieron y ella quedó a solas con el gladiador, pero cuando le abrió los brazos él le escupió a la cara, giró sobre sus talones y salió. Entonces ella corrió tras él, sollozando e implorando que la esperara, pero él desapareció y ella quedó sola en medio de un infinito espacio de arena.

Librodot

III

Baciato, el *lanista,* tuvo un final indigno y violento al ser asesinado por su propio esclavo, y tal vez hubiera podido evitarlo, y haber evitado asimismo otros lamentables acontecimientos si, una vez abortada la exhibición de las dos parejas organizada para Braco, hubiera ordenado ejecutar a los dos gladiadores sobrevivientes. Si tal hubiera hecho habría estado por entero en su derecho, ya que era costumbre aceptada el dar muerte a los gladiadores que dieran muestras de rebeldía. Pero es discutible afirmar que la historia hubiera cambiado mucho en caso de perecer Espartaco. Las fuerzas que lo impulsaron simplemente habrían ejercido su influencia sobre otro. Del mismo modo que el sueño de Helena, la doncella del dormir culpable de Villa Salaria, ocurrido tanto tiempo después, no se refería específicamente a él, sino al esclavo que esgrime la espada, de modo que sus sueños eran menos una posesión singular que el recuerdo sangriento y las esperanzas compartidas por tantos de los de su profesión, los gladiadores, los hombres de la espada. Esto responderá al interrogante de aquellos que no alcanzan a comprender cómo pudo gestarse el levantamiento de Espartaco. No fue concebido ni organizado por uno, sino por muchos.

Varinia, la muchacha germana, esposa de Espartaco, estaba sentada a su lado mientras él dormía, incapaz de dormir a consecuencia de sus ronquidos y de su frenético hablar en sueños. Hablaba de muchos hechos importantes. En un momento dado era aún niño y en otro se hallaba en las minas de oro, y a continuación se encontraba en la arena del circo. Ahora la *sica* había seccionado su carne y gemía de dolor.

Al ocurrir esto último, ella lo despertó, porque la pesadilla que él había estado reviviendo en sus sueños no podía ella soportarla por más tiempo. Lo despertó y lo acarició tiernamente, ya pasándole la mano por la frente, ya besándole su sudorosa piel. Varinia, cuando era una niña, había observado qué ocurría a los hombres y a las mujeres de su tribu cuando se amaban mutuamente. Se le llamaba el triunfo sobre el temor; hasta los demonios y los espíritus de los grandes bosques en que vivían los suyos sabían que aquellos que amaban eran invulnerables al temor, lo que podía verse en los ojos de los que amaban y en la manera como caminaban y en el modo en que entrelazaban sus dedos. Pero después que ella hubiera sido hecha prisionera, había olvidado esos recuerdos y el instinto primordial de su existencia se había transformado en odio.

Ahora todo su ser, la vida que la animaba en su interior, su ser y su existir, su vivir y su funcionar, el torrente de su sangre y el latir de su corazón estaban fundidos en el amor hacia aquel esclavo tracio. Comprobaba ahora que las experiencias de los hombres y las mujeres de su tribu eran muy ciertas y muy antiguas y muy sabias. Ya no temía a nada en el mundo. Creía en la magia y la magia de su amor era real y demostrable. Al mismo tiempo comprendía que era fácil amar a un hombre como el suyo. Él era uno de esos raros ejemplares humanos tallados de una sola pieza. Lo primero que se veía en Espartaco era su integridad. Era singular. Estaba satisfecho, no de lo que era, sino de lo que significaba como ser humano. Aun en aquella madriguera de hombres terribles, desesperados y condenados, en la escuela del crimen de asesinos condenados, de desertores del ejército, de almas perdidas y de mineros a los que las minas no habían podido destruir, a Espartaco se le quería y se le respetaba. Pero el amor de ella era otra cosa. Todo en él constituía lo que era la esencia de la masculinidad para las mujeres. Ella había llegado a creer que en sus entrañas había muerto para siempre el deseo, pero le bastaba tocarlo a él para desearlo. Todo en él coincidía con la imagen ideal de cómo debería ser un hombre, si ella hubiera sido la elegida para esculpirlo y darle forma. Su nariz quebrada, sus grandes ojos marrones y su gruesa y gesticulante boca conformaban un rostro totalmente diferente del de los hombres que ella había conocido en su infancia; sin embargo, no podía concebir tener un hombre o amar a un hombre que no fuera igual a Espartaco.

Librodot

Por qué él era de esa manera, ella lo ignoraba. Durante bastante tiempo ella había formado parte de la vida culta y gentil de la aristocracia romana como para conocer a sus hombres, pero no comprendía cómo un esclavo podía llegar a ser como Espartaco. Sus manos lo tranquilizaron, mientras le preguntaba:

–¿Qué estabas soñando?

Él movió la cabeza.

–Quédate apretado a mí y no volverás a soñar. La tuvo apretada contra él y le cuchicheó:

–¿Alguna vez has pensado que pudiéramos no estar juntos?

–Sí.

–¿Y qué harías en ese caso, querida mía? –le preguntó Espartaco.

–En ese caso, moriría –fue su respuesta sencilla y directa.

–Quiero hablarte de eso –dijo él, ya totalmente despierto y recuperada su calma.

–¿Por qué hemos de pensar y hablar de eso?

–Porque si me amaras lo suficiente, no querrías morir si yo muriera o me alejaran de ti.

–¿Eso es lo que piensas?

–Sí.

–¿Y si yo muriera, tú no desearías morir?

–Yo desearía vivir.

–¿Por qué?

–Porque no hay nada sin la vida.

–No hay vida sin ti –dijo ella.

–Varinia, quiero que me hagas una promesa y que la cumplas.

–Si hago una promesa, la cumpliré. De otro modo, no la haré.

–Quiero que me prometas que nunca te quitarás tú misma la vida –dijo Espartaco.

Ella permaneció en silencio unos instantes.

–¿Me lo prometes?

Finalmente, ella respondió:

–Está bien, lo prometo.

Luego, poco después, él dormía profunda y plácidamente mientras ella lo rodeaba con sus brazos.

IV

El redoble matutino del tambor los llamó a los ejercicios. Antes del desayuno había cuarenta minutos de ejercicios en el cercado. Al despertar, cada hombre recibía un vaso de agua fresca. Se abrían las puertas de las celdas. Si tenían mujeres, a éstas se les permitía que limpiaran las celdas antes de ir al trabajo como integrantes de la servidumbre de la escuela. No se desperdiciaba nada en la institución de Léntulo Baciato. Las mujeres de los gladiadores fregaban y lavaban y cocinaban y cuidaban los jardines de la cocina y trabajaban en los baños y cuidaban las cabras, y para esas mujeres Baciato era un patrón más severo que cualquier terrateniente, pronto para usar del látigo y hacerlo con frecuencia contra ellas, a las que alimentaba con un vulgar puré. Pero por Espartaco y Varinia sentía un curioso temor, si bien difícilmente podría haber expresado qué era lo que había en ellos de temible y por qué lo temía.

En aquella mañana de especial recuerdo, había, sin embargo, una nota de impaciencia y de odio en la escuela, en el redoble de los tambores al amanecer, en la forma en que los entrenadores dirigían a los hombres desde sus celdas hacia el encercado, hasta hacerlos poner en fila de frente a la verja de hierro donde el negro africano había sido crucificado después de haber sido muerto; y las mujeres fueron llevadas a latigazos a sus labores, con similar odio y crispación.

No hubo miramiento alguno hacia Varinia aquella mañana, ni el látigo fue menos severo con ella que con las demás mujeres. Más aún, el capataz la apartó de las demás en medio de comentarios muy concretos acerca de la ramera del gran luchador. Y el látigo fue más pródigo con ella que con las otras. Trabajó en la cocina, adonde había sido llevada.

El odio de Baciato impregnaba el lugar, una ira profunda y temblorosa que surgió de una de las cosas que más podían hacer montar en cólera al *lanista:* una pérdida financiera. Braco había retirado la mitad del precio convenido y, si bien iba a haber una demanda judicial con todos sus derivados, Baciato sabía qué posibilidades de salir airoso tenía en un pleito ante un tribunal romano contra una prominente familia de Roma. Los resultados de su ira se manifestaban en todos los rincones del lugar. En la cocina, el cocinero maldecía a las mujeres y las golpeaba mientras realizaban su labor, usando para ello su largo bastón de madera, símbolo de autoridad. Los entrenadores, fustigados por su patrón, fustigaban a los gladiadores, y el cadáver del negro fue llevado dentro del cercado para ser expuesto a la vista de los gladiadores mientras éstos se preparaban para sus ejercicios matutinos. Espartaco ocupó su lugar, con Gannico a un lado y un galo llamado Crixo en el otro. Formaban en dos líneas frente al bloque de celdas, y los entrenadores que los enfrentaban aquella mañana estaban poderosamente armados, especialmente armados con puñales y espadas. Las puertas del cercado fueron abiertas y ante ellas se pusieron firmes cuatro pelotones de tropas regulares, es decir, cuarenta hombres, y de sus puños colgaban a su lado poderosos dardos de madera. El sol de la mañana inundó la arena amarilla y acarició a los hombres con su calor, pero en Espartaco no había calor y cuando el germano Gannico le preguntó por lo bajo si sabía qué significaba todo aquello, movió silenciosamente la cabeza.

–¿Peleaste? –preguntó el galo.

–No.

–Pero él no mató a ninguno de ellos, y si un hombre tiene que morir, bien puede morir de mejor forma.

–¿Tendrás tú una muerte mejor que ésa? –preguntó Espartaco.

–Moriré como un perro, como morirás tú –dijo Crixo, el galo–. Moriré en la arena con las entrañas abiertas, y tú morirás de la misma manera.

Fue entonces cuando Espartaco comenzó a comprender lo que debía hacer; o mejor sería decir que su comprensión, tanto tiempo contenida en él, comenzó a consolidarse en una realidad. La realidad apenas comenzaba; la realidad nunca llegaría a ser más que un comienzo

Librodot

en él, el fin o algo que no terminaría de adentrarse en el inexistente futuro; pero la realidad estaba vinculada con todo cuanto le había ocurrido a él y a los hombres en torno a él y con todo cuanto iba a acontecer en ese momento. Clavó la vista en el enorme cadáver del africano, azotado por el sol, la piel y la carne desgarradas allí donde habían penetrado los pilos; la sangre coagulada y seca, la cabeza colgando entre los amplios hombros.

«¡Qué desprecio por la vida tienen estos romanos! –pensó Espartaco–. ¡Con qué facilidad matan, y qué enorme placer encuentran en la muerte! Y por qué no –se dijo– cuando todo el proceso de su vivir está cimentado en la sangre y los huesos de los de su propia especie.»

La crucifixión tenía para ellos una especial fascinación. Provenía de Cartago, donde los cartagineses la habían adoptado como la única muerte adecuada para un esclavo; pero allí donde alcanzaba el brazo de Roma, la crucifixión se convertía en pasión.

Baciato entró en el cercado y Espartaco, moviendo apenas sus labios, preguntó al galo, que estaba al lado suyo:

–¿Y cómo morirás tú?

–De la misma forma en que lo hagas tú, tracio.

–Era mi amigo –dijo Espartaco refiriéndose al africano– y me quería.

–Ésa es tu maldición.

Baciato ocupó su lugar ante la larga fila de gladiadores y los soldados se reunieron detrás de él.

–Os doy de comer –dijo el *lanista–,* os doy de comer lo mejor: asados, pollos y pescado fresco. Os doy de comer hasta que se os hincha el estómago. Os hago bañar y ordeno que se os hagan masajes. Os he sacado de las minas y de las cárceles y aquí vivís como reyes en la ociosidad y la despreocupación. No había nada más bajo que lo que erais antes de que llegarais aquí, pero ahora vivís cómodamente y coméis lo mejor.

–¿Eres amigo mío? –preguntó muy bajo Espartaco, y el galo respondió, casi sin mover los labios:

–Gladiador, no hagas amistad con gladiadores.

–Te llamo mi amigo –dijo Espartaco.

Baciato prosiguió entonces:

–En el negro corazón de ese perro negro no había ni gratitud ni comprensión. ¿Cuántos de entre vosotros sois como él?

Los gladiadores permanecieron en silencio.

–¡Traedme a un negro! –ordenó Baciato a los entrenadores.

Y éstos se dirigieron al lugar donde estaban los africanos y arrastraron a uno al centro del recinto. Había sido preparado de antemano. Los tambores comenzaron a redoblar y dos soldados se separaron del resto y levantaron sus pesadas lanzas de madera. Los tambores siguieron redoblando. El negro se resistía denodadamente y los soldados le atravesaron el pecho con sus lanzas, una tras otra. Quedó tendido de espaldas sobre la arena, las dos lanzas formando un curioso ángulo. Baciato se volvió hacia el oficial que estaba a su lado y dijo:

–Ahora ya no habrá más inconvenientes. El perro no se atreverá ni a gruñir.

–Te llamo mi amigo –dijo Gannico a Espartaco, y el galo que estaba al otro lado de él no dijo nada, limitándose a respirar pesada y roncamente. Y comenzaron los ejercicios de la mañana.

V

Poco tiempo después Baciato declaró ante una comisión investigadora del Senado, de manera bastante sincera, que no solamente ignoraba que se estaba tramando un levantamiento, sino que ni siquiera creía posible que tal cosa pudiera ocurrir. En apoyo de su afirmación señaló que siempre había entre los gladiadores por lo menos dos espías a sueldo, bajo promesa de perdonarles la vida. A intervalos, esos dos eran emparejados para que lucharan para cubrir las apariencias. Uno era puesto en libertad y el otro regresaba con leves signos del combate, y entonces se procedía a reclutar a un nuevo delator para formar la pareja. Baciato insistía en que el complot no podía haberse gestado sin su conocimiento.

Así había sido siempre y pese a que a menudo se habían producido levantamientos de esclavos, no había modo de localizarlos, de fijarlos, de encontrar sus raíces que, incuestionablemente, al igual que las raíces de las fresas, eran continuas e invisibles, siendo sólo visibles las plantas en flor. Se tratara de una rebelión en Sicilia en gran escala o de un abortado intento en una finca rústica, que terminaban en la crucifixión de unos centenares de desdichados, las tentativas del Senado de desarraigarlas siempre fracasaban. Y sin embargo era necesario arrancar las raices. Los hombres habían creado allí un esplendor de vida y lujo y abundancia nunca antes visto en la tierra–las guerras entre naciones habían terminado en la Paz Romana; el aislamiento de las naciones había terminado con la construcción de los caminos romanos; y en el poderoso centro urbano del mundo, no había ciudadano que careciera de alimento y placer. Y era como debía ser, como todos y cada uno de los dioses había planeado que fuera mas con el florecer del organismo había sobrevenido aquella enfermedad que no podía ser desarraigada.

Por lo cual el Senado preguntó a Baciato:

–¿Había indicios de conspiración, descontento o quizá de conjura?

–Ningún indicio –insistió.

–Y cuando usted hizo ejecutar al africano, y tenga en cuenta que consideramos su proceder bastante justificado, ¿no hubo protestas?

–Ninguna.

–Estamos especialmente interesados en saber si en este caso hubo alguna ayuda exterior, provocación extranjera de cualquier tipo.

–Es imposible que la hubiera –declaró Baciato.

–¿Y no hubo ni ayuda exterior ni se le proveyó de fondos desde el exterior al triunvirato de Espartaco, Gannico y Crixo?

–Puedo jurar por todos los dioses que no hubo tal –dijo Baciato.

Librodot

VI

Pero aquello no era totalmente cierto, pues ningún hombre está solo. La increíble fortaleza de Espartaco había hecho que nunca se sintiera solo y nunca se encerrara en sí mismo. No mucho antes de la fracasada exhibición de lucha de parejas, contratada por el adinerado joven romano Mario Braco, había habido un levantamiento de esclavos en tres grandes fincas rústicas de Sicilia. Novecientos esclavos participaron en él y todos los sublevados, salvo unos cuantos, fueron condenados a muerte, y fue solamente al final de tanto derramamiento de sangre cuando los amos comprendieron cuánto dinero se estaba perdiendo en la sangría. De modo que casi un centenar de sobrevivientes fueron vendidos a las galeras por una auténtica miseria y fue en una galera donde uno de los agentes de Baciato descubrió a un galo enorme, pelirrojo, ancho de espaldas, llamado Crixo. Y ya que los esclavos de las galeras eran considerados incorregibles, el precio era bajo e incluso los sobornos que se pagaban en las transacciones eran pequeños, y como los tratantes de esclavos que controlaban los muelles de Ostia no andaban a la busca de enredos, nada dijeron del origen de Crixo.

Por consiguiente, Espartaco no se hallaba ni solo ni desconectado de los muchos hilos que formaban un tejido especial. Crixo estaba en la celda próxima a la suya. Más de una noche, extendido a lo largo del piso de su celda la cabeza junto a la puerta, Espartaco había escuchado de labios de Crixo el relato de la continua e interminable lucha de los esclavos sicilianos, que había comenzado más de medio siglo atrás. Espartaco era un esclavo y nacido de esclavos, pero entre los de su propia clase había héroes legendarios tan maravillosos como Aquiles y Héctor y Odiseo el sabio, tan admirables y, en mayor medida, tan orgullosos, aunque no se les dedicaran canciones ni se los transformara en dioses para que los hombres les rindieran culto. Lo cual estaba muy bien, porque los dioses eran como los ricos romanos y estaban tan escasamente preocupados como ellos por la vida de los esclavos. Éstos eran hombres y menos que hombres: eran esclavos, esclavos desnudos que en el mercado eran más baratos que los asnos y que llevaban arneses en los hombros y tiraban de los arados en los campos de los latifundios. ¡Pero eran unos auténticos colosos! Eunus, que había puesto en libertad a todos los esclavos de la isla y que había aplastado a tres ejércitos romanos antes de que lograran reducirlo; Athenion, el griego; Salvio, el tracio; el germano Undart y el extraño judío Ben Joash, que había escapado de Cartago en un barco y se había unido a Athenion con toda la tripulación.

Al escucharlo, el corazón de Espartaco se henchía de orgullo y alegría, y un inmenso y purificador sentido de fraternidad y comunión le unía a esos héroes muertos. Su corazón se abría para aquellos camaradas suyos; los conocía bien; sabía lo que habían sentido y lo que habían soñado y lo que perseguían. Razas, ciudades o estados no tenían significado alguno. Su cautiverio era universal. Mas pese al momentáneo esplendor de sus rebeliones, éstas siempre habían fracasado; siempre eran los romanos quienes los clavaban en la cruz, el nuevo árbol con la nueva fruta, de modo que todos pudieran ver la recompensa que recibiría el esclavo por el hecho de querer dejar de serlo.

–Al final, siempre ocurrió lo mismo –dijo Crixo.

Y cuanto más tiempo llevaba siendo gladiador, menos era lo que decía Crixo de lo que había sido. Ni el pasado ni el futuro pueden ayudar a un gladiador. Para él sólo existía el ahora. Crixo había construido un muro de cinismo en torno suyo, y Espartaco era el único que arremetía contra el amargo caparazón del gigantesco galo. Y en una oportunidad Crixo le había dicho:

–Te haces de muchos amigos, Espartaco. Es duro matar a un amigo. Déjame tranquilo.

Aquella mañana, después de los ejercicios, estuvieron reunidos durante un rato en el recinto, antes de ir por la comida matinal. Acalorados y transpirando, los gladiadores permanecieron o se diseminaron en pequeños grupos, amortiguado su hablar debido a la presencia de los dos africanos que colgaban de las cruces junto a la cerca. Debajo del que

Librodot

había sido elegido como símbolo de castigo para los demás, había un charco de sangre fresca y los pájaros carnívoros revoloteaban y engullían y se salpicaban con ella. Los gladiadores se veían hoscos y sumisos. Aquello era sólo el comienzo, pensaban. Baciato procedería ahora a contratar combates rápidamente y los haría pelear tan pronto como pudiera. Se avecinaban malos tiempos.

Los soldados habían ido a comer bajo una pequeña arboleda, más allá del arroyo que corría junto a la escuela, y Espartaco, desde dentro del recinto, podía verlos tirados en el suelo, sin cascos, apiladas sus pesadas armas. En ningún momento les quitó la vista de encima.

–¿Qué es lo que ves? –preguntó Gannico. Hacía mucho que soportaban juntos la esclavitud; juntos habían estado en las minas y juntos habían vivido su infancia.

–No sé.

Crixo estaba de mal humor. Hacía mucho tiempo que en su interior anidaba la violencia.

–¿Qué es lo que ves, Espartaco? –preguntó entonces también él.

–No sé.

–Pero tú lo sabes todo y por eso los tracios te llaman padre.

–¿A quién odias, Crixo?

–¿El africano también te llamaba padre, Espartaco? ¿Por qué no luchaste contra él? ¿Lucharás contra mí cuando nos llegue el turno, Espartaco?

–Nunca más volveré a luchar contra gladiadores –dijo Espartaco en voz baja–. Eso lo sé. Hace un momento lo ignoraba, pero ahora lo sé.

Una media docena de gladiadores había escuchado sus palabras. Se reunieron más cerca de él. Él ya no miraba a los soldados; en cambio miraba a los gladiadores. Miraba un rostro detrás de otro. La media docena se convirtió en ocho, diez y doce, pero prosiguió sin pronunciar palabra; y la hosquedad de ellos desapareció y en sus ojos resplandeció una interrogante nerviosidad. Él los miró a los ojos.

–¿Qué es lo que haremos, padre? –preguntó Gannico.

–Cuando llegue el momento sabremos lo que tenemos que hacer. Ahora dispersaos.

El tiempo se encogió y sobre el esclavo tracio se acumularon millares de años. Todo cuanto no había ocurrido en un millar de años iba a ocurrir en las próximas horas. Ahora, nuevamente, por un instante, eran esclavos, la hez de la esclavitud, los carniceros de la esclavitud. Avanzaron hacia las puertas del recinto y de allí pasaron al comedor, a tomar la comida matinal.

En ese lugar se cruzaron con Baciato en su litera. Estaba sentado en su enorme litera, servida por ocho esclavos, acompañado por su esbelto y cultivado contable, ambos en camino hacia el mercado de Capua para comprar provisiones. Cuando pasaron por las filas de los gladiadores, Baciato advirtió la prestancia y disciplina con que marchaban, y consideró que si bien el sacrificio de un africano había sido un gasto no deseado, estaba enteramente justificado.

De ese modo, Baciato vivía, y su contable vivía también para seccionar el cuello de su amo en el futuro próximo.

Librodot

VII

Lo que ocurrió en el comedor –o cuarto del rancho, para expresarlo con mayor propiedad, donde los gladiadores se reunían para comer, nunca se sabrá ni se contará cabalmente; porque no había historiadores para dar testimonio de las hazañas de los esclavos, ni sus vidas se consideraban dignas de ser registradas; y cuando lo que hizo un esclavo tuvo que ser considerado como parte de la historia, la historia fue escrita por uno que era dueño de esclavos y los temía y los odiaba. Pero Varinia, que en esos momentos trabajaba en la cocina, fue testigo presencial de los hechos, y tiempo después le contó lo ocurrido a otra persona –cómo se verá luego–, y aunque el potente retumbar de tal acontecer vaya acallándose hasta llegar al susurro, nunca se habrá perdido del todo. La cocina estaba en uno de los extremos del cuarto del rancho. Las puertas por las que se entraba en él se hallaban en el lado opuesto.

El cuarto del rancho se había construido por indicación personal de Baciato. Muchos edificios romanos se levantaban de la manera tradicional, pero el adiestramiento y la utilización de un elevado número de gladiadores constituía algo inédito en esos años, como lo era el desmesurado interés por el combate de parejas, de manera que la enseñanza y el control de tantos gladiadores era un asunto totalmente nuevo. Baciato tomó como base una vieja pared de piedra y le agregó tres lados. El cuadrilátero formado de ese modo fue techado entonces al viejo estilo: un cobertizo de madera proyectado hacia adentro por los cuatro costados por un tramo cercano a los dos metros y medio. La parte central quedaba abierta al cielo, y el interior estaba pavimentado hasta un desagüe central, por donde escurría el agua de la lluvia. Ese método de construcción era más común un siglo antes, pero en el suave clima de Capua era suficiente, si bien en invierno el lugar era frío y a menudo húmedo. Los gladiadores comían sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, bajo el cobertizo. Los entrenadores se paseaban por el espacio descubierto del centro, desde donde podían observar más fácilmente a todos los presentes. La cocina, que consistía en un largo horno de ladrillos y azulejos y una larga mesa de trabajo, estaba en un extremo del cuadrilátero, abierta al resto del mismo; en el otro extremo había un par de pesadas puertas de madera, y una vez que los gladiadores se hallaban dentro, las puertas eran cerradas con cerrojos.

Y eso se cumplió ese día, siguiendo la rutina establecida, y los gladiadores ocuparon sus lugares y fueron servidos por los esclavos de la cocina, la mayoría de ellos mujeres. Cuatro entrenadores se paseaban por el centro del patio. Los entrenadores llevaban cuchillos y cortos látigos de cuero trenzado. Las puertas habían sido debidamente cerradas desde afuera por dos soldados, destacados del pelotón para tal tarea. El resto de los soldados se estaban sirviendo su comida matinal bajo una agradable arboleda situada a unos noventa metros de distancia.

Todo esto lo vio y tomó en cuenta Espartaco. Comió Poco. Tenía la boca seca y el corazón latía violentamente en su pecho. Nada grande se había hecho, le pareció, y no había mucho más futuro ante él que el que se ofrecía a cualquier otro hombre. Pero algunos hombres llegan a punto en que se dicen a sí mismos: «Si no hago tal o cual cosa, entonces no hay ni necesidad ni razón para que siga viviendo». Y cuando muchos hombres llegan a ese punto, entonces la tierra tiembla. La tierra iba a temblar un poco antes de que terminara el día, antes de que aquella mañana dejara lugar al mediodía y al atardecer; pero Espartaco no lo sabía. Él solamente conocía el siguiente paso, y éste era hablar con los gladiadores. Mientras se lo decía a Crixo, el galo, vio a su mujer, Varinia, observándolo desde donde se hallaba, delante de la cocina. Otros gladiadores también lo observaban. El judío David leía los movimientos de sus labios. Gannico inclinó el oído cerca de él. Un africano llamado Phraxo acercó su cabeza para oír.

–Quiero ponerme de pie y hablar –dijo Espartaco–. Quiero abriros mi corazón. Pero cuando yo hablo no hay marcha atrás y los entrenadores intentarán hacerme callar.

–No lo harán –dijo Crixo, el gigantesco galo pelirrojo.

Librodot

Aun del otro lado del cuadrilátero se percibía la intensidad del momento. Dos entrenadores se volvieron hacia Espartaco y los hombres que estaban en cuclillas en torno a él. Hicieron chasquear los látigos y desenvainaron los cuchillos.

–¡Habla ahora! –gritó Gannico.

–¿Somos perros para que hagáis chasquear los látigos sobre nosotros? –dijo el africano.

Espartaco se puso de pie y una docena de gladiadores lo imitaron. Los entrenadores amagaron con sus látigos y sus cuchillos, pero los gladiadores se lanzaron sobre ellos y los mataron rápidamente. Las mujeres mataron al cocinero. Todo esto se realizó haciendo muy escaso ruido; solo se escuchó a los gladiadores refunfuñar quedamente.

Entonces Espartaco impartió su primera orden, despacio, suavemente, sin prisa, dirigida a Crixo y Gannico y a David y Phraxo:

–Id hasta la puerta y aseguradla, de modo que yo pueda hablar.

Hubo un instante de indecisión, pero luego le obedecieron. Y cuando más adelante los lideró, la mayoría de las veces hicieron caso a cuanto dijo. Lo querían. Crixo sabía que iban a morir, pero no le importaba, y el judio David que durante tanto tiempo nada había sentido, experimentó una oleada de calor y de amor por aquel extraño, gentil y feo tracio, con su nariz rota y el rostro ovejuno.

Librodot

VIII

–Juntaos en torno a mí –dijo.

Todo había sido realizado muy rápidamente y aún no llegaba sonido alguno de los soldados estacionados afuera. Los gladiadores y los esclavos de la cocina –treinta mujeres y dos hombres– se apretujaban en torno a él, y Varinia lo miró fijamente con temor, esperanza y pavor y se abrió camino hacia él. Los que lo rodeaban abrieron un pasillo para ella; llegó hasta él y él puso un brazo en torno a ella y la mantuvo apretada a su lado mientras pensaba para sí: «Y ahora soy libre. Nunca hubo un momento de libertad para mi padre o mi abuelo, pero en este momento soy un hombre libre».

Era algo como para emborracharlo y sintió que algo le corría por el cuerpo como si fuera vino. Pero paralelamente estaba el temor. No es cosa fácil ser libre; no es ninguna pequeñez el ser libre cuando se ha sido esclavo durante mucho tiempo, todo el tiempo que uno ha conocido y todo el tiempo que el propio padre de uno conoció. También anidaba en Espartaco el terror sumiso y terco del hombre que ha tomado una decisión inalterable y que sabe que cualquier paso que dé en la dirección que ha elegido lo acercará a la muerte. Y por último un gran interrogante acerca de sí mismo, porque aquellos hombres cuyo oficio era matar habían matado a sus amos y estaban poseídos por la terrible duda que surge en un esclavo cuando se ha vuelto contra su amo. Tenían los ojos puestos en él. Para ellos era el amable minero tracio que sabía lo que había en sus razones y se había acercado a ellos, y como estaban sumidos en la superstición y en la ignorancia, tal como la mayoría de la gente de aquel tiempo, pensaban que algún dios –un extraño dios con un poco de piedad en su corazón– lo había tocado. En consecuencia, debía entendérselas con el futuro e interpretarlo como un hombre lee un libro, y conducirlos por él; y si no hubiera caminos para ellos por donde transitar, él debía hacer esos caminos. Todo eso le dijeron sus ojos; todo eso lo leyó en sus ojos.

–¿Sois vosotros mi pueblo? –les preguntó cuando se apretujaron en torno a él–. Nunca más volveré a ser gladiador. Antes moriré. ¿Sois vosotros mi pueblo?

Los ojos de algunos se llenaron de lágrimas, y se apretujaron aún más en torno a él. Unos estaban más asustados que otros, pero él les transmitió a todos una pequeña porción de gloria, lo que era maravilloso que pudiera hacer.

–Ahora debemos ser camaradas –dijo–, y ser todos como una persona, y en el pasado, la gente de mi pueblo, tal como oí contarlo, cuando salía a luchar, iba por su propia voluntad, no como van los romanos, sino por su propia voluntad, y si alguno no quería luchar, se iba y nadie se preocupaba por él.

–¿Qué es lo que haremos? –gritó alguien.

–Saldremos y lucharemos, y lucharemos bien, porque somos los mejores luchadores del mundo.

De pronto su voz se elevó de tono, y el contraste entre sus suaves maneras de antes les traspasó y se apoderó de ellos; su voz era exaltada y estentórea, y es seguro que los soldados que se hallaban en el exterior lo oyeron gritar.

–Combatiremos en parejas de tal manera que Roma mientras exista, no pueda olvidar jamás a los gladiadores de Capua.

Llega un momento en que los hombres deben hacer lo que tienen que hacer y Varinia lo sabía, y estaba orgullosa y poseída de algo parecido a la felicidad que nunca había experimentado antes; se sentía orgullosa y llena de una alegría singular, porque tenía a un hombre como no había otro igual en el mundo entero. Ella conocía a Espartaco; a su debido tiempo todo el mundo lo conocería, pero no precisamente en la forma en que ella lo conocía. Sabía, de un modo u otro, que aquello era sólo el comienzo de algo inmenso e inacabable, y que su hombre era benévolo y puro y que no había otro igual a él.

IX

–Primero los soldados –dijo Espartaco.

–Somos cinco contra uno y es posible que huyan.

–No huirán –respondió con ira–. Vosotros debéis saber eso de los soldados, que no huirán. O nos matan a nosotros o los matamos a ellos, y si los matamos, vendrán otros. ¡Los soldados de Roma no se acaban nunca!

Cuando ellos lo miraron en la forma en que lo hicieron, él les dijo:

–Pero tampoco se acaban nunca los esclavos.

Entonces comenzaron a prepararse muy rápidamente. Tomaron los cuchillos de los entrenadores y cogieron de la cocina todo cuanto podía servir como arma, los cuchillos y las hachas y los asadores y los tenedores de asar y las manos de mortero, especialmente las manos de mortero, que se las utilizaba para moler los granos para el potaje y de las que había por lo menos veinte, y que consistían en una vara de madera con una pesada masa en un extremo, también de madera, y podían ser usadas tanto como cachiporras como armas arrojadizas. También se apoderaron de la leña para el fuego y un hombre se hizo un hueso a falta de otra cosa, y las tapas de las cacerolas usaron como escudos. Sea como fuere, tenían armas y entonces, seguidos por las mujeres, derribaron las grandes puertas del cuarto del rancho y salieron a luchar.

Habían procedido muy rápidamente, pero no lo suficiente como para sorprender a los soldados. Los dos que estaban de guardia los habían prevenido y tuvieron tiempo de sobra para ponerse las armaduras y formar en cuatro manípulos de diez, y allí estaban ahora en formación en la otra orilla del arroyo, cuarenta soldados, dos oficiales y una docena de entrenadores, armados como iban armados los soldados, pesadamente, con espada, escudo y lanza. Así pues, eran cincuenta y cuatro hombres. Poderosamente armados, enfrentaban a doscientos gladiadores desnudos y casi sin armas. Eran bandos desiguales, pero las mejores posibilidades estaban del lado de los soldados, y éstos eran soldados romanos contra quienes nada en el mundo había que pudiera oponerse. Tomaron las lanzas por el asa y avanzaron en fila doble, un manípulo tras el otro. Las órdenes de los oficiales se oyeron claras y firmes en la brisa mañanera y se lanzaron hacia delante, cual una escoba, para limpiar de basura su camino. Sus pies calzados con altas botas de cuero chapotearon en el agua del arroyo. Las flores silvestres quedaron aplastadas a los lados mientras subían por la orilla, y de todas partes los demás esclavos acudieron y se congregaron en grupos para ver el increíble hecho que estaba ocurriendo. Los terribles pilos empuñados hacia atrás con los brazos doblados hacían brillar sus puntas de hierro bajo la luz del sol, y por lo que el poderío romano significaba –aun aquella modesta ramificación del poderío romano que representaban los cuatro manípulos– los esclavos deberían haberse dispersado y huido cual polvo en medio del viento.

Pero en ese momento el poderío romano se hallaba acorralado y Espartaco asumió el mando. No hay definición clara de un hombre que conduce a otros hombres; el liderazgo es algo excepcional e intangible, y más aún cuando no está respaldado por el poder y la gloria, cualquiera puede dar órdenes, pero darlas de modo que otros la acepten es una cualidad y ésa era la cualidad de Espartaco. Ordenó a los gladiadores que se desplegaran y ellos se desplegaron. Les ordenó que formaran un amplio círculo en torno a los manípulos y ellos formaron el círculo. Entonces los cuatro manípulos que estaban a la carga aminoraron el paso. La indecisión se apoderó de ellos Se detuvieron. No hay soldado sobre la tierra que pueda igualar el paso de un gladiador, para quienes la vida era sinónimo de velocidad y la velocidad era vida, y excepción hecha de sus taparrabos, aquellos gladiadores estaban desnudos, mientras que los soldados romanos de infantería soportaban el peso enorme de sus espadas, lanzas, escudos, cascos y armadura. Los gladiadores formaron a la carrera un amplio círculo, de unos ciento cuarenta metros de diámetro, en el centro del cual quedaron los manípulos, volviéndose a un lado y al otro, empuñando los pilos, que resultaban inútiles a una distancia

Librodot

superior a veintiocho metros. La lanza romana podía ser arrojada sólo una vez; había que arrojarla y luego era preciso acercarse. Pero, en este caso, ¿a quién había que arrojársela?

En ese momento, con asombrosa claridad, Espartaco descubrió su táctica, todo el conjunto de las tácticas de los años futuros. Con su vista interior vio, rápida y vívidamente, la lógica de todos los relatos acerca de ejércitos que se habían lanzado contra esas puntas de hierro de Roma, para ser aplastados bajo el enorme peso de la lanza romana y ser cortados luego en pedazos con la espada romana, que era corta y muy afilada. Pero la disciplina de Roma y el poder de Roma se encontraban en ese momento impotentes y desamparados en medio de un círculo de gladiadores casi desnudos, vociferantes, lanzando maldiciones, desafiantes.

–¡Piedras! –gritó Espartaco–. ¡Piedras!... ¡Las piedras lucharán por nosotros! –Corrió en torno al círculo, veloz sobre las puntas de sus pies, ágil en sus movimientos, con naturalidad–. ¡Lanzad piedras!

Y bajo la afrenta de las piedras, los soldados se arrojaron al suelo. El aire se llenó de piedras voladoras. Las mujeres se unieron al círculo; los esclavos del servicio doméstico se les unieron también y lo mismo hicieron los esclavos que estaban en los jardines. Los soldados se refugiaron bajo sus pesados escudos, pero eso dio a los gladiadores la oportunidad de lanzarse sobre ellos, herirlos con sus armas, y escapar. Un manípulo cargó contra el círculo y arrojó las lanzas. Un solo gladiador cayó bajo la terrible arma, pero los demás se arrojaron sobre el manípulo, lo obligaron a lanzarse al suelo y mataron a los soldados prácticamente sólo con las manos. Los soldados se replegaron. Dos manípulos formaron un círculo, y aun cuando solamente quedaban en pie unos cuantos, bajo la lluvia de piedras, y hasta cuando los gladiadores cayeron sobre ellos cual manada de lobos, lucharon hasta que murieron. El cuarto manípulo trató de abrirse paso a través del círculo y escapar, pero diez hombres eran insuficientes para esa táctica, y fueron arrojados al suelo y allí fueron muertos; igual suerte tuvieron los entrenadores; dos de ellos, que pedían clemencia, fueron muertos por las mujeres, que los golpearon con piedras hasta darles muerte.

Aquella extraña y violenta escaramuza, que había comenzado en el cuarto del rancho, se extendió por los terrenos de la escuela y llegó hasta el camino que conducía a Capua, donde había sido abatido y muerto el último soldado, y a lo largo de este recorrido había gran número de muertos y heridos, entre ellos, cincuenta y cuatro muertos que eran romanos y entrenadores, y muchos más que eran gladiadores.

Y sin embargo, era sólo el comienzo. Lleno de gloria, ensangrentado con ella y alborozado con ella, pero se trataba tan sólo del comienzo... Y ahora, mientras permanecía en la carretera, Espartaco podía ver las murallas de Capua a la distancia, neblinosa ciudad dorada en la dorada bruma de antes del mediodía, y podía oír el redoble de los tambores de la guarnición. Ahora ya no habría descanso, porque las cosas seguirían ocurriendo y las palabras iban con el viento, y en Capua había muchos soldados en la guarnición. El mundo entero había estallado. Mientras estuvo allí, sobre la ruta pavimentada, fue arrastrado por poderosas y tumultuosas corrientes y en torno había sangre y muerte, y vio a Crixo, el galo pelirrojo, riendo; a Gannico, entusiasmado; a David, el judío, con sangre en su puñal y vida en los ojos; y al enorme africano prudentemente tranquilo, murmurando su cántico de batalla. Tomó entonces a Varinia en sus brazos. Y otros gladiadores besaban a sus mujeres, levantándolas en sus brazos y riendo con ellas, mientras los esclavos domésticos llegaban corriendo con botas del vino de Baciato. Hasta los heridos olvidaron sus heridas y acallaron sus gemidos de dolor. Y la muchacha germana miró a Espartaco, riendo y llorando a la vez, y le toco el rostro, los brazos y la mano en que tenía su puñal. Comenzaban a vaciarse las botas de vino cuando Espartaco los volvió a la realidad. Podrían haber sido barridos de las paginas de la historia en ese instante, ebrios y entusiastas, ya que los soldados habían comenzado en ese momento la marcha en las puertas de Capua, pero Espartaco los llamó a la razón y los contuvo. Ordenó a Gannico despojar de sus armas a los soldados muertos, y envió a un africano llamado Nordo a ver si se podía entrar al arsenal. Su suavidad había desaparecido y la intensa idea fija de la huida le quemaba como una llama y lo transformaba. Toda su vida había sido para eso, y toda

su paciencia la había tenido para preparar aquello. Había esperado durante siglos– había esperado desde que el primer esclavo había sido encadenado y azotado para que cortara leña y trajera agua, y nada en el mundo le haría volverse atrás.

Antes les preguntaba; ahora los mandaba. ¿Quién podía usar armas romanas? ¿Quién había combatido con el pilo? Hizo una formación en cuatro manípulos.

–Las mujeres a un lado –dijo–. No tienen que exponerse. No tienen que combatir.

La furia de las mujeres lo había sorprendido. Era más intensa e iba más allá que la furia de los hombres. Las mujeres querían combatir; con lágrimas en los ojos le pedían que las dejara luchar. Imploraban en procura de los preciosos puñales, y cuando se los negó doblaron sus túnicas y las llenaron con piedras para arrojar.

Cerca de la escuela se extendían los cenagosos y accidentados campos de las fincas rústicas. Los esclavos de los cultivos, viendo que algo terrible, diferente y violento ocurría, corrieron a observar, se reunieron junto a las murallas de piedra en pequeños grupos, aquí y allá, y viéndolos comprendió con claridad, en toda su sencillez, su suerte futura. Llamó al judío David y le dijo lo que tenía que hacer, y el judío corrió hacia los esclavos que trabajaban en el campo. Espartaco no había imaginado mal; las tres cuartas partes de los esclavos del campo llegaron con David. Llegaron corriendo y saludaron a los gladiadores y les besaron las manos. Con ellos traían las azadas, que de pronto habían dejado de ser herramientas para convertirse en armas. En ese instante regresó el africano. No habían podido entrar al gran arsenal; hubieran necesitado por lo menos media hora para lograrlo, pero habían forzado un cofre recién traído que contenía *tridentes,* la larga lanza de tres puntas usada para pescar. Había treinta de tales tridentes y Espartaco los distribuyó entre los *retiari,* y los africanos besaron las armas, las acariciaron, e hicieron ante ellas extraños juramentos en sus extrañas lenguas nativas.

Todo esto había sucedido en muy poco tiempo, pero la necesidad de proceder rápidamente acosaba aún con mayor fuerza a Espartaco. Quería hallarse lejos del lugar, lejos de la escuela, lejos de Capua.

–¡Seguidme! –gritó–. ¡Seguidme!

Varinia permanecía a su lado. Salieron del camino y, cruzando los campos, se internaron en las empinadas colinas.

–Nunca me dejes atrás, Espartaco –dijo Varinia–. Nunca me dejes atrás. –Y agregó–: Soy capaz de luchar como lucha un hombre.

Entonces vieron a los soldados que venían por el camino de Capua. Eran doscientos soldados. Venían en doble fila hasta que advirtieron que los gladiadores se internaban en las colinas. Entonces los oficiales los desviaron en tangente, para así cortarles el paso a los gladiadores, y los soldados cargaron en dirección a los campos. Y más allá, los ciudadanos de Capua se lanzaban fuera de las puertas de la ciudad para presenciar el aplastamiento de la sublevación de esclavos, a presenciar la lucha de parejas sin costo y sin cuartel.

Pudo haber terminado allí o una hora antes o un mes más tarde. Podría haber terminado en cualquiera de un infinito número de lugares. Ya con anterioridad se habían producido fugas de esclavos. Si aquellos esclavos hubieran escapado, tendrían que haberse escondido en los campos o en los bosques; habrían vivido como animales de cuanto hubieran podido robar y de las bellotas del suelo. Uno a uno los habrían cazado y uno a uno los habrían crucificado. No había refugio para los esclavos; el mundo estaba hecho de ese modo. Y cuando Espartaco miraba a los sol dados de la guarnición, conocía ese hecho elemental. No había lugar donde esconderse, ni hueco donde meterse. Al mundo había que cambiarlo.

Se detuvo en su fuga y dijo:

–Lucharemos contra los soldados.

Librodot

X

Mucho tiempo después, Espartaco se preguntaba: «¿Quién escribirá de nuestras batallas y de lo que ganamos y de lo que perdimos? ¿Y quién contará la verdad?». La verdad de los esclavos era contraria a la verdad de los tiempos en que vivieron. La verdad era imposible, imposible en todos sus aspectos, no porque no hubiera ocurrido, sino porque lo ocurrido no tenía explicación dentro del contexto de aquellos tiempos. Había más soldados que esclavos y los soldados estaban poderosamente armados; pero los soldados no esperaban que los esclavos lucharan y los esclavos sabían que los soldados iban a luchar. Los esclavos se lanzaron sobre ellos desde las colinas, y los soldados que venían corriendo en orden abierto, que es como corren los hombres después de partir precipitadamente, no pudieron hacer frente a la embestida, tiraron sus lanzas desordenadamente y agachándose trataron de eludir la lluvia de piedras que les arrojaron las mujeres.

De modo que la verdad era que los soldados habían sido derrotados por los esclavos y que habían huido de ellos y que a medio camino en su fuga hacia Capua los esclavos los habían alcanzado y dado con ellos por tierra.

En la primera batalla los esclavos tuvieron muchas bajas, pero en la segunda batalla sólo un puñado de ellos murió, y los soldados romanos huyeron perseguidos por ellos. Ésa era la verdad, pero el relato fue contado en cien diferentes maneras, y la primera información fue la que escribió el comandante de las fuerzas de Capua.

«Hubo un levantamiento de esclavos en la escuela de adiestramiento de Léntulo Baciato –escribió– y algunos de ellos escaparon y huyeron hacia el sur por la vía Apia. Se envió contra ellos media cohorte de las tropas de guarnición, pero algunos lograron abrirse paso y escaparon. No se sabe quiénes son sus dirigentes ni qué intenciones tienen, pero ya han provocado disensiones entre los esclavos de la campiña, y los ciudadanos de aquí consideran que el noble Senado no debería ahorrar esfuerzos en reforzar la guarnición de Capua, de modo que la revuelta pueda ser sofocada rápidamente.» Es posible que, como posdata el comandante agregara: «Ya se han cometido una serie de atropellos. Se teme que en la campiña haya saqueos y robos».

Y por supuesto que Baciato contó su historia a una multitud de ciudadanos de Capua deseosos de escucharlo. Nadie estaba realmente preocupado –excepto Baciato, que veía años de esfuerzos desvaneciéndose en el aire–, pero todos comprendían que la campiña iba a ser lugar poco cómodo hasta tanto aquellos terribles hombres (los gladiadores) fueran apresados y muertos en el acto o clavados en la cruz, de modo que sirvieran de ejemplo para otros. El relato comenzó a difundirse; la historia fue contada y vuelta a contar por cientos de personas cuyas vidas habían sido edificadas sobre la inestable estructura de la esclavitud, y contaban la historia sobre la base de sus temores y de sus necesidades. Y así había sido siempre. Años más tarde así sería: «Sí, me encontraba en Capua, en las termas, cuando escapó Espartaco. Lo vi, por supuesto. Un hombre gigantesco. Lo vi en el momento en que ensartaba en su lanza a un niño. Algo terrible de ver».

U otra cualquiera de millares de versiones. Pero la verdad era algo de la que el mismo Espartaco sólo captó vislumbres en aquel tiempo. Su visión había escapado de la prisión de su tiempo. En los dos encuentros que había dirigido, los esclavos habían derrotado a los soldados romanos. Es verdad que se trataba solamente de un puñado de tropas de una guarnición de segunda categoría, relajadas por la vida fácil en una ciudad balnearia y que se les habían opuesto los mejores luchadores profesionales de Italia. Pero aun considerando ese factor, el hecho de que los esclavos derrotaran dos veces a sus amos en un mismo día, era un hecho que hacía temblar la tierra. Y cuando los soldados huyeron, los esclavos no se quedaron parados, sino que volvieron al llamado de Espartaco... Eran disciplinados y ya, en pocas horas, Espartaco era para ellos como un dios. Estaban henchidos de orgullo y sus temores habían desaparecido. Se tocaban los unos a los otros; en cierto modo era como si se acariciaran

Librodot

recíprocamente, como si la cruel máxima: «Gladiador, no hagas amistad con gladiadores», se hubiera invertido de pronto. Y desde ese momento tenían mutua conciencia de cada cual. Esto no lo pensaron ni llegaron a alcanzarlo mediante el razonamiento; en su mayor parte era gente sencilla e ignorante, pero de pronto habían sido purificados y exaltados. Se miraban entre sí como si antes nunca se hubieran visto, y es posible que hubiera alguna verdad en ello. Antes nunca se habían atrevido a mirarse mutuamente. ¿Puede el ejecutor mirar a su víctima? Pero ahora ya no eran más víctimas y victimarios en inevitable camaradería; ahora formaban una hermandad triunfante, y ahora Espartaco sabía cómo había ocurrido en Sicilia y en tantos otros lugares. Sentía la fuerza que tenían porque parte de ella había crecido dentro de él mismo, y esa misma corriente que sentía dentro de él lo limpiaba de los sufrimientos que constituían su pasado y de todos los temores, vergüenzas e indignidades. Se había aferrado a la vida durante tanto tiempo, había hecho una ciencia exacta del proceso de mantener la vida dentro de él por tanto tiempo, que uno debía realmente haber supuesto que la vida se convertiría en su interior en materia cuidadosa y cauta. Pero ahí estaba el total de sus ahorros, y súbitamente ya no temía a la muerte o no pensaba en la muerte porque ésta carecía de importancia...

Unos ocho kilómetros al sur de Capua, a poca distancia de la vía Apia, los gladiadores y sus mujeres y los esclavos que se les habían unido, se habían concentrado en una ladera a la vista de una de las grandes casas solariegas que evidenciaba la existencia de la casa de campo algún caballero romano. Ya era pleno mediodía y en el proceso de los dos combates y de la subsiguiente marcha hacia el sur, los gladiadores habían pasado a constituir un pequeño ejército. A la distancia, a no ser por los hombres de color que había entre ellos, podría habérseles confundido con un destacamento de soldados romanos. Las armas habían sido distribuidas entre ellos, al igual que los cascos y las armaduras, las lanzas y los escudos de los soldados. Ahora no había ninguno desarmado, y armados y probados como estaban resultaba difícil que fuerza alguna destacada más cerca que Roma pudiera significar para ellos un serio desafío. Aparte de sus mujeres, pero teniendo en cuenta los peones esclavos y los esclavos de los campos que se les habían unido, sumaban doscientos cincuenta hombres. Cada uno de los tres grupos principales, los galos, los africanos y los tracios, marchaban como destacamentos, cada cual con su propio líder como oficial designado. Debido a que durante tanto tiempo habían visto la unidad formada por el manípulo romano, adoptaron casi sin darse cuenta tal formación. Espartaco era su jefe. Sobre esto no había discusión alguna. Se habrían dejado matar por él. Durante su vida habían escuchado gran número de leyendas acerca de hombres que habían sido inspirados por los dioses. Cuando miraban a Espartaco, en sus rostros se reflejaba esa convicción.

Cuando marchaban, él estaba al frente, y la muchacha germana, Varinia, caminaba a su lado, su brazo en torno a la cintura de Espartaco. Algunas veces ella lo miraba. No era esto nada nuevo en ella. Hacía mucho que se había unido a aquel hombre, que era el mejor y el más valiente de los hombres... ¿Y no lo sabía ella eso antes, tan bien como lo sabía ahora? Cuando sus ojos se encontraban, ella le sonreía. Ella no sabía si él estaba satisfecho de que hubiera combatido contra los soldados o no, pero no hacía objeción a que llevara en su mano el puñal. Eran iguales. En el mundo circulaban antiguas leyendas acerca de las amazonas, aquellas mujeres que habían ido al campo de batalla al igual que los hombres en tiempos remotos. Y en la época en que vivió Espartaco había muchas otras leyendas acerca de un pasado en que todos los hombres y las mujeres estaban en pie de igualdad y en que no había ni amos ni esclavos y todas las cosas eran de propiedad común. Ese remoto pasado estaba obscurecido por la bruma del tiempo; era la edad dorada. Y volvería a haber una edad dorada.

Era una edad dorada la de ahora, con el sol brillando en lo alto de la hermosa campiña y los fieros hombres del circo, los hombres de la arena, apretujados en torno a él y a la muchacha germana, con sus mentes plenas de interrogantes. El césped era suave y verde en la pradera donde estaban reunidos. Flores amarillas como mantequilla lo coronaban, y por todas partes

Librodot

había mariposas y abejas y el aire se llenaba con sus canciones. Lo llaman padre, a la manera de los tracios.

–¿Qué haremos ahora y adonde iremos? Él permanecía en medio del círculo que formaban ellos. Varinia se sentó en el césped con su mejilla apoyada en una pierna de él. Se sentaron o se arrodillaron sobre el pasto en torno a él, el africano de largas extremidades, el galo con su rostro rudo y sus ojos azules, los tracios de cabellos obscuros y cuerpos prietos.

–Somos una tribu –dijo–. ¿Es ésa vuestra voluntad? Respondieron afirmativamente. En la tribu no había esclavos y todos los hombres hablaban por igual, y aquello no había sido mucho tiempo antes, sino que todos ellos lo recordaban o tenían memoria de que así fuera.

–¿Quién quiere hablar? –preguntó–. ¿Quién será vuestro jefe? Que se ponga de pie el que quiera conducirnos. Ahora somos hombres libres.

Nadie se puso de pie. Los tracios golpearon sus hebillas con el puño de sus cuchillos, y el tamborileo hizo volar una bandada de zorzales de la pradera. Alguna gente apareció en la distancia en torno a la casa solariega, pero tan lejos que era imposible distinguir quiénes eran. Los negros saludaron a Espartaco batiendo palmas delante de sus rostros. Todos estaban extrañamente contentos, y por el momento vivían un sueño. La mejilla de Varinia seguía apretada contra las piernas de su hombre. Gannico gritó:

–¡ Salud, gladiador!

Un moribundo se enderezó débilmente. Lo habían tendido sobre el césped; el brazo lo tenía cortado hasta el hueso a todo lo largo y la sangre manaba de la herida. Era galo y no había querido que lo dejaran rezagado y de ese modo había probado un poco de lo que era la libertad.

El brazo había sido vendado con un género que ahora se hallaba empapado en sangre, y se encaminó hacia Espartaco quien le ayudó a permanecer en pie.

–No tengo miedo a morir –les dijo a los gladiadores–, es mejor que morir en el circo. Sin embargo, preferiría seguir a ese hombre que morir. Preferiría seguir a este hombre y ver adonde nos lleva. Pero si yo muero, acuérdense de mí y no le hagan daño. Los tracios le llaman padre y nosotros somos como criaturas, pero él nos arrancará el demonio de adentro. En mí ya no queda demonio. He hecho algo grande y estoy purificado y no tengo miedo a morir. Dormiré tranquilamente. Una vez haya muerto, no tendré sueño que soñar.

Algunos de los gladiadores lloraron abiertamente. El galo besó a Espartaco y Espartaco le devolvió el beso.

–Quédate a mi lado –dijo Espartaco, y el hombre se dejó caer sobre el césped junto a él; los esclavos de la tierra que se les habían unido se quedaron boquiabiertos mirando a aquellos gladiadores que tan fácilmente intimaban con la muerte.

–Tú mueres, pero nosotros viviremos –le dijo Espartaco–. Recordaremos tu nombre y lo repetiremos en alta voz. Haremos que resuene en toda la superficie de la tierra.

–¿Nunca abandonarás? –imploró el galo.

–¿Abandonamos nosotros cuando vinieron los soldados? Dos veces les hicimos frente y dos veces vencimos. ¿Sabéis lo que debemos hacer ahora? –preguntó a los gladiadores.

Ellos clavaron sus ojos en él.

–¿Podemos huir?

–¿Hacia dónde podríamos huir? –preguntó Crixo–. En todas partes es lo mismo que aquí. En todas partes hay amos y esclavos.

–No huiremos –dijo Espartaco, que ahora sabía lo que era preciso hacer con tanta seguridad y certeza como si nunca hubiera tenido una duda–. Iremos de finca en finca, de casa en casa, y dondequiera que vayamos, pondremos en libertad a los esclavos y los sumaremos a nuestras filas. Cuando ellos vuelvan a enviar los soldados contra nosotros, les haremos frente, y los dioses decidirán si quieren la manera romana o la nuestra.

–¿Y armas? ¿Dónde encontraremos armas? –preguntó alguien.

–Las tomaremos de los soldados. Y las haremos también. ¿Qué es Roma sino la sangre y el sudor y el dolor de los esclavos? ¿Hay algo que no podamos hacer nosotros?

Librodot

–Entonces Roma nos declarará la guerra.

–Entonces iremos a la guerra contra Roma –dijo Espartaco en voz baja–. Pondremos fin a Roma y haremos un mundo en que no haya esclavos ni amos.

Era un sueño, pero estaban predispuestos a soñar. Habían saltado al cielo, y si aquel extraño tracio de ojos negros y nariz quebrada les hubiera dicho que se proponía dirigirlos contra los propios dioses, le habrían creído en el acto y en el acto lo habrían seguido.

–No nos deshonraremos –les dijo Espartaco. Hablaba de manera suave, directa y segura, como si se dirigiera a cada uno de ellos en forma atenta y personal. Y agrego:

–No haremos lo que hacen los romanos. No obedeceremos las leyes romanas. Dictaremos nuestras propias leyes.

–¿Cuál es nuestra ley?

–Nuestra ley es sencilla. Lo que tomemos, sea lo que fuere, lo tendremos en común y ningún hombre poseerá nada que no sean sus armas y sus ropas. Será como era los tiempos pasados.

Un tracio dijo:

–Hay suficiente para que todos seamos ricos.

–Ustedes harán la ley. No seré yo quien la haga –dijo Espartaco.

Y hablaron y entre ellos había hombres codiciosos que soñaban con ser grandes señores, como los romanos, que había otros que soñaban con tener a romanos como esclavos; de modo que hablaron y hablaron, pero al final se hizo como Espartaco había previsto.

–Y no tomaremos mujer, excepto como esposa –dijo Espartaco–. Y ningún hombre podrá tener más de una esposa. La justicia será igual para ambos, y si no pueden vivir en paz, deberán separarse. Pero ningún hombre podrá yacer con una mujer, romana o lo que fuere, que no sea su legal esposa.

Sus leyes eran pocas y estuvieron de acuerdo respecto a ellas. Y entonces tomaron las armas y se lanzaron contra la casa señorial. Solamente los esclavos habían permanecido en ella, porque los romanos habían huido a Capua... Y los esclavos se unieron a los gladiadores.

Librodot

XI

En Capua vieron el humo de la primera casa señorial en llamas y se llegó a la conclusión de que los esclavos eran vengativos y crueles. Hubieran querido que los esclavos fueran amables y comprensivos; en términos más prácticos, hubieran deseado que los esclavos huyeran a las alturas aún agrestes de las sierras, que se ocultaran de a uno o en grupos en las cuevas, y que vivieran como animales hasta que uno tras uno fueran cazados como se caza a los animales. Cuando los ciudadanos de Capua vieron el humo de la primera casa señorial en llamas, no se alarmaron excesivamente. Era de esperar que los gladiadores desahogaran su rencor sobre lo primero que encontraran. En esos momentos, un mensajero corría a lo largo de la vía Apia para informar al Senado del levantamiento de Capua, lo que significaba que en pocos días la situación estaría dominada. Y entonces se les enseñaría a los esclavos una lección que difícilmente olvidarían.

Un gran terrateniente llamado Mario Acano fue advertido y reunió a sus seiscientos esclavos y los condujo hacia el refugio seguro de las murallas de Capua, pero los gladiadores lo encontraron en la ruta y en sombrío silencio vieron cómo sus propios esclavos mataban al gran terrateniente y a su esposa y a la hermana de su esposa y a su hija y al esposo de su hija. Fue un espectáculo crudo y espantoso pero Espartaco sabía que era imposible impedirlo y no se preocupó de manera especial por impedirlo. Esa familia romana había cosechado lo que había sembrado, y fueron los propios esclavos de las literas los que los mataron, en el mismo instante en que se dieron cuenta que quienes se acercaban no eran soldados romanos, sino que se trataba de los gladiadores que habían escapado y cuya fama se extendía ya por la zona como la canción y un grito lanzado al viento. En esos momentos ya atardecía, pero las noticias habían corrido más veloces que el tiempo. Los pocos cientos del comienzo habían llegado ya a más de un millar, y mientras marchaban hacia el sur se les iban uniendo más y más esclavos que venían de las montañas y los valles. Los trabajadores del campo llegaban con sus herramientas de trabajo; los pastores arreaban con ellos sus rebaños de ovejas o cabras. Cuando se acercaban a una casa en un informe torrente humano –ya que únicamente los gladiadores mantenían la formación militar–, las noticias se les habían adelantado, y los esclavos de las cocinas salían a darles la bienvenida esgrimiendo cuchillos y cuchillas de carnicero, y los esclavos del servicio doméstico llegaban corriendo con regalos de sedas o finas piezas de hilo. En la mayoría de los casos, los romanos huían; allí donde los romanos y los capataces les habían hecho frente, se veían las espantosas consecuencias de la refriega.

No podían avanzar muy rápidamente. Constituían ya una multitud demasiado numerosa de hombres, mujeres y niños, que reían y cantaban, embriagados con el vino de la libertad. Se hizo de noche antes de que estuvieran a más de treinta kilómetros de Capua, y acamparon en un valle junto a un espumoso arroyo, y allí encendieron hogueras y comieron carne fresca hasta hartarse.

Carneros y ovejas y, en algunos casos, hasta bueyes enteros fueron a parar a los asadores, y el aroma de la crujiente carne del asado llenó la atmósfera. Fue un maravilloso festín para aquellos seres que, durante años, no habían conocido otro alimento que potajes de puerro y nabo y cebada. Mojaron la carne con vino, y sus cánticos y risas sazonaron sus alimentos.

¡Qué compañía aquélla, de galos y judíos, griegos y egipcios, tracios y nubios, sudaneses y libios, persas y asirios y samarios, germanos y eslavos, búlgaros y macedonios e hispánicos y muchos italianos también que, con el pasar de las generaciones, habían sido vendidos en calidad de esclavos por una u otra razón, sabinos, umbríos, toscanos y sicilianos y gente de muchas otras tribus cuyos nombres han sido olvidados para siempre, singular compañía de sangre y de naciones, pero unida primero en su esclavitud y ahora en su libertad!

En tiempos pasados había habido la familia de las *gens* y la comunidad de la tribu, y finalmente el orgullo y el privilegio de la nación; pero este mundo de ahora era algo nuevo en su curiosa camaradería de los oprimidos y en toda aquella gran multitud de tantas naciones y

pueblos no hubo esa noche voces que se elevaran con ira o descontento. Estaban poseídos por un poco de amor y un poco de gloria. Muchos apenas si habían visto a Espartaco o les había sido señalado tan sólo a la distancia, pero estaban empapados de Espartaco. Él era su líder y su dios, ya que en sus mentes no estaba claro si los dioses andaban o no ocasionalmente por la tierra y... ¿acaso Prometeo en persona no había robado el fuego sagrado del cielo y se lo había dado como el más precioso de los presentes a la humanidad? Y lo que una vez había ocurrido podía volver a ocurrir. Por lo pronto, ya se narraban cuentos en torno a las hogueras y así nacía toda una leyenda sobre Espartaco. Entre ellos no había uno solo –no, ni siquiera entre los niños más pequeños–que no hubiera soñado con un mundo en el que no hubiera esclavos...

Y mientras tanto Espartaco se sentó entre los gladiadores y hablaron y sopesaron los hechos que habían ocurrido. El pequeño arroyuelo ya se había convertido en un río y se estaba formando un torrente. Lo expresó Gannico. Sus ojos brillaban con sólo mirar a Espartaco. «¡Podemos marchar a través del mundo y darle vuelta, piedra a piedra!» Dijo eso, pero Espartaco tenía mejores ideas. Yacía con la cabeza en el regazo de Varinia y ésta pasaba sus dedos por sus apretados rizos castaños y sentía la suavidad de sus mejillas y por dentro ella se sentía plena de riqueza y satisfacción. En esos momentos, ella se sentía satisfecha, pero un fuego ardía dentro de él; bajo la esclavitud se había sentido más satisfecho. Miró a las claras y brillantes estrellas de la noche italiana y lo invadieron pensamientos y anhelos y temores y dudas y sobre él sintió el peso de lo que tenía que hacer. Tenía que destruir a Roma. El sólo pensarlo, la insolente enormidad de pensar eso, le hizo sonreír, y Varinia se alegró y recorrió sus labios con los dedos, cantándole en su propia lengua:

Cuando el cazador,
desde el bosque,
trae al rojo ciervo de la caza,
fija sus ojos sobre el fuego,
habla a los niños, a las mujeres...

El ritmo de gente de los bosques en una tierra fría y agreste. ¡Cuántas extrañas canciones de su tierra había oído! Ella cantaba y él se repetía para sí sus pensamientos volcados sobre el fondo de la música, sus sueños diseminados entre las brillantes estrellas del cielo:

«Debes destruir a Roma, tú, Espartaco. Debes llevarte a esta gente y con ella ser decidido y fuerte. Debes enseñarles a luchar y a matar. No hay vuelta atrás..., ni un solo paso atrás. Todo el mundo pertenece a Roma, de modo que Roma debe ser destruida y hacer de ella sólo un mal recuerdo, y entonces, allí donde estuvo Roma, daremos vida a una nueva vida donde todos los hombres vivan en paz y fraternidad y amor, sin esclavos ni esclavizadores, sin gladiadores y sin circos, una época que sea como las épocas pasadas, las de la edad dorada. Construiremos nuevas ciudades de fraternidad y en torno a ellas no habrá murallas.»

Varinia dejó de cantar y le preguntó:

–¿En qué sueñas, hombre mío, tracio mío? ¿Te están hablando los dioses de las estrellas? Si es así, ¿qué es lo que te dicen, querido mío? ¿Te confían secretos que nunca podrás compartir?

Ella lo creía así. ¿Quién podía saber lo que era cierto y lo que no lo era respecto a los dioses? Espartaco odiaba a los dioses y no les rendía culto. Y una vez le había preguntado a ella: «¿Hay dioses para los esclavos?».

–En toda mi vida –le dijo a ella– nada habrá que no comparta contigo, amada mía.

–¿Entonces, en qué sueñas?

–Sueño en que haremos un mundo nuevo. Y ella sintió temor de él, pero él le dijo suavemente: –Este mundo fue hecho por hombres. ¿Ocurrió por casualidad, querida mía? Piensa. ¿Hay algo en él que no hayamos construido, las ciudades, las torres, las murallas, los caminos y los barcos? ¿Por qué entonces no podemos hacer un mundo nuevo?

Librodot

–Roma... –dijo ella, y en esa simple palabra estaba implícito el poder, el poder que dominaba al mundo.

–Entonces destruiremos a Roma –respondió Espartaco–. El mundo está harto de Roma. Destruiremos a Roma y destruiremos aquello en que cree Roma.

–¿Quiénes? ¿Quiénes? –dijo ella suplicante.

–Los esclavos. Antes ha habido rebeliones de esclavos, pero ahora será diferente. Haremos un llamamiento que oirán todos los esclavos del mundo...

Y hubo paz y hubo esperanzas y, mucho tiempo después, Varinia recordaba aquella noche cuando la cabeza de su hombre reposaba en su regazo y los ojos de él estaban fijos en las lejanas estrellas. Y fue una noche de amor. A pocos seres les son dadas algunas noches como aquélla, y entonces son afortunados. Yacían ellos allí, entre los gladiadores, junto a la hoguera, y el tiempo transcurría lentamente. Se tocaban los unos a los otros, percibían la existencia de cada cual. Y se convirtieron en una sola persona.

Librodot

QUINTA PARTE

Que informa acerca de Léntelo Graco, da cuenta de parte de sus memorias y proporciona algunos detalles de su estada en Villa Salaria

Librodot

I

A Léntelo Graco le agradaba decir que su peso aumentaba en la misma proporción que su habilidad para mantenerse en la cuerda floja, y el hecho de que de sus cincuenta y seis años hubiera pasado treinta y siete interviniendo exitosamente en la política romana apoyaba su aserto. La política, como declaraba de vez en cuando, requiere tres invariables aptitudes y ninguna virtud. Muchos políticos, afirmaba, han sido destruidos por la virtud más que por cualquier otra causa; y las aptitudes las enumeraba de la siguiente manera. La primer aptitud era la habilidad para elegir el lado ganador; si se fracasaba en esto, la segunda aptitud era la habilidad de apartarse del lado perdedor, y la tercera consistía en no hacerse nunca de enemigos.

Las tres aptitudes eran ideales, y siendo los ideales lo que son, y siendo también las personas lo que son, era imposible que se cumplieran al ciento por ciento. Por su parte, le había ido bien. Habiendo comenzado como hijo de un simple pero emprendedor zapatero remendón, a la edad de diecinueve años ya compraba y vendía votos, y los compraba y vendía gracias a sus oficios y a un asesinato a la edad de veinticinco años, para dirigir después una influyente facción política a los veintiocho y constituirse luego en un indiscutido líder de la famosa Guardia Caeli a los treinta. Cinco años más tarde, ya era magistrado y, al cumplir los cuarenta años, entraba en el Senado. En la ciudad conocía a diez mil personas por su nombre y a otras veinte mil las conocía de vista. En sus listas de favores incluía hasta a sus peores enemigos y, aunque nunca cometió el error de creer que ninguno de sus asociados fuera honesto, nunca cayó en el error más profundo aun de dar por descontada la deshonestidad de ninguno de ellos.

Su peso y enjundia estaban en correspondencia con su posición. Nunca había confiado en las mujeres ni había advertido que fueran particularmente provechosas para sus colegas. Su vicio era la comida, y las enormes capas de grasa que había acumulado en el transcurso de exitosos años no sólo habían hecho de él un hombre de figura impresionante, sino también uno de esos pocos romanos a quienes nunca se veía en público como no fuera envueltos en los pliegues de una toga. Con túnica, la figura de Léntelo Graco no era muy agraciada. Con la toga era el símbolo de la enjundia y la virtud romanas. Sus ciento treinta y cinco kilos de peso servían de base a una cabeza calva de amplia quijada, firmemente asentada sobre anillos de grasa. De voz profunda y ronca, sonrisa persuasiva y alegres ojillos verdes que emergían de sus carnosos párpados, tenía la piel rosada como la de un bebé.

Graco era menos cínico que bien informado. La fórmula del poder romano nunca había sido un misterio para él, y le divertían bastante los cautelosos avances de Cicerón hacia lo que éste gustaba creer que era la más reciente e importante verdad. Cuando Antonio Cayo le pidió su opinión sobre Cicerón, Graco respondió lacónicamente: –Un joven confundido.

Con Antonio Cayo, Graco estaba en los mejores términos, como lo estaba con muchos patricios. La aristocracia era el único misterio y altar que se permitía a sí mismo.

Le gustaban los aristócratas. Los envidiaba. También, en cierta medida, los despreciaba, porque consideraba que todos eran bastante estúpidos, y nunca pudo comprender cómo era posible que obtuvieran tan escaso provecho de su privilegiada cuna y posición social. No obstante, cultivaba su amistad, y esto le daba una sensación de placer y de orgullo cuando era invitado a una de sus espléndidas casas de campo, como la de Villa Salaria. Nunca se dio aires ni trató de pasar por aristócrata. No hablaba el latín amanerado y elegante de los aristócratas, sino más bien el lenguaje fácil de la plebe. Aunque podía permitírselo, nunca intentó tener su propia casa de campo. Por su parte, ellos apreciaban su sentido práctico y el hecho de que fuera fuente de útil información; además, su inmensa figura comunicaba seguridad. Antonio Cayo gustaba de él porque Graco era un hombre absolutamente indiferente ante los juicios morales, y a menudo se refería a Graco como al único hombre totalmente honesto que había conocido.

Librodot

Aquella noche Graco no se perdió detalle. Sopesaba y evaluaba, pero no juzgaba. Por Cayo no sentía otra cosa que desprecio. El destacado y adinerado general Craso lo divertía, y en lo que se refiere a Cicerón, le comentó a su huésped:

–Posee todo, menos grandeza. Creo que degollaría a su madre si ello beneficiara a la causa de Cicerón.

–Pero la causa de Cicerón no es tan importante.

–Precisamente por eso. Y, en consecuencia, fracasará prácticamente en todo. No es nadie a quien deba temerse ya que no es nadie a quien deba admirarse.

Aquél era el más penetrante comentario que pudiera hacerse de Antonio Cayo, quien era alguien a quien se podía admirar, si bien sus tendencias y prácticas sexuales habían descendido a la altura de un ser de doce años.

Graco estaba dispuesto a admitir para sí mismo que el terreno en que estaba pisando se iba convirtiendo en lodo. Su mundo se desintegraba, pero como quiera que el proceso de desintegración era extraordinariamente lento y ya que él mismo estaba lejos de ser inmortal, no tenía interés en engañarse a sí mismo. Era capaz de ver qué era lo que estaba ocurriendo sin tomar partido; no había necesidad, en su modo de ser, de tomar partido.

En esa noche determinada permaneció despierto hasta bastante después que los demás se hubieran ido a dormir. Durmió poco y mal y salió a dar un paseo por los alrededores, a la luz de la luna. Si alguien se lo hubiera preguntado, habría podido responder con bastante exactitud qué compañeros de cama habían sido elegidos esa noche; pero lo había observado sin entrometerse y no sentía resentimiento alguno. Ésa era Roma. Únicamente un loco lo consideraría de otro modo.

Mientras caminaba vio a Julia sentada en un banco de piedra, triste figura en medio de la noche, desposeída y aterrorizada por su propia incapacidad de adaptación y por la forma en que había sido rechazada. Se volvió hacia ella.

–Somos dos, esta noche –le dijo a ella–. Es una noche incomparable, ¿verdad, Julia?

–Si usted lo siente, así es.

–¿Y usted no, Julia? –arregló su toga y agregó–. ¿Le gustaría que me sentara un rato?

–Por favor, siéntese.

Se sentó y durante un rato permaneció silencioso, sensible a la belleza de los alrededores iluminados por la luna, la enorme casa blanca tan graciosamente enhiesta sobre su lecho de arbustos y siemprevivas, la terraza, las fuentes, el pálido destello de una que otra escultura, las glorietas con sus hermosos bancos de mármol rosa suave o negro intenso. ¡Cuánta belleza había logrado Roma! Finalmente comentó:

–Al parecer, todo esto debería contentarnos, Julia.

–Sí, así debería ser.

Él era amigo y huésped de su esposo.

–Es un privilegio ser romano –señaló él.

–Usted nunca dice tonterías como ésas, salvo cuando está conmigo –respondió Julia en voz baja.

–¿Usted cree?

–Sí, así lo creo. ¿Dígame, oyó alguna vez hablar de Varinia?

–¿Varinia?

–¿Usted nunca suelta prenda sobre nada sin antes haberle dado vueltas mentalmente al asunto por lo menos cuatro o cinco veces? No estoy tratando de hacerme la inteligente, mi amigo. –Posó su mano en la enorme manaza de Graco y prosiguió–: No podría hacerlo. Varinia era la mujer de Espartaco.

–Sí, he oído hablar de ella. En realidad, ustedes están obsesionados con Espartaco. Esta noche no he oído hablar de otro tema.

–Bueno, el caso es que perdonó a Villa Salaria. No sé si tengo que agradecérselo o no. Supongo que se debe a los símbolos de castigo. Yo no he salido aún al camino. ¿Es muy terrible verlos?

Librodot

–¿Terrible? No les he prestado mucha atención. Allí están y eso es todo. La vida es barata y los esclavos no valen nada en estos días. ¿Por qué me preguntó sobre Varinia?

–He estado tratando de pensar en alguien a quien envidio. Creo que la envidio.

–¿Lo dice en serio, Julia? ¿A una muchachita bárbara esclava? ¿Quiere que vaya mañana al mercado y elija una docena como ella y se las envíe?

–¿Alguna vez habla en serio sobre algo, Graco?

–De muy poco vale ser serio al respecto. ¿Por qué la envidia?

–Porque me odio a mí misma.

–Eso es demasiado complicado para mí –rugió Graco–. ¿Se la imagina, sucia, hurgándose la nariz, carraspeando, escupiendo, con las uñas rotas y sucias, el rostro cubierto de granos? Ésa es su princesa esclava. ¿La envidia aún?

–¿Así era ella?

Graco rió.

–¡Qué sé yo, Julia! La política es una mentira. La historia es el registro de la mentira. Si sale usted mañana al camino y observa las cruces, verá la única verdad sobre Espartaco. Muerte, nada más. Todo lo demás es pura invención. Yo sé lo que le digo.

–Yo miro a mis esclavos...

–¿Y no ve a Espartaco? Por supuesto. Deje de estar destrozándose el corazón, Julia. Soy más viejo que usted. Me tomo el privilegio de aconsejarla. Sí, a riesgo de entrometerme en lo que no me corresponde. Tome a un joven varón de entre sus esclavos...

–¡Basta, Graco!

–...y puede ser otro Espartaco.

Estaba llorando. Graco no había visto a muchas mujeres de su clase deshaciéndose en lágrimas, y de pronto se sintió incómodo y como si fuera un necio. Le preguntó a ella si él tenía la culpa. No había dicho nada que pudiera ser ofensivo, pero ¿había sido por su culpa?

–No, no, por favor, Graco. Usted es uno de los pocos amigos que tengo. Y no deje de ser mi amigo porque sea tan tonta. –Se secó los ojos, pidió disculpas y se retiró–. Estoy muy fatigada –le dijo–. Por favor, no me acompañe.

II

Al igual que Cicerón, Graco tenía sentido de la historia; la diferencia fundamental residía en que Graco nunca se confundía respecto a su propio lugar y papel; y, en consecuencia, muchas cosas las veía con mayor claridad que Cicerón. Ahora estaba sentado solo en medio de la tibia y agradable noche italiana, dando vueltas mentalmente al extraño caso de una matrona romana con dignidad de patricia que envidiaba a una esclava bárbara. En primer término, analizaba si Julia había dicho la verdad. Decidió que sí. Por alguna razón, la esencia de la propia penosa tragedia de Julia resultaba iluminada por Varinia... y se preguntaba si del mismo modo no estaba contenido el sentido de sus propias vidas en los interminables símbolos de castigo que se alineaban en la vía Apia. Graco no estaba preocupado por conceptos morales; conocía a su gente, y no se dejaba impresionar por aquello de la legendaria matrona romana y la familia romana. Pero por alguna extraña razón estaba profundamente preocupado por lo que había dicho Julia, y la cuestión no se alejaba de su mente.

La respuesta le llegó en un destello de lucidez que lo dejó frío y estremecido de una manera que no había experimentado jamás antes; y quedó aterrorizado por la idea de la muerte y de la horripilante y total obscuridad y no existencia que el concepto de muerte conlleva, dado que la respuesta había estremecido los cimientos de gran parte de la cínica certidumbre en que se apoyaba y lo dejó allí en aquel banco de piedra, pobre anciano, desolado, grasiento y obseso, ligado de pronto en su condenación al enorme movimiento de las corrientes históricas.

Lo vio con toda claridad. Lo que recientemente había surgido en el mundo era una sociedad construida en su totalidad sobre las espaldas de los esclavos, y la sinfónica expresión de esa sociedad era la canción del chasquido del látigo. ¿Qué consecuencias acarrearía aquello al pueblo que empuñaba el látigo? ¿Qué significaba Julia? El nunca se había casado; un germen de la lucidez que ahora tenía lo había mantenido al margen del matrimonio, de modo que compraba a las mujeres y a las concubinas las tenía en su casa en el momento en que las necesitaba. Pero Antonio Cayo tenía también una cuadra de concubinas, aunque fuera del modo en que todos los caballeros que conocía mantenían concubinas, es decir, de la misma manera como se poseen caballos o perros, y las esposas lo sabían y lo aceptaban y compensaban la situación recurriendo a esclavos varones. No era una simple cuestión de corrupción, sino que se trataba de un hecho extraordinario que había convulsionado al mundo; y aquella gente, reunida para pasar una noche en Villa Salaria, estaba obsesionada con Espartaco porque Espartaco era todo lo que ellos no eran. Cicerón podría no comprender nunca de dónde provenía la virtud de aquel misterioso esclavo, pero él, Graco, él lo comprendía. El hogar y la familia y la virtud y todo cuanto era digno, lo defendían los esclavos y lo tenían los esclavos, no porque fueran ellos buenos y nobles, sino porque sus amos les habían cedido todo cuanto hubiera de sagrado.

Así como Espartaco había tenido una visión de lo que debía ser –visión surgida de él mismo–, así tuvo Graco su propia visión de lo que tenía que ser, y lo que vio en el futuro le produjo escalofríos y le hizo sentirse enfermo y atemorizado. Se levantó y, envolviéndose en la toga, avanzó pesadamente hacia su habitación, en busca del lecho.

Pero no pudo conciliar fácilmente el sueño. Volvió a pensar en los anhelos de Julia y como un niño derramó silenciosas y secas lágrimas por el hecho de hallarse solo en su cama y, lo mismo que un niño, imaginó que la muchacha esclava Varinia compartía con él su lecho. El terror dio fuerzas a su plañidero deseo de ser virtuoso. Sus gordas y nudosas manos acariciaban a un fantasma en las sábanas. Las horas pasaron y allí permaneció en compañía de sus recuerdos.

Todos odiaban a Espartaco. La casa estaba llena de Espartaco; nadie conocía su apariencia o forma o sus pensamientos y su modo de ser, pero la casa estaba llena de su presencia y Roma estaba llena de su presencia. El hecho de que Graco estuviera libre de aquel odio, era

Librodot

pura ficción. Por el contrario, su odio, que siempre había ocultado tan cuidadosamente, era más violento, más amargo, más punzante que el de los otros.

Mientras se debatía con sus recuerdos, esos recuerdos tomaron forma y adquirieron color y se convirtieron en realidad. Recordaba cómo había estado sentado en el Senado –y él nunca se sentaba en la cámara del Senado, pero estaba poseído y resentido por el orgullo de estar allí entre los grandes, los aristócratas– cuando llegó la noticia transmitida por correo rápido desde Capua de que se había producido un levantamiento entre los gladiadores de la escuela de Léntulo Baciato y que se estaba extendiendo por la campiña. Recordaba la ola de temor que invadió al Senado y cómo comenzaron a graznar cual enorme bandada de gansos, todos hablando a la vez, todos diciendo cosas alocadas y terribles, simplemente porque un puñado de gladiadores había dado muerte a sus entrenadores. Recordaba lo enfadado que estaba con ellos. Recordaba cómo se puso de pie, recogió su toga y se la echó sobre el hombro con ese amplio ademán que lo caracterizaba, y había tronado contra sus augustos colegas.

–¡Caballeros, caballeros, están perdiendo la cabeza!

Cesaron en su graznar y se volvieron hacia él.

–Caballeros, nos enfrentamos al delito de un puñado de miserables y sucios esclavos asesinos. No nos enfrentamos a una invasión de los bárbaros. ¡Pero aun si así fuera, caballeros, me parece que el Senado debería comportarse de modo distinto! ¡Me parece que nos debemos cierta dignidad hacia nosotros mismos!

Se enfurecieron con él, pero él estaba enfurecido con ellos. Habían hecho cuestión de orgullo no perder nunca la calma, pero en esa oportunidad la habían perdido y él, una persona de baja estirpe y condición humilde, un don nadie, había ofendido y humillado al más augusto organismo del mundo entero. «¡Que se vayan al diablo!», pensó, y salió airado de la cámara mientras le zumbaba aún en los oídos la piadosa defensa que hacían de su dignidad, y se marchó a su casa.

Ese día quedó grabado en su vida. Cada minuto de ese día quedó grabado en su vida. Al principio había tenido miedo. Había quebrantado sus normas sagradas de conducta. Había perdido la calma. Se había hecho de enemigos. Caminaba por las calles de su querida Roma y estaba lleno de temor por lo que había hecho. Pero el temor estaba mezclado con desprecio hacia sus colegas y desprecio hacia sí mismo, y ni siquiera ahora podía sobreponerse a su sumisa reverencia por el Senado y su inculcada veneración por los necios que ocupaban sus bancas.

Por una sola vez era insensible al olor, al ruido y al espectáculo de su querida Roma. Graco había nacido y se había criado en la ciudad, y la urbe era su medio. Él formaba parte de ella y ella formaba parte de él, y alimentaba un profundo desprecio por los lejanos horizontes, los verdes valles y los rumorosos arroyuelos. Había aprendido a caminar, a correr y pelear en las retorcidas callejuelas y en los sucios barrios bajos de Roma. En su infancia había trepado como una cabra por los altos techos de las incontables casas de vecindad. El olor de las hogueras de carbón de leña que invadía la ciudad constituía el más delicioso perfume para él. Esta parte de su vida nunca había sido conquistada por el cinismo. Andar por las estrechas calles del mercado, entre sus filas de carretillas de mano y puestos de venta, donde se exhibían y vendían mercaderías de todas partes del mundo, fue siempre una novedosa aventura para él. La mitad de la ciudad lo conocía de vista. «¡Hola, Graco!», le decían aquí; y «¡Hola, Graco!», repetían más allá, sin ceremonia ni preocupación, y los vendedores y los zapateros remendones y los pordioseros y los holgazanes y los carromateros y los albañiles y los carpinteros lo querían porque era uno de ellos y se había abierto camino luchando y abriéndose camino a toda costa hasta alcanzar la cumbre. Lo querían, porque cuando compraba votos pagaba los precios más elevados. Lo querían porque no se daba aires y porque prefería caminar a ser llevado en una litera y porque siempre tenía tiempo para saludar a un viejo amigo. El que no ofreciera remedio alguno para sus crecientes miserias y desesperación, en un mundo en que los esclavos los empujaban a convertirse en holgazanes y mendigos viviendo de las dádivas del Estado, poco importaba. Ellos sabían que no había

remedio. Y él, a su vez, amaba ese mundo, el mundo lóbrego en que las altas casas de vecindad casi se tocaban por encima de las sucias callejuelas y debían ser apuntaladas con leños para mantenerlas separadas, el mundo de las calles, las calles bulliciosas, sucias y ruinosas de la más grande ciudad del mundo.

Pero en ese día que recordaba tan vivamente estaba ciego y cerrado a todo aquello. Caminaba por las calles sin prestar atención a los saludos. No compró nada en los puestos. Ni siquiera le atrajeron los sabrosos trozos de tocino frito, embutidos o salchichas ahumadas que se cocinaban en tantas carretillas tiradas a mano. Habitualmente no podía resistir las tentaciones que ofrecía la cocina callejera, los bizcochos de miel, el pescado ahumado, las sardinas saladas, las manzanas en conserva y el corzo curado; pero ese día ni lo advirtió y pasó abstraído en su propia tristeza de regreso a casa.

Graco, que era casi tan rico como Craso, nunca se dio el lujo de hacerse construir o comprar una de las villas privadas que surgían en los barrios nuevos de la ciudad, entre los jardines y parques situados a lo largo del río. Prefería ocupar una planta baja en una casa de vecindad de su antiguo barrio, y las puertas de su domicilio estaban siempre abiertas para quienes quisieran visitarlo. Conviene hacer notar que muchas familias acomodadas habitaban las plantas bajas. Eran los lugares más apreciados de las casas de vecindad y en Roma el monto de los alquileres decrecía y la miseria aumentaba a medida que se subía por las desvencijadas escaleras que conducían a las plantas superiores. Normalmente, tan sólo las dos primeras plantas contaban con cañerías para el agua y con cuartos de aseo y de baño, careciendo las demás absolutamente de tales servicios; pero la vieja comunidad de la tribu no era cosa tan lejana en el pasado como para establecer una absoluta separación, en todas partes, entre ricos y pobres, y muchos acaudalados comerciantes o ciudadanos dedicados a la actividad financiera tenían sobre sus cabezas verdaderos nidos de pobreza instalados en las siete plantas que se alzaban sobre la planta baja que ocupaban.

Así Graco recordaba cómo había regresado a su casa aquel día, sin dirigir a nadie una palabra amable o de saludo, y cómo había entrado a su despacho, después de dar a sus esclavos la poco común orden de que no se le molestara. Sus esclavos eran todos mujeres, y por ningún motivo permitía que hombre alguno compartiera con él sus dependencias, disposición que jamás descuidó, como lo hacían muchos de sus amigos. Todas sus necesidades eran atendidas por catorce mujeres. No disponía de un harén especial, como solían hacer los solteros, y recurría a aquellas esclavas que lo atraían cada vez que se le antojaba tener una compañera de cama, y, como no deseaba complicaciones, cuando alguna de ellas quedaba encinta, la vendía a algún terrateniente. Al hacerlo, declaraba que era preferible que los niños crecieran en el campo, y no veía nada inmoral o cruel en su proceder.

Entre sus esclavas no había favoritas, ya que nunca fue capaz de otra cosa que de contactos informales con las mujeres y le gustaba decir que la suya era una casa mucho más ordenada y pacífica que muchas otras. Pero ahora, acostado en su cama de Villa Salaria, rememoraba aquel día, y el recuerdo de su hogar no tenía ni alegría ni calor. De él se había apoderado un sentido moral y le hacía daño pensar en la forma en que vivía. Y se empecinaba en recordar los incidentes de aquel día. Se veía a sí mismo desde una posición ventajosa, en la forma de un hombre obeso, grande, envuelto en su toga, sentado solitario en la desnuda habitación que llamaba su despacho, y debió de haber permanecido sentado allí durante algo más de una hora antes de que se produjera interrupción alguna. Entonces llamaron a la puerta.

–¿Quién es? –preguntó.

–Unos caballeros preguntan por usted –respondió la esclava.

–No quiero ver a nadie.

¡Se estaba comportando de una manera extraordinariamente infantil!

–Son *padres* y honorables personas del Senado.

¿Así que habían ido a buscarlo y no se había alejado ni habría sido excluido de su círculo? ¿Qué era lo que le había hecho pensar que aquello ocurriría? ¡Claro que tenían que ir a

buscarlo! Aún vivía. Su ego volvió. De un salto se puso en pie y abrió rápidamente la puerta y volvió a ser el viejo Graco, sonriente, seguro, competente.

–Caballeros –dijo–, caballeros, os doy la bienvenida.

La comisión estaba integrada por cinco senadores. Dos de ellos eran *consulares;* los otros tres eran patricios distinguidos y sagaces. La comisión había ido a visitarlo con el fin de prevenir cualquier iniciativa política que Graco estuviera a punto de emprender, y no tanto por la emergencia que se vivía en ese momento. De modo que le hablaron de manera directa e íntima y lo riñeron.

–Pero, Graco, ¿cómo es posible que hayas pasado un año entero sentado en tu escaño, esperando el momento de ofendernos?

–No tengo ni el talento ni la gracia necesarios para pediros perdón en la forma que vosotros merecéis –dijo Graco disculpándose.

–Tienes ambas cosas, pero eso es un asunto aparte.

Hizo que trajeran asientos y se sentaron formando un círculo en torno a él, cinco hombres de edad y plenos de dignidad, envueltos en finas togas blancas que se habían convertido en el símbolo del dominio romano sobre el mundo. Graco ordenó que trajeran vino y una bandeja con dulces. El *consularis* Caspio hizo de portavoz. Aduló y desconcertó a Graco, ya que el anfitrión no consideraba que se hubiera desencadenado una crisis de tanta magnitud. Siempre había soñado con representar el papel de cónsul, pero ése no era plato para él y no tenía ninguna de las habilidades o especiales conexiones familiares requeridas para ello. Trató de adivinar qué era lo que se traían entre manos, y lo único que pudo detectar fue que podía tratarse de algo relacionado con Hispania, donde la revuelta contra el Senado –y, por supuesto, contra Roma–dirigida por Sertorio se había convertido en una lucha por el poder entre Sertorio y Pompeyo. Graco ya había efectuado sus cálculos al respecto. Despreciaba a ambos rivales y estaba decidido a permanecer neutral y dejarlos que se destruyeran mutuamente. Y lo mismo ocurría con los cinco caballeros que estaban frente a él.

–Tú ves, entonces –dijo Caspio–, que esta rebelión de esclavos en Capua implica un enorme peligro.

–Yo no veo nada de eso –respondió llanamente Graco.

–Tomando en cuenta lo que hemos tenido que padecer a raíz de levantamientos de esclavos...

–¿Qué es lo que sabéis, respecto a este levantamiento? –preguntó Graco en un tono más cortés que el empleado anteriormente–. ¿Cuántos esclavos están implicados? ¿Quiénes son? ¿Hacia dónde se han dirigido? ¿Qué hay de real en vuestra preocupación?

Caspio respondió las preguntas una por una:

–Nos hemos mantenido en contacto constantemente. Al comienzo se trataba tan sólo de los gladiadores. Hay noticias de que únicamente escaparon setenta. Una información posterior afirma que se trata de más de doscientos, entre los cuales hay tracios, galos y numerosos negros africanos. Las informaciones más recientes proporcionan un número más alto. Esto puede ser resultado del pánico. Por otra parte, es posible que se hayan producido disturbios en los latifundios. Al parecer, los insurrectos han provocado numerosos daños, pero no disponemos de detalles. Y en cuanto hacia dónde se han dirigido, parece que avanzan en dirección al Vesubio.

–¡Solamente parece! –exclamó Graco impaciente–. ¿Son tan idiotas en Capua que no pueden ni siquiera saber qué es lo que ha ocurrido en su propia casa? Allí hay una guarnición. ¿Por qué esa guarnición no puso fin a eso rápida y expeditivamente?

Caspio miró fríamente a Graco.

–Tenían solamente una cohorte en Capua.

–¡Una cohorte! ¿Cuántos efectivos se necesitan para aplastar a unos cuantos infelices gladiadores?

–Tú sabes tan bien como nosotros lo que debe de haber ocurrido en Capua.

Librodot

–No lo sé, pero puedo imaginármelo. Y lo que me imagino es que el comandante de la guarnición debe de estar a sueldo de cuanto asqueroso *lanista* opere en el lugar. Veinte soldados aquí, una docena allá. ¿Cuántos quedaban en la ciudad?

–Doscientos cincuenta. Así es. No es necesario que demos muestras de rectitud, Graco. Las tropas fueron derrotadas por los gladiadores. Por ese motivo estamos tan preocupados, Graco. Pensamos que las cohortes de la ciudad deben ser enviadas de inmediato.

–¿Cuántas?

–Por lo menos seis cohortes... por lo menos tres mil hombres.

–¿Cuándo?

–Inmediatamente.

Graco movió la cabeza. Eso era precisamente lo que debía haber esperado. Pensó en lo que se proponía decir. Lo pensó cuidadosamente. Reunió mentalmente cuanto sabía y había sabido de psicología de los esclavos.

–No lo hagáis.

Tenía la costumbre de oponérseles. Todos preguntaron por qué.

–Porque no confío en las cohortes de la ciudad. Dejad en paz a los esclavos por ahora. No enviéis a las cohortes de la ciudad.

–¿Y a quiénes enviaremos?

–Llamad a una de las legiones.

–De Hispania. ¿Y Pompeyo?

–¡Que reviente Pompeyo, maldito sea! De acuerdo, dejad Hispania en paz. Haced bajar de la Galia Cisalpina a la tercera legión. No os precipitéis. Se trata de esclavos, de un puñado de esclavos. No pasará nada a menos que hagáis algo...

Así discutieron el asunto y en sus recuerdos Graco revivía la discusión y veía a los cinco senadores, con su increíble temor por la sublevación de los esclavos, decididos a enviar a seis de las cohortes de la ciudad. Graco durmió muy poco. Despertó al alba, como hacía siempre, independientemente del tiempo que hiciera y del lugar en que se hallara. Bebió agua y comió fruta en la terraza como hacía cada mañana.

Librodot

III

La luz del día disipa los temores y las confusiones que suelen embargar al hombre y muy a menudo es como un bálsamo y una bendición. Muy a menudo, pero no siempre, ya que hay ciertas categorías de seres humanos a quienes no les agrada la luz del día. Un prisionero se abraza a la noche, que es para él tibio abrigo que lo protege y reconforta, y la luz del día no trae alegría al condenado. Pero con frecuencia la luz del día disipa las confusiones de la noche. Los grandes hombres recuperan cada mañana el manto de su grandeza, porque hasta los grandes hombres son como los otros durante la noche, y algunos hombres hacen cosas despreciables y otros lloran y otros se hunden en el temor de la muerte y de una obscuridad mayor aún que la que los rodea. Pero por la mañana vuelven a ser otra vez grandes hombres, y Graco, sentado en la terraza, cubierto con una toga fresca de níveo blancor, alegre y confiado su grande y carnoso rostro, era el vivo retrato de lo que debía ser un senador romano. Muchas veces se ha dicho, entonces y después, que nunca hubo mejor ni más noble ni más sabio conjunto de hombres reunidos para legislar que los que integraban el Senado de la República de Roma, y observando a Graco, uno se inclinaría a aceptar tal aserto. Era cierto que no procedía de noble cuna y que la sangre que corría por sus venas era de ascendencia extraordinariamente dudosa, pero era muy rico, y una de las virtudes de la República era la de que los hombres fueran medidos tanto por sí mismos como por sus ancestros. El hecho mismo de que los dioses dieran vida a un hombre era indicio de sus cualidades innatas, y si se quería prueba de ello no había más que mirar cuántos eran pobres y cuan pocos eran ricos.

Mientras Graco se hallaba sentado allí, se le unieron los otros integrantes del grupo que había honrado con su presencia a Villa Salaria. Era un extraordinario conjunto de hombres y mujeres el que se había reunido allí a pasar la noche, y ellos estaban absolutamente convencidos de que eran personas extraordinarias y muy importantes. Se sentían cómodos entre ellos y este hecho servía para subrayar su confianza en Antonio Cayo, quien nunca cometía el error de mezclar inadecuadamente a la gente en su casa de campo. Pero en el ámbito de la campiña romana no resultaban tan fuera de lo común. Es cierto que entre ellos había dos de los individuos más ricos del mundo, una mujer joven que se convertiría en una de las prostitutas más famosas de todos los tiempos, y un hombre joven que mediante una existencia plena de frías y calculadas intrigas y maquinaciones haría que se lo recordara en los siglos venideros, y otro hombre joven cuya vida disoluta llegaría a ser famosa por sí misma; pero casi en cualquier oportunidad podía encontrarse el mismo tipo de huéspedes en Villa Salaria.

Aquella mañana se agruparon en torno a Graco. Era el único entre ellos que llevaba toga. Era el inconmovible señor magistrado, sentado allí con su agua perfumada, mondando una manzana y dirigiendo unas palabras a éste o aquél. «Se recuperan bien», pensó, mirando a los bien vestidos caballeros y a las bien pintadas mujeres, con el cabello experta y hermosamente peinado y el lápiz labial y el colorete tan artísticamente aplicados. Hablaron de esto y aquello y la conversación era interesante y bien ensayada. Si hablaban de escultura, Cicerón adoptaba una posición oficial, como era de esperar:

–Estoy cansado de oír hablar tanto de los griegos. ¿Qué es lo que han hecho que los egipcios no hubieran realizado ya hace mil años? En ambos casos hay una degeneración particular, un pueblo incapacitado para el crecimiento y el mando. Que es lo que refleja su escultura. Por lo menos, los artistas romanos reproducen lo que es.

–Pero que puede ser muy aburrido –protestó Helena, con la prerrogativa de la juventud y de su condición de intelectual y de mujer.

Era de esperar que Graco proclamara su total ignorancia respecto al arte. No obstante, declaró: –Yo sé lo que me gusta.

Y Graco entendía bastante de arte. Había comprado obras de arte egipcio, porque le habían tocado alguna fibra íntima. Craso no tenía opiniones muy firmes sobre arte y era de notar cuan

Librodot

escasos eran los conceptos firmes que tenía, aunque era un buen general, tal como se demostró con el transcurso de los años. Al mismo tiempo, no le agradó la afirmación engreída y pedante formulada por Cicerón. Era muy fácil hablar de degeneración cuando no se tenía que luchar contra esos supuestos degenerados.

–Debo decir que estoy por la escultura griega –hizo notar Antonio Cayo–. Es barata y muy agradable una vez que el color desaparece. Por supuesto, se trata de esas obras descoloridas que uno encuentra por ahí, pero quedan bien en los jardines y yo, de todos modos, las prefiero.

–Entonces usted debería haber comprado los monumentos de Espartaco antes de que nuestro amigo Craso los hubiera mandado destruir –dijo Cicerón sonriendo.

–¿Monumentos? –preguntó Helena.

–Hubo que hacerlos destruir –replicó Craso con tranquilidad.

–¿Qué monumentos?

–Si no me equivoco –dijo Cicerón–, fue Graco quien firmó la orden de destrucción.

–Usted nunca se equivoca, ¿verdad, joven? –bramó Graco–. Tiene usted bastante razón. –Y explicó a Helena–: Había dos grandes monumentos, tallados en piedra volcánica, que Espartaco erigió en las laderas del Vesubio. Yo nunca los vi, pero firmé la orden de que fueran destruidos.

–¿Cómo pudo hacer eso? –preguntó Helena.

–¿Cómo podía no hacerlo? ¡Si la inmundicia erige un emblema a la inmundicia, no hay más que barrer con él!

–¿Cómo eran los monumentos? –preguntó Claudia. Graco movió la cabeza, sonriendo apenado por la forma en que los fantasmas de los esclavos y el fantasma de su líder interferían en la conversación, no importando cómo hubiera comenzado ésta.

–Yo nunca los vi, querida Claudia. Craso los vio. Pregúntele a él.

–No puedo darle ninguna opinión artística –dijo Craso–. Pero aquellas estatuas tenían el aspecto que se supone debían tener. Había dos. Una representaba la figura de un esclavo y medía unos quince metros de altura, según creo. Era una figura de pie, con las piernas separadas, que había roto sus cadenas, que colgaban a su lado. Con un brazo estrechaba a una criatura contra su pecho, y en la mano del otro brazo, que colgaba a su lado, blandía una espada hispánica. Así era este primer monumento, y supongo que se le podría denominar coloso. Estaba bastante bien hecho, por lo que pude ver, pero, como ya he dicho, no soy juez en cuestiones de arte. Pero estaba sencillamente realizado, y el hombre y el niño estaban bien formados, aun en detalles como las callosidades y las llagas que normalmente producen las cadenas. Recuerdo que el joven Gayo Taneria me hizo notar la sólida forma de los hombros del esclavo y las hinchadas venas de sus manos, tal como pueden observarse en cualquier labrador. Como ustedes saben, con Espartaco iban numerosos griegos, y éstos son muy habilidosos en esta actividad. Nunca tuvieron oportunidad de pintarlo o posiblemente no tuvieron ocasión de conseguir pintura y, en su conjunto, recordaba a esas viejas estatuas que se ven en Atenas, de las que ha desaparecido la pintura, y estoy de acuerdo con Cayo en que en esa forma son muy agradables... y muy baratas también. El otro monumento no era tan alto; las figuras medían poco más de seis metros de altura, pero también estaban hábilmente realizadas. Eran tres gladiadores, un tracio, un galo y un africano. El africano, lo que es muy interesante, había sido tallado en piedra negra; las otras figuras eran blancas. El africano estaba en el centro, era algo más alto que los otros dos y empuñaba el tridente con ambas manos. A un lado del africano estaba el tracio, puñal en mano, y en el otro lado el galo, blandiendo la espada. El monumento estaba concebido de una manera muy realista: podía verse que habían combatido, porque presentaban tajos en los brazos y las piernas. Detrás de ellos había una mujer en una actitud muy orgullosa; se dice que Varinia había servido de modelo. La mujer tenía un desplantador en una mano y un azadón en la otra. Debo confesar que nunca pude comprender el significado de aquello.

–¿Varinia? –preguntó Graco en voz baja.

–¿Por qué tuvo que destruir esos monumentos? –inquirió Helena.

–¿Podíamos dejar en pie sus monumentos? –replicó Graco–. ¿Íbamos a dejarlos allá para que los contemplara todo el mundo y se comentara: «Aquí está lo que hicieron los esclavos»?

–Roma es lo suficientemente poderosa como para permitirse dejarlos... sí, y que llamen la atención –declaró Helena.

–¡Muy bien dicho! –hizo notar Cicerón, pero Craso pensó en cómo se habían desarrollado los acontecimientos allí, con diez mil de sus mejores hombres tendidos en un campo cubierto de sangre, y los esclavos alejándose cual enfurecido león que solamente está molesto pero apenas herido.

–¿Qué aspecto tenía la escultura de Varinia? –preguntó Graco, tratando de que la pregunta pareciera lo más intrascendente posible.

–No creo que pueda recordarlo muy bien. Podía tomársela por una mujer germana o gala, de cabellos largos, túnica suelta y todo lo demás. El cabello trenzado y sujeto en la forma en que lo llevan las germanas y las galas. Tenía hermosos pechos y una agradable figura, como la de algunas de esas mozas germanas que suelen verse en el mercado y que todos se muestran dispuestos a comprar. Por supuesto, no se sabe si se trataba de Varinia o no. Al igual que en todo lo que se refiere a Espartaco, no sabemos casi nada con certeza. Salvo que uno quiera tragarse toda la propaganda y dejar que las cosas sigan de ese modo. Todo lo que yo sé respecto a Varinia es lo que me contó ese sucio y viejo *lanista,* Baciato, y fue muy poco, salvo que se le soltó la lengua y se le caía la baba al recordarla.

De modo que debe de haber sido muy atractiva...

–¡Y usted también destruyó ese monumento! –exclamó Helena.

Craso asintió. No era hombre de dejarse alterar fácilmente.

–Querida –le dijo a Helena–, yo era un soldado y no hice más que cumplir las órdenes del Senado. Oirá decir que la rebelión de los esclavos fue un asunto de poca importancia. Es bastante comprensible que se difundiera tal apreciación, ya que poco sale ganando Roma si el mundo se entera del esfuerzo que significó hacer frente a unos cuantos esclavos. Pero aquí, en esta agradable terraza en casa de mi querido y buen amigo Antonio Cayo, con la compañía que tenemos, podemos prescindir de las leyendas. Nadie estuvo nunca tan cerca de destruir a Roma como Espartaco. Nadie llegó nunca a herirla tan terriblemente. No trato de magnificar mi actuación. Dejad que el héroe sea Pompeyo, pues hay escaso mérito en someter esclavos. Pero la verdad se impone, y si los símbolos de castigo resultan desagradables, piensen en cómo me sentí yo al ver el terreno cubierto con los cadáveres de los mejores soldados de Roma. De modo que no tuve empacho en destruir algunas piedras talladas que habían hecho los esclavos. Por el contrario, me proporcionó cierta satisfacción el hacerlo. Destruimos completamente las imágenes y de ellas no quedaron más que polvo, de modo que no hay rastro alguno de ellas. Así también destruimos a Espartaco y a su ejército. Y así también, con el tiempo, destruiremos hasta su recuerdo y el recuerdo de lo que hizo y por qué lo hizo. Soy un hombre bastante sencillo y no demasiado inteligente, pero eso lo sé. El orden de las cosas es el de que unos tienen que mandar y otros tienen que servir. Así lo ordenaron los dioses. Y así será.

Una de las cualidades de Craso era la de evocar la pasión sin apasionarse él mismo en lo más mínimo. Sus agradables y recios rasgos militares enfatizaban las palabras que decía. ¡Era la imagen perfecta del halcón de bronce de la República!

Graco lo observaba por debajo de sus párpados caídos. Se hallaba sentado allí, observando a cada uno de ellos, al rapaz rostro afilado de Cicerón, al joven petimetre Cayo, a Helena, a la silenciosa, sufriente y, en cierto modo, ridícula Julia, a Claudia, pulcra y satisfecha; a Antonio Cayo y a Craso, a todos los observaba y escuchaba, y nuevamente volvió a pensar en la forma en que la comisión senatorial había ido a buscarlo cuando se retiró del recinto senatorial. Aquello fue el comienzo, por supuesto, cuando se mandaron las seis cohortes. Y el comienzo se olvidaría como se olvidaría también el final, tal como había dicho Craso.

Salvo –como bien podría ser– que el final estuviera aún por llegar.

IV

Al comienzo, el Senado había tomado la decisión de enviar a Capua inmediatamente seis de las cohortes de la ciudad para sofocar la rebelión de los esclavos. Ésa era la decisión a la que se había opuesto Graco y que, en cierta medida, había sido aprobada más que nada para enseñarle a él cierta elemental humildad. A la luz de lo que ocurrió luego, la cuestión de la humildad fue recordada por Graco con algo de amarga satisfacción.

Cada cohorte ciudadana estaba integrada por quinientos sesenta soldados, armados tal como lo estaba el término medio de los legionarios, sólo que algo mejor y a precio más elevado. La ciudad era un buen lugar para vivir. Los legionarios eran enviados a los más apartados confines de la tierra y muy a menudo nunca regresaban, pues hallaban la muerte en suelo extranjero, o volvían cinco, diez o hasta quince años después. Los legionarios marchaban todo el día y, subsistiendo apenas con un puñado de alimentos, sudaban y trabajaban, construían caminos y edificaban ciudades en agrestes lugares y a veces la gran urbe pasaba a constituir para ellos tan sólo un recuerdo. Las cohortes de la ciudad vivían en la abundancia y para ellas nunca escaseaban las muchachas, el vino y los juegos. Hasta un soldado corriente de las cohortes de la urbe podía ejercer cierta influencia política, por lo cual solía percibir algún estímulo monetario. Muchos de ellos poseían hermosas residencias, de las que disfrutaban cuando no estaban de servicio, y los había que disponían de hasta seis esclavas. En la ciudad se comentaba el caso de un soldado que mantenía a catorce concubinas en una gran residencia romana, y que hacía muy buen negocio criando niños hasta la edad de seis años, para venderlos luego en el mercado público. Se contaban muchas historias como ésa. Vestían elegantes uniformes. Todas las cohortes eran comandadas por jóvenes de buena familia que utilizaban el ejército para hacer carrera, pero que, al mismo tiempo, deseaban que sus deberes militares no les impidieran estar cerca de los teatros, el circo y los mejores restaurantes. La mitad de ellos eran amigos de Cayo y una o dos veces éste había llegado hasta a acariciar la idea de pedir para él uno de esos cargos, pero la había desechado por no corresponder a sus condiciones personales. Este tipo de cargo y también el hecho de que las cohortes eran las llamadas a realizar desfiles ceremoniales casi en cada función pública que se realizaba, condujo a una natural rivalidad entre aquellos jóvenes caballeros para dirigir los contingentes mejor uniformados. En la ciudad, los pantalones de cuero de los legionarios, sucios y empapados de sudor, fueron reemplazados por pantalones de gamuza suavemente curtida y finamente coloreada. Cada regimiento adoptaba un color distinto y con frecuencia se permitía el privilegio de llevar plumas en el casco. La *humeralia,* flejes de hierro que colgaban de los hombros sobre el pecho y la espalda, estaba a menudo enchapada en oro y plata. Una cohorte llevaba armadura completa de bronce, y cada regimiento tenía una bota distintiva, a menudo alta hasta la rodilla y adornada con pequeñas campanillas de plata. Las canilleras de bronce, descartadas desde hacía mucho por las legiones de las fronteras, para quienes resultaba imposible marchar días enteros con las piernas encerradas en cajas de metal, eran usadas aún por más de la mitad de los regimientos de la ciudad, y cada regimiento tenía un diseño distinto para la superficie de los escudos. La calidad de sus armas y armaduras no tenía paralelo en toda Italia.

Las cohortes no estaban, en absoluto, mal entrenadas: cumplían a conciencia su diario programa de actividades en esa época. Se ejercitaban habitualmente a primeras horas de la mañana en el *Circus Maximus,* que por aquel entonces era una pista de carreras abierta en la depresión del *Vallis Murcia,* y era un placer verlos realizar sus movimientos a la cadencia musical que ejecutaban cien pífanos. Todas las mañanas las colinas de los alrededores del circo eran invadidas por los niños de Roma, que observaban el espectáculo militar con deleite y envidia.

Pero lo cierto del caso es que las cohortes no eran legiones y era muy diferente reprimir a una multitud de desocupados hambrientos y desesperados o intervenir en una trifulca política

en las estrechas calles de la ciudad que enfrentarse a hispánicos o galos, germanos o tracios, judíos o africanos. Y bien, ahora se trataba del levantamiento de un puñado de esclavos y, con todos sus fallos, utilizar seis cohortes de la ciudad significaba contar con más de tres mil quinientos soldados romanos. Hasta Graco consintió en parte. Por razones de principios se oponía a que las cohortes salieran a más de un día de marcha de las murallas de la ciudad. Pero en total había veintisiete cohortes en la ciudad y hasta Graco convino en que podían hacer lo que tenían que hacer. Su oposición radicaba más que nada en su íntimo temor hacia esos regimientos políticos que no estaban formados por campesinos, sino por soldados nacidos y criados en la ciudad, desocupados, inconscientes, parásitos corruptos de Roma, descastados y faltos de esperanza que vivían sus vidas en el limbo que separaba la masa de esclavos en que reposaba la sociedad y el puñado de amos de las esferas superiores. Eran más numerosos que los trabajadores de Roma, el menguante núcleo de los artesanos y los tenderos. Pasaban sus días en las calles o en el circo; vivían de los sobornos que recibían y jugaban y apostaban en las carreras y vendían sus votos en cada elección y estrangulaban a sus hijos recién nacidos para eludir la responsabilidad de criarlos, y pasaban gran parte de su tiempo en los baños y vivían en los sucios y diminutos apartamentos de las altas casas de vecindad. Y entre ellos se reclutaba a los soldados de las cohortes de la ciudad.

Al día siguiente de la decisión tomada por el Senado, partieron al amanecer seis cohortes. El mando fue encomendado a un joven senador, Varinio Glabro, a quien se entregó el símbolo de legado y se le envió como representante directo del Senado. En Roma no faltaban hombres de más edad y con más años de experiencia militar, pero durante años Roma se había visto corroída por una lucha intestina por el poder, y el Senado era celoso en extremo de darle poderes militares a manos ajenas al cuerpo. Varinio Glabro era vanidoso, más bien estúpido, pero, desde el punto de vista político, era fiable.

Por aquel entonces tenía treinta y nueve años y, a través de su madre, tenía excelentes conexiones familiares. No era excesivamente ambicioso y tanto él como su familia recibieron la designación como una oportunidad de conquistar considerable gloria sin incertidumbre alguna. Al elegirlo, la mayoría del Senado afirmaba su posición con toda una sección de la población patricia. Los oficiales bajo sus órdenes habrían de hacer todo cuanto debiera ser hecho en el sentido militar, y en cuanto a las escasas decisiones que él tuviera que adoptar, le fueron dadas instrucciones explícitas y cuidadosamente redactadas. Debía conducir a sus hombres a Capua a paso de campaña, lo que equivalía a unos treinta y dos kilómetros al día. Esa distancia iba a ser recorrida en su totalidad por la vía Apia, lo que significaba que habría convoyes que se encargarían del transporte de alimentos y agua y que los legionarios comunes deberían llevarlos en sus propias espaldas. Sus tropas deberían pasar la noche al raso en las afueras de las murallas de Capua y no permanecer más de un día en la ciudad, para recibir información sobre los progresos realizados por los esclavos en su revuelta y preparar los planes para ponerle fin. Después de eso, debía dar cuenta al Senado de sus planes, pero proceder a cumplirlos sin esperar confirmación. Debía enfrentarse a los esclavos en la forma que le pareciera más conveniente, pero debía realizar todos los esfuerzos posibles para capturar a los cabecillas de la rebelión y enviarlos a Roma, junto con el mayor número posible de prisioneros, para que se los juzgara y castigara públicamente. Si el consejo de Capua solicitara símbolos de castigo, tenía derecho a hacer crucificar diez esclavos en las afueras de dicha ciudad, pero solamente si ese número representara menos de la mitad de los capturados. Por órdenes explícitas del Senado, todo derecho de propiedad sobre los esclavos pasaba a manos del Senado y se instruía a Varinio en el sentido de que no admitiera reclamación alguna sobre dicha propiedad, aunque podía aceptar apelaciones, que podrían presentarse posteriormente ante la Comisión de Reclamaciones.

Todo esto sucedía antes de que en Roma hubiera indicio alguno de quién era el cabecilla de la rebelión. El nombre de Espartaco aún no era conocido, ni se entendía muy bien de qué modo se había producido el levantamiento en la escuela de gladiadores de Baciato. Las cohortes de la ciudad formaron para desfilar al romper el alba, pero hubo algunas demoras

Librodot

debido a las disputas que se produjeron entre los oficiales en relación con la ubicación de las cohortes. El sol estaba muy alto en el cielo cuando comenzaron la marcha. La emocionante música militar de los tambores y los pífanos se oyó en toda la ciudad y cuando llegaron a las puertas ya se había reunido allí una enorme multitud para verlos partir.

Graco lo recordaba muy bien, extraordinariamente bien. Él y otros dos senadores se sumaron a la multitud de las puertas, y recordaba qué hermoso espectáculo ofrecían las cohortes en su marcha, la banda ejecutando música marcial, las banderas al viento, los estandartes tan orgullosamente enarbolados, los cascos de los soldados con sus plumas inclinándose al marchar, y Varinio a la cabeza de la columna, llevando una pechera de bronce barnizada, montado sobre un hermoso caballo blanco y saludando con la mano a la multitud que lo aclamaba. No hay nada más emocionante en el mundo que el desfile de soldados bien disciplinados. Graco lo recordaba muy bien, por cierto.

Librodot

V

Así fue cómo llegó el Senado a conocer el nombre de Espartaco y Graco recordó la vez primera que oyó pronunciarlo. Posiblemente fue ésa la primera vez que se lo nombró en voz alta en Roma. En el primer informe de Varinio enviado por correo rápido al Senado de Roma desde Capua se lo mencionaba discretamente, sin darle mayor importancia. El informe de Varinio no era un documento inspirado precisamente. Comenzaba con la fórmula de rutina: «Sea ésta la voluntad del noble Senado», y a continuación pasaba a describir detalladamente los escasos incidentes ocurridos durante la marcha a lo largo de la vía Apia y las informaciones recogidas en Capua. El acontecimiento principal de la marcha había sido el de que las tres cohortes que llevaban canilleras de bronce sufrían de dolorosas llagas en el empeine. Varinio había decidido que dichas canilleras fueran abandonadas y remitidas de vuelta a Roma. Los oficiales de las cohortes afectadas consideraban que tal decisión había sido tomada con mengua del honor de sus regimientos, que sus hombres habían sido ofendidos y que todo el asunto se habría resuelto con sólo engrasar un poco los pies de los afectados. Varinio cedió ante sus reclamaciones y como resultado de ello hubo que dejar en Capua a más de cien hombres, que no se encontraban en condiciones de prestar servicios. Otros varios cientos más de soldados cojeaban, pero se pensó que aun así podrían participar perfectamente bien en la campaña contra los esclavos.

(Graco dio un respingo cuando oyó usar la palabra «campaña».)

En cuanto a la rebelión, Varinio evidentemente osaba entre el deseo de informar sobre los hechos –respecto a lo que hizo muy poco– y el de aprovechar la oportunidad para sacar provecho en prestigio personal, lo que significa que se ocupó mucho de eso. Incluía una declaración de Baciato relativa a los antecedentes de la revuelta, y señalaba que «parecía estar dirigida por un tal Espartaco, un tracio, y por otro, Crixo, un galo». Ambos eran gladiadores, pero por el informe no era posible establecer de cuántos gladiadores se trataba. Varinio informó sobre tres casas de campo que habían sido incendiadas. Los esclavos de dichas casas de campo eran incuestionablemente fieles a sus amos; pero bajo amenaza de muerte habían sido obligados a plegarse a los esclavos rebeldes. Los que se negaron habían sido muertos en el acto.

(Graco asintió. No había otra manera de decirlo.)

Dos terratenientes habían intentado refugiarse en Capua, pero, habiendo sido interceptados por los rebeldes, habían sido asesinados por éstos, y sus esclavos obligados a plegarse al levantamiento. Además, algunos de los esclavos descontentos de la zona habían escapado y se habían unido a los rebeldes. Varinio agregaba una larga lista de atrocidades que se afirmaba habían cometido los esclavos y en documentos separados incluía tres testimonios prestados al efecto. Estos testimonios enumeraban otras atrocidades cometidas por los esclavos.

Terminaba manifestando que, hasta donde tenía conocimiento, los esclavos habían instalado su cuartel general en las agrestes y rocosas laderas del monte Vesubio y que él se proponía marchar inmediatamente hacia allí e imponer la voluntad del Senado.

El Senado recibió y aceptó el informe. Además se presentó un proyecto de resolución, que fue aprobado, en virtud del cual unos ochenta esclavos que estaban destinados a ser enviados a las minas fueran ofrecidos como símbolos de castigo, «de modo que los esclavos de la urbe vieran en ello una advertencia y aprendieran una lección respecto a la suerte que podrían correr». Ese mismo día los pobres desdichados fueron crucificados en el Circus Maximus en un intervalo durante las carreras. Y pendían de sus cruces cuando el favorito del momento, *Aristones,* magnífico potrillo de Parthion, perdió inesperadamente frente a *Charos,* una yegua oriunda de Nubia, determinando la bancarrota de una considerable parte de los aficionados romanos.

Pero durante seis días no se tuvo más noticias de Varinio o de las cohortes de la ciudad. Y al transcurrir ese tiempo llegó una breve noticia: las cohortes de la ciudad habían sido

derrotadas por los esclavos. Era un informe escueto, sin detalles, y durante veinticuatro horas el Senado y la ciudad estuvieron a la espera en tensa expectativa. Todos hablaban de la nueva insurrección de esclavos, pero nadie sabía nada. Sin embargo, el temor dominaba la ciudad.

Librodot

VI

El Senado se reunió en sesión plenaria a puertas cerradas y afuera la multitud fue congregándose hasta llenar la plaza; las calles que conducían a ella quedaron bloqueadas, y en todas partes circulaban rumores, porque ahora el Senado conocía lo que había ocurrido con las cohortes de la ciudad.

Solamente un par de bancas estaban vacías. Graco, recordando la sesión, pensó que en tales momentos –momentos de crisis y de malas noticias– era cuando el Senado se mostraba en plena forma. En los ojos de los ancianos, que permanecían sentados, silenciosamente envueltos en sus togas, había preocupación, pero desprovista de temor, y en los rostros de los jóvenes se advertía dureza e ira. Pero todos ellos tenían plena conciencia de la dignidad del Senado romano, y durante tal contingencia Graco podía deponer su cinismo. Conocía a aquellos hombres; sabía a qué bajo precio y por qué corruptos medios habían adquirido sus bancas y cuál era el sucio juego político que realizaban. Los conocía a todos y conocía cada partícula de la suciedad que cada uno de ellos anidaba y, no obstante, experimentó la emoción y el orgullo de ocupar un lugar entre ellos.

No era hombre capaz de deleitarse con su victoria personal. Ésta no podía ser separada de lo que estaban enfrentando, y en consecuencia lo eligieron *senator inquaesitor,* y él se hizo cargo de la aflicción de los demás y descartó su pequeño triunfo personal. Ocupó un lugar, de pié ante ellos, enfrentando al soldado romano que había regresado, un soldado romano criado y alimentado en las calles y callejuelas de la ciudad, pero colocado ahora, por primera vez en su vida, en posición de firme ante el augusto Senado, de rostro enjuto, ojos obscuros, sospechoso y atemorizado, con un tic nervioso en un ojo, la lengua lamiendo ansiosamente sus labios, aún con su armadura desarmado, tal como debe uno presentarse ante el Senado, afeitado y al menos parcialmente aseado, pero con un vendaje manchado de sangre en un brazo y, además, muy fatigado. Graco hizo lo que otros habrían hecho. Antes de iniciar el interrogatorio oficial ordenó que un asistente trajera vino y lo colocara sobre una mesa junto al soldado. El hombre estaba débil y Graco no quería que se desvaneciera allí mismo. Pero de nada sirvió. El hombre sostenía en sus manos el pequeño bastón de marfil del legado, bastón que era –como solían decir– más poderoso en su poder que un ejército invasor y que representaba el brazo y la autoridad y el poder del Senado.

–Puede entregármelo a mí –comenzó Graco.

Al principio el soldado no comprendió y entonces Graco tomó el bastón de sus manos y lo depositó en el altar, sintiendo que se le apretaba la garganta y que le dolía en torno al corazón. Podía sentir desprecio por los hombres, por ser los hombres lo que son, pero no sentía desprecio por el pequeño bastón que representaba toda la dignidad y el poder y la gloria de su vida, y que hacía tan sólo unos días le habían entregado a Varinio.

Y entonces le preguntó al soldado:

–Primero, díganos su nombre.

–Aralo Portho.

–¿Portho?

–Aralo Portho–repitió el soldado.

Uno de los senadores se puso la mano detrás de la oreja y dijo:

–Más fuerte. ¿No puede hablar más fuerte? No oigo.

–Hable más alto –dijo Graco–. Nadie le hará ningún daño Está aquí en la sagrada cámara del Senado y dirá toda la verdad en nombre de los dioses inmortales. ¡Hable sin miedo!

El soldado inclinó la cabeza, asintiendo.

–Beba un poco de vino –dijo Graco.

El soldado miró uno a uno los rostros de esos hombres impasibles, vestidos de blanco, y observó las bancas de piedra en que estaban sentados como si fueran imágenes grabadas en la

Librodot

piedra, y entonces con mano temblorosa se sirvió una copa de vino hasta que ésta se colmó y se desbordó, y la bebió, lamiéndose los labios.

–¿Qué edad tiene? –preguntó Graco.

–Veinticinco años.

–¿Dónde nació?

–Aquí, en la urbe.

–¿Tiene oficio?

El hombre movió la cabeza.

–Quiero que responda a todas las preguntas. Quiero que diga por lo menos sí o no. Si puede proporcionar más detalles, hágalo.

–No... No tengo otro oficio, excepto la guerra –dijo el soldado.

–¿A qué regimiento pertenecía?

–A la tercera cohorte.

–¿Y durante cuánto tiempo sirvió usted en la tercera cohorte?

–Dos años... y dos meses.

–¿Y antes?

–Estaba en el paro.

–¿Quién era su comandante en la tercera cohorte?

–Silvio Cayo Salvario.

–¿Y su jefe de centuria?

–Mario Graco Alvio.

–Muy bien, Aralo Portho. Ahora deseo que me cuente a mí y a los honorables senadores reunidos aquí exactamente qué ocurrió después que su cohorte y las otro cinco cohortes partieron hacia el sur de Capua. Debe decírmelo franca y simplemente. Nada de lo que diga será usado en contra de usted, y aquí, en esta sagrada cámara, no sufrirá daño alguno.

El soldado no pudo aún articular coherentemente las palabras, y para Graco, sentado años después durante la agradable mañana primaveral en la terraza de Villa Salaria, los recuerdos del cuadro dramático y penoso evocado por las palabras del soldado eran más nítidos que las palabras mismas. No era un ejército muy satisfecho ni entusiasta el que había marchado hacia el sur, desde Capua, a las órdenes de Varinio Glabro. El tiempo se había vuelto excesivamente caluroso para esa época del año, y las cohortes de la ciudad, no habituadas a las marchas constantes, sufrieron bastante. Aunque cargaban nueve kilos menos que los que solían cargar los legionarios en sus marchas, tenían además el peso de los cascos y armaduras, el escudo, la espada y la lanza. Allí donde los bordes del metal recalentado rozaban su piel, les salieron llagas y pronto descubrieron que las suaves y hermosas botas de desfile, que tan orgullosamente llevaban al marchar hacia atrás y hacia delante en las arenas del Circus Maximus, eran mucho menos prácticas en los caminos y en el campo. Quedaron empapados con las lluvias de la tarde y al llegar la noche estaban amargados y malhumorados.

Graco podía imaginárselos muy bien, formando una larga columna, ya fuera de la vía Apia, avanzando afanosamente por un polvoriento sendero, las plumas colgando de sus cascos bronceados, y hasta sus quejas ahogadas ya por el cansancio. Fue más o menos en esas circunstancias cuando capturaron a los cuatro esclavos y los mataron; eran tres hombres y una mujer.

–¿Por qué los mataron? –interrumpió Graco.

–Teníamos la impresión de que cualquier esclavo que se hallara en esa parte del país estaba contra nosotros.

–¿Y si estaban contra ustedes, cómo es que bajaron de las colinas al camino al verlos pasar?

–No lo sé. Fue la segunda cohorte la que lo hizo. Rompieron filas y cogieron a la mujer. Los hombres trataron de protegerla y entonces lancearon a los hombres. Fue cosa de un minuto, y los hombres quedaron muertos. Cuando yo llegué al lugar...

–¿Quiere decir que su regimiento también rompió filas? –preguntó Graco.

Librodot

–Sí, señor. Todo el ejército. Nos reunimos alrededor... los que pudimos acercarnos allí donde estaban ocurriendo las cosas. Ellos le arrancaron las ropas a la mujer y la tendieron completamente desnuda sobre el suelo. Luego, uno tras otro, ellos...

–No hace falta que lo describa detalladamente –interrumpió Graco. Y luego agregó–: ¿Y los oficiales no intervinieron?

–No, señor.

–¿Quiere decir que permitieron que aquello se hiciera, sin intervenir para nada?

El soldado se quedó un momento sin responder.

–Quiero que me diga la verdad. No quiero que tenga miedo a responder la verdad.

–Los oficiales no intervinieron.

–¿En qué forma fue muerta la mujer?

–Murió de lo que le estaban haciendo –dijo en voz baja el soldado. Luego tuvieron que pedirle nuevamente que hablara más alto, ya que su voz se había desvanecido por entero.

Relató cómo habían acampado esa noche. Dos de las cohortes ni siquiera levantaron sus carpas. La noche era templada y los soldados se acostaron al descubierto. A esa altura fue interrumpido.

–¿Hizo algún intento su comandante por construir un campamento fortificado? ¿Sabe si lo hizo o no?

Era orgullo del ejército romano el que ninguna legión acampara en parte alguna, así fuera por una sola noche, sin construir un campamento fortificado, con palizada o murallas de tierra, fosos, pabellones para las armas, organizado cual si fuera un pequeño castillo o ciudad.

–Lo que sé es lo que decían los hombres.

–Cuéntenoslo.

–Decían que Varinio Glabro quería que se hiciera, pero que los comandantes de los regimientos se opusieron. Los hombres aducían que, aunque hubieran estado de acuerdo, no había zapadores entre nosotros, y que carecía del menor sentido común la forma en que habían sido planeadas las cosas. Decían... por favor, el noble...

–Cuéntenos lo que decían, sin temor alguno.

–Sí, decían que no había sentido ni significado en la forma en que se había planeado la cosa. Pero los oficiales argumentaban que un puñado de esclavos no representaban peligro alguno. Ya estaba anocheciendo y, tal como yo oí, los oficiales argumentaban que si Varinio Glabro quería que se construyera un campamento fortificado, ¿por qué había esperado a que anocheciera para detener la marcha? Los hombres decían lo mismo. Aquélla había sido la peor marcha de toda la jornada. Primero, por caminos polvorientos, a tal extremo que no podíamos ni respirar por la tierra, y luego bajo la lluvia. Los oficiales estaban bien, decían ellos, en sus caballos, pero nosotros teníamos que caminar. Pero se nos contestaba que teníamos con nosotros a las carretas que llevaban nuestro equipaje y que mientras dispusiéramos de carretas debíamos cubrir toda la distancia que fuera posible.

–¿Dónde se encontraban en ese momento?

–Cerca de las montañas.

Sí, mejor era el cuadro evocado que las palabras llanas de aquel soldado atemorizado y falto de imaginación que estaba prestando testimonio. Y algunas de las escenas aparecían tan nítidas en la mente de Graco que casi podía creer que las había visto con sus propios ojos. El polvoriento camino estrechándose hasta convertirse en una mera huella para carretas. Los hermosos campos y praderas de los latifundios dejando paso a los enmarañados bosques y a las solitarias formaciones de rocas volcánicas que bordeaban el cráter. Y por sobre todo, la imponente majestad del Vesubio. Las seis cohortes formando una hilera que cubría poco menos de dos kilómetros de camino. Las carretas con los pertrechos dando bandazos en las huellas. Los hombres disgustados y agotados. Y entonces, frente a ellos, se alza una gran cadena de rocas y, a un costado, se ve un pequeño campo abierto con un arroyuelo que lo cruza, ranúnculos y mariposas y la hierba suave y la noche que se acerca.

Librodot

Allí acamparon y Varinio Glabro cedió ante los oficiales en la cuestión de fortificar el campamento. Eso también podía verlo Graco. Los comandantes de regimientos habrían señalado el hecho de que estaban al frente de bastante más de tres mil soldados romanos, fuertemente armados. ¿Qué posibilidades de ataque había? ¿Qué peligro de ataque podía presentarse? Además, al iniciarse la rebelión, los gladiadores eran tan sólo doscientos o algo así; y muchos de ellos habían sido muertos. Y los hombres estaban muy fatigados. Algunos se habían tendido sobre la hierba y se habían dormido inmediatamente. Unas pocas cohortes levantaron tiendas de campaña e intentaron una disciplinada formación de calles al estilo militar. Muchas de las cohortes encendieron fuegos para cocinar, pero habiendo en las carretas gran provisión de pan, algunos se conformaron con eso. Tal era el cuadro que presentaba el campamento a la sombra de la montaña. Varinio Glabro levantó su carpa en el centro mismo del campamento y allí plantó su estandarte y el emblema senatorial. El pueblo de Capua había preparado grandes canastas con delicados alimentos. Allí se había sentado con sus oficiales principales y había cenado con ellos, aliviado tal vez por no haber tenido que emprender la pesada tarea de construir fortificaciones. Después de todo, no era la peor campaña que pudiera emprenderse y se ganarían honores y gloria con sólo unos pocos días de marcha en las afueras de la ciudad.

De ese modo, mentalmente, en sus adentros, con esa visión interna que lo elevaba por encima de las bestias y lo diferenciaba de éstas, Graco reflejó y recordó el cuadro que ofrecía el comienzo de lo sucedido. La memoria es la alegría y el pesar de la humanidad. Graco estaba tendido al sol, mirando el vaso de agua mañanera que tenía en sus manos, y escuchando el lejano eco de aquel miserable soldado que había regresado trayendo el bastón de marfil del legado en sus manos. Las imágenes se sucedían. ¿Qué sienten aquellos a quienes aguarda la muerte a corto plazo, pero no lo saben? ¿Varinio Glabro había oído alguna vez el nombre de Espartaco? Probablemente no.

–Recuerdo cómo cayó la noche y el cielo se llenó de estrellas –narró el soldado a los senadores de rostros petrificados.

La sencilla belleza del relato de un necio. Cayó la noche y Varinio Glabro y sus oficiales debieron de haberse sentado en su gran tienda a beber vino y a saborear carne de pichones con miel. Habían tenido una interesante conversación esa noche. Allí se hallaba un grupo de jóvenes caballeros de la más refinada sociedad que el mundo hubiera conocido. ¿De qué podrían haber hablado? En ese momento, cuatro años más tarde, Graco trataba de recordar qué era lo que interesaba en aquel entonces... en el teatro, en las carreras, en el circo. ¿No fue acaso poco después del estreno de la obra *Armorum Iudicium* de Pacuvio? ¿Y no había cantado Flavio Gallis la parte principal como nunca se había cantado antes? (¿O era solamente fantasía o imaginación el que se cantara o interpretara un papel como nunca se hubiera hecho antes?) Sí, posiblemente era eso y probablemente los jóvenes de las cohortes de la ciudad habrían entonado mientras bebían el vino:

Men servasse ut essent qui me perderent?

Con el aumento del volumen de las voces se habría oído el canto más allá del campamento... Sí, probablemente. La memoria era algo fantasiosa. El cansancio debió de haber desaparecido en todo el campamento. Los hombres de las cohortes de la ciudad, tendidos de espaldas, masticando pan y mirando las estrellas, al menos los que no habían levantado tiendas, debieron de haber sido vencidos por el sueño, tranquilo sueño de tres mil y tantos centenares de soldados de Roma que habían marchado hacia el sur, hasta el monte Vesubio, a enseñarles a los esclavos que los esclavos no deben levantar la mano contra sus amos...

Graco era *senator inquaesitor.* A él le correspondía hacer las preguntas y entre las respuestas del soldado había tal silencio en la cámara del Senado que podría haberse oído el ruido de las alas de una mosca al volar.

–¿Durmió usted? –preguntó Graco.

–Sí –respondió aquel único y aterrorizado soldado que había vuelto como testigo.

Librodot

–¿Y qué fue lo que lo despertó?

Aquí el soldado quedó sin habla. Palideció y Graco pensó que iba a desmayarse. Pero no se desmayó y su informe se tornó preciso y claro, pero carente de emoción. Esto es lo que dijo que había ocurrido, tal como él lo vio:

–Me había dormido y de pronto desperté porque alguien gritaba. Por lo menos me pareció que un hombre gritaba, pero cuando desperté comprendí que en el ambiente se sentía el griterío de muchos hombres. Desperté y me di vuelta de inmediato. Acostumbro a dormir sobre el estómago; por eso me di vuelta. Junto a mí yacía Callio, que tenía solamente un nombre, era un huérfano recogido de las calles, pero era mi mejor amigo. Era mi mano derecha y por eso dormíamos uno al lado del otro, y cuando me di vuelta mi puño tocó algo húmedo, tibio y pegajoso, y cuando miré vi que era la nuca de Callio, pero la nuca había sido seccionada y Callio no dejaba de gritar. Luego me senté sobre un charco de sangre y yo no sabia si la sangre era mía o no, pero a la luz de la luna, en torno a mí, no había sino muertos, tendidos allí donde habían estado durmiendo, y por todo el campamento corrían esclavos armados con cuchillos afilados como navajas, cuchillos que no paraban en su ir y venir y que centelleaban a la luz lunar y en esa forma nos mataban, a muchos sin siquiera haber despertado. Y cuando un hombre saltaba sobre sus pies, lo mataban también. En algunos lugares se formaron grupos de soldados, pero no lucharon mucho tiempo. Fue la cosa más terrible que yo haya visto en mi vida, y los esclavos no cesaban en su furia homicida. Entonces perdí la cabeza y también comencé a gritar. No tengo reparo en reconocerlo. Saqué la espada y me lancé a través del campamento y la hundí en un esclavo y lo maté, según creo, pero cuando llegué a la orilla de la pradera me di cuenta de que había una sólida línea de lanzas en torno a nosotros, y que la mayor parte de quienes blandían las lanzas eran mujeres, pero no se trataba de mujeres como las que yo hubiera visto o soñado, sino seres terribles, salvajes y el cabello les volaba al viento de la noche y sus labios se abrían en un horripilante alarido de odio. De allí provenían parte de los gritos, y hubo un soldado que pasó corriendo junto a mí y se lanzó contra las lanzas, porque no creyó que las mujeres harían uso de ellas, pero lo hicieron y nadie escapó de ese lugar, y cuando los heridos llegaban arrastrándose, también hundían en ellos sus lanzas. Corrí hasta la línea y me clavaron una lanza en el brazo; me la arranqué y corrí de vuelta al campamento y allí caí ensangrentado y me quedé tendido en el suelo. En mis oídos tan sólo resonaban aquellos gritos. No sé cuánto tiempo permanecí tumbado allí. No debió de ser por mucho tiempo. Me decía a mí mismo que debía incorporarme, combatir y morir, pero esperaba. Entonces los gritos disminuyeron y unas manos me cogieron y me pusieron de pie; les habría atacado con mi espada, pero de un golpe me la sacaron de la mano, que no tenía mucha fuerza para sostenerla debido al dolor de la herida de la lanza. Algunos esclavos me sujetaban y vi que un cuchillo se aprestaba a degollarme y me di cuenta que todo había terminado y yo también moriría. Pero alguien gritó: «¡Esperad!», y el chillo se detuvo. Quedó a poco más de dos centímetros de mi garganta. Entonces avanzó un esclavo, también empuñando un puñal tracio en su mano, y les dijo: «Esperad. Creo que éste es el único». Allí se quedaron esperando. Mi vida esperaba. Entonces llegó un esclavo pelirrojo y hablaron. Yo era el único. Por eso no me mataron. Yo era el único– todos los demás habían muerto. Me llevaron a través del campo y vi que las cohortes habían sido aniquiladas. Muchos soldados murieron mientras dormían. Nunca despertaron. Me llevaron al pabellón de Varinio Glabro, el legado, pero el legado estaba muerto. Yacía en su diván, muerto. Algunos oficiales de las cohortes se hallaban en la tienda y allí habían sido muertos. Todos muertos. Entonces vendaron la herida de mi brazo y me dejaron allí con algunos esclavos para que me vigilaran. El cielo se estaba poniendo gris y en el aire se sentía la inminencia del amanecer. Pero todas las cohortes habían sido aniquiladas.

Todo esto lo había dicho sin emoción, en forma directa, narrándolo como algo informal, pero al mismo tiempo sus ojos se contraían sin cesar y nunca miró a la fila de senadores sentados con sus rostros de piedra.

–¿Cómo sabe que todos estaban muertos? –preguntó Graco.

–Me tuvieron en la tienda hasta que amaneció. Los extremos de la tienda habían sido enrollados y se podía ver todo el vivac. Los gritos habían cesado, pero aún los oía dentro de mí. Pude mirar a mi alrededor y allí donde miraba había muertos sobre el suelo. En el aire se olían la sangre y la muerte. Muchas de las mujeres que formaban el círculo de lanzas ya no estaban allí. Se habían ido a alguna parte. Pero en medio del olor a sangre pude sentir el olor de carne asándose. Es posible que las mujeres estuvieran cociendo carne para el desayuno. Me sentí enfermo con sólo pensar que hubiera gente capaz de comer en esos momentos. Vomité. Los esclavos me arrastraron fuera de la tienda hasta que terminé de vomitar. Estaba aclarando. Vi a grupos de esclavos moviéndose por el campamento. Estaban despojando a los muertos. En diversos lugares extendían las tiendas en el suelo. Pude ver las manchas blancas en el suelo a través de todo el campamento. Tomaban todos los objetos que los soldados llevaban encima: armaduras, ropas y botas, y los amontonaban sobre las carpas extendidas. En el arroyo lavaban las espadas, las lanzas y las armaduras. El arroyo corría cerca de la gran tienda y adquirió un color a herrumbre, debido a las ensangrentadas armas y armaduras que allí se estaban lavando. Después tomaron nuestros potes de grasa y, una vez que secaron los objetos metálicos, los engrasaron. Una de las tiendas estaba extendida a pocos pasos de la gran tienda. En ella apilaron las espadas, miles de espadas...

–¿Cuántos esclavos había? –preguntó Graco.

–Setecientos, ochocientos... Es posible que mil. No sé. Trabajaban en grupos de a diez. Trabajaban muy duro. Algunos tomaron las carretas que habían transportado nuestros pertrechos y las cargaron con los objetos que habían arrebatado a los muertos, y se las llevaron. Mientras trabajaban, algunas mujeres regresaron trayendo canastas con carne asada. Los grupos interrumpían su trabajo de uno en uno para ir a comer. Y se comían también nuestras raciones de pan.

–¿Qué hicieron con los muertos?

–Nada. Los dejaron allí donde estaban. Andaban por el lugar como si los muertos no estuvieran allí, una vez que los habían despojado de lo que tenían. Había muertos en todas partes. El suelo estaba cubierto de cadáveres y la tierra estaba manchada de sangre. El sol se hallaba en alto. Fue lo peor que hubiera visto en mi vida. Un grupo de esclavos estaba parado a un costado del campamento observando lo que se hacía. Había seis en el grupo. Uno de ellos era un negro, un africano. Eran gladiadores.

–¿Cómo sabes que lo eran?

–Cuando fueron al pabellón donde yo me encontraba, pude ver que eran gladiadores. Tenían el cabello cortado al rape y los cuerpos cubiertos de cicatrices. No es difícil distinguir a un gladiador. A uno le faltaba una oreja Otro era pelirrojo. Pero el líder del grupo era un tracio. Tenía la nariz quebrada y ojos negros y miraba sin moverse y sin pestañear...

Entre los senadores se había producido un cambio que fue casi imperceptible, pero indudablemente se había producido. Escuchaban de otro modo; escuchaban con odio e intensa atención. Graco recordaba muy bien aquel momento, pues fue entonces cuando Espartaco cobró vida surgiendo de la nada para estremecer el mundo entero. Otros hombres tienen raíces, un pasado, un comienzo, un lugar, una tierra, un país... pero Espartaco no tenía nada de eso. Había nacido de los labios del soldado que sobrevivió y cuya supervivencia había sido determinada por Espartaco con el fin, con el propósito, de que regresara al Senado a decir que era un hombre de tales o cuales características. No era un coloso, ni un salvaje, ni un ser terrible, sino simplemente un esclavo; pero había algo en el que el soldado vio y que debía ser contado.

–... y su rostro me hizo recordar a las ovejas. Vestía túnica y un pesado cinturón de bronce y altas botas, pero no llevaba ni armadura ni casco. Tenía un puñal en el cinto y nada más. La túnica estaba salpicada de sangre. Su rostro es uno de esos que no se olvidan. Hizo que le temiera. A los otros ya no les tenia miedo, pero a él si.

El soldado podría haberles contado que había visto la cara en sueños, que había despertado bañado en sudor frío y había visto aquel rostro plano y bronceado, con la nariz quebrada y los

Librodot

ojos negros, pero ésos no eran detalles informativos dignos de ser presentados ante el Senado. El Senado no estaba interesado en sus sueños.

–¿Cómo sabe que es tracio?

–Por su acento. Hablaba mal el latín, y he oído hablar a muchos tracios. Otro de ellos era tracio también y los demás posiblemente fueran griegos. Ellos se limitaron a mirarme, apenas si me miraron. Esto me hizo sentirme como si estuviera muerto, al igual que los demás. Me miraron y pasaron a la otra sección de la gran tienda. Los cadáveres habían sido sacados de la tienda y arrojados afuera, junto con los otros cadáveres. Pero primero habían despojado a Varinio Glabro, hasta dejar su cadáver desnudo, y su armadura y todo cuanto tenía fue apilado sobre su diván. También encima del diván se hallaba su bastón de legado. Los esclavos volvieron y se reunieron en torno al diván mirando la armadura y las pertenencias del representante del Senado. Cogieron la espada y la examinaron y la hicieron pasar de mano en mano. Tenía una vaina de marfil tallado. La observaron y luego volvieron a arrojarla sobre el diván. Entonces examinaron el bastón, el hombre de la nariz quebrada –se llama Espartaco– se volvió hacia mí y levantando el bastón me preguntó: «Romano, ¿sabes lo que es esto?» «Es el brazo del noble Senado» le respondí. Pero ellos no lo sabían. Tuve que explicárselo. Espartaco y el galo pelirrojo se sentaron en el diván. Los otros permanecieron de pie. Espartaco puso las mejillas en las manos, sus codos sobre las rodillas y tuvo sus ojos fijos en mí. Era como si lo mordieran con la mirada. Después, cuando hube terminado de hablar, nada dijeron y Espartaco continuó mirándome y sentía cómo me corría el sudor por todo el cuerpo Pensé que iban a matarme. Entonces me dijo su nombre «Mi nombre es Espartaco –declaró–. Recuerda mi nombre romano.» Y entonces volvieron a mirarme. Y Espartaco preguntó: «¿Por qué matasteis a los tres esclavos, ayer, romano? Los esclavos no os hicieron daño alguno. Fueron a ver pasar a los soldados. ¿Las mujeres romanas son tan virtuosas que toda una legión debe violar a una pobre mujer esclava? ¿Por qué hicisteis eso, romanos?» Yo traté de explicarle qué era lo que había ocurrido. Le dije que habían sido los soldados de la segunda cohorte quienes habían violado a la esclava y luego habían matado a los esclavos. Le dije que yo pertenecía a la tercera cohorte y que nada tenía que ver con ello y que no había violado a la mujer. No sé cómo se enteraron, porque no pareció que hubiera nadie en los alrededores cuando fueron muertos los tres esclavos. Pero ellos sabían todo lo que habíamos hecho. Sabían cuándo habíamos salido de Capua. Todo se lo leía en sus negros ojos, que nunca pestañeaban. Nunca levantó la voz. Me hablaba en la forma en que se habla a los niños, pero no me engañó hablándome de ese modo. Era un criminal. Eso se le veía en los ojos. Estaba en los ojos de todos ellos. Todos eran asesinos. Conozco gladiadores como éstos. Los gladiadores se convierten en asesinos. Nadie que no fuera gladiador podría haber matado en la forma en que mataron aquella noche. Sé de gladiadores que..–Graco lo interrumpió. El soldado estaba bajo el hechizo de sus propias palabras, como si se hallara en trance, y Graco le dijo con aspereza:

–Nosotros no estamos interesados en lo que sabe, soldado. Estamos interesados en lo que ocurrió entre usted y los esclavos.

–Ocurrió lo siguiente –comenzó diciendo el soldado – y de pronto se detuvo. Volvió en sí y miró de uno en uno los rostros de los integrantes del noble Senado de la poderosa Roma. Se estremeció y prosiguió–: Entonces esperé que me dijeran qué era lo que iban a hacer conmigo. Espartaco, sentado allí, tenía el bastón en sus manos. Deslizaba los dedos a todo lo largo de él y de pronto me lo arrojó a mí. Al principio no adiviné lo que quería decir o lo que deseaba. «Cógelo, soldado –dijo–. Cógelo, romano. Cógelo.» Yo lo cogí. «Ahora eres el brazo del noble Senado», dijo. No parecía enfadado. Nunca levantaba la voz. Estaba simplemente dejando constancia de un hecho... quiero decir que para él era un hecho. Eso era lo que quería. Yo no podía hacer nada. En otras circunstancias, yo hubiera preferido morir antes que tocar el sagrado bastón. No lo hubiera tocado por nada del mundo. Soy romano. Soy ciudadano...

–No se le castigará por eso –le dijo Graco–: Continúe.

Librodot

–«Ahora eres el brazo del noble Senado», volvió a decir Espartaco. «El noble Senado tiene un largo brazo, y ahora su extremo está en ti.» De modo que cogí el bastón y lo sostuve mientras él continuaba sentado sin despegar sus ojos de mí, y entonces me preguntó: «¿Eres un ciudadano, romano?». Le dije que yo era ciudadano. Inclinó a cabeza y sonrió un poco. «Ahora eres legado –dijo–. Te daré un mensaje. Transmítelo al Senado. Palabra por Palabra... Llévaselo a ellos tal como yo te lo doy a ti.»

Entonces se detuvo. Paró de hablar y el Senado esperó. Graco también esperó. No quería preguntarle cuál era el mensaje de un esclavo. Pero tenía que ser dicho.

Espartaco había salido de la nada, pero ahora estaba medio de la cámara del Senado, y Graco lo vio entonces como hubo de verlo muchas veces después, aunque nunca conociera la carne y los huesos y la sangre que constituían a Espartaco.

Y finalmente Graco le dijo al soldado que hablara:

–No puedo.

–El Senado le ordena hablar.

–Eran las palabras de un esclavo, que se me seque la lengua...

–Basta con eso –declaró Graco–. Díganos lo que ese esclavo le dijo que nos dijera.

De manera que el soldado transmitió las palabras de Espartaco. Esto fue lo que Espartaco le dijo, al menos tan aproximadamente como Graco podía recordarlo años más tarde, recuerdos que, al tenerlos, le traían la visión de cómo debió de haber estado el *praetorium,* la gran tienda de un comandante romano con sus alegres franjas azules y amarillas, erigido en el centro de ese campamento sembrado de muertos desnudos, con el esclavo Espartaco sentado en el diván del representante del Senado, su estado mayor de gladiadores rodeándolo, y frente a él el aterrorizado y herido soldado romano, el único sobreviviente, sujeto por dos esclavos y sujetando a su vez el delicado bastoncillo del poder, el bastón de legado, el brazo del Senado:

–«Vuelve al Senado», dijo Espartaco, «y entrégales el bastón de marfil. Te hago a ti legado. Vuelve y diles lo que has visto aquí. Diles que ellos enviaron contra nosotros sus cohortes y que nosotros las hemos destruido. Diles que somos esclavos, lo que ellos llaman el *instrumentum vocale.* La herramienta con voz. Cuéntales lo que nuestras voces dicen. Decimos que el mundo está harto de ellos, harto de vuestro corrompido Senado y de vuestra corrompida Roma. El mundo está harto de la riqueza y el esplendor que vosotros habéis succionado de nuestra carne y de nuestros huesos. El mundo está harto de la canción del látigo. Ésa es la única canción que conocen los romanos. Pero nosotros no queremos oír más esa canción. Al principio, todos los hombres eran iguales y vivían en paz y compartían lo tenían. Pero ahora hay dos clases de hombres: los amos, los esclavos. Pero hay más de los nuestros que de los vuestros, muchos más. Y somos más fuertes que vosotros, mejores que vosotros. Todo lo que es bueno en el género humano nos pertenece. Cuidamos a nuestras mujeres y ellas permanecen a nuestro lado y nosotros combatimos junto a ellas, pero vosotros convertís en prostitutas a vuestras mujeres, y a las nuestras, en ganado. Nosotros lloramos cuando nos son arrebatados nuestros hijos y los ocultamos entre las ovejas, con el fin de poder tenerlos un poco más con nosotros; pero vosotros criáis a vuestros hijos como si fueran ganado. Vosotros tenéis hijos con nuestras mujeres y los vendéis al mejor postor en el mercado de esclavos. Vosotros convertís a los hombres en perros y los enviáis al circo a que se despedacen para vuestro placer, y vuestras nobles damas romanas presencian cómo se matan entre ellos mientras acarician perros en la falda y los alimentan con deliciosas golosinas. ¡Qué detestable pandilla sois vosotros y qué infecta mugre habéis hecho de la vida! Os habéis burlado de los sueños acariciados por el hombre, del trabajo de la mano del hombre y del sudor de la frente del hombre. Vuestros propios ciudadanos viven ociosos y se pasan los días en el circo y en la arena. Habéis desvirtuado la vida del hombre, despojándola de todo su valor. Vosotros matáis por matar, y vuestra más fina distracción es ver correr sangre. Vosotros ponéis a trabajar en las minas a pequeñas criaturas y las hacéis trabajar hasta morir. Y habéis edificado vuestra grandeza robándole al mundo entero. Bueno, eso ha terminado. Dile al Senado que todo eso ha terminado. Ésta es la voz de la herramienta. Dile a tu Senado

Librodot

que envíe sus ejércitos contra nosotros y que los destruiremos como hemos destruido éste, y que nos armaremos con las mismas armas que vosotros enviéis contra nosotros. El mundo entero oirá la voz de la herramienta; y a los esclavos del mundo les gritaremos: ¡levantaos y romped vuestras cadenas! Avanzaremos por Italia y allí donde vayamos los esclavos se nos unirán, y entonces llegará el día en que marcharemos sobre vuestra ciudad eterna. Y entonces ya no será eterna. Dile eso a tu Senado. Diles que se lo haremos saber cuando vayamos. Y entonces derribaremos las murallas de Roma. E iremos al edificio donde se reúne vuestro Senado y los sacaremos de sus altos y poderosos sitiales y los despojaremos de sus ropajes, de manera que queden desnudos y sean juzgados en las mismas condiciones en que siempre se nos juzgó a nosotros. Pero los juzgaremos imparcialmente y les daremos una completa medida de la justicia. Cada crimen que hayan cometido les será incriminado y tendrán que rendir cuenta de todo. Diles eso, de modo que tengan tiempo de prepararse y de examinarse a sí mismos. Se los llamará a prestar declaración y nosotros tenemos recuerdos muy antiguos. Entonces, cuando se haya hecho justicia, construiremos ciudades mejores, limpias, ciudades sin muros, donde la humanidad pueda vivir unida, en paz y felizmente. Ese es todo nuestro mensaje para tu Senado. Transmíteselo. Diles que proviene de un esclavo llamado Espartaco...»

Así fue como lo contó el soldado, o en forma parecida. Hacía tanto tiempo, pensó Graco, y así fue como lo oyó el Senado, con los rostros como piedra. Pero fue hace mucho tiempo. Fue hace muchísimo tiempo y casi todo ya ha sido olvidado y las palabras de Espartaco, que no fueron escritas, no existen en ninguna parte salvo en el recuerdo de algunos hombres. Esas palabras fueron tachadas aun de los archivos del Senado. Y estuvo bien hecho. ¡Claro que sí! Tan bien hecho como fue el destruir los monumentos que los esclavos habían levantado y que fueron reducidos a polvo. Craso comprendía eso, aunque Craso era algo loco. Un hombre debe ser un poco loco para ser un gran general. Salvo que se tratara de Espartaco, ya que Espartaco fue un gran general. ¿Fue también el un loco? ¿Eran aquéllas las palabras de un loco? ¿Cómo fue entonces que un loco resistió durante cuatro años el poder de Roma, aniquilando uno tras otro los ejércitos de Roma y haciendo de Italia la fosa común de sus legiones? ¿Cómo fue posible, entonces? Dicen que está muerto, pero otros dicen que vive. ¿Es su imagen viviente la que avanza hacia Graco, de proporciones gigantescas, mas con todo la misma, la nariz quebrada, los ojos negros, los apretados rizos pegados al cuero cabelludo? ¿Es que los muertos caminan?

VII

–Mirad al viejo Graco –dijo Antonio Cayo al observar la forma en que tenía caída hacia delante la cabeza aquel viejo político, si bien mantenía aún en su mano la copa de agua perfumada de manera tan equilibrada que no se había derramado una sola gota.

–¡No os riáis de él! –exclamó Julia.

–¿Quién se ríe de Graco? Nadie, mi querida Julia –manifestó Cicerón–. Toda mi vida trataré de tener esa dignidad.

«Y siempre te quedarás corto», pensó Helena.

Graco despertó, pestañeando.

–¿Estaba durmiendo? –Era típico de él dirigirse a Julia–. Querida, te ruego que me perdones. Estaba soñando despierto.

–¿Sobre cosas buenas?

–Sobre cosas pasadas. No creo que al hombre se le bendijera al otorgársele la memoria. Más bien parece una maldición. Tengo demasiados recuerdos.

–No más que el prójimo –intervino Craso–. Todos tenemos recuerdos igualmente desagradables.

–¿Y nunca placenteros? –preguntó Claudia.

–Mi recuerdo de ti, querida –dijo Graco estentóreamente–, será como la luz del sol hasta que muera. Permítele a un anciano decir eso.

–También se lo permitiría a un joven –dijo riendo Antonio Cayo. Craso nos estaba contando, mientras dormíais.

–¿Es que no hemos de hablar de otra cosa que de Espartaco? –exclamó Julia–. ¿No hay otro tema que no sea política y guerras? Detesto esas conversaciones...

–Julia –interrumpió Antonio Cayo.

Ella se detuvo, tragó saliva, y luego lo miró. Él le hablaba como quien se dirige a un niño difícil.

–Julia, Craso es nuestro huésped. Para los presentes es agradable oírle contar cosas que en otra forma no podríamos conocer. Creo que a ti también te resultaría agradable, Julia, si escucharas.

Ella apretó los labios y sus ojos enrojecieron y se volvieron acuosos. Inclinó la cabeza, pero Craso fue amable al disculparse:

–A mí me aburre tanto como a ti, Julia querida. Perdóname.

–Creo que a Julia le agradará escuchar, ¿verdad Julia? –dijo Antonio Cayo–. ¿No es así, Julia?

–Sí –murmuró ella–. Continúa por favor, Craso. –No, no, de ninguna manera... –Fue una tontería y estuvo muy mal –dijo Julia como repitiendo una lección–. Continúa, por favor.

Graco intervino en lo que se estaba transformando en una situación sumamente desagradable. Hizo que el centro de interés se desplazara de Julia a Craso diciéndole al general:

–Estoy seguro de que puedo imaginar la tesis del general. Nos estaba diciendo que los esclavos ganaron sus batallas porque no tenían miramientos para con la vida humana. Sus hordas cayeron sobre nosotros y nos arrollaron. ¿Estoy en lo justo, Craso?

–Difícilmente podría estar más equivocado –dijo Helena riendo.

Graco permitió que lo dejaran en entredicho y hasta se mostró tolerante con Cicerón cuando éste dijo:

–Siempre sospeché, Graco, que a cualquiera cuya propaganda fuera tan buena como la suya había que creerle necesariamente.

–En parte –dijo Graco en tono conciliador–. Roma es grande porque Roma existe. Espartaco es despreciable porque Espartaco no es más que esos símbolos de castigo. Ése es el factor que uno debe considerar. ¿No está de acuerdo conmigo, Craso?

Librodot

El general asintió con la cabeza.

–Pero –dijo Cicerón– Espartaco ganó cinco grandes batallas. No esas batallas en que hizo retroceder a las legiones, ni siquiera aquellas en que las puso en fuga. Me refiero a las cinco veces en que las derrotó y las barrió de la faz de la tierra y se apoderó de sus armas. Craso intentaba convencernos de que Espartaco no era un brillante maestro de la táctica, sino más bien un afortunado (o desdichado, según como se miren las cosas) líder de un determinado grupo de hombres. Eran imbatibles porque no se podían permitir el lujo de la derrota. ¿No es eso lo que usted quería señalar, Craso?

–Hasta cierto punto –admitió el general. Sonrió a Julia–. Permíteme ilustrarlo con un relato que te gustará más, Julia. Algo de guerra, algo de política y algo sobre Varinia. Ella era la mujer de Espartaco, como vosotros sabéis.

–Lo sé –dijo suavemente Julia. Y miró a Graco con alivio y agradecimiento.

«Lo sé –pensó Graco–. Lo sé, mi querida Julia. Ambos somos un poco patéticos y un poco ridículos, y la diferencia principal reside en que yo soy hombre y tú eres mujer. Tú no puedes volverte pretenciosa. Pero esencialmente somos iguales, con la misma hueca tragedia en nuestras vidas. Ambos estamos enamorados de fantasmas, porque nunca aprendimos cómo amar o ser amados por seres humanos.»

–Siempre pensé –dijo Claudia bastante inesperadamente– que alguien la inventó.

–¿Por qué, querida?

–No existen tales mujeres –respondió Claudia con rotundidad.

–¿No? Bueno, es posible. Es difícil decir qué es verdad y qué no lo es. He leído sobre una acción en la que yo mismo tomé parte y lo que leí tenía muy poco que ver con la realidad. Así son las cosas. Yo no certifico la verdad de esto, pero tengo muchas razones para creerlo. Sí, me parece que yo lo creo.

Había un extraño tono en la voz de Craso, y Helena, mirándolo detenidamente, comprendió repentinamente cuan guapo era. Sentado allí en la terraza al sol mañanero, su fino y firme rostro traía reminiscencias del legendario pasado de la joven República. Pero, por alguna razón, el pensamiento no era agradable y la muchacha miró de soslayo a su hermano. Cayo tenía la vista clavada en el general en una especie de rapto de adoración. Los otros no lo advirtieron. Craso atraía la atención de todos; su voz baja, sincera, los mantenía en suspenso, incluido a Cicerón, que lo miraba con renovada atención. Y Graco advirtió nuevamente lo que antes había despertado su interés: la forma en que Craso podía evocar lo pasional sin apasionarse en lo más mínimo.

–Tan sólo unas palabras en general, a manera de prólogo –comenzó diciendo Craso–. Cuando asumí el mando, la guerra se había venido librando desde hacía varios años, como ustedes saben. Siempre es tarea delicada hacerse cargo de una causa perdida, y cuando la guerra es para someter a esclavos, muy escasa es la gloria que se conquista con la victoria e inenarrable la vergüenza que acompaña a la derrota. Cicerón tiene bastante razón. Cinco ejércitos habían sido derrotados por Espartaco, derrotados por completo. Hizo una inclinación de cabeza a Graco. Vuestra propaganda es tentadora, pero tenéis que admitir que yo debía hacer frente a la situación tal cual era.

–Por supuesto.

–Me encontré con que no había tales hordas de esclavos. Nunca hubo un momento en que no los superáramos en número, si es que hemos de decir toda la verdad. Así fue al comienzo y así fue al final. Si Espartaco hubiera tenido en algún momento a su mando los trescientos mil hombres que se suponía estaba dirigiendo, entonces no estaríamos sentados aquí hoy en esta agradable mañana, en la más hermosa residencia de Italia. Espartaco habría tomado Roma y el mundo entero también. Otros pueden dudarlo. Pero yo combatí contra Espartaco suficientes veces como para no dudarlo. Lo sé. La verdad es que la mayor parte de los esclavos que hay en Italia nunca se unió a Espartaco. ¿Creéis vosotros que, si hubieran tenido su temple, nosotros estaríamos sentados aquí, en una casa de campo en que los esclavos nos superan en una proporción de cien a uno? Por supuesto que muchos se les unieron, pero él nunca llegó a

tener bajo su mando a más de cuarenta y cinco mil combatientes, y eso sucedió tan sólo cuando se hallaba en el apogeo de su poderío. Nunca dispuso de caballería, como ocurrió con Aníbal, y, sin embargo, estuvo mucho más cerca de poner a Roma de rodillas que lo que estuvo jamás Aníbal, a una Roma tan poderosa que podría haber aplastado a Aníbal en una sola batalla.

No, solamente los mejores, los más indómitos, los más desesperados, se unieron a Espartaco.

»Esto fue algo que tuve que descubrirlo personalmente. Yo me sentía avergonzado de Roma cuando comprendí el estado de pánico y de alucinación que habían creado los esclavos. Yo quería conocer la verdad. Quería saber con precisión contra qué estaba luchando; qué clase de hombres, qué tipo de ejército. Quería saber por qué las mejores tropas del mundo, que habían luchado valientemente y arrasado a sus oponentes, desde los germanos hasta los hispánicos y los judíos, habían de arrojar los escudos y huir a la sola vista de los esclavos. En ese entonces yo había fijado mi campamento en la Galia Cisalpina, un campamento que haría que Espartaco lo pensara dos veces antes de atacarlo, y entré en materia. Tengo pocas virtudes, pero una de ellas es la de ser concienzudo, y debo haber interrogado a cientos de personas y leído millares de documentos. Entre las personas con que me entrevisté estaba Baciato, el *lanista,* y también estaba un grupo de oficiales y soldados que habían luchado contra Espartaco. Y este relato me lo narró uno de ellos. Y yo lo creo.

–Si la historia es tan larga como la introducción –hizo notar Antonio Cayo–, almorzaremos aquí.

Los esclavos ya habían comenzado a servir melón y uvas egipcias y un ligero vino matutino. En la terraza había un ambiente fresco y agradable, y aun los que se proponían continuar viaje ese día no tenían prisa en moverse.

–Es más larga aún. Pero a un hombre rico hay que escucharlo...

–Continúe –dijo Graco ceñudo. –Es lo que pienso hacer. Este relato es para Julia. Con su permiso, Julia.

Ella inclinó la cabeza y Graco pensó: «No es un hombre carente de perspicacia. No obstante, ¿adonde demonios quiere llegar?».

–Esto sucedió cuando Espartaco derrotó por segunda vez a un ejército romano. La primera vez, es decir, lo que sucedió con las cohortes de la ciudad, me imagino que mi amigo Graco lo recuerda muy bien... y todos nosotros, por supuesto –dijo Craso con un tono malévolo en la voz–. Después de eso el Senado envió a Publio contra él. Toda una legión, y una muy buena, creo. Fue la tercera... ¿No es así, Graco?

–El ser concienzudo es virtud suya, no mía.

–Creo que estoy en lo cierto. Y si no me equivoco, acompañaron a la legión algunas fuerzas de caballería de la ciudad... En total, unos siete mil hombres. Julia –continuó–, por favor créame que nada hay de particularmente misterioso en la guerra. Hace falta más cerebro para ganar dinero o tejer una pieza de hilo que el que se requiere para ser un buen general. Mucha de la gente que se dedica a la guerra es poco inteligente... por razones obvias. Espartaco era bastante inteligente. Comprendió algunas sencillas reglas de la guerra, y comprendió dónde estaban la fuerza y la debilidad de las armas romanas. Muy pocos lo hicieron. Aníbal lo hizo, pero han sido muy pocos. Nuestro estimado contemporáneo Pompeyo no lo comprende, me temo.

–¿Y nosotros tenemos que escuchar esos sublimes secretos? –preguntó Cicerón.

–No son ni sublimes ni tienen nada particularmente secreto. Los repito para Julia. Parecen ser cosa imposible para que la comprenda un hombre. La primera regla es no dividir nunca las fuerzas, salvo que sea necesario para sobrevivir. La segunda regla es atacar, si es que uno va a luchar, y si no conviene atacar, eludir la lucha. La tercera regla es elegir el tiempo y el lugar de la batalla y nunca dejar que eso lo haga el enemigo. La cuarta regla consiste en evitar el envolvimiento a toda costa. Y la regla final es atacar y destruir al enemigo allí donde es más débil.

Librodot

–Una especie de abecé –comentó Cicerón– que puede encontrarse en cualquier manual militar, Craso. Carece de profundidad, si es que puedo decirlo así. Es demasiado sencillo.

–Tal vez. Pero nada que sea tan sencillo carece de profundidad, se lo aseguro.

–Y para que no quede nada sin aclarar –dijo Graco–, ¿cuáles son la fuerza y la debilidad de las armas romanas?

–Algo igualmente sencillo, y Cicerón, estoy seguro, volverá a estar en desacuerdo conmigo.

–Soy un atento estudiante a los pies de un gran general –dijo Cicerón con ligereza.

Craso sacudió la cabeza.

–No, de ninguna manera. Hay dos tareas para las cuales los hombres están convencidos de que tienen talento, sin que para ello haga falta ni preparación ni estudios. Escribir un libro y dirigir un ejército. Y con buenas razones, ya que un número tan asombroso de idiotas hacen ambas cosas. Me refiero a mí mismo, por supuesto –agregó con apabullante franqueza.

–Eso es muy ingenioso –dijo Helena.

Craso asintió con la cabeza mirando a la joven. Le preocupaban las mujeres pero no estaba realmente interesado en ellas; en todo caso, ésa era la opinión de Helena.

–En lo que a nuestro propio ejército se refiere –continuó Craso–, su fuerza y su debilidad pueden ser resumidas en una palabra: disciplina. Tenemos el ejército más disciplinado del mundo; posiblemente el único ejército disciplinado. Una buena legión somete sus tropas a ejercicios diarios durante cinco horas, los siete días de la semana. Los ejercicios proporcionan una serie de ventajas para el momento de combatir, pero no pueden proporcionarlo todo. La disciplina es, en cierta medida, mecánica, y cuando se produce una contingencia nueva, la disciplina es sometida a prueba. También tenemos un excelente ejército de ataque y sus armas son armas de ataque. Por ese motivo las legiones levantan campamentos fortificados allí donde deben pasar una noche. El talón de Aquiles de las legiones es el ataque nocturno. La primera táctica de los ejércitos romanos es nuestra elección del campo de batalla. Pero ése fue un lujo que raramente nos permitió Espartaco. Y Publio, cuando fue al sur con la tercera legión, quebrantó todas estas extremadamente sencillas propuestas. Y es muy comprensible. Por Espartaco no sentía sino desprecio.

Las dos hijas de Antonio Cayo se unieron al grupo de la terraza. Llegaron corriendo, coloradas por los juegos, la risa y la excitación, y encontraron refugio en los brazos de Julia a tiempo para oír solamente las últimas palabras de Craso.

–¿Usted conoció a Espartaco? –preguntó la mayor–. ¿Usted lo vio?

–Nunca lo vi –dijo Craso, sonriendo–. Pero lo respetaba, querida. –Graco mondaba gravemente una manzana y observaba a Craso con los ojos entrecerrados. Craso no le gustaba, y reflexionaba que nunca había conocido a un militar que le inspirara afecto alguno. Levantó en alto la piel de la manzana, toda en una larga pieza, y las chicas aplaudieron felices. Fueron a cogerla, pero él insistió en que primero expresaran un deseo.

–Después envolved la piel en torno al deseo. La manzana contiene toda la sabiduría.

–Y ocasionalmente un gusano –subrayó Julia–. Ésta era una historia sobre Varinia, Craso.

–En este momento nos encontramos con ella. Me limito a señalar los antecedentes. En ese tiempo, Espartaco se hallaba todavía en la región del Vesubio. Y Publio, demostrando cuan necio era, dividió sus tropas en tres partes, cada una integrada por algo más de dos mil hombres, e intentó sorprender al enemigo en aquel dificultoso terreno mientras buscaba a Espartaco. En tres encuentros separados Espartaco barrió sus ejércitos de la faz de la tierra. Cada vez hizo lo mismo: los sorprendió en un estrecho desfiladero, donde no podían desplegarse los manípulos, y los destruyó. No obstante, en una de esas oportunidades, toda una cohorte de caballería y la mayor parte de una cohorte de infantería lograron abrirse paso, llevando los jinetes a los soldados de infantería colgados de las colas de los caballos y corriendo éstos a fuerza de látigo. Si comprendéis la forma de luchar de los esclavos, sabréis que no se permiten nada que se parezca a una distracción. Se concentran en lo que tienen entre manos. Que es lo que hicieron, y los ochocientos o novecientos hombres de infantería y caballería retrocedieron por los bosques, se perdieron y fueron a parar al campamento de los

Librodot

esclavos donde estaban las mujeres y los niños. Digo campamento, pero era algo más que una pequeña aldea. En torno tenía un foso, un muro de tierra y en lo alto una empalizada. Con Espartaco deben de haber estado bastantes desertores de las legiones, porque aquello había sido construido en la forma en que nosotros fijamos un campamento, y los cobertizos interiores estaban tendidos en calles regulares. Bueno, las puertas estaban abiertas y había afuera un grupo de niños jugando y algunas mujeres cuidándolos. Vosotros debéis comprender que, cuando los soldados han sido derrotados y han huido, también desaparece el control que se ejerce normalmente sobre ellos. No quiero juzgar aquí a quienes matan esclavos, sean éstos niños, mujeres u hombres. Tenemos razones de sobra para odiar esa porquería, y aquellos soldados estaban llenos de odio. Cayeron sobre el lugar y los de caballería lancearon a los niños de la misma forma en que se ensartan ratas. En el primer ataque mataron también a algunas mujeres, pero las otras respondieron al ataque y entonces las demás mujeres salieron del campamento, armadas con cuchillos, espadas y lanzas. No sé qué se proponían los soldados, si es que los movía algo más que el odio y la venganza. Debieron de haber matado a algunas de las mujeres y violado a las otras. Debéis recordar que por aquel entonces había gran encono contra los esclavos en todas partes. Antes de Espartaco, si un hombre mataba a una de sus propias esclavas, no podía salir a la calle y mantener la cabeza en alto. Esto era considerado, en mayor o menor medida, como un acto degradante, y si podía probarse que el dueño de la esclava había procedido sin razón, era susceptible de ser severamente multado. Esa ley fue modificada hace tres años, ¿no es así, Graco?

–Así es –repuso Graco desabridamente–. Pero continúe con su historia. Era sobre Varinia.

–¿Ah, sí? –Graso parecía haberlo olvidado por un instante. Julia estaba mirando más allá de él, hacia el césped.

–Marchaos –dijo ella a las niñas–. Marchaos y jugad.

–¿Quiere decirnos que las mujeres lucharon contra los soldados? –preguntó Claudia, interesada en el tema.

–Así fue –respondió Craso asintiendo con la cabeza–. A la entrada del campamento se libró una terrible batalla. Sí, las mujeres lucharon contra los soldados. Y los soldados se volvieron locos y olvidaron que estaban luchando contra mujeres. La batalla duró casi una hora, creo. Tal como me lo contaron, las mujeres eran dirigidas por una rubia aguerrida que se supone era Varinia. Estaba en todas partes. Sus ropas estaban hechas jirones, y luchó desnuda con una lanza. Era como una furia...

–No creo nada de eso –interrumpió Graco.

–No hace falta que lo crea si no quiere –dijo Craso, comprendiendo que su relato había fracasado lamentablemente.

–¿Por qué era para mí?–inquirió Julia.

Mirándolo fijamente, Helena dijo:

–Por favor, termine la historia, sea verdadera o no. Tiene un final, ¿verdad?

–Un final corriente. Todas las batallas tienen esencialmente el mismo fin. Uno los derrota a ellos o ellos lo derrotan a uno. Esta vez perdimos. Volvieron algunos esclavos y entre ellos y las mujeres dieron cuenta de todos, salvo un puñado de soldados de caballería que pudieron escapar. Ellos informaron de lo ocurrido.

–¿Pero a Varinia no la mataron?

–Si aquélla era Varinia, ciertamente no la mataron. Vuelve a aparecer una y otra vez.

–¿Y ahora vive? –preguntó Claudia.

–¿Está viva ahora? –repitió Craso–. No tiene importancia, ¿verdad?

Graco se puso de pie, echó hacia atrás la toga, con gesto característico, y salió. Hubo un instante de silencio, y entonces Cicerón preguntó:

–¿Qué es lo que está masticando el viejo?

–Sólo Dios lo sabe.

–¿Por qué dice que no tiene importancia si Varinia vive o no? –quiso saber Helena.

Librodot

–El asunto ha terminado, ¿verdad? –dijo Craso de manera inexpresiva–. Espartaco ha muerto. Varinia es una esclava. El mercado de Roma está abarrotado de esa mercancía. Varinia y diez mil más... –Y su voz de pronto resonó plena de ira.

Antonio Cayo se disculpó y salió en busca de Graco. Le molestaba que dos hombres como Graco y Craso, unidos como estaban políticamente, se hubieran enfadado por algo insignificante. Nunca había visto a Graco comportarse antes de ese modo. ¿Se trataría de Julia?, se preguntó. No... no con el viejo Graco, no con ese gordo solterón de Graco. Graco podía tener muchos calificativos, pero Antonio Cayo no podía considerarlo sino como un capón en materia de sexo. ¿Y por qué habría de preocuparse Craso, que podía tener a cualquier mujer de Roma, libre o esclava, por la pobre y patética Julia? ¡Dios sabe que si cualquiera de ellos deseara a Julia, sería bien recibido por ella, y él le daría su lecho y su mesa junto con ella! Nada le haría más feliz.

Encontró a Graco sentado pensativo en el invernadero. Avanzó hacia su viejo amigo y le dio un suave codazo diciéndole:

–¿Va todo bien, viejo amigo, va todo bien?

–Algún día –respondió Graco–, el mundo resultará demasiado pequeño para Craso y para mí.

SEXTA PARTE

Que relata el viaje a Capua de algunos de los huéspedes de Villa Salaria, proporciona información acerca de aquella hermosa ciudad y cuenta cómo los viajeros fueron testigos de la crucifixión del último de los gladiadores

Librodot

I

Ese mismo día, Cicerón y Graco se despidieron y partieron hacia Roma. Craso y el grupo del joven Cayo, a instancias de Antonio, se quedaron otro día en Villa Salaria, habiendo acordado previamente que partirían a primera hora de la mañana con el fin de aprovechar en todo lo posible la luz del día para viajar. Craso ya había sugerido a Cayo que viajaran juntos y tanto Helena como Claudia estaban encantadas al pensar que irían en compañía del famoso general.

Salieron de la casa de campo poco antes de la salida del sol. Las cuatro literas, los diversos sirvientes y portadores de equipaje formaban una considerable columna en el camino, y cuando llegaron a la vía Apia, Craso se hizo escoltar por una guardia de honor de diez legionarios. Craso había sido invitado a Capua con motivo de las ceremonias con que iba a celebrarse el total aplastamiento de la rebelión de los esclavos en el mismo lugar en que ésta había comenzado. Cien gladiadores habían sido elegidos de entre los prisioneros tomados después de la derrota y muerte de Espartaco, y desde hacía semanas se estaban realizando espectáculos en el circo. Los encuentros eran *munera sine missione,* o sea eliminatorios, en los que sólo podría haber un superviviente. Finalizado el combate de una pareja, el sobreviviente era enfrentado con otro. La danza de la muerte proseguía interminable.

–Creo que a usted le habría agradado presenciarlo –dijo Cayo.

Las cuatro literas eran conducidas una junto a la otra, de modo que los viajeros pudieran hablar entre ellos. Los legionarios desviaban hacia la orilla del camino el tráfico en dirección opuesta, y la gente que veía el número e importancia de la caravana admitía de inmediato el privilegio que le correspondía de ocupar el lado derecho del camino.

Cayo y Craso iban uno junto al otro, Claudia al lado de Craso y Helena al lado de su hermano. En razón de su edad y debido a los sentimientos que Craso experimentaba hacia ellos, había asumido el papel de huésped. Disponía de esclavos bien adiestrados y así, mientras las literas avanzaban por la magnífica ruta, se anticipaba a los menores deseos de sus compañeros, ya se tratara de un fragante y helado vino recién llegado de Judea o de suculentas uvas de Egipto o de pulverizar aromas con el fin de perfumar el ambiente. Al igual que muchos hombres de gran riqueza, era muy cuidadoso en lo que se refería a lo material y a su utilización al servicio de su propia clase social. En ese momento actuaba como huésped, compañero y guía. En respuesta a la pregunta de Cayo, dijo:

–No. Le sorprenderá, Cayo, pero actualmente casi no me interesan los juegos. Claro, voy de vez en cuando, si se trata de una pareja muy buena y muy especial. Pero me temo que estos juegos me van a aburrir. Pero si hubiera sabido que usted quería verlos...

–No tiene importancia.

–Pero en la *munera* habrá un sobreviviente –comentó Claudia.

–Puede no ser así, ya que ambos corren el riesgo de resultar malheridos. Y lo más probable es que, si sobrevive alguno, sea crucificado como símbolo en las puertas de la ciudad. Hay siete puertas, como sabéis vosotros, y cuando se erigieron los símbolos de castigo, se comenzó con siete cruces, una frente a cada puerta. Quienquiera que sobreviva irá, sencillamente, a reemplazar un cadáver en la puerta Apia. ¿Estuvo usted alguna vez en Capua? –preguntó a Claudia.

–No. Nunca.

–Entonces tendrá mucho para deleitarse. ¡Es una ciudad tan hermosa! A veces pienso que es la más hermosa del mundo. Y en un día despejado está el espectáculo glorioso de la bahía vista desde las murallas, y, a la distancia, la cumbre blanca del Vesubio. No conozco nada que se le asemeje. Tengo allí una pequeña villa y me agradaría enormemente que fuerais mis huéspedes.

Cayo le explicó que su tío abuelo, un tal Flaviano, los esperaba y que difícilmente podrían alterar sus planes a esa altura.

Librodot

–De todos modos, podremos encontrarnos. Los primeros días van a ser un aburrimiento, pero cuando hayan terminado las recepciones oficiales y los discursos y lo demás, podríamos pasar unas horas en la bahía navegando (ése es el rey de los deportes, como ustedes saben) y tal vez hacer una merienda campestre y, por descontado, ir una tarde a ver a los *unguentarii.* No hay posibilidad de separar a Capua de sus perfumes, y yo tengo intereses en una fábrica de aquí y conozco algo sobre la ciencia de los perfumes. Sea cual fuere el perfume que deseéis –les dijo generosamente–será para mí un placer obsequiarlo a cada uno de vosotros.

–Es usted muy amable –dijo Helena.

–Digamos que me cuesta muy poco ser amable y que me recompensa generosamente. De todos modos, me encanta Capua y siempre me he sentido orgulloso de ella. Es una ciudad muy antigua. Como sabéis, según la leyenda, hace mil años los etruscos construyeron doce ciudades en esta parte de Italia, y se las llamaba las doce joyas del dorado collar. Una de ellas se denominaba Volturnum y se supone que sea la Capua de nuestros días. Por supuesto que se trata solamente de una leyenda, y los samnitas, que la tomaron de los etruscos hace unos trescientos cincuenta años, la reconstruyeron en su mayor parte, y cuando nosotros se la tomamos a ellos, construimos nuevas murallas y trazamos calles nuevas en toda su superficie. Es una ciudad mucho más agradable que Roma.

Así transitaron por la vía Apia. A los símbolos de castigo les prestaban ya muy poca atención. Cuando soplaba el viento y llegaba hasta ellos el olor de la carne en descomposición, una pulverización de perfume suavizaba el aire. Pero, en general, casi ni miraron las cruces. Aparte del tráfico normal de la ruta, no hubo incidencias de importancia. Pasaron dos noches en casas de campo, y una noche en una cómoda taberna situada a la vera del camino. Y, por fin, en relajadas etapas, llegaron a Capua.

Librodot

II

Capua estaba de gala, en la cúspide de su fama, su gloria y su prosperidad, limpia ya de las manchas de la rebelión de los esclavos. Sobre las murallas de la ciudad flameaban mil doscientas banderas. Las siete puertas de la ciudad estaban abiertas de par en par, pues había paz en la tierra y nada la turbaba. Las noticias de su llegada se les habían anticipado y un grupo de dignatarios de la ciudad les esperaba para darles la bienvenida. La banda cívica de ciento diez instrumentos, entre bronces, pífanos y tambores, lanzó al viento su estruendo y las cohortes de la ciudad, ataviadas con lujosas armaduras de plata, les dieron escolta por la vía Apia. Las muchachas se emocionaron mucho y hasta Cayo, que simulaba indiferencia, se sintió conmovido por la poco común y pintoresca bienvenida que compartían con su famoso acompañante. Una vez dentro de la ciudad, se separaron de Craso y fueron a casa de sus parientes; pero pocas horas más tarde les llegó una invitación del general, en que pedía a Cayo, a su hermana, a la amiga de ésta y a sus familiares que asistieran en calidad de invitados suyos al banquete oficial que iba a celebrarse esa misma noche. Cayo se sintió muy orgulloso por la atención que les dispensaba el general, y durante el prolongado y tedioso banquete Craso no perdió ocasión de hacer un aparte para tener con ellos todo género de atenciones.

Cayo, Claudia y Helena apenas si probaron unos pocos de los cincuenta y cinco platos servidos como prueba de distinción y homenaje hacia el general. Capua seguía fiel a la remota tradición etrusca de preparar con gran habilidad platos con insectos, pero Cayo no podía hacerse a la idea de saborearlos, ni aun disueltos en miel o presentados en delicados pasteles con langosta picada. Uno de los números de la velada fue un baile creado especialmente en honor a Craso. Tenía como tema la violación de una doncella romana por parte de unos esclavos sedientos de sangre, y la representación, que se prolongó durante una hora, se realizó con extraordinario realismo. Cuando finalmente los esclavos recibían la muerte, desde el techo de la gran cámara comenzó a caer, como copos de nieve, una lluvia de pétalos de flores blancas.

Helena advirtió que a medida que pasaba la noche y los centenares de invitados al banquete se embriagaban desmedidamente, Craso bebía cada vez menos. Apenas si probaba el vino y ni siquiera saboreó el famoso aguardiente de ciruelas, por el que tan célebre era Capua, y que destilaban allí con tanta pericia como la que empleaban para fabricar sus perfumes, famosos en todo el mundo romano. Era una extraña combinación de austeridad y sensualidad. A menudo ambos se miraban el uno al otro a esas alturas de la noche, y ambas cualidades aparecían en sus ojos. Cayo y Claudia, por otra parte, estaban bastante borrachos.

Ya era muy tarde cuando terminó el banquete, pero Helena sentía un extraño e imperioso deseo de ver la escuela de Léntulo Baciato, el lugar mismo en que había comenzado la rebelión de los esclavos, y preguntó a Craso si quería llevarles allí y ser su guía y mentor. Era una gloriosa noche, fresca y balsámica, plena con el perfume de los capullos primaverales que florecían por doquier en la ciudad. Comenzaba a levantarse en el cielo una enorme luna amarilla, a cuya luz esa noche no habría dificultad para encontrar el camino.

En la plaza del foro había una multitud en torno al general y, además, se planteaba la cuestión diplomática de separar a las dos muchachas de la familia de Helena, pero ésta insistió en que Cayo actuara como acompañante de ellas. Tan ebrio estaba que aceptó de inmediato. Se puso de pie tambaleando levemente y miró a Craso con ojos de adoración. El general arregló los detalles oficiales y poco después los cuatro se hallaban instalados en las literas en dirección a la puerta Apia. Los guardias apostados a la entrada saludaron al general y éste estuvo un momento bromeando con ellos, entre quienes distribuyó un puñado de monedas de plata. También les pidió que lo orientaran.

–¿Así que usted nunca estuvo allí? –preguntó Helena.

–No. Nunca he estado en ese lugar.

Librodot

–¡Es muy extraño! –hizo notar Helena–. Me parece que si yo fuera usted habría querido verlo, al menos por la forma en que se entrelazan en ese lugar su vida y la vida de Espartaco.

–Mi vida y la muerte de Espartaco –comentó Craso con calma.

–El lugar no es gran cosa ahora –les dijo el capitán de la guardia–. El viejo *lanista* hizo allí una tremenda inversión y todo parecía encaminado a que se hiciera millonario. Pero después de la rebelión pareció como si la mala suerte le pisara los talones, y cuando uno de sus esclavos lo mató, el sitio quedó clausurado, en litigio. Y no ha vuelto a abrirse desde entonces. Las otras grandes escuelas de gladiadores se mudaron dentro de la ciudad. Dos de ellas ocuparon casas de vecindad.

Claudia bostezó. Cayo dormía en su litera.

–En cuanto a la historia del levantamiento, en la que escribió Flacio Monaaia –prosiguió alegremente el capitán–se dice que la escuela de Baciato estaba ubicada en el centro de la ciudad. Ahora llevamos allí a los visitantes. Pero créanme, mi palabra no tiene importancia frente a la palabra del historiador. La escuela de Baciato es fácil de encontrar. Sigan ese sendero al costado del arroyo. Con esta luna se ve tan claro como si fuera de día. Es imposible que no encuentren el circo. El palco de madera lo corona.

Mientras hablaban, pasó por la puerta un grupo de esclavos con espadas y picos. También llevaban una escalera y una canasta de mimbre. Fueron hasta donde se levantaba el gran crucifijo, el primero y más simbólico de los símbolos de castigo, la primera de las seis mil cruces que señalaban la ruta hacia Roma. Al colocar la escalera junto a la cruz, una bandada de cuervos revoloteó graznando.

–Pero ¿qué están haciendo? –preguntó de pronto Claudia.

–Están matando a un perro para que podamos poner a otro perro en su lugar –respondió despreocupadamente el capitán de la guardia–. Por la mañana el superviviente de la *munera sine missione* recibirá los honores a que tiene derecho. Allí morirá el último de los esclavos que estuvo con Espartaco.

Claudia se estremeció.

–Me parece que no tengo deseos de ir con vosotros –le dijo a Craso.

–Si quiere volver a casa, puede hacerlo... ¿Puede ordenar que la acompañen dos de sus hombres? –preguntó al capitán.

Cayo, que roncaba confortablemente, permaneció con ellos. Helena deseaba caminar y Craso asintió y dejó la litera para hacerle compañía. Las literas iban delante, y el gran financiero y general y la joven las siguieron a la luz de la luna. Cuando pasaron frente al crucifijo, los esclavos estaban bajando los restos deshechos, picoteados por los pájaros, ennegrecidos por el sol, del hombre que había muerto allí. Otros esclavos cavaban en la base de la cruz y metían cuñas para ajustaría y mantenerla firme. –¿No hay nada que le desagrade? –preguntó Craso a Helena.

–¿Por qué habría de desagradarme una cosa así? Craso se encogió de hombros.

–No lo he dicho en tono de crítica, como se imaginará. Me parece que es digno de admiración.

–¿El que una mujer no se comporte como mujer?

–Yo acepto el mundo en que vivimos –respondió Craso sin comprometerse– No conozco otro mundo. ¿Y usted?

Helena movió la cabeza sin hablar y siguieron caminando. No había mucha distancia hasta la escuela, y el paisaje, hermoso de día, se convertía a la luz de la luna en un mundo verdaderamente irreal. En ese momento vieron frente a ellos los muros del circo. Craso indicó a los lecticiarios que podían dejar allí las literas y permanecer junto a ellas hasta que regresaran. Luego prosiguió caminando junto a Helena.

Vacío, el lugar resultaba pequeño y sórdido. Gran parte de la verja de hierro que circundaba el campo de ejercicios, había sido robada. Las construcciones de madera estaban ya en mal estado y media pared del circo se había desmoronado. Craso y Helena fueron hasta la pista de

arena y desde allí miraron el palco. El lugar parecía reducido y estaba lleno de maleza, pero la arena relucía como plata bajo la luz lunar.

–Oí a mi hermano hablar de esto –dijo Helena–, pero lo describía de tal forma que ahora me resulta insignificante.

Craso intentó relacionar los campos de la muerte, las sangrientas batallas y las interminables y agotadoras campañas con aquella pequeña escuela destartalada, pero no pudo. Para él nada significaba ni nada le inspiraba.

–Quiero subir al palco –dijo Helena.

–Por supuesto. Pero tenga cuidado. La madera puede estar podrida.

Subieron hasta el palco que había sido el orgullo y la felicidad de Baciato. El toldo a rayas colgaba hecho jirones y de entre los restos de los viejos almohadones escaparon algunas ratas. Helena se sentó en uno de los divanes y Craso lo hizo a su lado. Entonces Helena dijo:

–¿No siente usted nada hacia mí?

–Pienso que usted es una joven dama muy hermosa e inteligente –respondió Craso.

–Y yo, gran general –dijo ella en voz baja–, pienso que usted es un cerdo.

Él se inclinó hacia ella y ella le escupió en pleno rostro. Pese a la tenue luz, pudo ver ella cómo se le encendían de ira los ojos.

Éste era el general; ésta era la pasión que nunca se había manifestado en palabras. Él la golpeó y el golpe la arrojó fuera del diván y la hizo caer sobre la podrida empalizada, que se desmoronó bajo su peso. Allí estaba ella, tendida a medias sobre el borde del palco, con la pista de arena seis metros abajo de ella, pero pudo rehacerse y volver a su lugar, y el general no hizo el menor movimiento. Inmediatamente se lanzó sobre él cual si fuera una gata salvaje, arañandolo y mordiéndolo, pero él la sujetó por ambas muñecas y la mantuvo a distancia, mientras con una fría sonrisa le dijo:

–La realidad es diferente, querida. Lo sé.

Una vez hubo pasado el acceso de ira y de furia, Helena se echó a llorar. Lloraba como una niña malcriada, y, mientras ella lloraba, él le hizo el amor. Ni se resistió ni se alegró, y cuando él hubo terminado aquel acto carente de pasión o urgencia, le preguntó a ella: –¿Era eso lo que querías, querida? Ella no respondió, sino que ordenó sus ropas y su cabello, limpió las manchas de lápiz labial que cubrían su rostro e hizo desaparecer las sombras de tinte de los ojos que se habían deslizado por las mejillas. Salió delante de él en dirección a las literas y se introdujo silenciosamente en la suya. Craso prefirió caminar; los lecticiarios volvieron por el sendero a Capua, y Cayo aún dormía. La noche casi había terminado y la luna estaba perdiendo su radiante luminosidad. Una nueva luz asomó sobre la tierra y de pronto una nube gris iba a unir la luz lunar con la claridad del día. Craso, por algún motivo, sintió una renovada vibración de vida y pujanza. Se apoderó de él un sentimiento raramente experimentado, una sensación de vitalidad y fortaleza en tal medida que casi le hacía creer las viejas leyendas según las cuales algunos escasos elegidos de la humanidad son engendrados en mujeres mortales por los dioses. Pensó si no sería posible que él fuera uno de aquellos seres. Bastaba con considerar la forma en que había sido favorecido. ¿Por qué, entonces, no habría de ser uno de tales semidioses?

La litera de Craso avanzaba paralela a la litera de Helena, y ésta lo miró de forma extraña y preguntó:

–¿Qué es lo que usted quiso expresar antes cuando me dijo que la realidad era diferente? ¿Acaso yo no soy real? ¿Por qué dijo una cosa tan terrible? –¿Fue tan terrible?

–Usted sabe lo terrible que fue. ¿Qué es la realidad?

–Una mujer.

–¿Qué mujer?

Su frente se ensombreció y movió la cabeza. Luchó fuertemente por retener su sensación de esplendor y lo logró en gran parte. Al llegar a la puerta Apia, dejó su litera y se dirigió al capitán de la guardia, luchando aún por seguir considerándose como un elegido de los dioses. Y con bastante sequedad le dijo al capitán:

–¡Envíe rápidamente un destacamento que la acompañe hasta su casa!

El capitán obedeció y Helena fue llevada a la ciudad sin siquiera recibir las buenas noches. Craso se quedó cavilando en la profunda obscuridad de la puerta. El capitán y las tropas de guardia lo observaban con curiosidad. Entonces Craso preguntó: –¿Qué hora es?

–La última hora casi ha pasado. ¿No se siente fatigado, señor?

–No, no estoy fatigado –dijo Craso–. No siento fatiga alguna, capitán. –Y dulcificando algo la voz, agregó–: No hace mucho tiempo, yo montaba guardias cómo esta.

–Las noches son muy largas –admitió el capitán–, pero dentro de media hora el lugar se verá de manera muy diferente. Comenzarán a llegar los vendedores de verduras, los lecheros con sus vacas, los transportistas, los pescadores y todos los demás. Ésta es una puerta muy transitada. Y hoy por la mañana van a poner al gladiador allí. –Y con la cabeza señaló la cruz, que emergía vaga y gris, a medias visible en la penumbra del amanecer.

–¿Habrá mucha gente? –preguntó Craso.

–Bueno, señor, no tanta como al comienzo, pero la habrá a medida que transcurra el día. Tengo que admitir que hay una fascinación peculiar en observar cómo se crucifica a un hombre. A mediodía las puertas y los muros de los alrededores estarán cubiertos de gente. Pensará usted que habiéndolo visto una vez, basta, pero parece que no es así.

–¿De quién se trata?

–Eso no podría decirlo. Un gladiador, simplemente. Uno muy bueno, supongo, y casi siento lástima por el pobre diablo.

–Guárdese su compasión, capitán –le dijo Craso.

–No quise decir eso, señor. Me refería a que uno siempre siente algo así por el último de un *munera.*

–Si le interesan las probabilidades matemáticas, ese *munera* comenzó hace mucho tiempo. Y alguno tenía que ser el último hombre.

–Me imagino que sí.

La última hora había pasado. Con la luz del día comenzó la hora primera. La luna había empalidecido y el cielo adquirió un color de leche sucia. La niebla matutina lo cubría todo, excepto allí donde se extendía hacia el norte la obscura línea de la gran ruta. Contra la creciente luminosidad del cielo se destacaba rígida y desvaída la forma de la cruz, y, hacia el este, un leve resplandor rosáceo anunciaba la salida del sol. Craso estaba satisfecho de haber decidido no dormir. Su estado de ánimo era adecuado al amargo dulzor del comienzo del amanecer. El alba es siempre una mezcla de pena y deleite.

Un niño de unos once años llegó al paso, llevando una jarra en sus manos. El capitán apostado en la puerta lo saludó y tomó la jarra.

–Es mi hijo –explicó a Craso–. Todas las mañanas me trae vino caliente. ¿Quisiera usted saludarlo, señor? Para él eso tendrá enorme significado. Después lo recordará. Su nombre gentil es Lichto y su nombre propio, Mario. Sé que es un atrevimiento de mi parte pedirlo, señor, pero significará tanto para él y para mí.

–Salud, Mario Lichto –dijo Craso.

–Yo lo conozco –le dijo el niño–. Usted es el general. Ayer lo vi. ¿Dónde está su pectoral de oro?

–Era de bronce, no de oro, y me lo quité porque es muy incómodo.

–Cuando yo tenga uno, no me lo quitaré nunca.

«Así vive Roma y así vivirán eternamente las glorias y las tradiciones de Roma», pensó Craso. La escena, en cierto sentido, lo emocionó mucho. El capitán le ofreció la jarra.

–¿Quiere usted beber, señor?

Craso movió la cabeza. A la distancia se oyó el redoble de tambores y el capitán entregó la jarra al niño e impartió órdenes a la guardia de la puerta. Los soldados formaron en línea junto a las puertas abiertas de par en par, con los escudos apoyados en tierra a su lado y las pesadas lanzas esgrimidas hacia delante en presentación de armas. La posición era incómoda y difícil y Craso se sintió molesto, ya que sospechaba que de no haber estado allí no se habrían

Librodot

esmerado en efectuar aquel despliegue de armas. El redoble de los tambores se hizo más intenso y por una amplia avenida que se extendía de la puerta al foro aparecieron las primeras filas de una banda militar. El sol naciente iluminaba ya la parte superior de los edificios más elevados y casi al mismo tiempo aparecieron algunas personas en las calles. Avanzaban hacia la puerta y en dirección al sonido de la música marcial.

La banda estaba formada por seis tambores y cuatro pífanos; luego venían seis soldados, y, tras ellos, el gladiador, desnudo y con los brazos fuertemente atados a la espalda; luego, una docena más de soldados. Era un despliegue considerable para tan sólo un hombre, y éste no tenía el aspecto de ser ni muy peligroso ni muy fuerte. Mas luego, cuando estuvo más cerca, Craso cambió de opinión: era peligroso, sin duda... Hombres así son peligrosos. Se les ve en el rostro. En su cara no había nada de esa abierta cordialidad y franqueza que se advierte en el rostro de un romano.

Tenía rostro de halcón, nariz combada, la piel fuertemente estirada sobre sus salientes pómulos, labios finos, y los ojos verdes e impregnados de odio como los de un gato. Su rostro rezumaba odio, pero odio inexpresivo, como el odio de un animal, y el rostro era una máscara. No era demasiado alto, pero sus músculos parecían estar constituidos de cuero y tralla. Tenía sólo dos heridas recientes en el cuerpo, una en lo alto del pecho y otra en el flanco, pero ninguna de las dos era muy profunda y la sangre se había coagulado sobre ellas. No obstante, bajo las heridas y cubriéndole todo el cuerpo había un verdadero tapiz de cicatrices. En una de las manos le faltaba un dedo y le habían cortado una oreja al ras.

Cuando el oficial que dirigía el destacamento vio a Craso, levantó el brazo para hacer que sus hombres hicieran alto y luego avanzó y saludó al general. Evidentemente, era totalmente consciente de cuan significativo era ese momento.

–Jamás soñé que tendría el honor y el privilegio de verlo aquí, señor –dijo.

–Es un accidente afortunado –asintió Craso.

Tampoco él pudo escapar a la ajustada yuxtaposición de su persona y la del último representante del ejército de los esclavos.

–¿Lo va a poner ahora en la cruz?

–Ésas eran mis instrucciones.

–¿Quién es? Me refiero al gladiador. Es evidente que se trata de un viejo conocido de la arena del circo. Tiene marcas de espada en todas las partes del cuerpo. ¿Sabe usted quién es?

–Es muy poco lo que sabemos. Era oficial y comandaba una cohorte o tal vez algo más que eso. Además, parece ser judío. Baciato tenía varios judíos, que algunas veces son mejores que los tracios en el manejo de la *sica.* En realidad, Baciato presentó una denuncia referente a un judío llamado David que, juntamente con Espartaco, fue uno de los dirigentes iniciales de la insurrección. Puede que sea éste, aunque puede que no. Jamás quiso hablar desde que se lo trajo aquí para participar en el *munera.* Peleó muy bien... Juro que nunca vi un trabajo igual con la daga. Peleó en cuatro parejas y ahí lo tiene, con sólo dos cortes en el cuerpo. Yo vi a tres de las parejas, y jamás presencié nada mejor con la daga. Al final supo que iría a parar a la cruz, pero siguió luchando como si la victoria fuera a ser sellada con la libertad. No puedo comprenderlo.

–No... Bueno, la vida es un asunto extraño, joven.

–Sí, señor. Estoy de acuerdo con eso.

–Si éste es el judío David –dijo Craso pensativo–, entonces existe una justicia irónica, después de todo. ¿Puedo hablar con él?

–Por supuesto... por supuesto... No creo, sin embargo, que logre satisfacción alguna de parte de él. Es hosco, un bruto silencioso.

–Creo que lo intentaré.

Fueron hasta donde estaba el gladiador, rodeado ya por la creciente multitud que los soldados debían contener. Con cierta pomposidad el oficial anunció:

–Gladiador, se te honra singularmente. Éste es el pretor, Marco Licinio Craso, y condesciende a dirigirte la palabra.

Librodot

Cuando se anunció el nombre, la multitud rompió en aclamaciones, pero el esclavo debía de ser sordo en vista de la reacción que tuvo ante tales palabras. Inmóvil, permaneció con la vista clavada hacia delante. Los ojos le brillaban como trozos de piedra verde, pero ningún otro indicio de vida asomó a su rostro.

–Tú me conoces, gladiador–dijo Craso–. ¡Mírame! El gladiador desnudo continuó inmóvil, y el oficial al mando del destacamento avanzó entonces y le cruzó el rostro con una bofetada.

–¿Quién te está dirigiendo la palabra, cerdo? –le gritó. Volvió a pegarle. El gladiador no intentó eludir el golpe, y Craso comprendió que si aquello continuaba, poco iba a conseguir.

–Es suficiente, oficial –dijo Craso–. Déjelo tranquilo y prosiga con lo que tiene que hacer.

–Lo siento muchísimo, señor. Pero no ha hablado. Es posible que no pueda hablar. Ni sus propios compañeros lo oyeron hablar nunca.

–No tiene importancia –dijo Craso. Los observó mientras se dirigían hacia el crucifijo a través de la puerta. Pasaba por ella una corriente ininterrumpida de gente, que se instalaba a lo largo del camino, desde donde podía observarse sin obstáculo alguno todo el procedimiento. Craso marchó cruzando por entre la multitud hasta la base de la cruz, intrigado a su pesar por ver la reacción del esclavo. La reticencia inconmovible del hombre se había convertido en una especie de desafío, y Craso, que nunca había visto a un hombre –fuere cual fuere su fortaleza– ir a la cruz en silencio, comenzó a imaginar el tipo de reacción que en este caso provocaría.

Los soldados estaban habituados a la tarea de las crucifixiones, y se dedicaron a su trabajo rápida y eficientemente. Pasaron una cuerda por debajo de los brazos del esclavo, que seguía maniatado a la espalda. Tiraron de la cuerda hasta que ambos lados fueron iguales en longitud. La escalera, que los esclavos habían dejado allí la noche anterior, fue apoyada en la parte posterior de la cruz. Los dos extremos de la cuerda fueron lanzados por encima de los brazos de la cruz, y un par de soldados los sujetaron. Luego, con rápida destreza, el gladiador fue levantado casi hasta el brazo horizontal. Otro soldado montó por la escalera y sostuvo al gladiador mientras los de abajo tiraban de las cuerdas. Ahora colgaba con los hombros apenas debajo de la intersección de los brazos de madera. El soldado que se hallaba en la escalera saltó sobre la cruz y otro, que portaba un martillo y varios clavos largos de hierro, subió por la escalera y se colocó a horcajadas sobre el lado opuesto del brazo horizontal.

Entretanto Craso observaba con interés al gladiador. Aunque el cuerpo desnudo de éste se encogió cuando lo subieron pegado a la rústica madera de la cruz, su rostro continuó impasible, impasibilidad que mantuvo aún ante la dolorosa mordedura de la cuerda. Colgaba inmóvil e inerte mientras el primer soldado dio una vuelta de cuerda alrededor de su pecho y por debajo de los brazos, para terminar atando la cuerda sobre la barra de la cruz. Entonces la primera cuerda fue lanzada a lo largo y hacia atrás hasta llegar al suelo. A continuación cortaron la cuerda que le sujetaba las manos y cada uno de los soldados levantó uno de sus brazos y lo sujetó con un trozo de cuerda al extremo del brazo de la cruz. El gladiador no dio muestras de dolor hasta después que el segundo soldado le abrió y mantuvo abierta la palma de la mano, colocó en ella un clavo y lo hundió en la madera con un fuerte golpe de martillo. Ni aun entonces dijo palabra ni gritó, pero su rostro hizo una contorsión y el cuerpo se encogió espasmódicamente. Otros tres golpes de martillo hicieron entrar el clavo unos trece centímetros en la madera, y el golpe final torció la cabeza de éste, con el fin de que la mano no pudiera deslizarse hacia afuera. A continuación el mismo proceso se repitió con la otra mano, y nuevamente el gladiador hizo una contorsión de dolor y nuevamente su rostro se contrajo a la par que el clavo pasaba por los músculos y tendones de su mano. Pero siguió sin gritar, aunque rodaron lágrimas de sus ojos y la saliva escapó de su boca entreabierta.

La cuerda en torno a su cuerpo fue cortada, de modo que colgaba enteramente de las manos, con el solo soporte de la cuerda en torno a cada muñeca para aminorar el peso soportado por los clavos. Los soldados descendieron por la escalera, que fue retirada, y la multitud –constituida en esos momentos por centenares de personas–aplaudió la habilidad con que se había crucificado a un hombre en apenas unos minutos...

Entonces el gladiador se desmayó.

Librodot

–Siempre se desmayan –explicó el oficial a Craso–. Es a causa de la conmoción producida por los clavos. Pero siempre recuperan la conciencia y a veces transcurren veinte o treinta horas antes de que se desvanezcan de nuevo. Tuvimos a un galo que permaneció consciente durante cuatro días. Perdió el habla. No podía gritar más, pero continuaba consciente. Nunca hubo nada parecido, pero aun él se desmayó cuando le clavaron los clavos en las manos. ¡Dios mío, cuánta sed tengo! –Abrió una petaca, bebió con ansias y se la ofreció a Craso–: ¿Agua de rosas?

–Gracias –dijo Craso.

De pronto se sintió fatigado y sediento. Bebió cuanto quedaba en la petaca. La multitud aumentaba, y señalándola con un movimiento de cabeza, Craso preguntó:

–¿Se quedarán aquí todo el día?

–La mayoría permanecerá tan sólo hasta que recobre el conocimiento. Quieren ver qué es lo que hará entonces. Hacen cosas curiosas. Muchos gritan llamando a su madre. Usted nunca había imaginado que los esclavos hicieran eso, ¿verdad?

Graco se encogió de hombros.

–Tendré que despejar ese camino –prosiguió el oficial–. Bloquean el tráfico. Usted puede pensar que tienen el suficiente sentido común como para dejar despejada una parte del camino, pero se equivoca; nunca nunca lo hacen. Siempre actúan igual. La multitud no tiene sentido alguno. –Y destacó a dos soldados para que despejaran el camino lo suficiente para que pudiera pasar el tráfico.

–Quisiera saber –le dijo a Craso–, quisiera saber si podría formularle una pregunta, señor. Es posible que sea algo que a mí no me incumba, pero tengo una enorme curiosidad por saber por qué dijo usted hace un rato que, si éste era el judío David, había de por medio una irónica justicia. O algo por el estilo...

–¿Yo dije eso? –preguntó Craso–. Francamente no sé qué es lo que quise decir o intenté decir.

Ya se había hecho todo, y la mayor parte del pasado debía permanecer en la más absoluta calma y discreción. Escasa gloria había en vencer a esclavos. Los triunfos y las grandes devociones eran para otros; para él sólo quedaban pequeñas satisfacciones como la carnicería de los crucifijos. ¡Qué cansado estaba de matanzas, de muertes y de torturas! Pero ¿dónde ir para escapar de aquello?

Cada vez más la sociedad que estaban creando era la de la vida reposando en la muerte. Jamás en toda la historia del mundo la matanza en masa había sido elevada a tal plano de precisión y cantidad. ¿Y dónde iría a parar y en qué terminaría? Recordó entonces un incidente ocurrido poco después de que hubiera asumido el mando de las derrotadas y desmoralizadas fuerzas de Roma. Había entregado tres legiones a su amigo y compañero de infancia, Pilico Mummio, hombre que ya había participado en dos importantes campañas, y le había dado instrucciones de hostigar a Espartaco y tratar de separar parte de sus fuerzas. En lugar de lograrlo, Mummio cometió el error de caer en una celada, y sus tres legiones, enfrentadas sorpresivamente a los esclavos, emprendieron una huida ciega y fueron presa de un pánico tan vergonzoso como jamás había ocurrido en la historia de los ejércitos romanos. Recordaba el indescriptible vapuleo verbal que había propinado a Mummio; recordaba los insultos que le había dirigido y cómo lo había tratado de cobarde. Pero no podía extralimitarse con un hombre como Mummio. Con las legiones era distinto. Cinco mil hombres de la séptima legión fueron puestos en fila y de cada diez se separó a uno y se lo ejecutó por cobardía. «Deberías haberme matado a mí», le había dicho Mummio tiempo después.

Lo recordaba ahora perfectamente bien, ya que eran precisamente Mummio y el ex cónsul Marco Servio por la suerte que habían corrido, quienes habían hecho que anidara en él el más profundo odio hacia los esclavos. Recordaba un relato al respecto, pero como en todos los relatos provenientes del campo de los esclavos, era difícil separar la verdad de la mentira. Marco Servio era responsable, en cierta medida, de la muerte de un galo de nombre Crixo, uno de los más queridos compañeros de Espartaco, a quien había logrado separar del grueso

Librodot

del ejército, hasta rodearlo, y allí murió con sus tropas. De modo que, mucho tiempo después, cuando Servio y Mummio fueron hechos prisioneros por Espartaco y juzgados ante un tribunal de esclavos, se dijo que un judío llamado David había hecho objeciones a la muerte de ambos, o tal vez el judío llamado David había hecho objeciones a la forma en que se les iba a dar muerte. Craso no estaba seguro. Habían muerto luchando como pareja de gladiadores. A aquellos dos líderes de ejércitos romanos, de mediana edad, se les desnudó, se le entregó un puñal a cada uno y se les condujo a una pista de arena para que se enfrentaran en un combate a muerte. Ésa fue la única vez que Espartaco hizo una cosa así, pero Craso no la olvidó ni la perdonó nunca.

Por cierto que nada de eso podía contárselo al oficial, allí a la sombra del crucifijo.

–Francamente no sé qué es lo que quise decir –dijo Craso–. No tenía importancia.

Estaba fatigado, y decidió regresar a su residencia y dormir.

III

Lo esencial era que a Craso le tenía sin cuidado si, a la luz de tales hechos, la crucifixión del último de los gladiadores resultaba ser justa o no. Su sentido de la justicia estaba embotado y también estaba embotada su apreciación de la vindicta. Y la muerte no ofrecía para él novedad alguna. De niño, como ocurría con tantos niños pertenecientes a las «mejores» familias de la República, se le había nutrido con las leyendas del pasado. Así había llegado a creer completa y absolutamente que *Roma supra hominem et factiones est.* El estado y la ley servían a todos los hombres, y la ley era justa. No podría haber dicho con exactitud en qué punto dejaba de creer en eso, pero lo cierto es que nunca su descreimiento había llegado a ser total. Íntimamente conservaba alguna ilusión, pero quien como él había podido en cierto momento definir tan claramente la justicia, ya no podía hacerlo ahora. Diez años antes había visto cómo los líderes del partido de la oposición habían enviado fríamente a la muerte a su padre y a su hermano, y la justicia jamás los vengó. La confusión respecto a qué era justo y qué injusto, aumentaba en él en vez de disminuir, al extremo de que sólo lograba una exposición razonada tomando como base la riqueza y el poder. Con toda razón, la justicia hacía que no se importunara ni a la riqueza ni al poder, y la importancia de los principios éticos afectados desaparecía gradualmente. De modo que cuando tuvo ocasión de ver crucificado al último gladiador, no experimentó sensación alguna de satisfacción. En realidad, no sintió nada en absoluto. Sencillamente no se conmovió.

Pero en la mente del gladiador se planteaban cuestiones sobre la justicia y la injusticia, y aparecían confundidas dentro de la inconsciencia proveniente del dolor, de la conmoción y del agotamiento. Se confundían en los innumerables hilos de sus recuerdos. Debieron de haberse desenredado hasta surgir por encima de las olas enceguecedoras y punzantes de la agonía. En algún rincón de su mente se conservaba claro y nítido el recuerdo del incidente a que se había referido Craso.

Para los gladiadores se había tratado de una cuestión de justicia, como lo había sido también para Craso, y más adelante, cuando los que más enconadamente odiaban a los esclavos, y menos sabían de lo que éstos habían hecho, escribieron la historia de sus hazañas, se dijo que a los romanos que tomaban prisioneros los utilizaban para realizar inhumanas orgías en que se los hacía matarse los unos a los otros en réplicas de lo que habían sido los combates entre gladiadores. Y así se dio por sentado –tal como los amos han dado siempre las cosas por sentadas– que, cuando el poder cae en manos de los oprimidos, éstos lo usan en la misma forma en que lo usaron sus opresores.

Y aquello persistía en la mente del hombre que colgaba de la cruz. Jamás hubo una matanza orgiástica a la manera de los gladiadores. Solamente una vez, en un frío arranque pasional de ira y odio, Espartaco había señalado a dos patricios romanos y había dicho:

–¡Lo que tuvimos que hacer nosotros lo haréis vosotros! ¡Id a la arena con puñales y desnudos para que aprendáis cómo morimos nosotros para edificación de Roma y placer de sus ciudadanos!

El judío, que había estado allí sentado escuchando silenciosamente, tampoco había pronunciado palabra alguna cuando Espartaco se volvió hacia él una vez que se hubieron llevado a los dos romanos. Entre ambos existía un gran lazo de unión, una íntima conexión. El grupo de gladiadores que había escapado de Capua fue reduciéndose con el pasar de los años, en el curso de muchos combates. Las bajas habían sido especialmente considerables entre ellos y el puñado de los que sobrevivían como líderes del enorme ejército de esclavos se había unido estrechamente.

Espartaco miró al judío y le preguntó: –¿Tengo razón o estoy equivocado? –Aquello que para ellos es justo nunca es justo para nosotros.

–¡Que combatan!

–Que combatan, si así lo quieres. Que se maten entre ellos. Pero el daño será mayor para nosotros. Será una carcoma que destruirá nuestras entrañas. Tú y yo somos gladiadores. ¿Cuánto tiempo hace que dijimos que borraríamos de la faz de la tierra el recuerdo de los combates de parejas?

–Y lo haremos. Pero esos dos deben pelear...

Tales eran los pequeños recuerdos de un hombre clavado en la cruz. Craso lo había mirado a los ojos y había observado la forma en que lo crucificaban. Un gran círculo se había cerrado. Craso se fue a casa a dormir, ya que había estado en pie toda la noche y, como era de esperarse, estaba fatigado. Y el gladiador colgaba inconsciente de los clavos.

Librodot

IV

Transcurrió más de una hora antes de que el gladiador volviera en sí. El dolor era como un camino y la conciencia recorrió el camino del dolor. Si sus sentidos y sus sensaciones hubieran sido distendidos como la tensa piel de un tambor, entonces había llegado el momento en que comenzaba el redoble de ese tambor. La música era insoportable y despertó tan sólo al conocimiento del dolor. Del mundo no veía más que el sufrimiento y el sufrimiento comprendía todo su mundo. Era el último de seis mil camaradas cuyos sufrimientos habían sido iguales al suyo; pero su dolor era tan enorme que no podía ser compartido ni subdividido. Abrió los ojos, pero el dolor era un película roja que le separaba del mundo. Era cual un gusano, una oruga, una larva, y el capullo estaba tejido en dolor. No despertó de una vez, sino en oleadas. El carro de guerra era el vehículo que mejor conocía, y ahora volvía en sí subido en un carro de guerra que tropezaba y daba tumbos. Era un niño en las colinas de sus país, y los amos, los señores de lejanas tierras, civilizados y pulcros, viajaban a veces en carro, y él corría por los rocosos senderos de la montaña implorando que lo llevaran. Y gritaba: «¿Señor, señor, déjeme conducir el carro?». Ninguno de ellos hablaba su idioma, pero a veces dejaban que él y sus amigos se sentaran en la plataforma trasera. ¡Eran generosos los poderosos! Algunas veces les daban dulces a él y a sus compañeros. Se reían observando la forma en que se aferraban a la plataforma trasera aquellos rapaces con el rostro quemado por el sol y de negros cabellos. Pero muy a menudo solían azotar los caballos y el súbito salto de éstos y la sacudida lanzaba por los aires a los muchachos. Bueno, aquellos grandes señores del mundo occidental tenían reacciones imprevisibles y las cosas buenas había que tomarlas junto con las malas, pero el caerse de un carro dolía.

Entonces se daba cuenta de que no era un niño corriendo por las colinas de Galilea, sino un hombre que pendía de una cruz. Era consciente de su situación parcialmente, por zonas, ya que toda su persona no le pertenecía de una vez. Se daba cuenta en sus brazos, donde los nervios eran como cables calentados al rojo y donde la sangre ardiente corría de arriba abajo hasta la coyuntura retorcida que lo unía a la espalda. Se daba cuenta de ello en su abdomen, donde el estómago y los intestinos se habían convertido en nudos furiosos de dolor y de tensión.

Y la multitud que lo observaba era un conglomerado ondulante, real e irreal. En ese momento su visión no era totalmente normal. No podía fijar la mirada normalmente y la gente que veía se plegaba y desplegaba, como imágenes bajo un cristal curvado. Por su parte, los espectadores veían que el gladiador volvía en sí y lo observaban atentamente. Si se hubiera tratado de una crucifixión más, el hecho no habría despertado demasiado interés. Las crucifixiones eran muy corrientes en Roma. Cuando Roma conquistó Cartago, muchas generaciones antes, adoptó lo mejor de cuanto había conquistado y de ese botín destacaban el sistema de propiedad agraria y el castigo de la crucifixión. Había algo en esas cruces de las que pendía un hombre que se apoderó de la fantasía de Roma, y ahora el mundo había olvidado que el origen era cartaginés, ya que se había convertido en un símbolo tan universal de civilización. Allí donde llegaban las rutas romanas, allí se alzaban las cruces, se instauraba el sistema de propiedad agraria cartaginés, se organizaban combates de parejas, con el enorme desprecio por la vida humana sometida que ello implicaba, y se imponía un incontenible impulso de obtener oro de la sangre y el sudor de la humanidad.

Pero hasta las mejores cosas empalagan con el tiempo y los mejores vinos hartan cuando se los bebe en demasía, y la pasión de un hombre se pierde en la pasión de miles. Una crucifixión más no habría atraído a la multitud, pero se trataba de la muerte de un héroe, de un gran gladiador, de un lugarteniente de Espartaco, de un gladiador de todos los tiempos, de un poderoso gladiador que había sobrevivido a la *munera sine missione.* Siempre había habido una curiosa contradicción en el papel del gladiador, el esclavo marcado para morir, el títere

Librodot

combatiente, el más despreciable de los despreciables y, al mismo tiempo, el superviviente del sangriento campo de batalla.

De manera que habían salido a ver cómo moría el gladiador, a ver cómo recibiría el gran misterio que todos los hombres comparten, y para ver cómo se comportaría cuando le incrustaran los clavos en las manos. Era un extraño ser el que acababa de volver silenciosamente en sí. Habían ido a ver si aquel silencio se rompía, y cuando no se rompió al clavársele los clavos, se quedaron esperando para ver si se rompería cuando volviera a abrir los ojos al mundo.

Y se rompió. Cuando finalmente los vio, cuando las imágenes cesaron de desfilar caóticamente ante sus ojos, lanzó un terrible grito de dolor y de agonía.

Aparentemente nadie comprendió sus palabras. Se discutía respecto a lo que había dicho en aquel estentor afónico. Algunos habían cruzado apuestas sobre si hablaba o no, y las apuestas se pagaban o no se pagaban en medio de violentas discusiones sobre si había pronunciado palabras o si se había tratado simplemente de un gemido, o si había hablado en una lengua extranjera. Algunos aseguraban que había implorado a los dioses; otros afirmaban que había lloriqueado llamando a la madre.

En realidad, nada de eso había ocurrido. En realidad, había gritado:

–Espartaco, Espartaco, ¿por qué fracasamos?

Librodot

V

Mediante algún procedimiento milagroso se hubiera podido abrir la mente y haber leído el pensamiento de los seis mil hombres que fueron tomados prisioneros cuando la causa de Espartaco se hundió en el polvo de la historia, y se hubiera podido desentrañar este pensamiento en toda su desnudez, de modo que resultara posible seguir hasta los crucifijos la enmarañada red y la madeja que los había llevado allí; si hubiera sido posible dibujar seis mil mapas de vidas humanas, se habría visto que el pasado de la mayor parte de ellos no difería demasiado. En ese sentido, es posible que sus sufrimientos y su fin no fueran muy diferentes; era un sufrimiento común y se mezclaba, y si hubiera habido dioses o un Dios en los cielos y sus lágrimas se hubieran convertido en lluvia, seguramente habría llovido durante días y días. Pero en cambio el sol secaba las lágrimas y los pájaros se lanzaban sobre la carne sangrante, y los hombres morían.

Aquél fue el último en morir; era un resumen de todos los otros. Su mente estaba formada por la suma de la vida humana, pero con tal sufrimiento el hombre no piensa, y los recuerdos son como pesadillas, ya que no habrían tenido sentido, salvo el de ser reflejo del dolor. Pero de sus recuerdos puede hacerse un relato y esos recuerdos pueden ser refundidos para obtener una pauta, un modelo, un patrón que no sería muy diferente del que se obtuviera de los otros.

En su vida hubo cuatro épocas. La primera fue una época de ausencia de conocimiento. La segunda fue una época de conocimiento y estuvo plena de odio y él se convirtió en un ser que odiaba. La tercera fue una época de esperanza, y el odio desapareció, y él disfrutó de un gran amor y de la amistad de sus compañeros. La cuarta época fue una época de desesperación.

En la época de ausencia de conocimiento era tan sólo un niño y en torno a él únicamente había felicidad y una permanente radiación de luz. Cuando, colgado en la cruz, su mente buscaba el frescor y trataba de escapar del sufrimiento, encontraba aquel bendito frescor recordando su infancia. Las verdes montañas de su infancia eran frescas y hermosas. Las corrientes de la montaña brincaban y centelleaban, y las cabras negras pastaban en las laderas de los montes. Manos cuidadosas construían terraplenes en las colinas y la cebada adquiría el aspecto de perlas y las uvas parecían rubíes y amatistas. Jugaba en las laderas, chapoteaba en los arroyuelos, y nadaba en el grande y hermoso lago de Galilea. Corría cual un animalito, libre, alocado, pleno de salud, y sus hermanos y sus hermanas y sus amigos formaban una sociedad en la que se sentía libre y seguro y en la que era feliz.

Ya en ese tiempo había oído hablar de Dios, y durante su infancia tenía una imagen clara, certera y bien delineada de Dios. Como procedía de gente de las montañas, esa gente había colocado a su Dios en la cima de un monte en que ningún hombre podía vivir. Estaba en la más alta de las montañas, y allí donde nadie había podido llegar, allí vivía Dios. Sentado allí, solo, estaba Dios. Había solamente un Dios y no más. Dios era un anciano que nunca envejecía y su barba caía sobre su pecho y sus blancas vestiduras ondeaban cual las blancas nubes que de pronto surcan el cielo. Era un Dios justo y en ocasiones misericordioso, pero era un Dios siempre vengativo; y el niño lo sabía. Ni de día ni de noche el niño se veía libre de los ojos de Dios. Cualquier cosa que hiciera, Dios lo sabía. Cualquier cosa que pensara, Dios lo sabía.

Pertenecía a un pueblo piadoso, extraordinariamente piadoso, y en sus vidas Dios estaba entretejido como está entretejido el hilo en la tela de un manto. Cuando atendían a su grey vestían largos mantos a rayas y cada borla de esos mantos representaba alguna parte del reverente temor que sentían por su Dios. De mañana y por la noche, elevaban plegarias a su Dios; cuando se sentaban para comer el pan, rogaban a Dios; cuando bebían un vaso de vino, le daban gracias a Dios; y aun cuando la desgracia caía sobre ellos, bendecían a Dios, de modo que no creyera que estaban resentidos por su desgracia y que, en consecuencia, hubieran sucumbido a la arrogancia.

No era sorprendente entonces que aquel muchacho, el niño, que era ahora un hombre que colgaba de una cruz, tuviera plena conciencia del conocimiento y la presencia de Dios. El niño temía a Dios y su Dios era un Dios al que había que temer. Pero ese temor era algo que permanecía en un segundo plano en medio de aquella esplendorosa luz, del frescor de la montaña y de los arroyos de dichas montañas. El niño corría y reía y cantaba canciones y apacentaba a las cabras y a las ovejas y observaba cómo los muchachos mayores arrojaban el puñal galileo de hoja filosa como navaja, el *chabo,* que con tanto orgullo llevaban consigo. Él poseía uno, que había tallado en madera, y a menudo lo usaba en simulacros de duelos con sus hermanos y amigos.

Y, en efecto, se batía singularmente bien; los otros muchachos solían asentir con la cabeza y, a regañadientes, comentaban: «¡Eres igual que un tracio, pequeño, un mono con granos!». Tracio representaba todo cuanto había de malo y también todo cuanto implicara habilidad en el combate. Hacía muchísimo, pero muchísimo tiempo que habían llegado mercenarios a aquellas tierras y hubo muchos años de luchas antes de que se les diera muerte y se los expulsara. A aquellos mercenarios los denominaban «tracios», pero el pequeño nunca había visto a ninguno.

Esperaba con ansias que llegara el día en que pudiera llevar consigo un puñal; entonces verían si era o no tan fiero como un tracio. Y, en efecto, no era muy fiero; era un niño apacible y, en cierta medida, un niño feliz...

Aquélla era la época de ausencia de conocimiento.

En la segunda época de su vida, en la época del conocimiento, dejó de ser un niño y la cálida luz solar que prevalecía hasta entonces dio paso a un viento helado. En esos días se cubrió con un manto de odio, para protegerse y defenderse. Ésos eran los tiempos que en forma de punzante dolor cruzaban por su mente, cual rojas oleadas de agonía, mientras pendía de la cruz. Sus pensamientos de ese tiempo eran borrascosos, retorcidos y terribles. Sus recuerdos estaban tan mezclados como las piezas de un enmarañado rompecabezas. Veía la segunda época de su vida en la ondulante masa de gente que lo observaba, en sus rostros, en los sonidos que de ella le llegaban. Una y otra vez, al prolongarse su padecimiento, era arrojado hacia atrás por medio de sus recuerdos a la segunda época de su vida, la época del conocimiento.

En ese tiempo, se dio cuenta de la realidad de las cosas y, al comprenderlo, acabó su infancia. Tuvo conciencia de la existencia de su padre, hombre de rostro moreno, trabajador incansable, que no paraba en su labor de la mañana hasta la noche; sin embargo, su trabajo jamás era suficiente. Tuvo conciencia de la pena. Su madre murió y ellos la lloraron. Tuvo conciencia de los impuestos, ya que fuera cuanto fuera lo que su padre trabajara, jamás llegaba a ser suficiente para llenar sus estómagos, aunque la tierra era tan fecunda como cualquier otra. Y tuvo conciencia del enorme abismo que separaba a los ricos de los pobres.

Los sonidos eran los mismos de antes; la diferencia estribaba en que oía los sonidos y los entendía, siendo que antes los oía sin entenderlos. Ahora, cuando los hombres hablaban, le permitían quedarse a escuchar a cierta distancia; antes le ordenaban que saliera de la casa y se fuera a jugar.

Además, le habían dado un puñal, pero el puñal no le reportó agrado alguno. Un día recorrió una extensión de ocho kilómetros junto con su padre, a través de las montañas, y fueron al lugar donde un hombre trabajaba el hierro, y allí permanecieron durante tres largas horas junto a la forja mientras el herrero hacía para él un puñal. Y durante todo ese tiempo su padre y el herrero hablaron sobre las calamidades que habían azotado la tierra y sobre cómo se expoliaba a la pobre gente. Era como si su padre y el herrero se esforzaran en demostrar que cada uno de ellos había sido más expoliado que el otro.

–Toma este cuchillo –le dijo el herrero–; te cobraré cuatro denarios. De esos cuatro, uno será tomado por el recaudador del Templo cuando venga por su contribución; otro se lo llevará el recaudador de impuestos. Esto me deja dos denarios. Si tengo que hacer otro puñal, deberé pagar dos denarios por el metal. ¿Dónde está el precio de mi trabajo? ¿Dónde está el

Librodot

precio del cuerno que debo comprar para la empuñadura? ¿Dónde está el precio de los alimentos para alimentar a mi familia? Por lo demás, si o cobrara cinco denarios, entonces todo subiría proporcionalmente; entonces ¿quién vendría a comprar un objeto que podría adquirirse a un precio inferior en cualquier otra parte? Dios es mejor contigo. Por lo menos, tú tomas tus alimentos del suelo y siempre puedes llenar tu estómago.

El padre del chico, no obstante, tenía otro argumento.

–Por lo menos, algunas veces, tienes dinero en tus manos. Éste es mi caso: hago madurar mi cebada y la desgrano. Lleno las canastas y la cebada brilla como un puñado de perlas. Damos gracias a Dios, Señor de las Tierras, porque nuestra cebada es tan hermosa y tan sustanciosa. ¿Quién puede tener problemas cuando su almacén está lleno de canastas conteniendo esta magnífica cebada? Pero entonces llega el recaudador del Templo y se lleva una cuarta parte de la cebada. Luego viene el recaudador de impuestos y se lleva también una cuarta parte para las contribuciones. Le discuto. Le hago ver que apenas hay cebada suficiente para alimentar a los animales durante el invierno. «Entonces cómete a los animales», me dice. Y eso, desgraciadamente, es lo que debemos hacer. De modo que cuando llega el momento en que no hay ni carne ni granos y los chicos claman por alimentos, nos estrujamos los sesos y pensamos en las liebres y en los pocos ciervos que quedan en la montaña. Pero ésa es carne impura para un judío, a menos que sea bendecida. Salvo que exista una dispensa. Así fue como el invierno pasado enviamos a nuestro rabino a Jerusalén para que suplicara por nosotros en el Templo. Nuestro rabino es un buen hombre. Su hambre es la nuestra. Pero tuvo que andar cinco días dando vueltas por el tribunal del Templo antes de que los sacerdotes quisieran recibirlo y entonces escucharon con desprecio sus súplicas; no le dieron ni un trozo de pan para aliviar el hambre que tenía. «¿Cuándo terminarás de hablar, galileo quejumbroso –le dijeron–. Tus campesinos son haraganes. Quieren vivir al sol y comer maná. Que trabajen más y planten mas cebada.» Ése fue el consejo que nos dieron. Pero ¿dónde encontrará un campesino más tierra para plantar más cebada, y si la encontrara y pudiera plantar más, ¿sabes lo que ocurriría?

–Sé lo que ocurriría –replicó el herrero–. Al final, no obtendría más. Siempre es así. Los pobres serán cada vez más pobres, y los ricos serán cada vez más ricos.

Esto ocurrió cuando el muchacho fue a buscar su cuchillo, pero en su casa la realidad no era diferente. En la casa, durante la noche, los vecinos fueron a ver al padre. Vivían en una pequeña vivienda de una sola habitación donde todos se apretujaban en ese único ambiente, y allí se sentaron y hablaron interminablemente sobre lo difícil que se hacía la vida para el hombre y cómo se los explotaba y se los expoliaba y se les hacía sangrar. Y se preguntaban hasta dónde llegaría aquello y si era posible hacer sangrar a una piedra.

En esas cosas pensaba el hombre de la cruz y en sus recuerdos se sucedían punzantes fragmentos que se relacionaban con su sufrimiento. Pero aun sumido en su sufrimiento, aun cuando el dolor se intensificaba hasta lo insoportable o cuando decaía y llegaba a ser un sufrimiento todavía soportable, él quería vivir. Muerto ya, clavado en la cruz, aún deseaba vivir. ¡Qué poderosa es la vida! ¡Qué impulso el de la vida! ¡Qué cosas llega a hacer la gente cuando son necesarias para el simple hecho de existir!

Pero por qué era así, no lo sabía. En su sufrimiento no imploraba a Dios, porque en Dios no había ni respuesta ni explicación. Ya no creía ni en un Dios ni en muchos. En aquella época de su vida habían cambiado las relaciones con Dios. Dios respondía únicamente a las plegarias de los ricos.

De modo que no imploró a Dios. A los ricos no se los cuelga de las cruces y toda su vida él la había pasado en una cruz; una eternidad con las manos atravesadas por clavos. ¿O fue en otra vida? ¿O había sido su padre? Su mente no funcionaba como debía. Los hermosos, precisos y ordenados impulsos de su cerebro se estaban desarticulando y cuando recordó cómo habían crucificado a su padre, confundió a éste consigo mismo. Con su debilitada y torturada mente trató de recordar cómo había ocurrido y le vino a la memoria el momento en que llegó el recaudador de impuestos y tuvo que irse con las manos vacías. Recordó el momento en que

Librodot

llegaron los sacerdotes del Templo, a quienes también se los envió de vuelta con las manos vacías.

Después de aquello hubo un breve momento de gloria, un instante memorable del gran héroe, Judas Macabeo, y cuando los sacerdotes enviaron contra ellos la primera expedición armada, los granjeros de las colinas empuñaron sus arcos y sus puñales y la destruyeron. Él tomó parte en el combate. Era tan sólo un muchacho de catorce años, pero había usado su puñal y había luchado junto a su padre y había experimentado el sabor de la victoria.

Pero ese sabor de victoria no duró mucho. Llegaron numerosas columnas de mercenarios provistos de armadura que marcharon sobre los rebeldes de Galilea, y en el Templo había un pozo inagotable de oro para comprar más y más soldados. Los granjeros, desnudos y armados con puñales, no podían combatir contra un gran ejército. Los granjeros fueron aplastados y dos mil de ellos fueron hechos prisioneros. De entre los prisioneros se eligió a novecientos para ser crucificados. Aquél era el método civilizado, el método occidental, y cuando en la cima de las colinas las cruces aparecieron cual cuentas de un rosario, los sacerdotes fueron a observar y con ellos llegaron sus consejeros romanos. Y el joven David estuvo allí y vio cómo clavaron en la cruz a su padre y lo dejaron allí colgado de sus manos hasta que los pájaros despedazaron su carne.

Y ahora él mismo estaba en la cruz. ¡Tal como había comenzado, así había terminado, y con cuánto dolor y sufrimiento! A medida que pasaba el tiempo –tiempo que no tenía conexión con el tiempo tal como lo entiende la humanidad, ya que un hombre en la cruz ya no es un hombre– se preguntaba sin cesar cuál era el sentido de la vida, que provenía de la nada y hacia la nada se dirigía. Había comenzado a perder su increíble apego a la vida que lo había sostenido durante tanto tiempo. Por primera vez deseó morir.

(¿Qué le había dicho Espartaco? «Gladiador, ama la vida. En ella está la respuesta a todas las preguntas.» Pero Espartaco estaba muerto y él vivía.)

Se sentía fatigado. El agotamiento era tan intenso como el dolor y sus desgarrados recuerdos eran producto del cansancio. Después que hubo fracasado la revuelta, a él, junto con otros setecientos muchachos, lo habían encadenado, de cuello a cuello, y los habían obligado a marchar hacia el norte. ¡Cuánto tiempo anduvieron! Por llanuras, desiertos y montañas, hasta que las verdes colinas de Galilea se convirtieron en un sueño paradisíaco. Los amos cambiaban, pero el látigo era siempre el mismo. Y finalmente llegaron a una tierra en que las montañas se elevaban más alto que cualquiera de las montañas de Galilea donde la cumbre de las montañas estaba cubierta con un manto de nieve tanto en invierno como en verano.

Y allí fue enviado bajo tierra a extraer cobre. Durante dos años trabajó en las minas de cobre. Sus dos hermanos, que estaban con él, murieron, pero él sobrevivió. Tenía un cuerpo hecho de acero y tralla. Otros enfermaron. Se les caían los dientes o enfermaban y perecían entre vómitos. Sin embargo, él sobrevivió, y durante dos años trabajó en las minas.

Y entonces escapó. Huyó a las agrestes montañas llevando aún en torno al cuello el collar de los esclavos, y los sencillos y primitivos hombres de las tribus de la montaña lo acogieron, le dieron refugio y le quitaron del cuello el collar y lo dejaron que viviera con ellos. Allí vivió durante todo el invierno. Era gente de buen corazón, gente pobre que vivía de la caza, alimentándose casi de la nada. Aprendió su lenguaje y ellos querían que se quedara allí y desposara a alguna de sus mujeres. Pero su corazón añoraba Galilea, de modo que cuando llegó la primavera emprendió viaje hacia el sur. Una cuadrilla de comerciantes persas lo capturó y fue vendido a una caravana de esclavos que se desplazaba hacia el oeste, y en la ciudad de Tiria fue ofrecido en pública subasta cuando se hallaban muy cerca de su tierra natal. ¡Cómo se le corroía el corazón! ¡Qué amargas lágrimas derramó al sentirse tan cerca de su hogar y de los suyos y, no obstante, tan lejos de la libertad! Un mercader fenicio lo compró y lo encadenaron al remo de un barco que comerciaba con puertos sicilianos, y allí, en la húmeda obscuridad, en la húmeda inmundicia del fondo del barco, estuvo durante un año tirando de un remo hundido en las aguas.

Librodot

Entonces el barco fue apresado por piratas griegos y, mientras pestañeaba como un búho inmundo, fue llevado a cubierta, donde los fieros marineros griegos lo examinaron e interrogaron. Se adoptó una rápida decisión respecto a la tripulación del mercante fenicio: se la arrojó por la borda como si fueran fardos de paja. Pero a él y a los demás esclavos los examinaron y a cada uno, a su turno, se les preguntó en el dialecto arameo de los pueblos del Mediterráneo:

–¿Sabes pelear? ¿O sólo sabes remar?

Temía tener que regresar al banco de remo, a la obscuridad y a las vías de agua como hubiera temido al demonio en persona, y respondió:

–Sé pelear. Sólo pido que me pongan a prueba.

En ese momento habría luchado contra un ejército entero a condición de que no lo enviaran de vuelta al fondo del barco a agachar la espalda sobre un remo. Pero lo pusieron a prueba en el puente y le enseñaron –sin escatimar golpes ni maldiciones– el oficio del mar, cómo recoger una vela, cómo hacer girar el cordaje y manejar el timón aferrado al remo de nueve metros, cómo empalmar una cuerda y mantener un rumbo durante la noche, guiándose por las estrellas. En su primera pelea con un gordo y falso romano demostró tal rapidez de movimientos y tal destreza con su largo puñal que se ganó un lugar seguro en aquella banda salvaje y rebelde. Mas en su corazón no anidó felicidad alguna y terminó odiando a aquellos hombres que sólo sabían de matanza, crueldad y muerte. Eran distintos como el día de la noche de aquellos sencillos campesinos con quienes había vivido durante su niñez. No creían en Dios alguno, ni siquiera en Poseidón, el señor de los mares, y aunque su propia fe se halla en entredicho, recuerda que los buenos años de su vida los había vivido junto con aquellos que eran creyentes. Cuando se lanzaban a la costa era para matar, incendiar y robar.

Fue en esa época cuando construyó en torno a él un muro dentro del cual se confinó. Vivió dentro de ese muro y los signos de la juventud desaparecieron de su rostro de fríos ojos verdes y nariz como pico de halcón. Cuando se unió a ellos, tenía poco menos de dieciocho años, pero su aspecto se tornó intemporal y en la negra maraña que cubría su cabeza apareció ya un mechón de cabellos blancos. Se encerraba en sí mismo y a veces transcurría una semana entera sin que pronunciara una palabra. Ellos no lo molestaban. Sabían cómo peleaba y lo temían.

Vivía en un sueño, y el sueño era su vino y su sustento. Soñaba en que algún día, tarde o temprano, alcanzarían las costas de Palestina y que se deslizaría por sobre la borda, nadaría hasta la costa y se abriría paso a pie hasta las queridas colinas de Galilea. Pero transcurrieron tres años y ese día nunca llegó. Primero hicieron incursiones en la costa africana y luego, cruzando el mar, a lo largo de la línea costera italiana. Lucharon en las costas de Hispania e incendiaron villas romanas y se apoderaron de las riquezas y de las mujeres que encontraron allí. A continuación volvieron a cruzar el mar y pasaron todo un invierno en una ciudad amurallada y sumida en la anarquía cercana a los Pilares de Hércules. Después navegaron a través del estrecho de Gibraltar y llegaron a Bretaña, donde quedaron varados; allí asearon y repararon la galera. Navegaron después hacia Irlanda, donde intercambiaron trozos de telas y abalorios por los ornamentos de oro de las tribus irlandesas. Luego pusieron rumbo a la Galia y recorrieron sus costas, de norte a sur, una y otra vez. Y después regresaron a África. Así pasaron tres años y nunca alcanzaron la costa de su tierra natal. Pero el sueño y la esperanza permanecieron dentro de él mientras se endurecía más allá de cuanto un hombre tiene derecho a endurecerse.

Pero en esa época aprendió mucho. Aprendió que el mar era un camino por el que surcaba la vida, como corre la sangre por el cuerpo del hombre. Aprendió que el mundo era grande e ilimitado, y que allí donde se fuera había gente pobre y sencilla, como la de su propio pueblo, gente que arañaba el suelo para obtener el sustento de cada cual y el de los hijos, pero que, no obstante, tenía que entregar a los amos, a los reyes o a los piratas la mayor parte de lo que ganaban. Y aprendió que había un jefe, un rey y un pirata que estaba por encima de todo, y que lo llamaban Roma.

Y al final se lanzaron sobre un barco de guerra romano, y él y otros catorce de la tripulación, que sobrevivieron, fueron llevados a Ostia para ser ahorcados. Pareció de ese modo que los granos de arena de su pequeño reloj de la vida se hubieran acabado, pero en el último instante un agente de Léntulo Baciato lo compró para la escuela de Capua...

Tal era, en suma, la trama de la segunda época de su vida, la época del conocimiento y del odio. Esa parte se completó en Capua. Allí tuvo ocasión de aprender los más acabados refinamientos de la civilización, el adiestramiento de hombres para que se mataran entre ellos para distracción de ociosos romanos y para que se enriqueciera un hombre grasiento, sucio y perverso llamado *lanista.* Se convirtió en gladiador. Le cortaron el cabello al rape. Iba a la arena del circo con un puñal en una mano y allí mataba, no a los que odiaba, sino a hombres que, como él, eran esclavos o condenados.

Allí fue donde el conocimiento se combinó con el odio. Pasó a ser un receptáculo del odio, y día a día el receptáculo se llenaba. Vivía solitario en la odiosa desnudez y desesperanza de su celda; se encerró en sí mismo. Ya no creía en Dios, y cuando pensaba en los dioses de sus padres era sólo con odio y desprecio. Una vez se dijo:

–Me gustaría entrar a la arena con ese maldito anciano de la cima del monte. Le devolvería todas las lágrimas y promesas incumplidas que les proporciona a los hombres. Todo cuanto quiero es un puñal en mi mano. Haré un sacrificio para él, por supuesto. Le enseñaré algo respecto a la ira y la cólera.

Una vez soñó que estaba ante el trono de Dios. Pero no sintió temor. «¿Qué es lo que harás conmigo? –le gritó sarcásticamente–. He vivido veintiún años ¿y qué más puedes hacer de mí que lo que el mundo ha hecho? Vi crucificar a mi padre. Trabajé como un topo en las minas. Durante dos años trabajé en las minas, y durante otro año viví en la suciedad y las vías de agua, con las ratas andando por sobre mis pies. Durante tres años fui un ladrón que soñaba con su tierra y ahora mato hombres por encargo. Maldito seas, ¿qué es lo que harás conmigo?»

Eso es lo que fue la segunda época de su vida y en ese tiempo fue llevado a la escuela de Capua un esclavo tracio, un hombre extraño de voz suave y nariz quebrada y profundos ojos obscuros. Así fue cómo este gladiador conoció a Espartaco.

Librodot

VI

Una vez, mucho tiempo después de esto, un esclavo romano fue crucificado, y después de haber estado en la cruz durante veinticuatro horas, fue perdonado por el propio emperador, y consiguió vivir. Escribió un relato de lo que había sentido en la cruz, y lo más extraordinario de ese relato es lo que decía de la cuestión del tiempo. «En la cruz –contaba– hay solamente dos cosas: dolor y eternidad. Me han dicho que estuve en la cruz solamente veinticuatro horas, pero yo permanecí en la cruz más tiempo que el que ha transcurrido desde que existe el mundo. Si el tiempo no existe, entonces cada instante es igual a siempre.»

En ese peculiar «siempre» surcado por el dolor, la mente del gladiador quedó destrozada y la capacidad de raciocinio cesó de manera gradual. Los recuerdos se transformaron en alucinaciones. Nuevamente volvía a vivir gran parte de su vida. De nuevo volvió a hablar con Espartaco por primera vez. Volvía a imaginarse qué era lo que más hubiera deseado conservar de las ruinas vacías de su vida, la insignificante vida de un esclavo anónimo en la arrolladora corriente del tiempo.

(Mira a Espartaco. Lo observa. Este hombre es como un gato y sus ojos verdes aumentan su parecido a este felino. Ya se sabe cómo andan los gatos, en continua tensión. Así es cómo camina el gladiador, y se tiene la sensación de que si se lo arrojara por el aire, caería con facilidad sobre sus dos pies. Es difícil que alguna vez mire de frente a un hombre; en cambio, observa de soslayo. De ese modo observa a Espartaco, día tras día. Ni siquiera podría explicarse a sí mismo qué cualidad de Espartaco hace que le preste tanta atención; pero no es un gran misterio. Él es todo tensión y Espartaco es todo soltura. Él no habla con nadie, pero Espartaco habla con todos, y todos acuden con sus problemas a Espartaco. Espartaco está infundiendo algo nuevo a la escuela de gladiadores. Espartaco la está destruyendo.

(Todos, excepto este judío, acuden a Espartaco. Espartaco se pregunta por qué. Entonces, cierto día, en el período de reposo entre dos ejercicios, va hacia el judío y le habla.

(–¿Hablas griego, hombre? –le pregunta.

(Los ojos verdes se clavan en él, impávidos. De pronto Espartaco advierte que se trata de un hombre muy joven, apenas algo más que un muchacho. Lo lleva oculto tras una máscara. No está mirando al hombre, sino a su máscara.

(El judío se dirige a sí mismo: «¿Griego? ... ¿Hablo griego yo? Me parece que hablo todos los idiomas. Hebreo y arameo y griego y latín y muchos otros idiomas de muchas partes del mundo. ¿Pero por qué he de hablar en un idioma concreto? ¿Por qué?».

(Con mucha suavidad, Espartaco lo urge: «Una palabra mía y después una palabra tuya. Somos personas. No estamos solos. El gran problema surge cuando uno se encuentra solo. Estar solo es algo terrible, pero aquí no estamos solos. ¿Por qué hemos de tener vergüenza de lo que somos? ¿Hicimos algo terrible para que nos trajeran aquí? No creo que hayamos hecho ninguna cosa terrible. Cosas mucho más terribles las hacen los que ponen puñales en nuestras manos y nos ordenan que matemos para distracción de los romanos. De manera que no tenemos por qué avergonzarnos y odiarnos los unos a los otros. Todo hombre tiene alguna fortaleza, alguna esperanza, algún amor. Esas cosas son como semillas sembradas en todos los hombres. Pero si las guardamos para nosotros solos, se secarán y morirán rápidamente, y que Dios proteja a ese pobre hombre, porque nada le quedará y la vida no valdrá la pena de ser vivida. Por otra parte, si da a otros su fortaleza, su esperanza y su amor, encontrará una reserva inagotable de esas existencias. Esos bienes jamás se agotarán para él. Entonces la vida merecerá la pena vivirla. Y créeme, gladiador, la vida es lo mejor que hay en el mundo. Nosotros lo sabemos. Somos esclavos. Lo único que tenemos es la vida. De modo que sabemos lo que vale. Los romanos tienen tantas otras cosas que la vida no significa mucho para ellos. Juegan con ella. Pero nosotros nos tomamos la vida en serio, y por ese motivo no podernos permitirnos estar solos. Tú estás demasiado solo, gladiador. Háblame un poco.»

(Pero el judío nada dijo y sus ojos y su rostro en nada cambiaron. Pero escuchaba. Escuchaba silenciosa e intensamente, y después se volvió y se alejó. Pero después de haber andado unos pasos, se detuvo. Volvió a medias la cabeza y observó de soslayo a Espartaco. Y a Espartaco le pareció que allí había algo que antes no existía, una chispa, una súplica, un destello de esperanza. Tal vez.)

Así comenzó la tercera de las cuatro épocas en que puede dividirse la vida del gladiador. Ésta podría llamarse la época de la esperanza, y fue en ese tiempo cuando desapareció el odio y el gladiador sintió gran cariño y camaradería hacia los otros de su clase. No ocurrió de pronto ni ocurrió rápidamente. Poco a poco aprendió a confiar en un hombre y a través de ese hombre aprendió a amar la vida. Ésa era la cualidad de Espartaco que lo había atraído desde el comienzo: el enorme amor que el tracio sentía por la vida. Espartaco era como un guardián de la vida. No se trataba solamente de que la deseara y estimara; la absorbía. Era algo que nunca discutía. Él criticaba. En cierta medida, era como si hubiera un pacto secreto entre Espartaco y todas las fuerzas de la vida.

De observar a Espartaco, el gladiador David pasó a seguirlo. No lo hacía ostensiblemente; lo hacía casi en secreto. Cada vez que se presentaba la ocasión y siempre que no se advirtiera directamente, se colocaba cerca de Espartaco. Tenía un oído tan sensible como el de un zorro. Escuchaba las palabras de Espartaco; recordaba esas palabras y se las repetía mentalmente. Trataba de desentrañar el significado de aquellas palabras. Y durante todo ese tiempo algo ocurría en su fuero interno. Estaba cambiando; estaba creciendo. Y de manera similar pequeños cambios y pequeños crecimientos se operaban en cada uno de los gladiadores de la escuela. Pero en David era algo singular. Descendía de gente cuyas vidas estaban embebidas en Dios. Cuando perdió a Dios, quedó un vacío en su vida. Ahora estaba llenando ese vacío con hombres. Estaba aprendiendo a amar a los hombres. Estaba aprendiendo la grandeza del hombre. No pensaba las cosas con esas palabras, pero eso era lo que ocurría en él y, en cierta medida, en todos los demás gladiadores.

Para Baciato y los senadores de Roma aquello era inconcebible. Según ellos, la rebelión de los gladiadores había estallado de manera súbita y sin que hubiera existido premeditación. Estaban convencidos de que no había habido preparativos ni preludio, y dejaron constancia de ello. No había para ellos otra forma de registrarlo.

Sin embargo, había existido un preludio sutil y extraño y creciente. David jamás olvidó el momento en que por vez primera oyó a Espartaco recitar versos de la *Odisea.* Había en ellos una música nueva y encantadora, la vida de un hombre valiente que tuvo que soportar muchos avatares pero que jamás fue derrotado. Muchos de los versos eran totalmente comprensibles para él. Conocía la dolorosa frustración de que se lo tuviera alejado de la tierra que amaba. Había conocido los caprichosos azares de la suerte. Había amado a una muchacha en las colinas de Galilea, cuyos labios eran rojos como amapolas y sus mejillas suaves como el atardecer. Y su corazón sufría por ella, porque era inaccesible para él. ¡Pero qué musical era aquello y cuan maravilloso era que un esclavo, un esclavo hijo de esclavo, que nunca había sido libre, pudiera recitar interminablemente de memoria tan hermosos versos! ¡Y en ellos hasta había un hombre como Espartaco! ¡En ellos había un hombre tan suave, tan paciente y con tanto aguante!

Mentalmente identificaba a Espartaco con Odiseo; y para siempre, por lo que a él se refiere, ambos se fundieron en uno. Muchacho como era entonces, menor que todos, encontró en Espartaco a un héroe y modelo de vida y de vivir. Al principio desconfiaba de esa tendencia suya. «No confíes en hombre alguno y ningún hombre te engañará», se decía a menudo, de modo que aguardó y observó y esperó que Espartaco no estuviera a la altura de Espartaco. Y gradualmente tuvo la comprensión de que Espartaco nunca estaría por debajo de Espartaco, y la comprensión fue más allá, ya que comprendió que ningún hombre que es inferior a sí mismo, no en su totalidad, sino en un destello del conocimiento de las riquezas y el esplendor que yace en el fondo de cada ser humano.

Librodot

De modo que cuando fue elegido entre los cuatro gladiadores que debían satisfacer los caprichos de dos perfumados homosexuales de Roma, en una lucha a muerte de dos parejas, se sintió abrumado por una lucha interior y una contradicción tan tremenda como nunca había experimentado antes. Fue una nueva lucha y, cuando triunfó en ella, entró realmente por primera vez en la envoltura protectora en que se había recluido. Ese mismo instante volvía a vivirlo ahora en la cruz. De nuevo en el pasado, volvía a luchar contra sí mismo, y de sus abrasados labios en lo alto de la cruz salieron las dolorosas palabras que cuatro años antes se había dicho a sí mismo.

(«Soy el más maldito de los hombres del mundo entero –se había dicho–, ya que basta ver cómo se me elige para que mate al hombre que más quiero por encima de todos los seres vivientes. ¡Qué suerte cruel la mía! Pero nada más puede esperarse de un Dios o de dioses o sean lo que sean que no tienen otro propósito que el de torturar a los hombres. Ésa es toda su misión, pero yo les daré satisfacción. No voy a actuar para ellos. ¡Son como esos perfumados cerdos romanos que están sentados en el circo y esperan el momento en que las entrañas de los combatientes rueden por la arena! Bueno, esta vez no voy a satisfacerlos. Se perderán el placer de ver la pelea de una pareja, esos individuos miserables y corruptos que no pueden encontrar placer en otra cosa. Podrán ver cómo me matan pero no obtendrán satisfacción alguna de ver matar a un hombre. Eso pueden verlo en cualquier momento. Pero no lucharé contra Espartaco. Antes mataría a mi propio hermano. Nunca lo haré.

(¿Pero y entonces qué? Primero sólo hubo locura en toda mi vida y aquí la vida es una absoluta locura. ¿Qué fue lo que me dio Espartaco? Yo mismo tengo que hacerme esa pregunta y yo mismo tengo que responderla. Tengo que responder porque me ha dado algo de gran importancia. Me ha dado el secreto de la vida. La vida misma es el secreto de la vida. Todos toman partido. O se está del lado de la vida o se está del lado de la muerte. Espartaco está del lado de la vida, y, en consecuencia, peleará contra mí, si debe hacerlo. No se limitará a morir. No les permitirá que lo manden a la muerte sin decirles una palabra ni sin devolverles el golpe. Entonces eso es lo que yo debo hacer. Debo luchar contra Espartaco y la vida elegirá entre nosotros dos. ¡Qué terrible decisión debo tomar! ¿Existió alguna vez un hombre más desgraciado? Pero es como tiene que ser. Ésa es la única forma posible.)

Vivió una vez más aquellos pensamientos y aquella decisión y ya no recordaba que estaba muriendo en la cruz, que la suerte le había sido favorable y que no había tenido que luchar contra Espartaco. Pieza por pieza, su mente trastornada por el dolor unió el pasado y volvió a vivirlo. Una vez más los gladiadores dieron muerte a sus entrenadores en el comedor. Una vez más lucharon contra las tropas con sus cuchillos y sus propias manos. Una vez más marcharon por el campo y de las casas de campo salieron los esclavos para unirse a ellos. Y una vez más se lanzaron de noche sobre las cohortes de la ciudad y las destruyeron totalmente y se apoderaron de sus armas y armaduras. Todo aquello volvió a vivirlo, no en forma racional ni cronológicamente ni con facilidad, sino cual una bola de ardientes llamas que el pasado le arrojaba.

(«¿Espartaco –pregunta–, Espartaco?» Acaba de terminar su segunda gran batalla. Los esclavos constituyen un ejército. Tienen el aspecto de un ejército. Se han apoderado de las armas y las armaduras de diez mil romanos. Están organizados, en grupos de cien y de quinientos. Su campamento nocturno es una fortaleza con muros de troncos, rodeada de fosos, como los que construyen las legiones en campaña. Durante horas practican el lanzamiento de la lanza romana. La fama y el mortal temor por lo que han logrado son conocidos en todo el mundo romano. En cada choza de esclavos, en cada vivienda de esclavos, se susurra sobre alguien llamado Espartaco, que ha revolucionado al mundo. Sí, él lo ha logrado. Tiene un poderoso ejército. Pronto marchará sobre la propia Roma, y en su ira echará abajo las murallas de Roma. Allí donde va pone en libertad a los esclavos y todo el botín que recoge va a un fondo común; y esto sucedía antaño, cuando las tribus eran dueñas de todo y no había hombre que poseyera riquezas. Sus soldados sólo poseen sus armas y las ropas que llevan a la espalda y los zapatos que calzan. Ése es ahora Espartaco. (Dice: «¿Espartaco?».

(Poco a poco el habla ha vuelto a este judío, David. Habla lento y titubeando, pero habla. Ahora le habla al líder de los esclavos.

(«Espartaco, soy un buen combatiente, ¿verdad?»

(«Bueno, muy bueno. El mejor entre los mejores. Tú combates bien.»

(«Y no soy cobarde, ¿lo sabes?»

(«Hace mucho tiempo que lo sé –dice Espartaco–. ¿Dónde hay un gladiador que sea cobarde?»

(«¿Y nunca volví la espalda en una pelea?»

(«Nunca.»

(«Y cuando me cortaron de cuajo la oreja, apreté los dientes pero no grité de dolor.»

(«No es deshonroso gritar de dolor –declara Espartaco–. He conocido a hombres fuertes que gritaban de dolor. He visto a hombres fuertes llorar cuando los dominaba la amargura. Eso no es deshonroso.»

(«Pero tú y yo no lloramos, y algún día seré como tú Espartaco.»

(«Serás mejor de lo que soy yo. Eres mejor luchador que yo.»

(«No. Nunca seré ni la mitad de lo que tú eres, pero creo que sé combatir bien. Soy muy rápido. Como un gato. Un gato puede ver llegar el golpe. El gato ve a través de su piel. Algunas veces experimento esa sensación. Casi siempre veo venir el golpe. Por este motivo quiero pedirte algo. Quiero pedirte esto: que me dejes combatir junto a ti. Dondequiera que luchemos, quiero estar a tu lado. Té tendré a salvo. Si te perdemos, lo perderemos todo. No estamos luchando por nosotros. Luchamos por el mundo entero. Por esta razón quiero estar a tu lado siempre que entremos en combate.

(«Tú tienes cosas mucho más importantes que hacer que estar a mi lado. Necesito hombres para conducir un ejército.»

(«Los hombres te necesitan a ti. ¿Es que acaso pido mucho?»

(«Pides muy poco, David. Lo pides por mí, no por ti.»

(«Entonces dime que eso es lo que quieres.»

(Espartaco asiente.

(«Y nunca correrás peligro alguno. Estaré cuidándote. Día y noche te estaré cuidando.»)

Y de esa manera se constituyó en la mano derecha del líder de los esclavos. Él, que en toda su corta vida no vio otra cosa que derramamiento de sangre y fatiga y violencia, ve ahora resplandecientes y dorados horizontes. Lo que sería el resultado de su rebelión se hacía cada vez más claro en su mente. Ya que en el mundo la mayoría eran esclavos, pronto constituirían una fuerza que nadie podría detener. Entonces desaparecerían las naciones y las ciudades nuevamente volvería la *edad de oro.* Una vez, en los cuentos y leyendas de cada pueblo, hubo una *edad de oro,* cuando los hombres no conocían el pecado ni la amargura, y en que vivían juntos en paz y amor. De modo que, cuando Espartaco hubiera conquistado el mundo entero, volvería a ser así nuevamente. Se lo proclamaría con gran estruendo de címbalos y trompetas, y un coro formado por todas las voces del pueblo cantaría loas.

En su mente afiebrada oía ahora el coro. Oía el sonido in crescendo de la voz de la humanidad, coro que volvía como eco de las laderas de las montañas...

(Está solo con Varinia. Cuando mira a Varinia, el mundo real desaparece y sólo queda esa mujer que es la mujer de Espartaco. Para David es la mujer más hermosa del mundo y la más deseable, y su amor por ella es como una gangrena en su vientre. Cuántas veces se ha dicho a sí mismo: (¡Qué despreciable criatura eres; amar a la mujer de Espartaco! Todo cuanto tienes en el mundo se lo debes a Espartaco y ¿cómo le pagas? Le pagas amando a su mujer. ¡Qué cosa más pecaminosa! ¡Qué cosa más terrible! ¡Aun sin hablar de eso, aun sin mostrarlo, haces una cosa terrible! Y, además, es una cosa inútil. Pon un espejo ante tu rostro. ¿Hubo alguna vez otro rostro como éste, enjuto y salvaje, rostro como el de un halcón, sin una oreja, cortado y lleno de cicatrices?

(Y Varinia le dice: «¡Qué muchacho tan extraño, David! ¿De dónde procedes? ¿Toda tu gente es como tú? Eres tan sólo un niño, pero nunca sonríes y nunca ríes. ¡Qué manera de ser!».

(«No me llames niño, Varinia. He probado que soy algo más que un niño.»

(«¿Es que en verdad lo has probado? Bueno, tú no me engañas a mí. Eres simplemente un niño. Deberías tener una muchacha. Pasar tu brazo en torno a su cintura y salir a caminar con ella cuando la noche recién comienza y es hermosa. Deberías besarla. Deberías reír con ella. ¿No hay suficientes muchachas acaso?»

(«Tengo mucho trabajo que hacer. No tengo tiempo para eso.»

(«¿No tienes tiempo para el amor? ¡Oh, David, David, qué cosas dices! ¡Qué cosas extrañas dices!

(«Y si nadie se preocupara por nada –replica él con vehemencia–, ¿dónde estaríamos? ¿Crees acaso que es un juego de niños liderar un ejército, encontrar alimentos para tantos miles de personas, todos los días, adiestrar a los hombres? ¡Tenemos que hacer las cosas más importantes del mundo, y tú quieres que esté pendiente de las muchachas!»

(«No digo que estés pendiente de ellas, David. Quiero que les hagas la corte.»

(«No tengo tiempo para eso.»

(«No tienes tiempo. ¿Bueno, cómo me sentiría yo si Espartaco me dijera que no tiene tiempo para mí? Creo que querría morirme. No hay nada más importante que ser un hombre, tan sólo un hombre sencillo, corriente, humano. Yo sé que tú piensas que Espartaco es algo más que un hombre. No lo es. Si no lo fuera, no sería bueno para nada. No hay gran misterio sobre Espartaco. Yo lo sé. Cuando una mujer ama a un hombre, conoce mucho sobre él.»

(Él se arma de todo el coraje posible y le dice: «Tú lo amas, verdad?».

(«¿Qué estás diciendo, muchacho? Lo amo más que a la vida misma. Moriría por él, si él lo quisiera.»

(«Yo moriría por él», dice David.

(«Eso es diferente. Algunas veces te observo cuando lo miras. Eso es diferente. Yo lo amo porque es un hombre. Es un hombre sencillo. No hay nada complicado en él. Es sencillo y suave y nunca me grita ni levanta una mano contra mí. Hay algunos hombres que tienen pena de ellos mismos. Pero Espartaco no siente ni pena ni piedad por él mismo. Sólo tiene piedad y siente pena por los otros, ¿puedes preguntar ahora si lo amo? ¿No saben todos lo mucho que lo quiero?»)

Así, en determinados momentos el gladiador, en medio de sus sufrimientos, recordaba con gran claridad, pero en otros el recuerdo era desordenado y horrible y la batalla se transformaba en una pesadilla de ruidos terribles, de sangre y de dolor, de masas de hombres salvajes en movimiento desordenado y sin control. En un determinado momento, cuando se habían cumplido dos años desde el comienzo de la rebelión, comprendieron que las masas de esclavos que poblaban el mundo romano no se sublevarían o no podrían unírseles. Habían alcanzado el máximo de su fuerza, mas el poder de Roma parecía no tener límite. De esa época recordaba una batalla librada, terrible batalla, tan grande en sus proporciones y tan vasta por el número de hombres que participaban en ella que Espartaco y los hombres que le rodeaban apenas si podían imaginar el curso que tomaba la lucha. En los momentos en que recordaba esas cosas, la gente de Capua que estaba observando las reacciones del gladiador crucificado vio contraérsele el cuerpo y tiritar y caer de sus labios apretados un hilo blanco de saliva, mientras que sus extremidades extendidas se agitaban en medio de la agonía. Oyeron sonidos en su boca contraída y muchos de entre ellos dijeron:

–Ya no le queda mucho tiempo. Está en las últimas.

(Han tomado posiciones en lo alto de la colina, una colina alargada, de onduladas estribaciones a ambos lados, y la infantería pesada está desplegada en la cresta de la colina sobre una extensión de poco menos de un kilómetro en ambas direcciones. Hay un hermoso valle surcado en su parte céntrica por un riachuelo poco profundo, serpenteante corriente de agua que avanza y retrocede en infinitas curvas, con un verde prado en la parte más lejana,

Librodot

donde pastan vacas con las ubres rebosantes, y en el otro extremo del valle hay una barranca donde han tomado posiciones las legiones romanas. Espartaco ha fijado su puesto de comando en el centro de su ejército, bajo un pabellón blanco situado sobre un montículo que domina todo el lugar. Aquí han comenzado a realizarse esas operaciones que son ya rutinas inevitables en un puesto de mando durante una batalla. Un escribiente está sentado, provisto de papel y de los útiles necesarios para cumplir su labor. Cincuenta mensajeros están listos para correr al instante a cualquier parte del campo de batalla. Se ha erigido un mástil para el encargado de las señales, y éste permanece alerta al pie del mismo, con su variada colección de banderines de brillantes colores. Y sobre una larga mesa colocada en el centro de la gran tienda de campaña se está trazando un mapa del campo de batalla.

(Estos métodos son característicos de los esclavos, quienes los han establecido paulatinamente, tras dos años de enconadas batallas. Del mismo modo han elaborado sus tácticas de combate. En este momento, los líderes del ejército miran el mapa y analizan las informaciones referentes al número y calidad de las fuerzas que se les oponen. Hay ocho hombres en torno de la mesa. En un extremo está de pie Espartaco, flanqueado por David. Un extraño que por primera vez lo viera diría que Espartaco es un hombre de por lo menos cuarenta años. Sus rizados cabellos están moteados de gris. Está más delgado que antes y en su rostro destacan sus marcadas ojeras, consecuencia de sus noches de insomnio.

(Un observador diría que el tiempo se ha apoderado de él. El tiempo se ha sentado a horcajadas sobre sus hombros y lo maneja. Sería ésta una sagaz observación, ya que de vez en cuando, una vez en muchísimos años, en varios siglos, un hombre hace que el mundo se ponga de pie y luego, con el pasar del tiempo y el transcurrir de los siglos y las mudanzas del mundo, tal hombre jamás es olvidado. Así es como hace poco tiempo éste era tan sólo un esclavo; y ahora ¿hay alguien que no conozca el nombre de Espartaco? Pero él no ha tenido tiempo de hacer una pausa y reflexionar profundamente sobre lo que le ha ocurrido. Lo menos que tuvo fue tiempo para detenerse a pensar en las transformaciones que en dos años se operaron en su interior, que lo cambiaron del hombre que era en el hombre que es. Ahora es el líder de un ejército de más de cincuenta mil hombres y en ciertos aspectos es el mejor ejército que haya conocido el mundo.

(Es un ejército que lucha por la libertad en su concepto más sencillo y escueto. En el pasado hubo infinitos ejércitos que lucharon por conquistar naciones, ciudades, riquezas, botín, poder, o dominar ésta o aquella región, pero aquí hay un ejército que lucha por la libertad y la dignidad humana, un ejército que no reclama para sí ni tierras ni ciudades, ya que la gente que lo integra procede de todas las tierras, ciudades y tribus, y es un ejército en que cada soldado comparte una herencia común de servidumbre y un odio común hacia los hombres que esclavizan a otros hombres. Es un ejército que debe alcanzar la victoria, ya que no hay puentes por los que pueda retroceder ni tierra en que pueda encontrar refugio o descanso. Es un momento en que cambia el curso de la historia, un comenzar, un emocionante y mudo susurro, un potente rayo de luz que es el heraldo del cegador relámpago y el trueno que sacude la tierra. Se trata de un ejército que de pronto ha comprendido que la victoria que busca debe cambiar al mundo y que, en consecuencia, el mundo debe cambiar o no habrá victoria.

(Es posible que mientras Espartaco estudia el mapa se le plantee mentalmente la pregunta de cómo nació ese ejército. Piensa en el puñado de gladiadores que se abrieron paso a golpes fuera de la escuela del gordo *lanista.* Piensa en ellos, y los compara con una lanza que, al ser arrojada, hubiera puesto en movimiento un mar de vida, que de pronto había arrasado la permanente calma y la estabilidad del mundo de los esclavos. Piensa en la interminable lucha por transformar a esos esclavos en soldados, para hacer que pensaran y trabajaran en común, y trata entonces de comprender por qué ese movimiento se detuvo.

(Pero ahora no hay tiempo para tales reflexiones. Ahora van a luchar. Su corazón rebosa de temor; siempre ocurre así antes de la batalla. Cuando la batalla termine, gran parte del temor desaparecerá, pero ahora tiene miedo. Mira a los camaradas en torno a la mesa. ¿Por qué hay

Librodot

tanta calma en sus rostros? Ve a Crixo, el galo, pelirrojo, con sus pequeños ojos azules hundidos en su rostro rojo, lleno de pecas, con el largo bigote rubio cayéndole casi hasta el mentón. Y allí está su amigo Gannico, su hermano en la esclavitud y en la fraternidad tribal. Allí están Casto y Phraxo y Nordo, el negro africano de anchas espaldas; Mosar, el delgado, delicado y sagaz egipcio, y el judío David, y ninguno de ellos parece tener miedo. ¿Por qué, entonces, está él atemorizado?

(Ahora les dice secamente: «Bueno, amigos míos, ¿qué vamos a hacer? ¿Nos vamos a quedar aquí todo el día jugando a los acertijos acerca del ejército desplegado a lo largo del valle?

(«Es un ejército muy grande –dijo Gannico–. Es un ejército superior a cuantos hayamos visto y enfrentado antes. No se los puede contar, pero yo les puedo decir que he identificado los estandartes de diez legiones. De la Galia han bajado la séptima y la octava. De África han hecho venir tres legiones y de Hispania han llegado dos. Nunca en mi vida he visto un ejército como éste. A lo largo del valle debe de haber unos setenta mil hombres.»

(Siempre es Crixo el que anda en busca del temor y la incertidumbre para salirle al paso. Si por Crixo fuera, ya habrían conquistado al mundo entero. Tiene una sola consigna: marchar sobre Roma. Basta de matar ratas; lo que hay que hacer es destruirles la cueva. Y ahora dice: «Me fatigas, Gannico, porque siempre se trata del ejército más grande y del peor momento para librar una batalla. Te diré una cosa. No doy dos centavos por su ejército. Si yo tuviera que decidir, atacaría de inmediato. Los atacaría ahora, no dentro de una hora o de un día o de una semana.»

(Gannico quiere dilatar la cosa. Puede que los romanos dividan sus fuerzas. Antes lo han hecho, de modo que es posible que vuelvan a hacerlo.

(«No lo harán –dice Espartaco–. Te doy mi palabra ¿Por qué habrían de hacerlo? Nos tienen a todos aquí. Saben que todos estamos aquí. ¿Por qué habrían de dividir sus fuerzas?»

(Entonces Mosar, el egipcio, dice: «Por una vez voy a estar de acuerdo con Crixo. Es muy raro que esto ocurra, pero esta vez tiene razón. A lo largo del valle hay un gran ejército y tarde o temprano tendremos que hacerle frente y es muy posible que sea pronto. Pueden quedarse más tiempo que nosotros, porque tienen qué comer y dentro de poco nosotros careceremos de alimentos. Y si nosotros nos vamos, les daremos la oportunidad que andan buscando.»

(«¿Cuántos hombres crees que tienen?», le pregunta Espartaco.

(«Muchos; por lo menos setenta mil.»

(Espartaco mueve la cabeza sobriamente. «¡Oh! Es mucho... es terriblemente mucho. Pero creo que tienes razón. Tendríamos que atacarlos aquí.» Trata de aparentar tranquilidad, pero en su corazón no hay tranquilidad alguna.

(Deciden que dentro de tres horas atacarán a los romanos por el flanco, pero la batalla se les viene encima. Los comandantes no han alcanzado a llegar a sus regimientos cuando los romanos lanzan el ataque contra el centro del ejército de esclavos. No hay tácticas complicadas ni habilidosas evoluciones; la punta de lanza de una legión ataca el centro de las fuerzas de los esclavos, cual si fuera una flecha dirigida contra el puesto de mando, y todo el poderoso ejército romano se lanza detrás de esa legión. David permanece junto a Espartaco, pero sólo durante poco menos de una hora logran dirigir coordinadamente la defensa desde el puesto de mando. Entonces la lucha los alcanza y comienza la pesadilla. El pabellón cae aplastado. La batalla los arrastra como un mar embravecido y un ciclón se desencadenó en torno a Espartaco.

(Esto es combatir. Ahora David sabrá que ha estado en medio de una batalla. Al lado de esto cualquier otra cosa es una simple escaramuza. Espartaco ya no es más el comandante de un gran ejército, sino solamente un hombre con una espada y el escudo cuadrado de un soldado, y lucha como el mismo demonio. El judío David combate de manera similar. Ambos son como rocas y la batalla se agita en torno a ellos. En un momento dado ambos se encuentran solos y luchan por sus propias vidas. Luego cien hombres vienen en su ayuda. David mira a Espartaco y en medio de la sangre y el sudor el tracio muestra los dientes.

(«¡Qué combate! –grita–. ¡Qué combate formidable, David! ¿Es que conseguiremos vivir para ver salir el sol después de una lucha como ésta? ¿Quién sabe?»

(«Le gusta –piensa David–. ¡Qué hombre extraño! ¡Mira cómo le gusta combatir! ¡Mira cómo combate! ¡Lucha como una auténtica furia! ¡Lucha como luchan ellos en las canciones que cantan!»

(No se da cuenta de que él está peleando del mismo modo. Tendrán que matarlo antes de que una lanza alcance a Espartaco. Es como un felino infatigable, un enorme felino, un felino de la selva, y su espada es una zarpa. Nunca se separa de Espartaco. Podría pensarse que está unido a Espartaco, por la forma en que se las arregla para estar siempre a su lado. Ve muy poco de la batalla. Sólo ve lo que está directamente frente a sus ojos y a los de Espartaco, pero eso le basta. Los romanos saben que Espartaco está allí y olvidan los movimientos clásicos que los soldados ejecutan en adiestramientos de años para perfeccionarlos. Se amontonan, dirigidos por sus oficiales, luchando y arrastrándose hacia Espartaco para derribarlo, para matarlo, para seccionar la cabeza del monstruo. Están tan cerca que David oye todas las inmundas vilezas que salen de sus bocas. En un ruido que sobresale del clamor rechinante de la batalla. Pero los esclavos también saben que Espartaco se encuentra allí, y del otro lado se lanzan a este centro de la batalla. Enarbolan el nombre de Espartaco como si fuera una bandera. Flamea como si fuera una bandera por sobre todo el campo de batalla.

¡Espartaco! Puede oírsele a kilómetros de distancia. En una ciudad amurallada, a ocho kilómetros de distancia se oye el fragor de la batalla.

(Pero David oye sin escuchar; no sabe de nada que sea ajeno a combatir frente a él. A medida que sus energías decaen y sus labios se resecan, la batalla se hace más terrible. No sabe que se está combatiendo sobre una extensión de más de tres kilómetros. No sabe que Crixo ha aplastado a dos divisiones y que las está persiguiendo. De lo único que tiene conocimiento es de su brazo y de su espada de Espartaco a su lado. Ni siquiera se da cuenta de que mientras luchaban, han descendido la colina, han descendido hasta el fondo del valle, se hunden hasta la cintura en el suave y verde césped que los rodea. Después están en el río y continúan combatiendo hundidos hasta las rodillas en el agua que corre roja como la sangre. El sol se pone y el cielo se tiñe de rojo, como un amargo saludo a los millares de hombres que llenan el valle con sus odios y sus luchas. Cuando ya ha anochecido, la intensidad de la batalla disminuye, pero la lucha no cesa, y bajo la fría luz de la luna los esclavos hunden sus cabezas en las sangrientas aguas del río, bebiendo y bebiendo, porque, si no beben, morirán.

(Al amanecer, los romanos detienen su ataque. ¡Nadie ha luchado jamás contra hombres como aquellos esclavos! No importa cuántos mueran, pues son reemplazados por otros que, entre gritos y aullidos, entran en combate. Luchan como animales, no como hombres, ya que aun cuando se les hunde la espada en las entrañas y caen al suelo, hincan sus dientes en los pies del adversario y hay que decapitarlos para poder desprenderse de ellos. Otros hombres se arrastran fuera del campo de batalla cuando son heridos, pero estos esclavos siguen luchando hasta que mueren. Otros hombres abandonan la lucha hasta cuando se pone el sol, pero estos esclavos combaten en medio de la obscuridad, como si fueran felinos y no descansan ni un solo instante.

(Con este tipo de cosas el temor se apodera de los romanos. Y se alimenta dentro de ellos y crece la semilla sembrada mucho tiempo atrás. Se vive con los esclavos, pero nunca se confía en ellos. Están afuera, pero también están adentro. Todos los días sonríen, pero detrás de la sonrisa está el odio. Esperan, esperan y esperan. Tienen una paciencia y una memoria infinita. Ésta es la semilla que se sembró en la mente de los romanos desde que tuvieron uso de razón, y ahora da frutos.

(Están fatigados. Apenas si les quedan fuerzas para llevar sus escudos y arrastrar sus espadas. Pero los esclavos no están fatigados. La razón se impone. Diez abandonan la lucha aquí y cien más allá. Los cien se hacen mil, los mil pasan a ser diez mil y de pronto todo el ejército huye en medio del pánico y los romanos comienzan a arrojar sus armas y correr. Los oficiales tratan de contenerlos, pero matan a los oficiales y aullando de pánico huyen de los

Librodot

esclavos. Y los esclavos van tras ellos y ajustan viejas cuentas en la noche, de modo que en una extensión de kilómetros el campo de batalla queda cubierto con cadáveres de romanos heridos en la espalda.

(Cuando Crixo y los otros encuentran a Espartaco, esta aun junto al judío. Espartaco está tendido en el suelo, durmiendo entre los muertos y el judío está de pie junto a él, espada en mano.

«Dejadlo dormir –dice el judío–. Ésta es una gran victoria– Dejadlo dormir.»

(Pero han muerto diez mil esclavos en la gran victoria. Y habrá otros ejércitos romanos... ejércitos aún mayores.)

VII

Cuando se vio que el gladiador estaba muriendo, el interés por él decayó. A la hora décima, a media tarde, tan sólo permanecían a la espera del desenlace un pequeño grupo formado por los decididos partidarios de las crucifixiones, además de unos cuantos granujas que vivían de la mendicidad y algunos holgazanes con el cuerpo lleno de costras, cuya presencia no era permitida en las numerosas y provechosas diversiones que se podían disfrutar por la tarde aun en una ciudad como Capua. Es cierto que por aquel entonces no había carreras en Capua, pero no cabe duda de que se estaría presentando algún espectáculo en uno de los dos hermosos circos que había en la urbe. Debido a que se trataba de una ciudad tan popular entre los viajeros, era cuestión de orgullo para los más ricos ciudadanos de Capua proporcionar el espectáculo de combates de parejas por lo menos durante trescientos días del año. Había en Capua un excelente teatro y numerosos y amplios burdeles que funcionaban tan abiertamente como nunca se hubiera permitido en Roma. En esos lugares había mujeres de todas las razas y naciones, especialmente adiestradas para mantener en alto la reputación de la ciudad. Había además buenas casas de comercio y bazares, y en la hermosa bahía se practicaban numerosos deportes acuáticos.

De modo que no es de sorprender que el espectáculo de la agonía de un gladiador crucificado constituyera una distracción pasajera. Si no hubiera sido el héroe de la *munera,* difícilmente se le hubiera concedido una segunda mirada, y aun siendo así, no era objeto de gran interés. En una carta dirigida «a todos los ciudadanos de Roma que se encuentra en Capua» los tres adinerados comerciantes que encabezaban la pequeña comunidad judía negaron todo conocimiento o responsabilidad respecto a él. Señalaban que en su tierra habían sido desarraigados todos los elementos de rebelión y descontento y al mismo tiempo hacían notar que la circuncisión no era prueba de origen judío. La circuncisión era muy común entre los egipcios, los fenicios y aun entre los persas. Tampoco correspondía a la naturaleza de los judíos atacar al poder que había establecido aquel estado de paz y abundancia y orden sobre la mayor parte del mundo. Así pues, abandonado por todos, el gladiador se acercaba a su muerte en solitaria y dolorosa dignidad. No constituía distracción alguna para los soldados y ya no interesaba demasiado a los curiosos. Había una pobre anciana que permanecía sentada, con las manos cruzadas sobre las rodillas, la vista clavada en el hombre de la cruz. Los soldados, a causa de su aburrimiento, comenzaron a hacerle bromas.

–Oye, hermosa –le dijo uno de ellos–, ¿acaso estás soñando con ese tipo de allí arriba?

–¿Quieres que lo bajemos y te lo regalemos? –le preguntó otro–. ¿Cuánto tiempo hace que te acostaste con un tipo tan guapo como éste?

–Hace mucho tiempo –murmuró ella.

– Bueno, se portará como un toro contigo en la cama. Te hará disfrutar como un semental encima de una yegua. –¿Qué te parece, vieja?

–¡Qué manera de hablar!–les recriminó– ¿Que clase de gente sois vosotros? ¡Qué manera de hablarme!

–¡Oh, señora mía, perdónanos!

Uno tras otro los soldados hicieron ante ella respetuosas reverencias. Los pocos curiosos se unieron a la broma y los rodearon.

–No doy dos centavos por vuestras disculpas –dijo la anciana–. ¡Inmundicia! Yo soy sucia. Pero vosotros sois un inmundicia. Yo puedo lavar mi mugre en los baños. Vosotros no podéis.

No les gustó que la broma se volviera contra ellos y se reafirmaron en su autoridad. Adoptaron una actitud agresiva mientras les centelleaban los ojos.

–Ten cuidado, vieja –le dijo uno–. Ponle un candado a tu lengua.

–Digo lo que me viene en gana.

–Entonces, ve a bañarte y vuelve. Estás dando un espectáculo penoso, sentada a las puertas de la ciudad, con ese aspecto.

Librodot

–Claro que soy un espectáculo –les respondió agriamente–. Un espectáculo desagradable, ¿verdad? ¡Qué tipos sois vosotros los romanos! ¡La gente más limpia del mundo! No hay un romano que no tome un baño todos los días, aunque se trate de un holgazán, como sois la mayor parte de vosotros, y luego no pierda el tiempo apostando por las mañanas y yendo al circo por las tardes. Sois tan limpios, maldita sea...

–Basta ya, anciana. Cierra la boca.

–No basta ni mucho menos. No puedo bañarme. Soy una esclava. Los esclavos no van a los baños. Soy vieja y estoy agotada y vosotros nada podéis hacerme. ¡Absolutamente nada! Me siento al sol y a nadie le importa, pero a vosotros eso no os gusta, ¿no es así? Dos veces al día voy a casa de mi amo y me da un pedazo de pan. El buen pan. El pan de Roma hecho con el trigo que los esclavos cultivan, que los esclavos cosechan y que los esclavos hornean. Camina por las calles y ¿que hay en ellas que no haya sido hecho por los esclavos? ¿creéis que me asustáis? ¡Os escupo en la cara! "

Mientras esto ocurría, Craso volvió a la puerta Apia. Había dormido mal, como ocurre a menudo a la gente cuando intenta dormir durante el día lo que no durmió durante la noche. Si alguien le hubiera preguntado por qué había vuelto al lugar de la crucifixión, seguramente se habría encogido de hombros. Pero en realidad lo sabía muy bien. Con la muerte del último de los gladiadores se completaba todo un gran período de la vida de Craso. Craso iba a ser recordado no solamente como hombre muy rico, sino como el hombre que había sofocado la rebelión de los esclavos. Es muy sencillo decirlo, pero no fue muy sencillo hacerlo. En toda su vida, Craso no podría nunca separar de su memoria el recuerdo de la guerra librada contra los esclavos. Viviría con esos recuerdos, se levantaría con ellos y se iría a dormir con ellos. No podría despedirse de Espartaco hasta que él mismo, el general Craso, muriera. Entonces terminaría la lucha entre Espartaco y Craso, pero solamente entonces. De modo que Craso volvía ahora a la puerta para contemplar la parte viviente que quedaba de su adversario.

Un nuevo capitán estaba a cargo de la guardia, pero conocía al general –como casi toda la gente de Capua–y se desvivió por mostrarse atento y servicial. Hasta se disculpó por el hecho de que quedara tan poca gente esperando la muerte del gladiador.

–Esta llegando muy rápidamente a su fin –declaró– Es sorprendente. Parecía ser un tipo duro, de los que aguantan mucho. Debería resistir por lo menos tres días. Pero habrá muerto antes de que llegue la mañana.

–¿Cómo lo sabe? –preguntó Craso.

–No es difícil saberlo. He visto gran número de crucifixiones y casi todas siguen el mismo curso. Salvo que los clavos corten alguna arteria importante, en cuyo caso el condenado se desangra rápidamente. Sin embargo éste no sangra mucho. Simplemente, no quiere seguir viviendo cuando ocurre eso, mueren con rapidez. No se imaginaba que sería así, ¿verdad?

–Nada me sorprende –dijo Craso.

–Me imagino que no. Después de todo lo que habrá visto...

En ese momento, los soldados aprehendieron a la anciana y la forma en que comenzó a gritar al resistírseles atrajo la atención del general y del capitán apostado con la puerta. Craso se les acercó, con sólo una mirada se dio cuenta de la situación, y los reprendió mordazmente:

–¡Qué gran grupo de héroes sois vosotros! ¡Dejad en paz a la anciana!

El tono de su voz les hizo obedecer de inmediato. Dejaron que la anciana se marchara. Uno de ellos reconoció a Craso y lo susurró a los otros, y entonces el capitán se acercó y quiso saber de qué se trataba y si es que no tenían nada mejor que hacer que perder el tiempo.

–Ella habló de manera insolente y grosera –explico uno de los soldados.

Un hombre que estaba parado cerca del lugar lanzó una carcajada.

–Marchaos de aquí todos vosotros –ordenó el capitán a los ociosos. Los aludidos retrocedieron unos poco pasos, pero no se alejaron mucho, y la vieja bruja se encaro irónicamente con Craso:

–Así que el gran general es mi protector –dijo.

–Quién eres tú, vieja bruja? –preguntó Craso.

–Gran general, ¿debo arrodillarme ante ti o escupirte en la cara?

–¿Lo ve? ¿No se lo dije? –gritó el soldado.

–Sí está bien. Veamos, anciana, ¿qué es lo que quieres? –preguntó Craso.

–Lo único que quiero es que me dejéis en paz. Vine a ver cómo moría un buen hombre. No debería morir abandonado. Me senté y estuve observándolo mientras moría. Le ofrecí mi cariño. Le dije que nunca morirá. Espartaco nunca murió. Espartaco vive.

–¿De qué demonios estás hablando, anciana?

–¿No sabes de lo que estoy hablando, Marco Licinio Craso? Estoy hablando de Espartaco. Sí, yo sé por qué has venido aquí. Nadie más lo sabe. Ellos no lo saben. Pero tú y yo lo sabemos, ¿no es así?

El capitán ordenó a los soldados que la aprehendieran y se la llevaran lejos, ya que se trataba de una inmunda porquería, pero Craso, con enojo, los detuvo.

–Os he dicho que la dejéis en paz. ¡Basta de haceros los valientes delante de mí! Si sois tan extraordinariamente valientes, ¿por qué no os alistáis en las legiones en vez de quedaros aquí, en una ciudad veraniega? No necesito ayuda de nadie. Puedo defenderme solo de esta anciana.

–Tienes miedo –dijo sonriendo la anciana.

–¿Miedo de qué?

–Tienes miedo de nosotros, ¿verdad? ¡Qué miedo tenéis todos! Por eso has venido aquí. Para verlo morir. Para tener la certidumbre de que ha muerto hasta el último. ¡Dios mío! ¡Lo que os han hecho unos esclavos! Y aún sientes miedo. Y cuando muera, ¿será acaso el final? ¿Llegará alguna vez el final, Marco Licinio Craso?

–¿Quién eres tú, anciana?

–Soy una esclava –respondió, y en ese momento pareció que se tornaba simple, infantil y senil–. Vine aquí a ver a uno de los míos y reconfortarlo un poco. Todos los demás tienen miedo de venir. Capua está llena de mi gente, pero tienen miedo. Espartaco nos dijo: «¡Levantaos y sed libres!». Pero tuvimos miedo. Somos fuertes y, sin embargo, nos acobardamos, lloriqueamos y huimos.

Y entonces se llenaron de lágrimas los legañosos ojos de la anciana.

–¿Qué vas a hacer conmigo? –dijo implorante.

–Nada, anciana. Siéntate allí y llora, si quieres.

Le arrojó una moneda y caminó pensativamente. Se dirigió hacia la cruz, miró al gladiador que moría en lo alto mientras pensaba en las palabras que había dicho la anciana.

VIII

En la vida del gladiador hubo cuatro épocas. La infancia fue el tiempo feliz de la ausencia de conocimiento, y en su juventud hubo conocimiento y dolor y odio. La época de la esperanza vino cuando combatió con Espartaco, y el tiempo de la desesperación lo alcanzó cuando comprendió que su causa estaba perdida. Ahora había llegado el final de la época de la desesperación. Ahora estaba muriendo.

La lucha había sido su pan y su carne, pero ahora ya no luchaba más, la vida había sido en él una furia de ira y resistencia, un enorme grito en busca de la lógica en las relaciones entre un hombre y otro. Algunos están hechos para aceptar y otros son incapaces de hacerlo. No había nada que él pudiera aceptar hasta que encontró a Espartaco. Entonces aceptó la idea de que la vida humana era algo valioso. La vida de Espartaco era algo valioso; era una cosa noble, y los hombres que estaban con él vivían noblemente, pero ahora, en la cruz y a punto de morir, se preguntaba por qué habían fracasado. La pregunta buscaba respuesta en la confusa razón que aún le quedaba, pero la interrogación no encontró respuesta.

(Está con Espartaco cuando llega la noticia de que Crixo ha muerto. La muerte de Crixo era la lógica de la vida de Crixo. Crixo se había aferrado a un sueño. Espartaco se dio cuenta de cuándo el sueño llegó a su fin y se hizo imposible. El sueño de Crixo y la carrera de Crixo tenía por objetivo la destrucción de Roma. Pero llegó un momento en que Espartaco comprendió que nunca podría destruir a Roma, que, en cambio, Roma los destruiría ellos. Aquél fue el comienzo, y el final fue que veinte mil esclavos marcharon a las órdenes de Crixo. Y ahora Crixo ha muerto y su ejército ha sido destruido. Crixo está muerto y sus hombres están muertos. No reirá más ni gritará más el enorme, violento y pelirrojo Galo. Está muerto.

(David está con Espartaco cuando llega la noticia. Un mensajero, un superviviente, trae la noticia. Mensajeros como éste llevan a la muerte a su lado. Espartaco escucha. Luego se vuelve hacia David.

(–¿Has oído?–le pregunta.

(–He oído.

(–¿Has oído que Crixo ha muerto y que su ejército ha sido aniquilado?

(–He oído.

(–¿Tanta muerte existe en el mundo? ¿Tanta?

(–El mundo está lleno de muerte. Antes de haberte conocido sólo había muerte en el mundo.

(–Ahora solamente hay muerte en el mundo –dice Espartaco.

(Ha cambiado. Es distinto. Nunca volverá a ser como era antes. Nunca volverá a tener con la vida la hermosa relación que había mantenido hasta ahora, que había mantenido aun en las minas de oro de Nubia, que había mantenido aun en el circo, cuando estaba desnudo, con un puñal en la mano. Para él ahora la muerte ha triunfado sobre la vida. Allí está ahora sin nada en el rostro y los ojos llenos de nada, y, entonces, de la nada caen las lágrimas y ruedan por sus anchas y morenas mejillas. ¡Qué cosa terrible es para David estar allí y verlo llorar! Es Espartaco el que está llorando. Un pensamiento cruza la mente del judío y es éste: *¿Debo hablarte de Espartaco?* (Porque nada verás mirándolo. Porque nada sabrás mirándolo. Sólo verás su nariz rota y aplastada, su ancha boca, su tez morena y sus ojos separados. ¿Cómo puedes llegar a saber algo sobre él? Es un hombre nuevo. Dicen que como los héroes de los tiempos pasados; ¿pero qué tienen en común con Espartaco los héroes de los tiempos pasados? ¿Procede un héroe de un esclavo que ha sido engendrado por un esclavo? ¿Y de dónde procedía este hombre? Cómo puede vivir sin odio y sin envidia? A un hombre puede conocérselo por su amargura y por su rencor, pero he aquí a un hombre sin amargura y sin rencor. He aquí a un hombre noble. He aquí a un hombre que nada malo hizo en toda su vida. Es diferente de ti, pero también es diferente de nosotros. Es lo que nosotros estamos

comenzando a ser; pero ninguno de nosotros es lo que él es. Avanzó más allá que nosotros. Y ahora llora.

(–Por qué lloras? –pregunta David–. Ahora será muy difícil para nosotros. ¿Por qué lloras? No nos darán cuartel hasta que todos estemos muertos.

(–¿Tú nunca lloras? –le pregunta Espartaco.

(–Lloré cuando clavaron a mi padre en la cruz y nunca más volví a llorar.

(–Tú no lloraste por tu padre –dice Espartaco– y yo no lloro por Crixo. Lloro por nosotros. ¿Por qué ocurrió esto? – ¿En qué nos equivocamos? Al comienzo nunca tuve una duda– Toda mi vida estaba consagrada al momento en que los esclavos tuvieran fuerza y armas en sus manos. Y entonces nunca tuve una duda. Había pasado para siempre el tiempo de los latigazos. Se oía el sonido de las campanas a través de todo el mundo. ¿Por qué fracasamos, entonces? – ¿Por qué fracasamos? ¿Por qué has muerto, Crixo, camarada mío? ¿Por qué eras tan empecinado y terrible! ¡Ahora has muerto y han muerto todos tus valerosos hombres!

(El judío dice: «Los muertos se han ido. ¡Deja de llorar!

(Pero Espartaco se deja caer al suelo, doblado sobre sí mismo, y con el rostro pegado a la tierra grita: «Traedme a Varinia. Traédmela. Decidle que tengo miedo y que la muerte se cierne sobre mí».)

Librodot

IX

Hubo un momento de completa claridad antes de que muriera el gladiador. Abrió los ojos; la vista se le aclaró y durante un instante no tuvo conciencia de dolor alguno. Vio nítidamente y con claridad la escena en torno a él. Allí estaba la vía Apia, la gran ruta romana, gloria y nervio de Roma, tendida hacia el norte, cubriendo la distancia hasta la misma urbe. Al otro lado se levantaban las murallas de la ciudad y la puerta Apia. Había en ella una docena de soldados aburridos. Estaba el capitán a cargo de la guardia de dicha puerta, flirteando con una hermosa muchacha. A la orilla del camino, sentados en los bordes, había un grupo de morbosos ociosos. Por el camino propiamente dicho el tráfico era variable, ya que era avanzada la cuarta hora y la mayor parte de la población libre de la ciudad se encontraba en los baños. Más allá de la carretera, el gladiador imaginaba ver, al desviar la vista, el resplandor del mar en la más hermosa de las bahías. Del mar llegaba una corriente de aire fresco y el roce de sus ráfagas en el rostro era como la caricia de las frescas manos de la mujer que el hombre ama.

Vio los verdes arbustos que bordeaban la orilla de la carretera y los obscuros cipreses que se elevaban más atrás y hacia el norte, las onduladas colinas y los picos de la montaña solitaria en que se ocultaban los esclavos cuando huían. Vio el cielo azul de la tarde, azul y hermoso como la pena por un deseo insatisfecho, y bajando la vista vió una solitaria mujer que, acurrucada a unos diez metros de la cruz, lo miraba intensamente y lloraba al observarlo.

«¿Por qué llora por mí? –se preguntó entonces el gladiador–. ¿Quién eres, anciana, tú que estás allí sentada lloras por mí?»

Sabía que se estaba muriendo. Su mente estaba lúcida; sabía que se estaba muriendo y se sentía feliz por el hecho de que pronto no habría ni recuerdos ni dolor, sino tan sólo ese sueño que con certeza todos los hombres saben que dormirán. Ya no tenía deseo alguno de luchar o resistir a la muerte. Se daba cuenta de que cuando cerrara los ojos la vida lo abandonaría, tranquila y rápidamente.

Y vio a Craso. Lo vio y lo reconoció. Sus ojos se encontraron. El general romano permaneció tan derecho e inmóvil como una estatua. La blanca toga le cubría con sus pliegues de la cabeza a los pies. Su cabeza, tostada por el sol, fina y hermosa, era como un símbolo de la fuerza, el poderío y la gloria romanos.

«¡De modo que estás aquí para verme morir, Craso! –pensó el gladiador–. Has venido a ver morir en la cruz al último de los gladiadores. Y de ese modo muere un gladiador y lo último que ve es al hombre más rico del mundo.» Entonces el gladiador recordó la otra vez en que había visto a Craso. Recordó a Espartaco, también. Recordó cómo estaba Espartaco. Sabían que todo había terminado; sabían que ya no había nada que hacer; sabían que era la última batalla. Espartaco se había despedido de Varinia. Porque, pese a sus ruegos, pese a sus desesperadas suplicas, se había despedido de ella y la había obligado a irse. Por ese entonces estaba en avanzado estado de gestación y Espartaco había tenido la esperanza de que el niño hubiera nacido antes de que los romanos terminaran con ellos. Pero el niño aún no había nacido cuando se separó de Varinia, y entonces Espartaco le dijo a David:

–Nunca llegaré a ver al niño, viejo amigo y camarada. Eso es lo único que lamento. No lamento nada más en absoluto.

Estaban en medio de la batalla cuando le trajeron a Espartaco el caballo blanco. ¡Qué hermoso caballo era! Un magnífico potro persa, blanco como la nieve, arrogante y brioso. Era el caballo adecuado para Espartaco. Se había librado de sus preocupaciones; eso había hecho Espartaco. No era que adoptara una pose. En verdad, se sentía feliz y rejuvenecido y pleno de vida y fortaleza y ardor. En los últimos seis meses había encanecido, pero en ese momento nadie se fijaba en sus cabellos grises, sino en la vibrante juventud de su rostro. Aquel feo rostro era hermoso. Todos veían cuan hermoso era. Los hombres lo miraban y no sabían qué decir. Y entonces le llevaron el hermoso caballo blanco.

Librodot

–Ante todo, gracias por este espléndido regalo, queridos amigos, queridos camaradas –fue lo que dijo–; ante todo, gracias. Os lo agradezco de todo corazón.

Luego desenvainó la espada y, en un movimiento demasiado rápido para seguirlo con la vista, la hundió hasta la empuñadura en el pecho del animal y se aferró a ella mientras aquél retrocedía y relinchaba y sólo la abandonó cuando el animal cayó de rodillas, se tumbó y murió. Entonces los enfrentó con la espada chorreante en la mano y ellos lo miraron horrorizados y con asombro. Pero nada había cambiado en él.

–Ha muerto un caballo –dijo–. ¿Vais a llorar porque muerto un caballo? Nosotros luchamos por la vida de hombres, no por la vida de bestias. A los romanos les gustan los caballos, pero por los esclavos no sienten sino desprecio. Ahora veremos quién sale airoso de este campo de batalla, si los romanos o nosotros. Os he agradecido el regalo. Fue una prueba del cariño que me tenéis, pero no necesitaba ese regalo para saberlo. Sé lo que anida en mi corazón. Mi corazón rebosa de amor por vosotros. No hay palabras en el mundo para expresar todo el cariño que siento por vosotros, mis queridos camaradas. Nuestras vidas estuvieron unidas. Aunque hoy fracasemos, habremos hecho algo que los hombres recordarán para siempre. Durante cuatro años hemos luchado contra Roma... Cuatro largos años. Nunca volvimos la espalda a un ejército romano. Nunca huimos. Ni huiremos hoy del campo de batalla. ¿Queréis que combata desde un caballo? Dejad los caballos para los romanos. Yo combato de pie, junto a mis hermanos. Si hoy ganamos esta batalla, tendremos caballos en abundancia, y les pondremos arreos para engancharlos a los arados, no a los carros romanos. Y si perdemos..., bueno, si perdemos, no necesitaremos caballos. Luego los abrazó. Abrazó y besó en los labios a cada uno de los viejos camaradas que aún quedaban. Y cuando le correspondió el turno a David, le dijo:

–¡Ah!, mi amigo, gran gladiador. ¿Estarás hoy a mí lado?

–Siempre.

Y, colgando de la cruz, mirando a Craso, el gladiador pensó: «¿Cuánto puede hacer un hombre?». En esos momentos, no se arrepentía de nada. Había combatido al lado de Espartaco. Había combatido mientras este hombre que estaba frente a él, este gran general montado en su caballo, trataba de abrirse paso entre las filas de los esclavos. Él había gritado junto con Espartaco:

–Ven a nosotros, Craso, ven y saborea nuestro recibimiento.

Había luchado hasta que fue derribado por una piedra arrojada con una honda. Había combatido valerosamente. Se sentía feliz de no haber tenido que presenciar la muerte de Espartaco. Se sentía feliz de ser él y no Espartaco quien tuviera que sufrir la vergüenza y la indignidad de la cruz. No lamentaba nada ni nada le importaba y, en ese instante, no sentía dolor alguno. Comprendió la última alegría juvenil de Espartaco. No había derrota. Ahora era como Espartaco, porque con el tracio compartía el profundo secreto de la vida que Espartaco conocía. Quiso decírselo a Craso. Desesperadamente trató de hablar. Movió los labios y Craso avanzó hacia la cruz. Craso se quedó allí, mirando al moribundo, pero no se oyó palabra alguna del gladiador. Entonces la cabeza del gladiador cayó hacia delante; sus últimas fuerzas lo abandonaron y murió.

Craso estuvo allí hasta que se le unió la anciana.

–Está muerto –dijo la anciana.

–Lo sé –respondió Craso.

Y caminó hacia la puerta y se internó en las calles de Capua.

Librodot

X

Esa noche Craso cenó solo. No estaba en casa para nadie, y sus esclavos advirtieron en él ese negro malhumor que muy a menudo se apoderaba de él y, en consecuencia, caminaban silenciosa y cuidadosamente.

Antes de cenar había dado cuenta de la mayor parte del contenido de una botella de vino, y después de cenar se sentó junto a un frasco de *servius,* que era el nombre que se le daba a un fuerte aguardiente de dátiles, destilado e importado de Egipto. Solo y malhumorado, alcanzó un alto grado de embriaguez, una embriaguez en la que se mezclaban la desesperación y el aborrecimiento hacia sí mismo, y con la que llegó a un punto en que apenas podía tenerse en pie. Tambaleando, llegó a su dormitorio y allí dejó que sus esclavos le ayudaran a meterse en el lecho para pasar el resto de la noche.

No obstante, tuvo un sueño profundo y reparador. Por la mañana, se sintió descansado, sin dolor de cabeza y no recordaba haber tenido pesadilla alguna que hubiera importunado su sueño. Tenía la costumbre de bañarse dos veces al día, inmediatamente después de despertar, por la mañana, y por la tarde, antes de cenar. Al igual que muchos ricos romanos, se había impuesto como obligación concurrir a los baños por lo menos dos tardes en la semana, pero se trataba de una decisión basada en cuestiones políticas y no en una necesidad personal. Hasta en Capua tenía un hermoso baño propio, un lavabo con azulejos de poco más de un metro cuadrado, construido al nivel del suelo y convenientemente acondicionado con agua caliente y fría. Dondequiera que viviera, insistía en tener un cómodo cuarto de baño y, cuando construía una casa, las cañerías eran siempre de bronce o plata, de modo que no hubiera corrosión.

Una vez que hubo tomado el baño, el barbero lo afeitó. Esa parte del día le encantaba, con el suave deslizar de la afilada navaja sobre su piel y la infantil sensación que experimentaba, estrechamente mezclada con la del peligro, las toallas calientes que venían a continuación, los ungüentos con que le friccionaban la piel y los masajes en el cuero cabelludo que constituían el final obligado. Era muy vanidoso respecto a su cabello y estaba muy preocupado porque empezaba a caérsele.

Se puso una sencilla túnica azul obscuro, ribeteada con hilos de plata y, como era su costumbre, calzó unas suaves botas blancas de ante, que le llegaban a las rodillas. Debido a que ese tipo de botas no podían ser limpiadas convenientemente, ya que después de dos o tres días de uso inevitablemente quedaban salpicadas de lodo, Craso tenía su propio taller de zapatería donde trabajaban cuatro esclavos dirigidos por un jornalero. El gasto valía la pena, ya que con la túnica azul y las blancas botas tenía una apariencia muy atractiva. En vista de que el tiempo se estaba poniendo caluroso, decidió prescindir de la toga y, después de tomar un desayuno liviano, consistente en frutas y galletas, se hizo llevar en litera a la casa en que residían los tres jóvenes. Estaba un poco avergonzado y perturbado por la forma en que había tratado a Helena y, después de todo les había prometido atenderlos en Capua.

Una o dos veces Craso había estado antes en aquella casa y conocía superficialmente al tío de Helena, de modo que, al llegar, el esclavo de la puerta principal le dio una cálida bienvenida y lo hizo pasar al patio en que la familia y sus huéspedes estaban aún desayunando. Helena se ruborizó al verlo y perdió esa compostura juvenil que tan cuidadosamente mantenía. Cayo parecía realmente contento de verlo y el tío y la tía, apreciando profundamente el honor que les hacía el general, dieron muestras de toda su hospitalidad. Solamente Claudia lo miró astuta y cínicamente con un destello un tanto malicioso en la mirada.

–Si no tenéis compromisos para hoy –dijo Craso–, me gustaría haceros conocer una fábrica de perfumes. Sería una lástima haber venido a Capua y no haber visitado uno de estos establecimientos. Sobre todo si se considera que nuestra pobre ciudad es famosa tan sólo por sus gladiadores, sus perfumes y muy poco más.

–Combinación bastante extraña –comentó Claudia sonriendo.

Librodot

–No tenemos compromiso alguno –dijo Helena con rapidez.

–Helena quiere decir que tenemos planes, pero los cancelaremos gustosos para salir con usted.

Cayo miró con dureza y casi con enojo a su hermana. Craso explicó que, por supuesto, la invitación incluía también a los mayores, pero ellos se disculparon. Las fábricas de perfumes no eran novedad para ellos y la matrona de la casa dijo que el aspirar demasiado los perfumes le producía dolor de cabeza.

Poco más tarde salieron en dirección a las fábricas de perfumes. Las literas fueron conducidas hacia el barrio antiguo de Capua. Las calles se hacían más estrechas y los edificios eran cada vez más altos. Evidentemente no se cumplían allí ni las más elementales ordenanzas de la urbe, ya que los edificios se elevaban cual disparatadas construcciones infantiles de cubos de madera. Muy a menudo parecían unirse en lo alto, donde se los apuntalaba con maderos. Aunque era de mañana y el cielo estaba claro y azul, aquellas calles estaban inmersas en una triste penumbra. Las calles estaban sucias; los desperdicios eran arrojados al centro de las mismas desde las viviendas, donde se pudrían, y el desagradable olor de la putrefacción se mezclaba de manera creciente con la dulzona y nauseabunda fragancia de los aceites perfumados.

–Ya veis –dijo Craso– dónde están nuestras fábricas y por qué. El olor cumple un propósito útil.

En aquellas calles no se veían esos esclavos bien vestidos y de aspecto saludable que se observaban en los mejores barrios de la ciudad, ni tampoco se veían muchas literas. En las acequias jugaban niños sucios y semidesnudos. En los puestos de las aceras, mujeres pobremente vestidas regateaban el precio de los alimentos o estaban sentadas en las puertas de las casas de vecindad alimentando a sus criaturas. Se oía el murmullo de curiosas charlas y de las ventanas salían los olores de extraños alimentos en cocción.

–¡Qué lugar más horrible! –dijo Helena–. ¿Es cierto entonces que los perfumes salen de esta sentina?

–Así es, querida. Más y mejores perfumes que los que puedan hacerse en cualquier otra ciudad del mundo. Y en cuanto a la procedencia de esta gente, la mayoría son sirios y egipcios, pero hay también algunos griegos y judíos. Hemos tratado de hacer funcionar nuestras fábricas con esclavos, pero no da resultado. A un esclavo se le puede forzar a trabajar, pero no se le puede obligar a que no arruine lo que hace. Y esto a él no le preocupa. Entréguele un azadón o una guadaña o un hacha o un martillo y verán lo que hace y, de todos modos, herramientas como ésas es difícil estropearlas. Pero entréguenle seda para tejer o finos hilos de lino o delicadas retortas o póngasele a realizar mediciones exactas o désele parte en el trabajo de una fábrica y, seguro como que hay Dios, echará a perder el trabajo que hace. Y en cuanto a nuestros propios proletarios, ¿qué incentivo tienen en el trabajo? De todos modos, hay diez candidatos para cada puesto. ¿Por qué ha de trabajar uno si los otros nueve viven mejor en el paro y se pasan los días apostando o en el circo o en los baños? Se enrolarán en el ejército porque allí hay algunas perspectivas de riqueza, si se tiene suerte, pero aun en el ejército hay que recurrir cada vez más a los bárbaros. Pero no irán a una fábrica, debido a los salarios que podemos pagar. Destruimos sus gremios, porque, si no lo hacíamos, hubiéramos tenido que renunciar a nuestras fábricas. De modo que ahora contratamos a sirios, egipcios, judíos y griegos, y aun ellos trabajan tan sólo hasta que logran ahorrar lo suficiente para comprar la ciudadanía a algún caudillo político de barrio. No sé en qué terminará todo esto. Pero tal como están las cosas, las fábricas se están cerrando, no abriendo.

Ya estaban en la fábrica. Se trataba de un feo edificio de madera, desproporcionadamente bajo, levantado en medio de las casas de vecindad. Tenía poco menos de catorce metros cuadrados de superficie, y se veía sucio y destartalado. La madera estaba podrida en algunas partes y en otras faltaban algunas tablas. Del techo emergía un verdadero bosque de chimeneas humeantes. En un costado había una plataforma para carga y junto a la plataforma

Librodot

estaban alineados varios carromatos. Sobre ellos se apilaban grandes cantidades de paquetes de cortezas, canastas con frutas y recipientes de barro cocido.

Craso ordenó que las literas fueran llevadas hasta el frente de la fábrica. Una vez allí, las amplias puertas de madera de la entrada fueron abiertas de par en par, y Cayo, Helena y Claudia tuvieron la primera impresión del interior de una fábrica de perfumes. El edificio consistía en un gran cobertizo cuyo techo sujetaban vigas de madera, y gran parte del mismo tenía aberturas para que se renovara el aire y entrara la luz. La atmósfera estaba recargada por el calor y el resplandor de los hornos abiertos. Sobre largas mesas había cacharros y crisoles, y la masa de serpentinas de condensación que salía de los alambiques parecía una visión sacada de un fantástico sueño. Y dominándolo todo se sentía el rico y nauseabundo olor de los aceites perfumados.

Los visitantes también quedaron impresionados al ver a centenares de trabajadores en plena labor. Eran hombres pequeños, de piel morena, muchos de ellos barbudos, desnudos a no ser por sus taparrabos, que se ocupaban de los alambiques, alimentaban los hornos o permanecían ante las largas tablas donde desmenuzaban cascaras y cortezas de frutas o se dedicaban a llenar con la esencia pequeños tubos de plata, vertiendo gota a gota el precioso líquido, para terminar sellando cada tubo con cera caliente. Otros pelaban frutas o desmenuzaban blancas tiras de grasa de cerdo.

El capataz de la fábrica –un romano al que Craso presentó con el nombre único de Avalo, sin la dignidad de otro nombre– dio la bienvenida al general y a sus invitados con una mezcla de celo fingido, codicia y cautela. Unas cuantas monedas dadas por Craso hicieron que se volviera más ansioso de agradarlos y así fue como los condujo atentamente de un lado a otro de la fábrica. Los obreros continuaron con su trabajo, los rostros duros, concentrados y ceñudos. Cuando miraban de soslayo a los visitantes, aparentemente no se advertía un cambio en su expresión.

De todo cuanto vieron, lo que pareció más extraño a Cayo, Helena y Claudia, fueron los trabajadores. Nunca habían visto antes tal clase de hombres. Había en ellos algo diferente y aterrador. No eran esclavos ni eran romanos. Tampoco se parecían al decreciente número de campesinos que todavía permanecían ligados a pequeñas parcelas de tierra en lugares dispersos de Italia. Eran hombres diferentes, y tal diferencia era digna de preocupación.

–Aquí realizamos –explicó Craso– el proceso de destilación. Esto debemos agradecérselo a los egipcios, pero ellos nunca llegaron a transformar el proceso de destilación en producción en masa. Es Roma la que organiza las cosas.

–Pero ¿es que alguna vez fue distinto? –preguntó Cayo.

–¡Oh, sí! En tiempos pasados, el hombre debía depender de la producción natural de esencias, en especial de la oliva, la mirra y, por supuesto, el alcanfor. Todas ellas son resinas gomosas y son exudadas por la corteza de los árboles. En Oriente, por lo que he oído decir, la gente tiene plantaciones de esos árboles. Hacen incisiones en la corteza de los árboles y recogen la goma en forma regular. Fundamentalmente esas esencias se las quemaba como incienso. Entonces los egipcios inventaron el alambique, que no solamente nos proporciona el aguardiente y un camino más corto para llegar a la embriaguez, sino también perfumes.

Los condujo hasta una de las mesas donde un trabajador estaba cortando cascaras de limón en láminas tan finas como si fueran hojas de papel. Craso puso al trasluz una de aquellas láminas.

–Si observáis con atención, veréis los diminutos depósitos de aceite. Y, por supuesto, ya conocéis la fragancia de la cascara de limón. Ésta es la base (no solamente el limón, desde luego, sino cientos de frutas y cascaras distintas) para obtener la preciosa quintaesencia. Ahora, seguidme si os parece...

Entonces los condujo hacia uno de los hornos. Allí se estaba poniendo en cocción un gran recipiente con pedacitos de cascaras. Una vez colocado en el horno, éste era cerrado herméticamente con una tapa de metal. De la tapa salía un tubo de cobre enroscado sobre sí

Librodot

mismo hasta un lugar en que quedaba sometido a una lluvia de agua. El final del tubo se ajustaba a otro recipiente.

–Éste es el alambique –explicó Craso– en que se hierve el material, trátese de cortezas, hojas o cascaras de frutas, hasta que se abran los diminutos depósitos de aceite. Entonces sube en forma de vapor y éste se condensa con la lluvia de agua.

Craso los llevó hasta otro horno, en que el alambique estaba destilando, y prosiguió:

–Por ahí vendrá el agua. Cuando se ha obtenido un recipiente con ella, la enfriamos y el aceite se condensa en la superficie. El aceite es la quintaesencia y ésta se extrae cuidadosamente y se guarda sellada en esos tubos de plata. Lo que queda es la fragante agua que tan de moda está en nuestros días como bebida a la hora del desayuno.

–¿Así que eso es lo que nosotros bebemos? –gritó Claudia.

–Más o menos. Se la corta con agua destilada, pero le aseguro que es muy saludable. Además esas aguas son mezcladas para obtener distintos gustos, del mismo modo que se mezclan los aceites para obtener otros perfumes. Tal como está ahora, se la emplea como agua de tocador.

Vio que Helena lo miraba y sonreía y le preguntó:

–¿Cree que no les estoy diciendo la verdad?

–No, no. Simplemente estoy admirada de sus conocimientos. Puedo recordar la cantidad de veces que en mi vida oí decir la forma en que se hacían las cosas. Siempre pensé que no habría nadie que supiera cómo se hacen las cosas.

–Mi misión es saberlo –replicó Craso serenamente–. Soy un hombre muy rico. No tengo vergüenza de serlo, como ocurre con muchos. Mucha gente, querida mía, me mira en menos porque me he dedicado a hacer dinero. Eso no me preocupa. Me gusta enriquecerme. Pero a diferencia de mis colegas, yo no considero que las fincas rústicas sean una fuente de riqueza, y, cuando me ordenan hacer la guerra, el objetivo que me asignan no es conquistar ciudades, como ocurrió con Pompeyo. Me ordenaron sofocar la rebelión de los esclavos, que fue muy poco provechosa, por cierto. Cada uno de esos tubos de quintaesencia vale diez veces su peso en oro puro. Un esclavo come vuestro alimento y muere. Pero estos trabajadores se convierten en oro. No tengo que preocuparme por su alojamiento o alimentación.

–Sin embargo –dijo Cayo especulativamente–, pueden hacer lo que hizo Espartaco...

–¿Una sublevación de trabajadores? –dijo sonriendo Craso al tiempo que movía la cabeza–. No, eso nunca ocurrirá. Fíjese en que no son esclavos. Son hombres libres. Pueden ir y venir a voluntad. ¿Por qué habrían de sublevarse?

Craso miró en torno al gran cobertizo y agregó–: No. En efecto mientras duró la rebelión de los esclavos, jamás apagamos estos hornos. No hay lazos de unión entre hombres y esclavos.

Mas, cuando abandonaron el lugar, Cayo estaba inquieto. Aquellos extraños y silenciosos hombres barbudos, que trabajaban con tanta rapidez y eficacia, lo habían llenado de temor y desconfianza. Y no sabía por qué.

SÉPTIMA PARTE

Que trata del viaje de regreso a Roma de Cicerón y Graco, de lo que hablaron durante el camino, y del sueño de Espartaco y de cómo le fue contado a Graco

Librodot

I

Mientras Cayo, Craso y las dos muchachas emprendían viaje hacia al sur por la vía Apia en dirección a Capua, un poco más temprano, Cicerón y Graco partían hacia el norte, en dirección a Roma. Villa Salaria quedaba a algo menos de un día de viaje de la ciudad y, con el transcurso del tiempo, se la consideraría ubicada en los suburbios. En consecuencia, Cicerón y Graco viajaron sin prisa en sus literas, colocadas éstas una junto a la otra. Cicerón, que tenía inclinación a proteger a los demás y que en cierto modo era un esnob, se impuso el tratar respetuosamente a aquel hombre que tanto poder tenía en la ciudad y, para decir verdad, resultaba difícil para cualquiera no responder a la gracia política de Graco.

Cuando un hombre dedica toda su vida a conquistar el favor de la gente y a evitar su enemistad, está destinado a desarrollar ciertos atributos de convivencia social, y Graco difícilmente había encontrado a persona alguna a quien no pudiera conquistar. Cicerón, en cambio, no era un hombre excesivamente agradable; se trataba de ese tipo de joven inteligente que nunca permite que los principios interfieran con el éxito. Si bien Graco era igualmente oportunista, difería de Cicerón en que respetaba los principios; los consideraba meramente como un inconveniente que había que evitar. El hecho de que Cicerón, que gustaba considerarse a sí mismo como materialista, se negara a reconocer vestigio alguno de decencia en el ser humano, hacía de él un individuo menos realista que Graco. Ello le permitía también escandalizarse, de vez en cuando, ante la suave malicia del obeso anciano. La verdad es que Graco no era más malvado o vicioso que cualquiera. Simplemente había combatido con mayor fuerza el autoengaño, habiendo encontrado que era un obstáculo a sus ambiciones.

Por otra parte, Graco sentía por Cicerón menos desprecio del que podría haber sentido. En cierta medida, Cicerón lo intrigaba. El mundo estaba cambiando; Graco sabía que en el transcurso de su propia vida se había producido un nuevo gran cambio, no solamente en Roma, sino en el mundo entero. Cicerón era un precursor de tal cambio. Cicerón era parte de toda una generación de jóvenes inteligentes y despiadados. Graco era despiadado, pero dentro de su falta de piedad había cabida para cierto reconocimiento de la compasión, un sentido de la piedad que existía aunque no realizaba actos basados en esa piedad. Pero aquellos despiadados jóvenes no podían permitirse ni piedad ni compasión. Parecían tener una armadura sin hendedura alguna. Algo de envidia social había de por medio, ya que Cicerón era excesivamente bien educado y tenía buenas relaciones; pero había también un elemento de envidia por la frialdad concreta que se percibía. En cierta medida, Graco envidiaba en Cicerón una zona de fortaleza en la que él era débil. Y sobre esto meditaba y recapacitaba.

–¿Está usted durmiendo? –preguntó Cicerón suavemente. Los cadenciosos movimientos de la litera le hacían amodorrarse y le producían somnolencia.

–No, simplemente pensaba.

–¿Sobre importantes asuntos de Estado? –preguntó con ligereza Cicerón, imaginándose que aquel viejo pirata estaba tramando la perdición de algún inocente senador.

–Sobre nada que tenga importancia. Pensaba en una vieja leyenda, para ser exacto. Un cuento muy viejo, algo tonto, como son siempre los viejos cuentos.

–¿Por qué no me lo cuenta?

–Estoy seguro de que le aburriría.

–Solamente el paisaje aburre a los viajeros.

–De todos modos, es una historia moral, y nada es más cansador que un cuento moralizador. ¿Cree usted que los relatos moralizadores tienen cabida hoy en nuestras vidas, Cicerón?

–Son buenos para los niños pequeños. Mi cuento favorito se refiere a un posible pariente lejano. La madre de los Gracos.

–Sin parentesco alguno.

–Por aquel entonces, recuerdo, yo tenía seis años. A los siete años lo puse en duda.

Librodot

–Usted no pudo haber sido tan malo a los siete años –dijo Graco sonriendo.

–Estoy seguro de que lo era. Lo que más me gusta de usted, Graco, es que nunca ha comprado para usted un árbol genealógico.

–Fue por economía, no por virtud.

–¿Y el cuento?

–Me temo que sea usted demasiado mayor.

–Inténtelo –repuso Cicerón– nunca me han defraudado sus cuentos.

–¿Aun cuando no tengan sentido alguno?

–Nunca carecen de sentido. Tan sólo hay que ser lo suficientemente inteligente para hallarles el sentido.

–En ese caso se lo contaré –dijo Graco riendo–. Se refiere a una madre que sólo tenía un hijo. Era alto, bien formado y bien parecido y ella lo amaba más que madre alguna haya amado jamás a su hijo.

–Yo creo que mi madre encontró en mí un obstáculo para sus fantásticas ambiciones.

–Digamos que esto ocurrió hace mucho tiempo, cuando las virtudes eran posibles. Esta madre amaba a su hijo. El sol nacía y se ponía en él. Entonces él se enamoró. Perdió su corazón en manos de una mujer que era tan hermosa como perversa. Y, como era muy perversa, puede estar seguro de que era hermosísima. Para el hijo no tenía ella, sin embargo, ni una mirada, ni siquiera un saludo. Absolutamente nada.

–He conocido algunas mujeres así –dijo Cicerón.

–De modo que estaba loco por ella. En cuanto tuvo una oportunidad le dijo qué es lo que haría por ella, qué castillos le construiría, qué riquezas reuniría. Eran cosas algo abstractas y ella le dijo que nada de eso le interesaba. En cambio, pidió un regalo que estaba totalmente dentro de sus posibilidades satisfacerlo.

–¿Un regalo corriente? –preguntó Cicerón.

A Graco le gustaba narrar historias. Tomó en consideración la pregunta y luego asintió.

–Un regalo muy sencillo. Le pidió al joven que le trajera el corazón de su madre. Y él lo hizo. Tomó un cuchillo, lo hundió en el pecho de su madre y le arrancó el corazón. Y entonces, avergonzado por el horror de lo que había cometido y muy nervioso, corrió por el bosque en que vivía la malvada y hermosa mujer. Y, mientras corría, tropezó en una raíz y cayó, y, al caerse, el corazón saltó de sus manos. Corrió para recoger el precioso corazón que habría de darle el amor de aquella mujer, y al inclinarse para recogerlo, oyó que el corazón le decía: «¿Hijo mío, hijo mío, te hiciste daño al caer?».

Graco se echó hacia atrás en la litera, unió los extremos de los dedos de ambas manos y los contempló.

–¿Y entonces? –preguntó Cicerón.

–Eso es todo. Le dije que se trataba de un cuento moralizador sin propósito alguno.

–¿Perdón? No es un cuento romano. Nosotros, los romanos, no somos dados a perdonar. De todos modos, ésa no es la madre de los Gracos.

–No se trata de perdón, sino de amor.

–¡Ah!

–¿Usted no cree en el amor?

–¿Por encima de todas las cosas? ¡De ningún modo! Tampoco eso es romano.

–¡Cielos, Cicerón! ¿Puede usted clasificar todas las benditas cosas que hay sobre la tierra en las categorías de romano y no romano?

–La mayoría de las cosas –respondió de modo satisfecho Cicerón.

–¿Y usted lo cree?

–Para decir verdad, no –dijo Cicerón riendo.

Graco pensó: «No tiene sentido del humor. Ríe porque cree que es el momento oportuno para reír». Y agregó en alta voz:

–Iba a aconsejarle que abandonara la política.

–¿Sí?

Librodot

–De todos modos, no creo que mi consejo le afecte en modo alguno.

–De modo que usted cree que nunca tendré éxito en la política, ¿verdad?

–No. Yo no diría eso. ¿Ha pensado usted alguna vez en la política? ¿Qué es la política?

–Me imagino que es muchas cosas. Ninguna de ellas muy limpia.

–Tan limpia o sucia como cualquier otra cosa. He pasado mi vida siendo político.

Graco pensó: «No le gusto. Le ataco y me contraataca. ¿Por qué será tan difícil para mí aceptar el hecho de que no les gusto a algunos?».

–He oído decir que su gran virtud –le dijo Cicerón a su obeso interlocutor– es una enorme memoria para los nombres. ¿Es cierto que usted puede recordar los nombres de cien mil personas?

–Otra ilusión acerca de la política. Apenas si conozco a cien personas por su nombre.

–He oído decir que Aníbal recordaba los nombres de todos los soldados de su ejército.

–Sí. Y a Espartaco le atribuiremos una memoria similar. No podemos admitir que nadie alcance la victoria porque sea mejor que nosotros. ¿Por qué le gustan tanto a usted las grandes y pequeñas mentiras de la historia? –¿Es que son todas mentiras?

–La mayoría –dijo Graco en un rugido–. La historia es una explicación basada en la astucia y la codicia. Por eso, nunca es una explicación honesta. Por ese motivo lo interrogué sobre la política. Alguien dijo en Villa Salaria que en el ejército de Espartaco no había política. Allí no podía haberla.

–Ya que usted es un político –dijo Cicerón sonriendo–, ¿por qué no me dice qué es un político?

–Un farsante –respondió Graco secamente. –Por lo menos usted es franco.

–Es mi única virtud y es extremadamente valiosa. En un político la gente la confunde con la honestidad. Como usted sabe, vivimos en una república. Y esto quiere decir que hay mucha gente que no tiene nada y un puñado que tiene mucho. Y los que tienen mucho tienen que ser defendidos y protegidos por los que no tienen nada. No solamente eso, sino que los que tienen mucho tienen que cuidar sus propiedades y, en consecuencia, los que nada tienen deben estar dispuestos a morir por las propiedades de gente como usted y como yo y como nuestro buen anfitrión Antonio Cayo. Además, la gente como nosotros tiene muchos esclavos. Esos esclavos no nos quieren. No debemos caer en la ilusión de que los esclavos aman a sus amos. No nos aman y, por ende, los esclavos no nos protegerán de los esclavos. De modo que mucha, mucha gente que no posee esclavos debe estar dispuesta a morir para que nosotros tengamos nuestros esclavos. Roma mantiene en las armas a un cuarto de millón de hombres. Esos soldados deben estar dispuestos a marchar a tierras extrañas, marchar hasta quedar exhaustos, vivir sumidos en la suciedad y la miseria, revolcarse en la sangre, para que nosotros podamos vivir confortablemente y podamos incrementar nuestras fortunas personales. Los campesinos que murieron luchando contra los esclavos se encontraban en el ejército, en primer lugar, porque habían sido desalojados de sus tierras por los latifundios. Las casas de campo atendidas por esclavos los convirtieron en miserables sin tierras y ellos murieron para mantener intactas estas casas de campo. Por lo que nos vemos tentados a asegurar que todo esto es una *reductio ad absurdum.* Porque usted debe considerar lo siguiente, mi querido Cicerón: ¿qué perderían los valerosos soldados romanos si los esclavos vencen? En verdad, ellos los necesitarían desesperadamente, ya que no hay suficientes esclavos para trabajar adecuadamente las tierras. Habría tierras de sobra para todos y nuestros legionarios lograrían aquello con que sueñan, su parcela de tierra y una pequeña casita. No obstante, marchan a destruir sus propios sueños, para que dieciséis esclavos transporten a un viejo cerdo obeso como yo en una cómoda litera. ¿Niega usted la verdad de todo lo que he dicho?

–Creo que si lo que usted dice lo dijera un individuo cualquiera en el Foro, tendríamos que crucificarlo.

–Cicerón, Cicerón –dijo riendo Graco–, ¿se trata de una amenaza? Soy demasiado obeso, pesado y viejo para ser crucificado. ¿Y por qué se pone usted tan nervioso ante la verdad? Es

necesario mentirles a los otros. Pero ¿es necesario que nosotros creamos en nuestras propias mentiras?

–Tal como usted lo plantea. Usted simplemente omite la cuestión fundamental: ¿un hombre es igual a otro o distinto a otro? Hay una falacia en su breve discurso. Usted parte del supuesto de que los hombres son tan iguales entre sí como las peras que hay en una canasta. Yo no. Hay una élite, un grupo de hombres superiores. Si los dioses los hicieron así o fueron las circunstancias, no es cuestión para ponerse a discutirla. Pero hay hombres aptos para mandar y como son aptos para mandar, mandan. Y debido a que el resto son como ganado, se comportan como ganado. Ya ve; usted ofrece una tesis, pero lo difícil es explicarla. Usted ofrece un cuadro de la sociedad, pero si la verdad fuera tan ilógica como su cuadro, toda la estructura se desmoronaría en un día. Lo que usted no logra es explicar qué es lo que mantiene unido a este ilógico rompecabezas.

–Sí que lo logro –respondió Graco–. Yo lo mantengo unido.

–¿Usted? ¿Usted solo?

–Cicerón, ¿cree usted realmente que soy un idiota?

–He vivido una larga y azarosa vida y aún me mantengo en la cúspide. Usted me preguntó antes qué era un político. El político es el centro de esta casa de locos. El patricio no puede hacerlo por sí mismo. En primer lugar, piensa en la misma forma que usted, y los ciudadanos romanos no gustan de que se los considere como ganado. Y, no lo son, cosa que algún día usted comprenderá. En segundo lugar, el patricio nada sabe sobre los ciudadanos. Si se la dejara a su cargo, la estructura se desmoronaría en un día. Por eso él acude a gente como yo. El no podría vivir sin nosotros. Nosotros volvemos racional lo irracional. Nosotros convencemos al pueblo de que la mejor forma de realizarse en la vida es morir por los ricos. Nosotros convencemos a los ricos de que tienen que ceder parte de sus riquezas para conservar el resto. Somos magos. Creamos una ilusión y la ilusión es infalible. Nosotros le decimos al pueblo: vosotros sois el poder. Vuestro voto es la fuente del poderío y la gloria de Roma. Vosotros sois el único pueblo libre del mundo. No hay nada más precioso que vuestra libertad, nada más admirable que vuestra civilización. Y vosotros la controláis; vosotros sois el poder. Y entonces ellos votan por nuestros candidatos. Lloran cuando nos derrotan. Ríen de alegría ante nuestras victorias. Y se sienten orgullosos y superiores porque no son esclavos. No importa lo bajo que caigan; si duermen en cloacas; si permanecen sentados en los asientos públicos en las carreras y en el circo las veinticuatro horas del día; si estrangulan a sus hijos al nacer; si viven de la caridad pública y si nunca mueven un dedo, en toda su vida, para cumplir una jornada de trabajo. Están sucios, Pero, cada vez que ven a un esclavo, su ego se eleva y se sienten llenos de orgullo y de poder. Entonces saben que son ciudadanos romanos y todo el mundo los envidia. Y en eso consiste mi arte, Cicerón. Nunca subestime la política.

II

Todo esto no hizo que Graco conquistara la estimación de Cicerón, y cuando finalmente llegaron a la primera gran cruz, que se encontraba a pocos kilómetros de las murallas de Roma, Cicerón señaló a un hombre gordo que estaba sentado cabeceando bajo un toldo y le hizo notar a Graco.

–Evidentemente se trata de un político, por la apariencia y la actividad que desarrolla.

–Evidentemente. En efecto, es un viejo amigo mío.

Graco ordenó que se detuvieran las literas y trabajosamente bajó de la suya. Cicerón hizo otro tanto, contento de tener una oportunidad de estirar las piernas. Era al atardecer y desde el norte avanzaban nubes que presagiaban lluvia. Cicerón las señaló.

–Si lo desea, continúe –dijo Graco.

Ya no sentía deseo alguno de hacerse grato a Cicerón. Nunca se entendieron. Los pocos días en Villa Salaria le habían dejado un desagradable sabor en la boca. ¿Qué sería?, se preguntaba. ¿Se estaba volviendo viejo e inseguro?

–Esperaré –dijo Cicerón, y se quedó junto a su litera observando a Graco, que se acercó al hombre que se hallaba debajo del toldo. Evidentemente se conocían. Existía ciertamente una extraña democracia entre las pandilla y entre los políticos. Era un mundo en sí mismo.

«Esa noche», Cicerón oyó decir a Graco. El hombre que se encontraba debajo del toldo inclinó la cabeza.

–¡Sexto! –grito Graco–. Te he dicho cuál es mi oferta, no doy dos condenados centavos por Sexto. O haces lo te digo o nunca volveré a dirigirte la palabra o a mirarte en mi vida... o mientras tú vivas. Lo que no durará mucho si continúas sentado allí bajo ese podrido toldo.

–Lo siento, Graco.

–No me digas que lo sientes. El que lo siente soy yo.

Y Graco se dirigió a su litera y se instaló en ella. Cicerón no hizo preguntas relativas a lo que acababa de ocurrir pero cuando ya se estaban acercando a las puertas de la ciudad le recordó a Graco el cuento que le había relatado al comenzar el viaje, aquel de la madre que tanto amaba a su hijo.

–Era un cuento entretenido, pero usted desvirtuó parte de su significado.

–¿Le parece? ¿Alguna vez estuvo usted enamorado, Cicerón?

–No en la forma en que lo cantan los poetas. Pero ese cuento...

–¿El cuento? Bueno, créame, no recuerdo por qué lo conté. Debe de haber habido algún propósito, me imagino, pero lo he olvidado.

Dentro de la ciudad se separaron y Graco se fue a su casa. Ya obscurecía cuando llegó y tomó el baño cuando ya estaban encendidas las lámparas. Luego le dijo a su ama de llaves que demoraría algo en cenar porque estaba esperando a un invitado. La mujer inclinó la cabeza y Graco se fue a su dormitorio y se tumbó, la vista perdida en la oscuridad. La muerte le rozó mientras estaba allí. Había un viejo proverbio latino sobre la obscuridad. *Spatiem pro morte facite.* Haz sitio a la muerte. A menos que uno se acostara con una mujer a quien amara. Pero Graco nunca lo había hecho. Nunca con una mujer a quien amara. Compraba a las mujeres en el mercado; eso es lo que hacía el viejo Graco. Eso es lo que hacía el viejo y malicioso Graco. ¿Cuándo una mujer se había acercado a él voluntaria y alegremente? Se imponía a sí mismo un sentido de posesión y una corriente de identidad con las mujeres que compraba como concubinas; pero nunca ocurría.

Entonces recordó aquel episodio de la *Odisea* en que Odiseo se venga después de haber dado muerte a los pérfidos pretendientes. Graco no había tenido la ventaja de contar con un maestro griego en su infancia, que le habría ayudado a interpretar debidamente a los clásicos página a página. Llegó a ellos por sí mismo y los leyó en la forma en que los lee un hombre que se ha formado a sí mismo. De modo que siempre se había sentido intrigado por el despiadado y casi inhumano odio que Odiseo sentía por sus esclavas que se habían acostado

Librodot

con los pretendientes. Recordaba en ese momento cómo Odiseo había obligado a las doce mujeres a llevar los cadáveres de sus amantes hasta el patio y a limpiar su sangre del sucio suelo de la sala del banquete. Luego las condenó a muerte y encomendó a su hijo la ejecución de la sentencia. El hijo superó al padre. Fue Telémaco el que imaginó una cuerda atada a doce cuellos y el acto de levantar juntamente a las víctimas como una fila de gallinas desplumadas.

«¿Por qué tanto odio?», se preguntaba Graco. «¿Por qué ese terrible y desbocado odio?» A menos –como a menudo se le había ocurrido– que Odiseo hubiera compartido su lecho con cada una de las esclavas. Así que había cincuenta esclavas en la casa y cincuenta concubinas para el moralista hombre de Itaca. ¡Y éste era el sujeto a quien habría estado esperando la paciente Penélope!

Sí, y él, Graco, había hecho lo mismo –demasiado civilizado, tal vez, para matar a una esclava que se hubiera acostado con otro, o menos preocupado por ello–, pero en esencia no era diferente en las relaciones con las mujeres. En toda su larga vida nunca se había preocupado mayormente por lo que una mujer era. Se había vanagloriado ante Cicerón de no tener miedo de reconocer la verdad esencial de las cosas, pero la verdad de las mujeres del mundo en que habitaba era algo que no se atrevía a enfrentar. Y ahora, por fin –haciendo de verdad una excelente broma– había encontrado una mujer que no era menos que un ser humano. La dificultad estribaba en que aún tenía que dar con ella.

La esclava golpeó a la puerta y le dijo que el invitado a cenar había llegado.

–Iré en seguida. Atiéndalo. Está sucio y harapiento, pero haré que azoten a cualquiera que lo mire en menos. Dele agua caliente para que se lave la cara y las manos y después ofrézcale una toga liviana, para que se cubra con ella. Se llama Flavio Marco. Llámelo por su nombre y háblele con respeto.

Las órdenes evidentemente habían sido obedecidas, ya que cuando Graco llegó al comedor el gordo que antes había estado sentado bajo el toldo del primer crucifijo, se hallaba reclinado en un diván, se veía bastante limpio y respetable, aunque era evidente que necesitaba afeitarse. Al entrar Graco, se frotó la barba tímidamente. «Si pudieras agregar una afeitada a todo esto...»

–Tengo apetito y creo que deberíamos comer, Flavio. Puedes pasar la noche aquí y por la mañana haré que mi barbero te atienda. Será mejor después de una reparadora noche de descanso y un baño. Te dejaré una túnica limpia y un par de zapatos decentes. Tenemos casi la misma medida y mis ropas te quedarán bastante bien.

Tenían la misma estatura y se veían bastante parecidos. Se podría haberlos tomado por hermanos.

–Por supuesto que siempre que no tengas miedo de que Sexto te regañe por abandonar su insignificante sinecura y aceptar una migaja mía.

–Sí, a ti te resulta fácil decirlo –dijo Flavio con tono quejumbroso–. Las cosas te han salido bien, Graco. Riqueza, comodidades, respeto, honores, poder. La vida es como un tazón de crema para ti, pero para mí ha sido algo muy distinto, te lo aseguro. Te puedo asegurar que un hombre no se siente bien ni orgulloso si se halla sentado al pie de un cadáver podrido y debe inventar mentiras para que los viajeros le unten con algo la palma de la mano. Es cosa desagradable y amarga ser mendigo. Pero al final, cuando se terminaba mi cuerda, conseguí algo de Sexto. Ahora, cuando vaya nuevamente a verlo, me dirá: «¡Ah, conque no me necesitas! Ve a ver a tu gran protector y amigo, Graco». Eso es lo que me dirá. Te odia. Y me odiará a mí.

–Déjalo que te odie –dijo Graco–. ¡Sexto es un renacuajo, una cucaracha, un insignificante caudillo de barrio! Déjalo que te odie. Haz lo que yo te digo y te conseguiré algo, aquí en la ciudad, una escribanía, una conserjería, algo que te permita economizar y vivir decentemente. No necesitarás volver a arrastrarte ante Sexto.

–Hubo una época en que yo tenía muchos amigos, cuando les era útil. Ahora podría morirme en cualquier cuneta...

Librodot

–Tú eres útil para mí –lo interrumpió Graco–. Partamos de esa base. Y ahora come tu cena y deja de gimotear. ¡Cielos!, si la buena suerte ya está contigo. Pero tienes miedo de decirle: «¡Hola!, ¿cómo estás?». Ignoro de qué tienes miedo.

Los alimentos y el vino ablandaron a Flavio. Graco tenía a una egipcia en su cocina. Su especialidad eran los pichones deshuesados que rellenaba con piñones y cebada. Los horneaba a fuego lento y rociaba con aguardiente y jarabe de higos. Los servía con salchichas delgadas hechas de picadillo de lenguas de cordero ahumadas y cascaras de limón, llamadas *pholo,* y que con justicia eran famosas en toda la ciudad. La comida comenzaba con melón y continuaba luego con esos dos platos. Luego una sopa de crema de langosta picada, suavemente perfumada con ajo. A continuación, un budín dulce de uvas y dátiles, acompañado con finísimas lonchas de jamón ahumado. Luego hongos asados sobre una base de salmón frío y finalmente una fuente de pasta de almendras y sésamo, como postre. A tono con ello, pan blanco caliente y buen vino tinto, y una vez que hubieron terminado Flavio se echó hacia atrás, sonriente y cómodo, con el enorme vientre ligeramente hinchado, y dijo:

–Graco, no he comido una comida como ésta en cinco años. La buena comida es el mejor bálsamo que existe. ¡Cielos, qué comida! ¡Y tú comes esto todas las noches! Bueno, tú eres un hombre inteligente, Graco, y yo soy un pobre viejo tonto. Supongo que te lo mereces y que yo no tengo derecho a albergar resentimiento alguno. Ahora estoy dispuesto a escuchar qué es lo que quieres que haga por ti. Aún conozco a alguna gente, unos cuantos pandilleros, unos cuantos degolladores, unos cuantos proxenetas y unas cuantas dueñas de burdel. No me imagino qué puedo hacer por ti que tú no puedas hacer por ti mismo o por intermedio de alguien que lo haría mejor, pero estoy dispuesto.

–Hablaremos de eso mientras bebemos el aguardiente –dijo Graco. Llenó un vaso para cada uno y prosiguió–: Creo que tienes virtudes, Flavio. Podría haber recurrido a algún otro que conociera a todo el mundo en Roma, de esos que trafican con cuerpos y con almas y sufrimientos, pero no deseo poner esto en manos de nadie que tenga vinculación conmigo. Quiero que sea algo hecho con discreción y eficiencia.

–Yo sé callarme la boca –dijo Flavio. –Me consta que sabes hacerlo. Por ese motivo te he pedido que te hagas cargo del asunto. Quiero que me encuentres a una mujer. Una esclava. Quiero que la encuentres y la compres, sea cual fuere el precio. Y puedes disponer a discreción del dinero que fuese necesario para encontrarla.

–¿Qué tipo de mujer? ¡Sabe Dios!, con todas las esclavas que hay en el mercado! Al finalizar la rebelión de los esclavos se ha producido una superabundancia de ellas y sólo en casos excepcionales es preciso pujar por el precio de alguna. Estoy seguro de poder conseguir el tipo de mujer que quieras: negra, blanca, amarilla o morena, virgen o ramera, vieja o joven, hermosa o fea, rubia, trigueña o pelirroja..., de cualquier tipo. ¿De qué clase la quieres?

–No es cuestión de clase –dijo Graco lentamente–. Quiero a una mujer determinada.

–¿Una esclava?

–Sí.

–¿Quién es?

–Se llama Varinia y era la mujer de Espartaco.

–¡Ah!

Flavio miró inquisitivamente a Graco. Luego bebió un sorbo de aguardiente. Después volvió a mirar a Graco.

–¿Dónde está? –preguntó con suavidad.

–No lo sé.

–¿Pero la conoces?

–Sí y no. Nunca la he visto.

–¡Ah!

–¡Deja de decir «ah», como un maldito oráculo! –Estoy tratando de que se me ocurra algo inteligente para decirlo.

Librodot

–Te estoy contratando como agente, no como animador –gruñó Graco–. Ya sabes lo que quiero que hagas.

–Quieres que encuentre a una mujer, pero no sabes dónde está y nunca la has visto. ¿Sabes cómo es físicamente?

–Sí. Es bastante alta, bien formada, pero esbelta. Pechos generosos y firmes. Es germana. Tiene ese típico cabello rubio germano color de paja y ojos azules. Orejas pequeñas y frente alta; nariz recta pero no pequeña, profundos ojos azules y una boca amplia con el labio inferior tal vez un poco grueso. Es posible que hable mal el latín o trate de hacer creer que no sabe nada de latín. Habla mejor el griego, con acento tracio. Dio a luz a un niño en los dos últimos meses, pero es posible que éste haya muerto. Y aun si hubiera muerto, aún tendrá leche en los senos, ¿no es así?

–No necesariamente. ¿Qué edad tiene?

–No estoy seguro de eso. Por lo menos, veintitrés años, y posiblemente no más de veintisiete. No estoy seguro.

–Tal vez haya muerto.

–Es posible. Si fuera así, quiero que lo averigües. Quiero que me traigas pruebas de que ha muerto. Pero no creo que haya muerto. No es de las que se quitarían la vida, y una mujer como ésa sabe poner obstáculos a la muerte.

–¿Cómo sabes que no se suicidaría?

–Lo sé. No puedo explicarlo, pero lo sé.

–Después de haber sido derrotado Espartaco –dijo Flavio–, creo que su campamento fue tomado y que había en él algo así como diez mil mujeres y niños.

–Había veintidós mil mujeres y niños. Doce mil fueron entregados como botín a las tropas. Es el escándalo más desagradable de ese tipo de que yo tenga noticia, pero Craso estaba detrás de ello y entregó a la hacienda pública la parte del botín que le correspondía a él para acallar las protestas. No fue un gran gesto de su parte, ya que lo que le correspondió valía muy poco. Hizo un gran gesto no quedándose con esclavo alguno. Sabía cuáles serían las condiciones.

–¿Y Varinia estaba entre esas mujeres?

–Es posible que sí y es posible que no. Era la mujer del jefe. Pueden haber adoptado algunas medidas especiales para protegerla.

–No lo sé. Para los esclavos la igualdad constituye un objeto de culto.

Graco apuró su vaso de aguardiente y con el dedo señaló al otro.

–¿Estás dispuesto a hacerlo o no? Sugiere cualquier solución que quieras, Flavio. Es un trabajo difícil.

–Ya sé que lo es. ¿Y qué plazo me das?

–Tres semanas.

–¡Ah!, no... ¡Ah! –dijo Flavio abriendo los brazos–. No es un plazo razonable en absoluto. Puede que ella no esté en Roma. Tendré que enviar gente a Capua, a Siracusa, a Sicilia. Posiblemente a Hispania y África. Sé razonable.

–Soy todo lo razonable que pudiera ser. ¡Al demonio con todo esto; vete a lo de Sexto y recibe su caridad!

–Está bien, Graco. No hay por qué enfadarse tanto.

–Pero suponte que tenga que comprar unas cuantas mujeres. ¿Te das cuenta de cuántas mujeres germanas encajan con tu descripción?

–Muchas, estoy seguro. No quiero una que se ajuste a la descripción. Quiero a Varinia.

–¿Y cuánto tengo que pagar por ella, si la encuentro?

–El precio que te pidan. Te doy mi palabra.

–Está bien. Estoy de acuerdo, Graco. Dame otro vaso de ese excelente aguardiente, por favor.

Le sirvieron el aguardiente. Flavio se estiró en el diván, bebiéndolo a sorbos mientras miraba al hombre que lo había empleado.

–Reúno algunas cualidades, ¿verdad, Graco?

Librodot

–Ya lo creo.

–Pero sigo siendo pobre. Sigo siendo un fracasado. Graco, ¿puedo hacerte una pregunta, antes de terminar? Si no quieres, no contestes. Pero no te enfades.

–Pregunta.

–¿Por qué quieres a esa mujer, Graco?

–No estoy enfadado. Pero creo que es hora de que los dos nos vayamos a la cama. No somos tan jóvenes como en otros tiempos.

Librodot

III

Mas en aquellos tiempos el mundo no era ni tan grande ni tan complicado como en nuestros días, y antes de que se cumplieran las tres semanas de plazo que le habían fijado, Flavio apareció en casa de Graco y le anunció la exitosa culminación de su misión. El dinero, como acostumbra decirse, tiene consistencia suave y al frotarlo limpia a los que lo reciben. Flavio era otra persona. Bien vestido, perfectamente afeitado y seguro de sí mismo, se sentía satisfecho de haber cumplido con la difícil tarea que le habían encomendado. Se sentó con Graco a degustar un vaso de vino y comenzó a jugar con lo que sabía, mientras Graco contenía su impaciencia.

–Comencé –dijo Flavio– con la difícil tarea de localizar a los oficiales que participaron en el reparto del botín. Si Varinia era hermosa y bien formada, comprendí que habría sido elegida por ese grupo. Pero si se tiene en cuenta que toda la cuestión de la apropiación de los esclavos era ilegal y que habían intervenido de quinientos a seiscientos oficiales y que muy pocos de ellos tenían deseos de hablar, advertirás que la cosa no era fácil. Sin embargo, la suerte estaba de nuestro lado. La gente se acordó. Varinia dio a luz cuando llegó la noticia de que los esclavos habían sido derrotados y la gente recordaba a aquella mujer que no quería separarse del recién nacido. No sabían que era la mujer de Espartaco ni que su nombre fuera Varinia. Tienes que comprender que Craso había enviado a un destacamento de caballería contra la ciudad de los esclavos o su campamento o como quieras llamarlo, inmediatamente después de que finalizara la batalla. A continuación fue la infantería. Las mujeres y los niños que estaban allí (había algunos muchachos de trece y catorce años) no opusieron demasiada resistencia. Estaban aturdidos. Acababan de saber que el ejército de los esclavos había sido destruido. Pero tú sabes lo que son los soldados después de una batalla, y me imagino que pelear contra los esclavos no es ir a una merienda campestre. Entonces...

–No es necesario que hagas un análisis del estado anímico de los legionarios –dijo Graco–. ¿Qué te parece si te limitas a los hechos?

–Sólo estoy tratando de describir la situación. Quiero decir que hubo una insensata matanza al comienzo, debido a que nuestros soldados estaban indignados y poseídos aún por el calor de la lucha. Varinia acababa de dar a luz. Bien, un esclavo recién nacido difícilmente vale su peso en oro en nuestros días, y lo que me dio la clave para llegar a ella fue el relato de un soldado que había tomado al bebé en sus manos y se disponía a aplastarle la cabeza contra el poste de una tienda de campaña. El propio Craso lo detuvo. Craso salvó al niño y con sus propias manos golpeó al soldado hasta dejarlo medio muerto. Nadie hubiera imaginado que Craso hiciera algo así, ¿verdad?

–No me interesa lo que uno hubiera imaginado o no de Craso. ¿Qué clase de charlatán eres tú, Flavio? ¿Encontraste a Varinia? ¿Ya me pertenece? ¿La compraste? –No pude comprarla.

–¿Por qué? –gritó de pronto Graco, mientras se ponía de pie en una explosión de ira tan imprevista como amedrentadora. Mientras avanzaba hacia Flavio, éste se iba encogiendo en su asiento, y finalmente Graco lo cogió por la túnica y gritó–: ¿Por qué? ¿Por qué, gordo e incompetente vagabundo? ¿Ha muerto ella? ¡Te juro que si has sacado ventaja de esto, volverás a las cloacas y te pesará! ¡Te pesará!

–Ella no ha muerto...

–¡Oh!, ¡qué hinchado estás! ¡Tan hinchado estás que, en vez de hablar, resoplas! ¿Por qué no la compraste?

Graco soltó a Flavio, pero continuó de pie ante él.

–¡Calma, por favor! –dijo de pronto Flavio en alta voz–. Me encomendaste que hiciera algo y lo hice. Es posible que yo no sea tan rico como tú, Graco; es posible que mi lugar esté en las cloacas, pero eso no te da derecho alguno a hablarme en la forma en que lo haces. No soy tu esclavo. Bastante desagradable es ya mi condición actual, para que tú quieras empeorarla. –Perdóname.

–No la compré porque no está en venta. Eso es todo.

–¿Cuestión de precio?

–No es cuestión de precio. No hay precio. Pertenece a Craso. Vive en su casa. Y no está en venta. ¿Acaso imaginas que no lo intenté? Craso estaba en Capua y en su ausencia hice la proposición a sus agentes. ¡Ah, no! No había nada que hacer por ese lado. Ni siquiera quisieron considerar la propuesta. Y tan pronto como se llegó a la cuestión de esa esclava, se cerraron como almejas. No sabían nada de esa esclava. No quisieron hablar de precio. No hubo manera de hacerlos hablar. Unté sus manos con dinero, pero no mejoré nada con eso. Si quería al barbero o al cocinero o al ama de casa, podía llegarse a un arreglo, y hasta estaban dispuestos a cerrar un trato respecto a una hermosa siria que Craso había comprado el año pasado, y arreglárselas para entregármela. Estaban muy dispuestos a hacerlo por mí, pero de Varinia, ¡ni hablar!

–¿Cómo sabes entonces que es Varinia y cómo sabes que está allí?

–Le compré esa información a una de las esclavas encargadas del guardarropa. No te imagines que la de Craso es una hermosa y feliz familia. Tiene un hijo que odia sus entrañas, y una esposa (de la que vive separado) que lo degollaría, y las intrigas que se tejen allí son algo digno de Damasco. Lo que resultó muy bien, porque pude comprar información, pero lo que no pude comprar fue a Varinia.

–¿Averiguaste por qué la compró? ¿Por qué la tiene en su poder?

–Claro que sí –dijo Flavio chasqueando la lengua–. Craso está enamorado de ella.

–¿Qué?

–Sí. El gran Craso ha encontrado un amor.

Y entonces Graco exclamó deliberadamente y con lentitud:

–¡Que Dios te condene, Flavio, si hablas de este asunto! Y si se hablara por ahí del asunto y si yo oyera repetirlo en alguna parte, ¡maldito sea yo si no hago que te crucifiquen!

–¿Qué manera de hablar es ésa? No eres Dios, Graco.

–No. No, ni siquiera soy pariente lejano de ninguno de los dioses, como pretenden algunos de nuestros tontos de nacimiento. Pero estoy tan cerca de Dios como nadie lo estuvo en la política romana, y lo suficiente para hundirte, Flavio, y para hacerte llevar a la cruz. Y si llega a saberse algo de esto, te juro que lo haré. Recuerda mis palabras.

Librodot

IV

Por la tarde del día siguiente, Graco se dispuso a ir a los baños, acto de interés político que no dejaba de tener sus ventajas. Los baños públicos adquirían de día en día mayor importancia como centros políticos y sociales. Se hacían y deshacían senadores y magistrados en los baños; allí cambiaban de manos millones de sestercios. Tales sitios eran a la vez bolsa de comercio y club social, y el que a uno se lo viera de vez en cuando en los baños había pasado a ser una obligación. Había tres grandes y bien acondicionadas casas de baños de las que Graco era cliente: el Clotum, que era más bien nueva, y otras dos que eran más antiguas pero aún eran consideradas elegantes. Aunque se trataba de lugares en que no se permitía la entrada a todos los ciudadanos, su precio de entrada era extremadamente modesto, al alcance aun de los pobres, pero se mantenía un determinado nivel social que alejaba a la chusma de esos lugares.

Cuando había buen tiempo, toda Roma se volcaba por las tardes a los lugares al aire libre. Hasta el número cada vez menor de trabajadores romanos terminaba sus tareas una hora después de mediodía; horarios más prolongados habrían hecho que prefirieran vivir de las dádivas a trabajar. La tarde era la hora de los hombres libres: los esclavos trabajaban; los ciudadanos romanos descansaban.

No obstante, Graco tenía poco interés por los espectáculos circenses y muy de vez en cuando iba a las carreras. Se diferenciaba de sus colegas en que no podía presenciar el drama de dos hombres desnudos, cada uno con un cuchillo en las manos, que se destrozaban entre sí hasta llegar a un horroroso y sangriento desenlace. No comprendía que se hallara placer alguno en presenciar el espectáculo de un hombre enredado en una red de pescar, a quien se le arrancaban los ojos o se le perforaban los intestinos con un largo tridente de pesca. Una que otra vez encontraba placer en presenciar una carrera de caballos, pero las carreras de cuadrigas, que iban convirtiéndose cada vez más en contiendas personales entre los conductores y en las que el público no quedaba nunca satisfecho a menos que alguien se rompiera la cabeza o fuera destrozado bajo las ruedas, a él le aburrían. No era que tuviera mejor corazón que los demás, sino que odiaba la estupidez y para él esos espectáculos eran totalmente estúpidos. El teatro no lo entendía y solamente asistía a los estrenos, en los que debía estar presente en su calidad de funcionario público.

Su gran placer por las tardes consistía en caminar hacia los baños a través de las interminables, retorcidas y sucias calles de su querida ciudad. Siempre había amado a Roma; Roma era su madre. Como él mismo solía decir, su madre era una ramera y él había salido del vientre de su madre para ser arrojado a la suciedad de la calle. Pero hasta ese momento había amado a su madre y su madre lo amaba a él. ¿Cómo podía haberle explicado a Cicerón lo que había querido significar al volver a contar aquella vieja leyenda? Primero, Cicerón tendría que haber amado a Roma y ese amor tendría que haber estado relacionado con el conocimiento de lo vil y endemoniada que era la ciudad.

Aquella vileza y aquel mal era algo que Graco comprendía. «¿Por qué he de ir al teatro? –le preguntó una vez a uno de sus amigos intelectuales–. ¿Es posible representar en el escenario lo que yo veo en las calles de la urbe?»

Era algo digno de verse, en efecto. Por ese entonces lo hacía ya como una ceremonia. Y él mismo se preguntaba: «¿Con qué frecuencia tendré que seguir haciendo esto?».

Primero fue al mercado, donde en los puestos continuarían las ventas una hora más, antes de cerrar. Para andar por aquellas calles había que abrirse paso entre las mujeres y sus chillidos, pero se deslizaba suavemente entre ellas; envuelto en su blanca túnica y en su amplitud, parecía una nave de guerra impulsada por un suave viento. Allí estaba lo que comía Roma. Había allí montones de quesos; quesos redondos, quesos cuadrados, quesos negros, quesos rojos, quesos blancos. Allí estaban colgados los pescados y los gansos ahumados, los cerdos recién muertos, grandes trozos de vacuno, los tiernos corderos, barriles con anguilas y

Librodot

arenques salados y los de escabeche, intensamente olorosos y tan exquisitos. Había allí escudillas con aceite de las colinas sabinas y del Piceno, maravillosos jamones de Galia, y en todas partes colgaban embutidos y había grandes cuencos de madera con menudos de cerdo.

Se acercó a los puestos de verduras. Hubo un tiempo, dentro de sus recuerdos, en que cada campesino que viviera a treinta kilómetros a la redonda poseía su propio huerto de hortalizas y en que Roma comía la maravillosa variedad de verduras que traían al mercado. Pero en el presente los latifundistas se interesaban solamente en los cultivos más rentables, sobre todo trigo y cebada, y los precios de las verduras habían llegado a alturas que estaban al alcance tan sólo de las clases dirigentes. Aún se veían pilas de rabanitos y nabos, cinco variedades distintas de lechuga, lentejas y alubias y coles, calabazas y melones y espárragos, trufas y hongos, una enorme y pintoresca variedad de verduras y, también, frutas. Pilas de limones africanos y granadas, con un amarillo y un rojo brillantes y llamativos, manzanas y peras e higos, dátiles de Arabia, uvas y melones de Egipto.

«¡Qué placer da mirar esto!», pensó.

Siguió caminando y pasó por la orilla del barrio judío de la ciudad. Había tratado con judíos ocasionalmente, como político. ¡Qué gente extraña era!... ¡Tanto tiempo viviendo en Roma y seguían hablando su propio idioma y adorando a su propio Dios y aun usaban barba y vestían sus largas túnicas a rayas, fuera cual fuera la temperatura que hubiera! Nunca se les veía en los juegos o en las carreras; nunca se les veía en los tribunales. Apenas si se los veía, en realidad, salvo en su propio barrio. Amables, orgullosos, retraídos... «Harán que corra más sangre de Roma cuando les llegue la oportunidad que lo que logró Cartago», pensaba a menudo Graco cuando los veía. Caminó hasta una calle principal y se detuvo en uno de los lados, frente a los negocios, mientras pasaba marchando una de las cohortes de la ciudad haciendo oír sus tambores y pífanos. Como siempre, los niños corrieron tras ella, y también, como siempre, apenas pudo echar una mirada de un lado al otro y ver a un árabe, a un sirio y a un sabeo observando el desfile.

Siguió caminando hasta donde las elevadas casas de vecindad cedían su lugar a los jardines y a la luz, los pórticos de mármol y las frescas arcadas y amplias avenidas, en el Foro ya estaban en acción los tiradores de dados. El juego era poco menos que una enfermedad en Roma y los dados constituían la forma más maligna de dicha enfermedad. Todas las tardes había enjambres de jugadores en todas partes del Foro, haciendo rodar los dados implorándoles a los dados o hablándoles a los dados. Tenían un lenguaje propio. Desocupados, soldados de licencia y muchachas de catorce y quince años que andaban por toda la ciudad, sin hacer nada, criadas en pequeñas y sucias casas bajas, viviendo –como lo habían hecho sus padres– de las dádivas, que aumentaban con algunos ingresos adicionales del indiferente ejercicio de la prostitución. Había oído decir que muchas de esas muchachas se acostaban con un hombre a cambio de una copa de vino y un *quadrens,* la moneda en circulación que valía menos. Él y muchos otros habían considerado en un tiempo que había algo terrible y monstruoso en tal situación, pero en esos días en que no se consideraba en absoluto vergonzoso el hecho de que un virtuoso casado tuviera una docena de esclavas para disponer de ellas a la hora de irse a la cama, ya no era asunto del que hubiera que ocuparse o discutir.

«Poco a poco –pensó Graco– todo un mundo llega a su fin, pero nunca dejamos de maravillarnos porque así ocurra. ¿Y por qué habríamos de hacerlo? ¡Ocurre tan lentamente y la vida del hombre es tan corta!»

Se detuvo en algunos lugares para observar a los jugadores de dados. Recordaba haber jugado a los dados cuando era muchacho. En aquellos tiempos no había manera de vivir bien de las dádivas y además había ciertos aspectos de ética que hacían que un hombre que se respetara no quisiera aceptar las dádivas, aun a costa de pasar hambre.

Finalmente se encaminó hacia los baños. Lo había planeado cuidadosamente. Había tres probabilidades contra una de que Craso estuviera ese día en los baños y que llegara a los mismos a esa hora. Y como era de esperarse, cuando Graco entró a la *apodyteria,* como se

Librodot

llamaban los guardarropas, Craso ya estaba allí, desvestido y deteniéndose unos instantes en la contemplación de su cuerpo alto y delgado ante los elevados espejos. Las habitaciones estaban repletas. Era aquella una interesante parte de la vida de la ciudad, una olla de mezclas políticas, con unos pocos ociosos de sangre azul pero con suficiente poder político como para hacer conmover a la ciudad desde sus cimientos, banqueros y acaudalados comerciantes, caudillos políticos, importadores de esclavos, manipuladores de votos, toda una galería de caudillejos de barrio y jefes de pandillas, una importante junta senatorial, también uno o dos *lanistae,* un trío de ex cónsules, un magistrado, uno o dos actores y toda una docena de militares de importancia. Mezclados con ellos había suficientes individuos sin importancia particular como para dar carácter democrático a los baños, de lo que Roma tanto se enorgullecía. Los reyes y los sátrapas de Oriente nunca pudieron comprender el hecho de que los amos de Roma –que eran los amos del mundo– se mezclaran de manera tan informal con la gente común de la ciudad y anduvieran tan indiferentemente por las calles de Roma.

Mientras observaba intermitentemente a Craso, Graco se echó en un banco e hizo que un esclavo le quitara el calzado. Mientras tanto respondía a los saludos, hacía inclinaciones de cabeza, sonreía y de cuando en cuando dirigía una palabra a uno o a otro. Cuando le fue pedido, dio consejo en forma breve y concisa. También, al solicitársele, expuso en forma breve y concisa sus opiniones sobre los problemas en Hispania, la situación en África, la necesidad de la neutralidad de Egipto –la eterna canasta de pan de la ciudad– y qué hacer con la incesante provocación judía en Palestina. Reconfortó a los tratantes que se quejaban de que la baja del precio de los esclavos continuaría hasta destruir toda la economía y desmintió el rumor de que el ejército de Galia estaba tramando un complot. Pero durante todo ese tiempo observaba a Craso, hasta que finalmente el millonario, aún desnudo y haciendo ostentación de su esbelta figura, se le acercó poniendo fin a la actividad del día. Craso no podía soportar permanecer allí ante la comparación pública mientras Graco se desvestía. Cuando los esclavos le quitaron la toga propia del político, quedó en evidencia el volumen de aquel hombre, pero su presencia continuaba siendo impresionante. Cuando le quitaron la túnica, la patética realidad de aquel hombre por demás obeso resultó peor que la simple desnudez. Por extraño que parezca, Graco nunca se había sentido avergonzado antes de su cuerpo.

Caminaron juntos hasta el *tepidarium,* es decir, la sala de encuentro y conversación de los baños. Había allí bancos y felpudos donde era posible tenderse y descansar, pero lo usual era caminar de un lado a otro entre una y otra inmersión en la piscina. Desde aquella amplia y elegante galería de piso de mármol y decorada con mosaicos y estatuas, podía irse a la piscina de agua fría al aire libre, a los baños tibios o a las piscinas de agua caliente y a las habitaciones donde se tomaban los baños de vapor, y, desde todas ellas, a las numerosas habitaciones de ejercicios y masajes. Luego, envolviéndose en una sábana fresca, se solía andar por los jardines, la biblioteca –que era parte integrante de los baños–, los cuartos de descanso o el solárium. Todo ese rutinario procedimiento estaba destinado a gentil en condiciones de pasarse horas en los baños. Graco normalmente quedaba satisfecho con una inmersión en agua fría, media hora de baño de vapor y luego un masaje.

Pero en ese momento depuso su hostilidad hacia Craso. Las palabras hirientes y los sentimientos hostiles fueron evidentemente olvidados. Desnudo, en toda su obesidad, caminaba junto al general, atento y encantador...para lo que tenía mucha habilidad.

«Tendiendo puentes», comentaba la gente al verlos, y se preguntaban qué alianza política se estaba gestando, ya que Craso y Graco no eran conocidos precisamente por su mutua camaradería. No obstante, Craso aguardaba pacientemente. «Sea lo que fuere lo que anda buscando –se decía a sí mismo–, pierde el tiempo.» Se tornó un poco agresivo y le preguntó al político:

–¿Desde cuándo es usted autoridad en asuntos relacionados con Egipto, como en otros temas?

–¿Se refiere usted a lo que dije antes? Bueno, bastan unas cuantas generalizaciones para llenar una bolsa. Es cuestión de reputación.

Librodot

Lo que ponía de manifiesto a un nuevo Graco.

–¿Reputación de saberlo todo?

Graco rió.

–Usted ha estado en Egipto, ¿no es así?

–No. Y no pretendo haber estado.

–Bien... bien. Qué sé yo, Craso. Nos atacamos y herimos mutuamente. Podríamos ser amigos. Cualquiera de nosotros dos es un amigo que vale la pena tener.

–Así lo creo. Yo también soy cínico. Pero la amistad tiene un precio.

–¿Sí?

–Sí, por supuesto. ¿Qué es lo que yo tengo que hace tan preciosa mi amistad? ¿Dinero? Usted tiene casi tanto como yo.

–No me interesa el dinero.

–A mí sí. ¿De qué se trata, entonces?

–Quiero comprarle una esclava –dejó escapar Graco–. Eso es. Ya lo he dicho.

–Mi cocinero, sin duda. Si usted no fuera calvo, diría que iba tras mi peluquero, Graco. ¿Un equipo de lecticiarios? O posiblemente una mujer. He oído decir que no tiene sino mujeres en su casa.

–¡Cielos!, maldita sea; usted sabe perfectamente qué es lo que yo quiero! –gritó Graco–. Quiero a Varinia.

–¿A quién?

–A Varinia. Dejémonos de juegos.

–Mi querido Graco, usted es el que está jugando. ¿Quién le ha estado informando?

–Siempre estoy informado. –Graco se detuvo y miró a los ojos al general–. Mire, Craso, mire. Vayamos al grano. Nada de negociaciones. Se lo planteo sin rodeos. Le pagaré el precio más elevado que se haya pagado jamás en Roma por un esclavo. Le pagaré un millón de sestercios. Se lo pagaré en monedas de oro, íntegramente al contado y de forma inmediata, si usted me entrega a Varinia.

Craso cruzó los brazos y silbó suavemente.

–Como precio no está mal. Es un precio atractivo. Podrían escribirse poemas sobre un precio como ése. Cuando un hombre puede ir al mercado y comprar una hermosa muchacha de senos turgentes por mil sestercios, usted se muestra dispuesto a pagar mil veces más esa suma por una flaca muchacha germana. Es algo poco usual. ¿Pero cómo podría yo acceder a recibir esa suma? ¿Qué diría la gente? Dirían que Craso es un maldito ladrón.

–¡Déjese de bromear conmigo!

–¿Bromear con usted? Mi querido Graco, si es usted el que está bromeando conmigo. No tengo nada que usted pueda comprar.

–La oferta es en serio.

–Y yo le he contestado también en serio.

–¡Doblo mi oferta! –gruñó Graco–. Dos millones.

–Nunca me imaginé que en la política hubiera tanto dinero.

–Dos millones. Acéptelo o rechácelo.

–Usted me aburre –dijo Craso, y se alejó.

Librodot

V

–Varinia, Varinia, ahora tenemos que vestirte. Ahora tenemos que vestirte, Varinia, porque el amo volverá y tendrás que sentarte a la mesa con él. ¿Por qué nos dificultas tanto las cosas, Varinia?

–Yo no quiero haceros difíciles las cosas.

–Pero lo haces. Ya ves cuántas dificultades nos creas, Varinia. Nos dices que eres una esclava. Que no quieres que cuatro esclavas estén esperándote. No, tú eres una esclava, igual que nosotras. Nos cuentas cuan desdichada eres. Tú sabes lo que es ser esclava. O tal vez, cuando estabas con Espartaco, conquistando el mundo entero, olvidaste lo que era ser esclava. Entonces eras una reina, ¿verdad, Varinia? De modo que...

–¡No volváis a hacer eso jamás! ¿Por qué lo hacéis? ¿Alguna vez he tratado de diferenciarme de vosotros?

–No tienes por qué hacerlo, Varinia. Es el amo quien quiere diferenciarte de nosotras. Somos tan sólo algo que él desea en su lecho cuando está aburrido. Una, dos, tres. Pero a ti te ama, Varinia. Por ese motivo nos creas problemas. Nos azotan si no te vestimos de este modo. A ti no te azotan. A nosotras, sí.

–¡Dejad que me azote a mí!

–Dejarlo. Nada menos que eso. Nos lo imaginamos azotándote.

–Está bien. Está bien –les dijo Varinia–. Ahora estoy amamantando a bebé. Después me dejaré vestir. De todos modos, vosotros queréis que me vista. No os crearé problemas. Pero dejadme que termine de amamantar a mi niño.

–¿Cuánto tardarás?

–No está mamando mucho. Miradlo. Ya lo hace más despacio. En media hora habré terminado. Para entonces va estará dormido. Os prometo que haré lo que vosotros queráis. Me pondré los vestidos que queráis.

De modo que la dejaron por un rato. Tres de las muchachas eran hispánicas. La cuarta era sabina, y el hecho de que su propia madre la hubiera vendido en pago de una deuda la atormentaba como si padeciera un cáncer. Varinia no podía comprenderlo. Era algo terrible que los propios padres vendieran a sus hijos, y eso hacía aún más amarga la vida. Envidia, celos, amargura, eso era lo que emponzoñaba aquella casa.

Varinia alimentaba al niño y dulcemente le cantaba:

Duerme mi niño, duerme querido,
Mientras tu padre en el bosque está;
Busca a la nutria, a la nutria alancea;
Trae la piel, suavidad de medianoche;
Nunca el frío del invierno logrará
Alcanzar a mi niño, a mi adorado...

La succión se hizo más suave. Advertía menos presión sobre el pezón. Cuando el bebé, acicateado por el hambre, chupaba fuerte y largamente, ella sentía un estremecimiento en todo su cuerpo. Y entonces, poco a poco, así como se iba llenando su estómago, la sensación desaparecía. ¡Qué cosa más curiosa la del niño mamando!

Le dio el otro seno, por si aún quisiera más leche le dio unos golpecitos en la mejilla para que se reanudara el reflejo de la succión. Pero había terminado. El bebé había cerrado los ojos y estaba poseído por la infinita indiferencia de las criaturas que tienen el estómago lleno. Durante unos instantes lo acunó contra sus senos desnudos y tibios y luego lo puso en la cuna y cerró la parte delantera de su vestido.

Mientras lo miraba desde arriba pensó en cuan hermoso era. Gordito, redondo, fuerte... ¡Qué hermosa criatura! El cabello era como seda negra y los ojos eran de un azul profundo.

Más tarde esos ojos se volverían obscuros, como habían sido los ojos de su padre, pero nada podía decirse de los cabellos. Cuando desaparecieran esos sedosos cabellos negros con que había nacido, podrían nacer otros obscuros y rizosos o dorados y lacios.

Se durmió rápida y fácilmente. Su mundo era fácil y sencillo. Su mundo era el mundo de la vida, gobernado por las sencillas leyes de la vida, sin molestias ni complicaciones. Su mundo era el mundo que sobrevivía a todos los mundos...

Lo dejó y fue a donde la estaban esperando para vestirla. Cuatro esclavas iban a ataviarla para que pudiera sentarse a la mesa con el hombre que era dueño de ella. Permaneció sumisa mientras la desvestían y le pasaban la esponja por el cuerpo desnudo. Era aún un hermosísimo cuerpo, de largas piernas, y más hermoso aún por la plenitud de sus senos repletos de leche. La cubrieron con una toalla y se tumbó en un diván, de modo que la *ornatrix* pudiera preparar su rostro y sus brazos.

En primer término, una capa de suave tiza sobre sus brazos y la frente, donde la tiza se esfumaba en las mejillas. Luego el colorete, de rojo suave en las mejillas y de rojo fuerte amarronado en los labios. A continuación se utilizó el *fuligo,* una pasta negra de carbón para destacar las cejas.

Una vez hecho esto, se sentó y dejó que la peinaran.

Su cabello rubio y suavemente lacio fue cuidadosamente conformado en un conjunto de rulos estáticos, mantenidos en su sitio gracias a una pomada y a pequeñas cintitas. Después las joyas. Estaba desnuda, sin la toalla, obediente e indiferente, mientras fijaban en su cabello una diadema. Luego vinieron los aros de oro y, a continuación, un collar también de oro y zafiros, llamado *monile.* En los tobillos y en las muñecas le pusieron pequeños collares haciendo juego, y en el dedo meñique de cada mano un anillo de diamantes. La estaban vistiendo bien, espléndidamente, tal como el más rico hombre de Roma hubiera ataviado a su amante, no a su esclava. No era de maravillarse entonces que aquellas pobres mujeres a cargo del guardarropa no sintieran piedad por ella. ¡Miren cómo lleva, tan sólo enjoyas, la riqueza de un imperio! ¡Como para tenerle lástima!

Por aquel entonces el material más apreciado en Roma no era la seda, sino unas maravillosas y delicadas telas de algodón, tejidas en la India con tal delicadeza de trama que seda alguna podía igualarlas. Por encima de la cabeza deslizaron una *stola* de algodón. Era un vestido largo de líneas sencillas, recogido alrededor de la cintura mediante un cinturón llamado *zona.* El único adorno del vestido era una trencilla de oro en los bordes, y en verdad no necesitaba adorno alguno, tan sencillas y hermosas eran sus líneas. Pero Varinia no podía permanecer indiferente ante el hecho de que cada línea de su cuerpo se mostrara a través de él; era la desnudez lo que implicaba horror y degradación, por lo que se sintió feliz de que sus senos, al descargarse, humedecieran y afearan la parte delantera del vestido.

Sobre su atuendo le pusieron un amplio chal de seda amarilla, que Varinia solía llevar como una túnica. Con él se cubría el vestido, y cada vez que aparecía para la cena, Craso decía:

–Querida, querida, ¿por qué ocultas de ese modo tu hermoso cuerpo? Deja caer libremente tu *supparum.* El vestido que llevas debajo cuesta diez mil sestercios. Por lo menos me corresponde el derecho de contemplarlo si es que no lo hace otro.

Y esa noche, al entrar Varinia en el comedor, volvió a decirlo y esa noche Varinia, obedientemente, volvió a dejar que el chal cayera...

–Me intrigas –dijo Craso–. Me intrigas mucho, Varinia. Creo haberte dicho alguna vez que tuve el placer (o el disgusto) de pasar una noche en mi campamento de la Galia Cisalpina con ese monstruoso *lanista* llamado Baciato. El me hizo tu descripción. Te describió cual una gata salvaje. La descripción muy realista de una mujer a quien no es posible domesticar. Pero no veo signo alguno de eso. Habitualmente eres obediente y sumisa.

–Sí.

–Me pregunto qué es lo que te ha hecho tan distinta. Me imagino que no tendrás problemas en decírmelo.

–No lo sé. Se lo aseguro.

Librodot

–Creo que lo sabes, pero dejémoslo. Estás adorable esta noche. Bien acicalada y bien vestida... Varinia, ¿hasta cuándo va a durar esto? Creo haber sido bueno contigo, ¿no es así? El dolor es el dolor, pero compara esto con las minas de sal. Yo podría tomar a tu hijo y venderlo en el mercado por los trescientos sestercios que me pagarían allí y enviarte a ti a las minas. ¿Te gustaría?

–No me gustaría.

–No me gusta hablar en esta forma –dijo Craso.

–Está bien. Usted puede hablar del modo que quiera. Usted es mi dueño.

–No quiero ser tu dueño, Varinia. En realidad, tú eres dueña de mí por completo. Quiero que tú seas mía en la forma en que un hombre posee a una mujer.

–Yo no podría impedirlo...; tal como ninguna otra esclava de la casa podría impedirlo.

–¡Qué cosas dices!

–¿Qué tiene de malo lo que digo? ¿En Roma no hablan todos de esas cosas?

–No quiero violarte, Varinia. No quiero poseerte en la forma en que poseo a una esclava. Sí, he tenido otras esclavas aquí. No sé con cuántas mujeres me he acostado. Mujeres y hombres también. No quiero secretos de tu parte. Quiero que me conozcas como soy. Porque si me amas, será otra cosa. Algo nuevo y hermoso. Cielos, ¿no sabes acaso que me llaman el hombre más rico del mundo? Es posible que no lo sea, pero contigo a mi lado, podríamos gobernar el mundo.

–Yo no quiero gobernar el mundo –dijo Varinia con voz baja, sin entonación. Una voz muerta, que era la que empleaba siempre con Craso.

–¿No crees que yo sería diferente si me amaras?

–No lo sé ni me interesa.

–¿Pero te interesará si le ocurre algo a tu hijo? ¿Por qué no tomas una nodriza? Mira que sentarte ahí con los senos chorreando...

–¿Por qué me amenaza siempre con mi hijo? El niño es suyo como yo soy suya. ¿Cree que amenazándome con matar a mi hijo logrará que lo ame?

–Yo no he amenazado con matar a tu hijo.

–Usted...

–Perdóname, Varinia. Siempre hablamos en torno a lo mismo. Come, por favor. Hago lo que puedo hacer. Te sirvo una cena como ésta. No me digas que no te importa. Podría comprarse una villa por el precio de esta cena. Por lo menos, come. Pica algo. Mira... Déjame que te cuente algo gracioso que ocurrió hoy. Por lo menos para ti será divertido. Y come un poco.

–Como cuanto necesito comer –dijo Varinia.

Entró un esclavo y sirvió pato en una fuente de plata. Otro esclavo lo trinchó. Craso tenía una mesa circular –que acababan de ponerse de moda– con una banqueta en torno a dos terceras partes de la misma. Los comensales se sentaban con los pies suspendidos sobre una pila de almohadones de seda.

–Este pato, por ejemplo. Está ahumado, relleno con trufas y cocinado con melocotones agrios en aguardiente.

–Está muy sabroso –dijo Varinia.

–Sí... te estaba diciendo hace un momento que hoy ocurrió algo gracioso. En los baños se me acercó Graco. Me odia en forma tan virulenta que le resulta imposible ocultarlo. Lo raro es que yo no lo odio. Yo olvido... Tú no lo conoces. Es senador y tiene un gran poder político en Roma... o lo tenía. Su poder se tambalea ahora. Pertenece al grupo de los recién llegados, que salieron de los barrios bajos y se hicieron ricos gracias a los sobornos y los votos por representación. Un verdadero cerdo. No tiene ni orgullo... ni figura; que es lo que siempre ocurre. Ni sensibilidad, de modo que se sentará en su escaño hasta que se le desmoronen los cimientos. Bueno, inmediatamente me di cuenta de que andaba tras de algo. Hizo una gran exhibición de su enorme caparazón de grasa, paseándose de un lado al otro del *tepidarium* conmigo. Y finalmente dio a conocer sus intenciones. Quiere comprarte a ti. Ofreció un precio

Librodot

bastante elevado cuando le dije que no, duplicó la oferta. Estaba muy decidido. Lo insulté, pero fue como si no le hubiera dicho nada.

–¿Por qué no me vendió a él? –preguntó Varinia.

–¿A él? Pero, querida, tendrías que verlo, aunque fuera sólo una vez, transportando sus montones de carne. ¿O que eso no te importaría?

–No me importaría –dijo Varinia.

Craso apartó el plato y se la quedó mirando. Bebió un vaso de vino y se sirvió otro, y entonces, en un súbito arranque de ira, arrojó el vaso a través de la habitación. Luego habló controlando sus palabras.

–¿Por qué me odias de ese modo?

–¿Es que tengo que amarlo, Craso?

–Sí. Porque te he dado mucho más de lo que jamás tuviste junto a Espartaco.

–No, jamás –dijo ella.

–¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Qué era él? ¿Un dios?

–No era ningún dios –repuso Varinia–. Era un hombre sencillo. Un hombre corriente. Era un esclavo. ¿Sabe usted lo que eso quiere decir? Usted ha pasado su vida entre esclavos.

–¿Y si te llevara al campo y te entregara a un campesino cualquiera, podrías vivir con él y amarlo?

–Solamente puedo amar a Espartaco. Nunca amé a otro hombre. Ni nunca amaré a otro hombre. Pero podría vivir con un esclavo del campo. Sería, en cierto modo, algo parecido a Espartaco, aunque Espartaco era un esclavo de las minas y no un esclavo del campo. Eso es todo lo era. Usted cree que soy muy simple, y eso es lo que soy, también soy tonta. A veces ni siquiera entiendo lo que usted dice. Pero Espartaco era más simple de lo que yo soy. Y, comparado con usted, era como un niño. Era puro.

–¿Qué quieres decir con puro? –preguntó Craso, dominándose–. ¡Bastante atención he prestado ya a tus tonterías! Espartaco era un enemigo de la sociedad, alguien que se puso al margen de la ley. Era un carnicero profesional que se convirtió en un asesino, en un enemigo de todo cuanto hermoso y decente ha creado Roma. Roma trajo paz y civilización al mundo entero, pero ese sucio esclavo lo único que sabía era incendiar y destruir. ¡Cuántas villas yacen en ruinas debido a que los esclavos no conocieron ni entendieron la civilización! ¿Por qué lo hicieron? ¿Qué lograron en los cuatro años que combatieron contra Roma? ¿Cuántos miles de personas murieron porque los esclavos se sublevaron contra Roma? ¡Cuánta miseria y sufrimiento ha padecido el mundo porque esa chusma soñaba con libertad... libertad para destruir!

Ella permanecía silenciosa, la cabeza inclinada, los ojos mirando al suelo.

–¿Por qué no respondes?

–No sé cómo contestar –dijo Varinia con calma–. No sé lo que significan esas cuestiones.

–He permitido que me digas cosas que no habría tolerado a nadie en la tierra. ¿Por qué no me respondes? ¿Qué querías decir cuando aseguraste que Espartaco era puro? ¿Soy menos puro que él?

–No sé –dijo Varinia–. A usted no lo comprendo. No comprendo a los romanos. Sólo conozco a Espartaco.

–¿Y por qué era puro?

–No sé. ¿No cree usted que yo misma me lo he preguntado? Posiblemente porque era un esclavo. Tal vez porque sufrió tanto. ¿Cómo puede comprender usted lo que un esclavo sufre? Usted nunca fue esclavo.

–Pero puro; tú dijiste puro.

–Para mí era puro. No podía hacer cosas malas.

–¿Y crees que era bueno organizar un levantamiento e incendiar medio mundo?

–Nosotros no incendiamos al mundo. Todo cuanto queríamos era nuestra libertad. Lo único que queríamos era vivir en paz. Yo no sé hablar como usted habla. No tengo educación. Ni siquiera soy capaz de hablar bien su idioma. Cuando usted me habla, me confundo. Pero,

Librodot

cuando Espartaco me hablaba, no me confundía. Yo sabía lo que nosotros queríamos. Queríamos ser libres.

–Pero eran esclavos.

–Sí. ¿Y por qué unos han de ser esclavos y otros libres?

Craso, con mayor suavidad, dijo:

–Tú ahora has estado viviendo en Roma, Varinia. Te he llevado por la ciudad en mi litera. Has visto el poderío de Roma, el infinito e ilimitado poderío de Roma. Los caminos romanos se extienden por todo el mundo. Las legiones romanas montan guardia en los límites de la civilización y contienen a las fuerzas de la obscuridad. Las naciones tiemblan a la vista de la vara del legado, y dondequiera haya aguas, las naves de Roma dominan los mares. Tú viste cómo los esclavos aplastaron a algunas de nuestras legiones, pero aquí en la ciudad apenas si se le prestaba atención. Hablando razonablemente, ¿es concebible para ti que unos cuantos esclavos pudieran haber derribado al más extraordinario poder que haya conocido el mundo, un poder que todos los imperios de la antigüedad no podrían igualar? ¿Comprendes? Roma es eterna. El sistema romano es el mejor sistema que haya concebido la humanidad y durará para siempre. Eso es lo que quiero que comprendas. No llores por Espartaco. La Historia dio Cuenta de Espartaco. Tú tienes que vivir tu propia vida.

–Yo no lloro por Espartaco. Nadie llorará nunca por Espartaco. Pero tampoco lo olvidarán nunca.

–¡Ah, Varinia, Varinia...! ¡Qué tonta eres! Espartaco ya no es más que un fantasma y mañana ese fantasma será llevado por el viento. Dentro de diez años nadie se acordará de él. ¿Por qué habrían de recordarlo? ¿Es que hay algo de historia en la rebelión de los esclavos? Espartaco no construyó; solamente destruyó. Y el mundo recuerda solamente a los que construyen.

–Creó esperanza.

–Varinia, repites palabras como si fueras una niña. Creó esperanza. ¿Esperanza para quién? ¿Y dónde están esas esperanzas ahora? Se las ha llevado el viento, como si fueran cenizas, como si fueran polvo. ¿No te das cuenta de que no hay ni habrá nunca en el mundo otro dictado diferente al de que los fuertes gobernarán a los débiles? Varinia, yo te amo. No porque eres una esclava, sino a pesar de ese hecho.

–Sí...

–Pero Espartaco era puro –dijo él con amargura.

–Sí, Espartaco era puro. »

–Dime en qué sentido era puro.

–No puedo decirlo. No puedo decirle cosas que usted no entendería.

–Quiero comprender a Espartaco. Quiero combatirlo. Luché contra él cuando vivía y lucharé contra él ahora que está muerto.

Ella movió su cabeza. «¿Por qué se empecina conmigo así? ¿Por qué no me vende a otro? ¿Por qué no hace conmigo lo que quiere? ¿Por qué no me deja tranquila?»

–Te pido que me digas una cosa sencilla, Varinia. ¿Existió, en realidad, un hombre llamado Espartaco? ¿Por qué nadie puede contarme nada de él?

–Se lo he dicho...

Varinia se detuvo y él, esta vez amablemente, le dijo:

–Continúa. Varinia. Continúa. Quiero ser tu amigo. No quiero que tengas miedo de hablarme.

–Yo no tengo miedo. Nunca volví a tener miedo después de haber conocido a Espartaco. Pero es difícil hablar de él. Usted lo llama asesino y carnicero. Pero él fue el mejor y el más noble de los hombres.

–Sí, pero cuéntame. Quiero que hables ahora. Quiero saber qué es lo que hizo para que tú pienses eso de él. Es posible que si llego a comprenderlo, llegue yo a ser como Espartaco.

Había continuado bebiendo sin probar bocado. Su ironía era ahora comedida y discreta.

–Tal vez yo pueda ser como Espartaco.

Librodot

–Usted me hace hablar, pero ¿cómo explicarlo? Los hombres y las mujeres no son de la misma condición entre los esclavos que entre ustedes. Entre los esclavos un hombre y una mujer son iguales. Trabajamos por igual; nos azotan con igual dureza; morimos del mismo modo y vamos a dar a la misma fosa común. Y, al comienzo, nosotras empuñamos las lanzas y las espadas y luchamos al lado de nuestros hombres. Espartaco era mi camarada. Formábamos una sola persona. Nos habíamos unido el uno al otro. Cuando él tenía una herida, me bastaba con tocarla para sentir dolor y que fuera mi propia herida. Y siempre éramos iguales. Cuando murió su mejor amigo, Crixo, inclinó su cabeza sobre mi regazo y gritó y lloró como un niño. Y cuando tuve mi primer hijo, que nació muerto a los seis meses, yo lloré del mismo modo y él me cuidó. En toda su vida no tuvo otra mujer que no fuera yo. Y, pase lo que pase, no tendré yo otro hombre. La primera vez que estuve en sus brazos, tuve miedo. Entonces se apoderó de mí un sentimiento maravilloso. Supe que nunca moriría. Mi amor era inmortal. Nada podía volver a dañarme Pasé a ser como él y supongo que él pasó a ser un poco como yo. No teníamos secretos entre nosotros. Primero tuve miedo de que pudiera ver las imperfecciones de mi cuerpo. Pero entonces comprendí que esas imperfecciones eran tan puras como la piel misma. Me amaba tanto. ¿Pero qué puedo contarle de él? Quieren hacerlo parecer como un gigante, pero no era un gigante. Era un hombre corriente. Era amable y bueno y lleno de amor. Amaba a sus camaradas. Cuando se encontraban solían abrazarse y besarse en la boca. Entre ustedes los romanos nunca he visto que los hombres se abracen y se besen, y, no obstante, aquí los hombres se acuestan con hombres tan fácilmente como se acuestan con mujeres. Fuera lo que fuese lo que Espartaco me dijera, yo lo entendía. Pero yo no lo comprendo a usted. Yo no comprendo a los romanos cuando hablan. Cuando los esclavos discutían y se peleaban, Espartaco los llamaba y ellos hablaban y luego él les hablaba a ellos y ellos escuchaban. Hicieron cosas malas, pero siempre quisieron ser mejores. No estaban solos. Formaban parte de algo; formaban parte de cada uno de ellos, también. Al principio acostumbraban robar parte del botín. Espartaco me demostró que nada podían hacer para impedirlo, porque provenían de lugares donde se robaba. Pero el tesoro común nunca se cerró con llave ni tuvo que ser vigilado, y cuando vieron que podían disponer de cuanto necesitaran sin tener que robarlo y que no había modo de usar lo que robaban, dejaron de robar. Perdieron su miedo de tener hambre y de ser pobres. Y Espartaco me enseñó que todas las cosas malas que hacen los hombres se deben a que tienen miedo. Me mostró cómo podíamos cambiar y transformarnos en seres buenos y hermosos, con única condición de vivir fraternalmente y compartir todo cuanto se tuviera, los unos con los otros. Yo vi eso. Yo viví eso. Pero de algún modo el hombre que yo tuve siempre fue así. Por ese motivo pudo convertirse en su líder. Por eso lo escuchaban. No eran asesinos y carniceros. Eran algo que el mundo nunca había visto antes. Eran como debe ser la gente. Por ese motivo usted no puede herirme. Por ese motivo yo no puedo amarlo.

–¡Fuera de aquí! –le dijo Craso–. ¡Apártate de mi vista! ¡Maldita seas!

Librodot

VI

Graco volvió a llamar a Flavio. Aquellos dos hombres compartían el mismo destino. Más que nunca tenían el aspecto de hermanos aquellos dos hombres ancianos y obesos. Se sentaban y se miraban comprendiéndose mutuamente. Graco se daba cuenta de la tragedia de Flavio. Flavio había intentado siempre ser como otros hombres que triunfaban, pero nunca lo había logrado. Gesto por gesto los imitaba, pero a la postre no pasaba de ser una imitación. Ni siquiera era un engaño; apenas si era la imitación de un engaño. Y Flavio miraba a Graco y se daba cuenta de que el viejo Graco estaba acabado, completamente acabado, y ya nunca volvería a ser lo que había sido. Sospechaba que algo terrible había ocurrido en la vida de Graco; se trataba tan sólo de una sospecha, pero era suficiente. Había encontrado un protector y el protector ya no podía protegerlo. ¡Vaya con las cosas que pasan!

–¿Qué quieres? –preguntó Flavio–. No me mires de ese modo. Se trata de Varinia. He obtenido la confirmación, si es que la quieres. La mujer de Espartaco. ¿Qué quieres de mí ahora?

–¿De qué tienes miedo? –preguntó Graco–. Nunca doy la espalda a la gente que me ha ayudado. ¿Por qué demonios debes tener miedo?

–Tengo miedo de ti –contestó Flavio con desconsuelo – Tengo miedo de lo que vas a pedirme que haga. Podrías llamar a las cohortes de la ciudad si quisieras. Tienes tus propias pandillas y tus propios matones y hay barriadas enteras que podrías usar para tus fines. ¿Por qué lo haces entonces? ¿Por qué acudes a alguien como yo, que ya no es nadie? Ni siquiera eso, pues nunca pasé de ser un sinvergüenza barato, nunca. ¿Por qué no acudes a tus amigos?

–No puedo –dijo Graco–. En esto no puedo acudir a mis amigos.

–¿Por qué?

–¿No te das cuenta por qué? Quiero a esa mujer. Quiero a Varinia. He tratado de comprarla. Le he ofrecido a Craso un millón de sestercios y luego dupliqué el precio. Me insultó y se rió de mí en mi cara.

–¡Oh!, no, no... ¡dos millones!

De sólo pensarlo, Flavio comenzó a temblar. Se lamió los gruesos labios y apretó y aflojó las manos repetidamente.

–Dos millones. ¡Pero eso es el mundo en un saco! Llevas contigo ese dinero y consigues el mundo entero. ¿Y ofreciste eso por esa mujer? ¡Cielos, Graco!, ¿por qué la quieres? No es que quiera meterme en tus secretos. Quieres que haga algo por ti, pero te aseguro que me iré de aquí inmediatamente si no me lo dices. Tengo que saber por qué la quieres.

–La amo –respondió Graco tristemente.

–¡Qué!

Graco asintió. Ya no le quedaba dignidad. Asintió y se le enrojecieron y humedecieron los ojos.

–No comprendo. ¿Amor? ¿Qué demonios es el amor? Nunca te casaste. No hubo mujer que llegara a poner sus dedos sobre ti. Y ahora vienes y me dices que amas a una muchacha esclava al extremo de pagar dos millones de sestercios por ella. No puedo comprenderlo.

–¿Es que acaso tienes necesidad de comprenderlo? –gruñó el político–. No podrías entenderlo. Mírame y verás que soy viejo y gordo y además siempre sospechaste que era un capón. Tómalo como quieras. Nunca conocí a una mujer que fuera un ser humano; ¿cómo son la mayoría de nuestras mujeres? Las he temido y las he odiado. Es posible que nosotros las hayamos hecho como son... No sé. Ahora quiero ir arrastrándome de rodillas hasta esa mujer. Quiero que, aunque sea tan sólo una vez, me mire y me diga que significo algo para ella. No sé lo que Craso será para ella, pero comprendo lo que significa para mí. Lo comprendo perfectamente bien. Pero ¿qué puede significar él para ella? Él es el hombre que destruyó a su esposo..., el hombre que aplastó a Espartaco. ¿Cómo puede ella mirarlo sin sentir desprecio y odio hacia él?

Librodot

–Las mujeres pueden –asintió Flavio–. Craso puede elevar el precio indefinidamente. Te sorprenderías.

–¡Oh!, estás completamente equivocado, gordo tonto. ¡Estúpido gordo tonto!

–No empieces de nuevo, Graco.

–Entonces no hables como un idiota. Quiero a esa mujer. Ya sabes cuál es el precio.

–Quieres decir que pagarás...

–Sí.

–¿Te das cuenta de las consecuencias? –dijo Flavio cautelosamente–. No para mí. Si lo logro, tomo el dinero y me voy a Egipto y me compro una villa y algunas muchachas esclavas de Alejandría y vivo allí como un sátrapa por el resto de mis días. Yo puedo hacer eso, pero tú Graco. Tú eres Graco; eres un senador; en este momento eres la fuerza más poderosa de Roma. No puedes huir– ¿Qué vas a nacer con ella?

–Por ahora eso no me preocupa.

–¿No? Sabes lo que hará Craso. Nadie derrotó nunca a Craso. Nadie tomó nunca nada que fuera de Craso. Puedes luchar contra Craso? ¿Puedes competir con su riqueza? Te destruirá, Graco. Te llevará a la muerte. Te arruinará y te matará.

–¿Crees que es tan grande como para lograrlo? –preguntó Graco con suavidad.

–¿Quieres que te diga la verdad? Dos millones es algo con lo que ni siquiera he soñado, pero la verdad es que sí. Puede hacerlo y lo hará.

–Correré el riesgo –dijo Graco.

–¿Y qué es lo que obtendrás corriendo ese riesgo? Dos millones es mucho dinero. Puedo pagar para que la saquen de la casa y te la traigan. Eso no será difícil. Pero ¿cómo saber que ella no te escupirá en la cara? ¿Por qué no habría de hacerlo? Craso aplastó a Espartaco. Pero ¿quién llevó a Craso a eso? ¿Quién maniobró para que lo consiguiera? ¿Quién le entregó el ejército y le encomendó la tarea?

–Fui yo –dijo Graco.

–Precisamente. Entonces, ¿qué obtendrás?

–Puedo obtenerla a ella...

–¿Qué es lo que puedes darle? Hay sólo una cosa que los esclavos quieren. ¿Puedes dársela?

–¿Qué cosa?

–¡Oh!, tú sabes de qué se trata –repuso Flavio–. ¿Por que no enfrentas las cosas?

–¿Te refieres a la libertad?

–No contigo. Su libertad sin ti. Eso significa su libertad fuera de Roma. Eso quiere decir la libertad fuera del alcance de Craso.

–¿No crees que ella debería darme aunque fuera un noche por su libertad?

–¿Una noche de qué?

–De amor...; no, de amor no. Honor, respeto, atenciones. No..., no es eso. Gratitud. Déjame plantearlo en esa forma. Una noche de gratitud.

–¡Qué tonto eres! –exclamó Flavio.

–Lo soy doblemente por estar aquí sentado y permitirte que lo digas –asintió Graco–. Tal vez lo sea... Tal vez no. Correré el riesgo con Craso. Tienes que convencerla de que nunca falto a mi palabra. He vivido cumpliendo mi palabra. Roma lo sabe, pero lo importante es que puedas convencerla a ella.

Flavio asintió con la cabeza.

–Tendrás que arreglar las cosas de modo que a continuación ella pueda salir de Roma. ¿Puedes hacerlo?

Flavio volvió a asentir.

–¿Adonde?

–Por lo menos hasta la Galia Cisalpina. Allí estará a salvo. En el sur las puertas estarán vigiladas. Creo que estará a salvo si se va hacia el norte, hacia la Galia. Ella es germana. Me imagino que si quiere, puede llegar a Germania.

Librodot

–¿Y cómo te las arreglarás para sacarla de la casa de Craso?

–Eso no es problema. Sale al campo todas las semanas, cada tres días. Un poco de dinero juiciosamente gastado hará el resto.

–Solamente si ella consiente.

–Lo comprendo –convino Flavio.

–Y me imagino que querrá llevarse al bebé. Y me parece bien que lo haga. Procuraré que el pequeño esté cómodo aquí.

–Sí.

–Tú quieres que te pague los dos millones por adelantado, ¿no es así?

–Me parece que es conveniente recibirlo por adelantado –dijo Flavio con algo de tristeza.

–Te los puedo dar ahora. El dinero lo tengo aquí. Si quieres te doy el dinero en efectivo o, si prefieres, te entrego una orden de pago para mis banqueros de Alejandría.

–Prefiero dinero en efectivo –dijo Flavio.

–Sí... Creo que tienes razón. No pienses en escaparte, Flavio. Te encontraré en cualquier parte donde quieras esconderte.

–¡Maldito seas, Graco! Mi palabra es tan fiable como la tuya.

–Está bien.

–¡Lo único que no sé es por qué estás haciendo esto! ¡Por todos los dioses habidos y por haber, no sé por qué lo haces! No conoces a Craso si te imaginas que no va a reaccionar.

–Conozco a Craso.

–Entonces, que Dios te ayude, Graco. Quisiera no ser tan pesimista, pero no puedo menos que decirte la verdad.

VII

Varinia tuvo un sueño. Soñó que se la sometía a un interrogatorio en el honorable Senado. Allí estaban sentados los hombres que gobernaban el mundo. Todos estaban sentados en sus grandes escaños, envueltos en sus blancas togas, y cada uno de ellos tenía el rostro alargado, elegante y duro de Craso. La suma del poder estaba expresada en todo cuanto les concernía, en la forma en que estaban sentados, inclinados hacia delante, con la mejilla apoyada en la mano, en la expresión de sus rostros, tan ceñudos y llenos de presagios, en su confianza, en su seguridad... Representaban el poder y la fortaleza y nada en el mundo podía oponérseles. Estaban sentados en sus blancos asientos de piedra en la amplia sala circular del Senado y bastaba verlos para sentir temor.

Varinia soñó que estaba ante ellos y que tenía que prestar testimonio contra Espartaco. Se hallaba de pie ante ellos con un fino vestido de algodón y estaba lúcida y dolorosamente consciente de que la leche de sus senos lo estaba manchando. Ellos comenzaron a interrogarla.

–¿Quién era Espartaco?

Iba a responder, pero antes de que pudiera hacerlo ya le fue formulada la siguiente pregunta. –¿Por qué trató de destruir a Roma?

Nuevamente trató de responder y nuevamente se le formuló la pregunta siguiente.

–¿Por qué asesinó a todos cuantos cayeron en sus manos? ¿No sabía acaso que nuestras leyes prohiben el asesinato?

Trató de negar, pero antes de que de sus labios salieran dos palabras desmintiendo lo afirmado en la pregunta, va estaba presente la siguiente.

–¿Por qué odiaba todo cuanto es bueno y amaba todo cuanto es malo?

Nuevamente intentó hablar, pero uno de los senadores se puso de pie y señaló su pecho.

–¿Qué es eso? –preguntó.

–Leche.

Entonces se reflejó ira en todos los rostros, una terrible ira, y ella se sintió más atemorizada que nunca. Y luego, sin que hubiera razones para ello, al menos que ella recordara en su sueño, el temor se desvaneció. En su sueño se dijo a sí misma:

–Esto sólo ocurre porque Espartaco está conmigo.

Volvió el rostro y, en efecto, él estaba a su lado. Estaba vestido en la forma en que casi siempre vistió durante sus campañas. Llevaba botas altas, de cuero. Vestía una túnica lisa, de color gris, y sobre sus cabellos se alzaba un pequeño gorro de fieltro. No llevaba armas, ya que había hecho cuestión de no llevar armas a menos que fuera en el campo de batalla. No usaba anillos, ni joyas ni brazaletes. Su rostro estaba bien afeitado y su rizado cabello estaba cortado al rape.

Su apariencia tenía un aire de extraordinaria tranquilidad y seguridad en sí mismo. Ella recordaba –en su sueño– que siempre había sido así. Espartaco se acercaba a un grupo y un sentimiento de tranquilidad se apoderaba de todos. Pero ella experimentaba una reacción distinta. Siempre que lo veía lo inundaba una sensación de alegría como si se abriera un círculo. Y cuando él aparecía, el círculo se cerraba y completaba. Una vez ella había estado en su tienda de campaña. Por lo menos había cincuenta personas esperándolo. Finalmente, él llegó y ella se hizo a un lado mientras atendía a la gente que lo había estado esperando. Se limitó a observarlo, pero su felicidad fue en constante aumento, y cada palabra que él decía y cada movimiento que él hacía en su tienda de campaña contribuían a intensificar ese placentero estado de ánimo. Llegó un momento en que no pudo continuar así y salió de la tienda y buscó un lugar donde estar sola.

En su sueño, Varinia experimentaba un sentimiento algo similar.

–Pero ¿qué estás haciendo aquí, querida mía? –le preguntó él.

–Me están interrogando.

Librodot

–¿Quiénes?

–Ellos. –Y señaló a los honorables senadores–. Me asustan. –Y advirtió en ese momento que los senadores estaban completamente inmóviles, como si hubieran sido congelados.

–Pero puedes ver que están más asustados que tú –le dijo Espartaco. ¡Lo que era tan típico de él! Veía algo y lo definía lisa y llanamente. Y luego solía asombrarse de que ella no lo hubiera visto del mismo modo. Por supuesto que ellos estaban atemorizados.

–Vamos, Varinia –dijo Espartaco sonriente. Le puso el brazo en la cintura y ella hizo lo mismo con él.

Salieron del Senado y entraron en las calles de Roma. Caminaron por ellas y nadie los advirtió ni los detuvo. En su sueño, Espartaco le dijo:

–Siempre que estoy contigo ocurre lo mismo. Cada que estoy contigo te deseo. ¡Oh, cómo te deseo!

–Cada vez que me desees, puedes tenerme.

–Lo sé, lo sé. Pero es difícil recordarlo. Me imagino se debería dejar de desear lo que se sabe que se puede obtener. Pero yo sigo deseándote. Cada vez te deseo más y más. ¿Tú me deseas en la misma forma?

–En la misma forma.

–¿Siempre que me ves?

–Si.

–Eso es lo que yo siento. Siempre que te veo.

Caminaron un poco más y entonces Espartaco le dijo:

–Tengo que ir a un lugar. Debemos ir a algún lugar y acostarnos.

–Conozco un lugar donde podemos ir –dijo Varinia en su sueño.

–¿Dónde?

–A la casa de un hombre llamado Craso; yo vivo allí.

El se detuvo y retiró el brazo. Se volvió hacia ella y buscó su mirada. Y entonces advirtió la mancha de leche sobre su vestido.

–¿Qué es esto? –le preguntó, olvidando aparentemente lo que le había dicho ella sobre Craso.

–La leche con que alimento a mi hijo.

–Yo no tengo ningún hijo –dijo él. De repente, sintió miedo y retrocedió, alejándose de ella, y luego se marchó. Entonces el sueño llegó a su fin y Varinia despertó y en torno a ella no había sino obscuridad.

Librodot

VIII

Al día siguiente, Craso se fue al campo, y al atardecer Flavio llevó a Varinia a casa de Graco, tal como lo habían convenido. Cuando llegaron, Graco estaba cenando solo. Una esclava le anunció que afuera había dos personas, Flavio y una mujer. Y que la mujer tenía una criatura en brazos.

–Sí –dijo Graco–. Sí, lo sé. Hay un lugar dispuesto para el niño. Hazlos entrar. –Y luego agregó–: No, no. Lo haré yo mismo.

Casi corriendo fue del comedor a la puerta de entrada. Los invitó personalmente a que entraran. Se mostró muy amable, muy considerado, y les dio una bienvenida digna de invitados merecedores del máximo respeto.

La mujer vestía una larga túnica y, en la sombra del corredor de entrada, a Graco le fue imposible distinguir su rostro. Los acompañó adentro y le dijo a la mujer que podía entregarle al niño o llevarlo personalmente a la habitación del bebé. Ella acunaba al chico en sus brazos y Graco tenía temor de hacer o sugerir algo que pudiera resultarle aprensivo respecto a su preocupación por el niño.

–Tengo aquí a una niñera profesional, para que lo atienda –dijo–. Tengo una pequeña cuna y todo cuanto pueda desear. Estará cómodo y a salvo y nada puede ocurrirle.

–No es mucho lo que necesita –respondió Varinia.

Era la primera vez que Graco oía su voz. Era una voz suave, pero rica en matices y muy profunda; una voz agradable. Echó hacia atrás la capucha de su túnica y él pudo verle el rostro. Llevaba el largo cabello rubio atado hacia atrás, sobre la nuca. No tenía afeite alguno en el rostro, lo que, por extraño que parezca, hacía que los delicados rasgos de su rostro resultaran más perceptibles y más hermosos.

Mientras Graco la observaba, Flavio observaba a Graco. Flavio se mantuvo a un lado, interesado, displicente y también intrigado. No se sentía cómodo allí y, tan pronto como tuvo ocasión de hablar, dijo:

–Ahora tengo que hacer los demás preparativos, Graco. Volveré cuando amanezca. Espero que para entonces estarás listo.

–Estaré listo –asintió Graco.

Flavio partió y Graco condujo a Varinia a la habitación que había preparado para el bebé. Había allí una esclava, sentada, y Graco la señaló y le explicó:

–Estará aquí toda la noche. No quitará sus ojos del niño. De modo que nada tiene que temer. Si el niño llora, la llamará inmediatamente. No tiene por qué preocuparse.

–El niño dormirá –dijo Varinia–. Usted es muy amable, pero el niño dormirá.

–Pero usted no necesitará estar atenta por si él niño llora. Tan pronto como ocurra, ella la llamará. ¿Tiene usted apetito? ¿Ha comido?

–No he comido, pero no tengo apetito –respondió Varinia después de haber colocado al niño en la cuna–. Estoy demasiado nerviosa para sentir apetito. Es como si estuviera soñando. Al principio tenía miedo de confiar en ese otro hombre, pero ahora le creo. No me explico por qué hace usted esto por mí. Temo estar durmiendo y me parece que en cualquier momento puedo despertar.

–Siéntese conmigo mientras termino mi cena y posiblemente quiera luego comer algo después.

–Sí, haré eso.

Volvieron al comedor y Varinia se sentó en un diván colocado en ángulo recto con el de Graco. Él no podía reclinarse; se sentó bastante tieso, sin poder quitarle los ojos de encima a Varinia. Advirtió con cierta sorpresa que en modo alguno se sentía inquieto ni tenía aprensión, sino que, por el contrario, experimentaba una gran felicidad, como nunca había conocido antes en su vida. Estaba contento. En toda su existencia nunca había sabido lo que era estar contento. La parecía que todas las cosas andaban bien en el mundo. Las dolorosas

Librodot

incongruencias del mundo habían desaparecido. Se sentía en su hogar, en su casa de su bendita ciudad, en su maravillosa urbe, y sentía un gran cariño por la mujer que estaba sentada frente a él. No intentó establecer cuál era el complejo que había hecho que el único acto de amor de su existencia recayera en la mujer de Espartaco; pensó que lo comprendía, pero no sintió deseo alguno de demostrárselo a sí mismo y analizarlo. Comenzó a hablar de la comida.

–Temo que la encontrará bastante sencilla, en comparación con la mesa de Craso. Suelo comer frutas y carne y pescados sin condimentar, y luego algo especial. Esta noche tengo langosta rellena, que es muy buena. Y un buen vino blanco, que bebo con agua...

Ella no lo escuchaba, pero con percepción poco común, él dijo:

–Usted no entiende, ¿verdad? cuando nosotros los romanos hablamos de alimentos.

–No –admitió ella.

–Me doy cuenta por qué. Nosotros nunca hablamos de lo vacías que son nuestras vidas. Y eso es debido a que dedicamos tanto tiempo a llenar nuestras vidas. De todos los actos naturales de los bárbaros, comer y beber, amar, reír, de todas estas cosas nosotros hemos creado un gran ritual y las hemos hecho objeto de culto. Ya nunca tenemos hambre. Hablamos del hambre, pero nunca la experimentamos. Hablamos de la sed, pero nunca tenemos sed. Hablamos de amor, pero no amamos y tratamos de encontrarle un sustituto al amor en todas nuestras interminables innovaciones y perversiones. Entre nosotros la distracción ha ocupado el lugar de la felicidad y cuando una distracción deja de serlo debemos buscar algo más atractivo, más emocionante..., más y más y más. Nos hemos embrutecido al extremo de ser insensibles a lo que hacemos, y esa insensibilidad crece. ¿Entiende lo que estoy diciendo?

–Algo entiendo –respondió Varinia.

–Y yo tengo que comprenderla a usted, Varinia. Tengo que comprender por qué tiene miedo de que esto sólo sea un sueño. Usted tiene mucho que ganar con Craso. Pienso que hasta se casaría con usted, si usted realmente se lo propusiera. Craso es un gran hombre. Es uno de los hombres más grandes de Roma, y su poder y su influencia son casi increíbles. ¿Usted sabe lo que es un faraón egipcio?

–Sí, lo sé.

–Bueno, en este momento, Craso tiene más poder que un faraón egipcio. Y usted podría ser más grande que una reina egipcia. ¿Le causaría eso alguna felicidad?

–¿Con el hombre que mató a Espartaco?

–¡Ah!, pero considere... Él no lo hizo personalmente– Ni conoció a Espartaco ni sentía odio alguno por él. Yo soy tan culpable como él. Roma destruyó a Espartaco. Pero Espartaco está muerto y usted vive. ¿No desea lo que Craso puede ofrecerle?

–No lo quiero –respondió Varinia.

–¿Qué es lo que usted quiere, mi querida Varinia?

–Quiero ser libre –dijo ella–. Quiero irme de Roma y nunca más volver a ver Roma en mi vida. Quiero ver a mi hijo creciendo en libertad.

–¿Tanto significa ser libre? –preguntó Graco, genuinamente intrigado–. ¿Libre para qué? ¿Libre para morirse de hambre, para ser asesinado, para carecer de hogar... Libre para trabajar la tierra como la trabajan los campesinos?

–No sé cómo decírselo –manifestó Varinia–. Traté de decírselo a Craso, pero no supe cómo hacerlo. Ni sé como decírselo a usted.

–Y usted odia a Roma. Yo amo a Roma, Varinia. Roma es mi sangre y mi vida, mi madre y mi padre. Roma es una prostituta, pero me moriría si tuviera que dejarla. Lo siento en este momento. Y porque usted está sentada allí, mi ciudad me domina. Pero usted la odia. Me pregunto ¿por qué? ¿Espartaco odiaba a Roma?

–Estaba contra Roma y Roma estaba contra él. Usted lo sabe.

–Pero cuando derribara a Roma, ¿qué se proponía construir en lugar de Roma?

–Quería un mundo en el que no hubiera esclavos ni amos, sino sólo personas que vivieran juntas, en paz y hermandad. Decía que tomaría de Roma lo que fuera bueno y hermoso.

Librodot

Construiríamos ciudades sin murallas, y todos los hombres vivirían en paz y hermandad, y no habría más guerras ni más miseria ni más sufrimientos.

Graco permaneció un rato silencioso y Varinia lo observó con curiosidad y sin temor. Porque a pesar de su obesidad exterior, de su enorme masa, era un hombre en quien quería confiar y al que consideraba distinto a todos cuantos había conocido antes. Había en él una peculiar honestidad, una honestidad puesta del revés. Era una cualidad que, en cierto modo, le hacía recordar a Espartaco. No era nada que pudiera especificarse. Nada físico, ni siquiera un modo. Era más bien un ejemplo de su manera de pensar y, en ciertos momentos, solamente en ciertos momentos, decía cosas como las hubiera dicho Espartaco.

Permaneció silencioso durante bastante tiempo y cuando volvió a hablar lo hizo comentando lo que ella había dicho antes, como si no hubiera transcurrido tiempo alguno.

–De modo que ése era el sueño de Espartaco –dijo–. Hacer un mundo en que no hubiera más látigos y nadie a quien azotar... sin palacios y sin chozas de barro. ¡Quién sabe! ¿Qué nombre va a ponerle a su hijo, Varinia?

–Espartaco. ¿De qué otro modo podría llamarlo?

–Espartaco es un nombre adecuado. Sí, por supuesto. Y será alto y orgulloso y fuerte. ¿Y le contará sobre su padre?

–Sí, le contaré.

–¿Qué le dirá? ¿Cómo le explicará? Vivirá en un mundo en que no hay hombres como Espartaco. ¿Cómo le explicará qué fue lo que hizo de su padre un hombre puro y noble?

–¿Cómo sabe usted que Espartaco era puro y noble? –le preguntó Varinia.

–¿Es tan difícil saberlo? –respondió Graco asombrado.

–Para cierta gente es difícil saberlo. ¿Sabe lo que voy a decirle a mi hijo? Creo que usted me comprenderá. Le diré una cosa muy sencilla. Le explicaré que Espartaco era puro y noble porque hizo frente al mal y se opuso al mal y combatió contra el mal... y que nunca en su vida hizo las paces con lo que estuviera equivocado.

–¿Y eso lo hizo puro?

–No soy muy inteligente, pero creo que eso haría puro a cualquiera –contestó Varinia.

–¿Y cómo sabía Espartaco lo que era justo y lo que era injusto? –inquirió Graco.

–Lo que era bueno para su gente era justo. Lo que les hacía daño era injusto.

–Ya veo –asintió Graco–, el sueño de Espartaco y la manera de ser de Espartaco. Soy demasiado viejo para soñar, Varinia. De otro modo soñaría demasiado sobre lo que yo he hecho con esa única vida que se da al hombre para que viva. Una vida... y parece tan corta, tan sin sentido, tan sin objetivo. Es como un momento. El hombre nace y muere, sin poesía ni razón. Y aquí estoy yo, sentado con este obeso y feo cuerpo que tengo. ¿Era Espartaco un hombre muy guapo?

Ella sonrió por vez primera desde que entró en la casa. Sonrió y luego comenzó a reír y luego la risa se trocó en lágrimas y apoyó el rostro en la mesa y lloró.

–Varinia, Varinia... ¿Qué es lo que dije?

–Nada –se enderezó y secó sus lágrimas con la servilleta–. No es por nada que haya dicho usted. Amaba tanto a Espartaco. Él no era como ustedes los romanos. Ni tampoco como los hombres de mi tribu. Era tracio, de rostro ancho y aplastado, y cierta vez, al ser golpeado por un capataz, se le rompió la nariz. La gente decía que por eso tenía aspecto ovejuno, pero para mí era como debía ser. Eso es todo.

Las barreras habían desaparecido entre ellos. Graco extendió la suya y le tomó la mano. Nunca en su vida se había sentido tan cerca de una mujer ni tampoco tan confiado en ella.

–Querida, querida –dijo–, ¿sabes lo que me he dicho a mí mismo? Primero, que quería una noche de amor contigo. Después lo rechacé. Después quise una noche de distinción y respeto. También rechacé eso. Todo cuanto quería entonces era gratitud. Pero hay algo más que la gratitud, ¿verdad, Varinia?

–Sí, hay más –dijo ella con franqueza.

Librodot

Y entonces él comprendió que en ella no había ni duplicidad ni artificio. No tenía otra manera de hablar que la de expresar lo que pensaba. Le tomó las manos y se las besó y ella no las retiró.

–Esto es lo que quiero –dijo él–. Lo tendré hasta el amanecer. ¿Quiere estarse aquí sentada conmigo y hablar conmigo y beber un poco de vino y comer algo? Hay tanto que quiero decirle y tanto que quiero oírle decir. ¿Se sentará conmigo hasta el amanecer, y entonces vendrá Flavio con los caballos, y usted dejará Roma para siempre? ¿Hará eso por mí, Varinia?

–Y también por mí –dijo ella–; quiero hacerlo.

–No intentaré darle las gracias, porque no sé cómo agradecérselo.

–No tiene nada que agradecerme –dijo Varinia–. Me está haciendo tan feliz como nunca imaginé que podría volver a ser. Nunca pensé que podría volver a sonreír después de la muerte de Espartaco. Siempre pensé que la vida sería como un desierto. Y, sin embargo, él acostumbraba a decirme que la vida era más importante que cualquier otra cosa. Nunca llegué a comprenderlo tan bien como lo comprendo ahora. Ahora quiero reír. No puedo comprenderlo, pero quiero reír.

IX

Cuando regresó Flavio, estaba a punto de amanecer; era la hora gris y solitaria en que la vida llega al borde y las cosas alcanzan su punto más bajo antes de comenzar de nuevo. Sin decir palabra, el ama de llaves lo condujo a donde se hallaban Graco y Varinia. Graco estaba despatarrado en una silla, fatigado, con el rostro pálido pero con una expresión satisfecha. Varinia, sentada en un diván, amamantaba a su hijo. También ella tenía aspecto de fatiga, pero se la veía hermosa, sentada allí con la regordeta y rosada criatura succionando su pezón. Cuando Graco vio a Flavio, puso un dedo sobre sus labios y aquél permaneció quieto, a la espera. No pudo impedir, sin embargo, quedar cautivado por la belleza de la mujer. Sentada allí a la luz de la lámpara, alimentando al niño, parecía la evocación de una imagen de una Roma muy alejada en el tiempo.

Cuando hubo terminado, cubrió su pecho, envolvió a la criatura dormida y la puso en una canasta. Graco se puso de pie ante ella y durante largo rato Varinia lo estuvo mirando.

–Me decidí por el carro –les dijo Flavio–. En esa forma viajaremos más rápido: cuantos más kilómetros nos alejemos de la urbe, más posibilidades tendremos de lograr nuestro propósito. En un carro he puesto suficientes mantas y almohadas para que estemos cómodos y abrigados, pero tenemos que partir inmediatamente. Hemos hilado muy fino, excesivamente fino.

Ellos parecían no oírlo. Se miraban el uno al otro; la hermosa mujer de Espartaco y el obeso político romano. Entonces Varinia se volvió hacia el ama de llaves y le dijo:

–¿Quiere sostener al niño un momento?

El ama de llaves tomó a la criatura y Varinia se volvió hacia Graco. Le acarició los brazos y luego elevó las manos y le tocó el rostro. El se inclinó hacia ella y ella lo besó.

–Ahora tengo que decirle una cosa –expresó Varinia–. Le doy las gracias por lo bueno que ha sido conmigo. Si usted viene conmigo, trataré de ser buena con usted también... tan buena como podría serlo con cualquier hombre.

–Gracias, querida.

–¿Viene usted conmigo, Graco?

–¡Oh, querida, gracias y bendita seas! Te quiero mucho. Pero yo no serviría para nada fuera de Roma. Roma es mi madre. Mi madre es una ramera, pero, aparte de ti, es la única mujer a la que he amado. No soy desleal. Soy un viejo obeso. Flavio tendría que recorrer toda la ciudad para encontrar un carro para mí. Vete, querida.

–Les he dicho que tenemos el tiempo medido –dijo Flavio con impaciencia–. A estas alturas ya hay cincuenta personas que están enteradas de lo que estamos haciendo. ¿Creen ustedes que nadie va a hablar?

–Cuídala bien –dijo Graco–. Ahora serás un hombre rico, Flavio. Vivirás confortablemente. De manera que cumple con lo último que te pido. Cuida bien de ella y del niño. Llévalos hasta el norte, hasta que lleguéis a las faldas de los Alpes. Los campesinos galos que viven allí en los valles son gente sencilla, buena y trabajadora. Encontrará donde vivir entre ellos. Pero no la abandones hasta que veas los Alpes nítidamente recortados contra el cielo. Y date prisa. Azota a los caballos. Mátalos si es necesario y compra otros nuevos, pero no te detengas por ningún motivo. ¿Harás eso por mí, Flavio?

–Hasta ahora no he faltado nunca a mi palabra.

–No, nunca. Adiós.

Los acompañó hasta la puerta. Ella tomó al niño en brazos. Él se quedó en el corredor de entrada, bajo la luz grisácea del amanecer, y los vio subir al carro. Los caballos estaban nerviosos y alertas. Con sus cascos golpeaban el pavimento.

–Adiós, Varinia –le gritó.

Ella lo saludó con la mano. Los carros partieron, rechinando por las estrechas calles desiertas, despertando con su ruido a todo el vecindario...

Librodot

Graco se dirigió a su despacho. Se dejó caer en su gran asiento, muy fatigado, y durante un rato mantuvo cerrados los ojos. Pero no dormía. Su satisfacción no había pasado. Cerró los ojos y reflexionó sobre muchas cosas. Pensó en su padre, un pobre zapatero, perdido en un pasado que parecía haber desaparecido para siempre, cuando los romanos trabajaban y estaban orgullosos de su trabajo. Recordó su aprendizaje político en las calles, las sangrientas luchas de pandillas, el entrenamiento en la cínica compra y venta de votos, la forma en que se había aprovechado de las masas y cómo había escalado posiciones hasta alcanzar el poder. Nunca el poder fue suficiente; nunca el dinero fue suficiente. En aquellos días aún había romanos honestos que luchaban por la República, que luchaban por los derechos del pueblo, que denunciaban valientemente en el Foro la injusta expropiación de las tierras de los campesinos y el establecimiento de grandes fincas rústicas con esclavos. ¡Denunciaban! ¡Tronaban! ¡Sacaban la cara contra la tiranía! Graco lo había comprendido.

Ésa había sido su gran virtud: haber comprendido y haber reconocido la justicia de su causa. Pero también sabía que aquélla era una causa perdida. No se puede hacer retroceder el reloj de la historia; avanza siempre, y él se había unido a las fuerzas que habían depositado sus esperanzas en la formación de un imperio. Había enviado a sus pandillas a destruir a los que hablaban de las viejas libertades. Había asesinado a los hombres justos y de principios.

Estaba pensando en eso, pero sin pena ni lamentaciones, sino con el deseo de comprender. Luchaban por las viejas libertades aquellos enemigos suyos de los primeros días. ¿Pero es que había viejas libertades? Allí estaba aquella mujer que acababa de irse de su casa y en ella ardía el fuego de la libertad. A su hijo lo había llamado Espartaco y éste le daría el nombre de Espartaco a su propio hijo... ¿Y es que alguna vez los esclavos se resignarían a ser esclavos? Para él no había respuesta ni solución que pudiera plantearse a sí mismo, pero esto tampoco hizo que se lamentara. Había vivido plenamente la vida y no lo lamentaba. Tenía un sentido de la historia, un sentido del rápido transcurrir del tiempo en el cual él era sólo un instante, y esto lo consolaba. Su querida ciudad perduraría. Duraría para siempre. Si Espartaco volviera alguna vez y derribara sus murallas, para que los hombres pudieran vivir sin temor, esos hombres comprenderían que alguna vez hubiera habido hombres como Graco, que habían amado la ciudad aunque aceptaron sus males.

Pensó luego en el sueño de Espartaco. ¿Viviría? ¿Perduraría? ¿Eran verdaderas las extrañas aseveraciones que Varinia había formulado? ¿Era cierto que los hombres podían llegar a ser puros y desinteresados si combatían el mal? Nunca había conocido hombres así; pero nunca llegó a conocer a Espartaco. Pero había conocido a Varinia.

Y ahora Espartaco se había ido y Varinia se había ido. Era como si se hubiera tratado de un sueño. Apenas si había tocado los bordes del raro conocimiento de Varinia. Pero para él no existía; no podía existir.

Entró el ama de llaves. La miró con extrañeza.

–¿Qué quieres, anciana? –le preguntó amablemente.

–Su baño está listo, amo.

–Hoy no me bañaré –le explicó, y se asombró ante la sorpresa y consternación de la esclava–. Hoy todo es diferente, anciana, mira –prosiguió diciendo–: sobre aquella mesa hay una fila de bolsas. En cada bolsa hay un certificado de manumisión para cada uno de mis esclavos. En cada bolsa hay veinte mil sestercios. Quiero que entregues las bolsas a los esclavos y que les digas que se vayan de mi casa. Quiero que lo hagas ahora mismo, mujer.

–No lo comprendo –dijo ella.

–¿No? ¿Por qué no me comprendes? Lo que he dicho es perfectamente claro. Quiero que todos vosotros os vayáis. Sois libres y tenéis algún dinero. ¿Es que alguna vez os he permitido desobedecer mis órdenes antes?

–Pero ¿quién le preparará la comida? ¿Quién lo atenderá?

–No me hagas tantas preguntas, anciana. Haz lo que te he dicho.

Para Graco transcurrió una eternidad hasta que todos abandonaron la casa, y entonces se produjo un profundo silencio, un silencio extraño y nuevo. Salía el sol. Las calles estaban llenas de vida y de ruidos y sonidos, pero la casa de Graco estaba silenciosa.

Volvió a su despacho, se acercó a un armario y abrió la cerradura. De su interior cogió una espada, una corta espada hispánica, como la que llevaban los soldados, pero hermosamente labrada e introducida en una vaina finamente decorada. Le había sido entregada hacía muchos, muchos años, en alguna ceremonia, pero no tenía la menor idea del motivo ni la ocasión del regalo. ¡Qué extraño era que sintiera tal desprecio por las armas! Mas no era tan extraño, teniendo en cuenta que la única arma en que había confiado en toda su vida eran sus propios puños.

Sacó la espada de la vaina y probó el filo y la punta. Estaba suficientemente afilada. Luego volvió a su silla, se sentó y, contemplando su enorme abdomen, comenzó a reírse ante la idea del suicidio. No había dignidad en un acto como aquél. Era totalmente ridículo. Y dudó seriamente de que tuviera el valor necesario para hundirse la hoja a la otrora honorable manera romana. ¿Cómo podía saber si solamente alcanzaría a cortar la grasa y entonces perdería el coraje y caería cubierto por su propia sangre y entonces comenzaría a gimotear pidiendo socorro? ¡Aquél no era un momento adecuado en la vida de un hombre para comenzar a matar! En toda su vida nunca había matado a nadie..., ni siquiera a una gallina.

Entonces comprendió que no era cuestión de nervios. Sólo ocasionalmente había temido a la muerte. Desde la infancia se había burlado de las ridículas historias acerca de los dioses. Como hombre, había aceptado con facilidad los puntos de vista de la gente culta de su clase, de que no había dioses y que después de la muerte no había otra vida. Había decidido qué era lo que iba a hacer y lo único que le preocupaba era no llegar a ejecutarlo dignamente.

Pensando en esas cosas debió de quedarse dormido. Fue despertado por alguien que golpeaba la puerta de la calle. Se sacudió, para despertarse bien y escuchó.

–¡Qué carácter! –pensó–. ¡Qué carácter tienes, Craso!

¡Qué justa indignación! ¡Que este loco gordinflón se burle de ti y te quite tu gran conquista de la guerra! Pero tú no la amabas, Craso. Quisiste que Espartaco fuera clavado en una cruz y cuando no pudiste lograrlo, la quisiste a ella. Quisiste que ella te amara, que se arrastrara a tus pies. ¡Oh, Craso, qué tonto eres..., qué estúpido y torpe necio! Y, sin embargo, la gente como tú es la gente de este tiempo. No hay duda.

Buscó la espada, pero no pudo encontrarla. Entonces se arrodilló y la halló bajo la silla. Se arrodilló con la espada en sus manos y entonces, con todas sus fuerzas, se la hundió en el pecho. Fue tal el dolor, que gritó sin poder contenerse, pero la espada se hundió y entonces cayó hacia delante sobre ella, de modo que se hundió en toda su longitud.

En esa posición estaba cuando Craso echó abajo la puerta y entró. Fue necesaria toda la fuerza del general para darle vuelta. Y entonces el general vio que el rostro del político había quedado fijo en una mueca o en una sonrisa burlona...

Después de aquello, Craso regresó a su casa lleno de ira y odio. Nunca en su vida había odiado tanto a nadie como odiaba al difunto Graco. Pero Graco estaba muerto y nada había que Craso pudiera hacer.

Cuando Craso llegó a su casa, descubrió que tenía un huésped. El joven Cayo lo estaba esperando. Cayo nada sabía de lo ocurrido. Tal como le explicó de inmediato al general, acababa de regresar de sus vacaciones en Capua y había ido directamente a visitar a su querido Craso. Se acercó a él y comenzó a acariciarle el pecho. Y entonces Craso dio con él por tierra de un puñetazo.

Craso irrumpió en la otra habitación y volvió con un látigo. Cayo estaba levantándose del suelo, sangrando por la nariz; su rostro reflejaba sorpresa, dolor e indignación.

Y entonces Craso comenzó a azotarlo.

Cayo gritaba. Gritaba sin parar, pero Craso siguió azotándolo. Sus propios esclavos tuvieron que sujetarlo finalmente y entonces Cayo, tambaleándose, salió de la casa, llorando como un niño dolorido por haber sido azotado.

Librodot

Librodot

OCTAVA PARTE

En que Varinia encuentra la libertad

Librodot

I

Flavio cumplió su convenio con Graco. Provisto de las mejores credenciales, firmadas por el propio Graco, los carros corrieron hacia el norte y luego hacia el este. Varinia tuvo escasos recuerdos del viaje, ya que la mayor parte del primer día la pasó durmiendo con el niño entre los brazos. La vía Casia era una ruta excelente, suave y bien pavimentada, y los carros rodaban fácil y cómodamente. Durante la primera parte del día, el conductor no tuvo piedad con los caballos; al mediodía cambió de tiro y el resto de la jornada fue hecho a carrera rápida, casi al trote. Al caer la noche, estaban ya a ciento sesenta kilómetros al norte de Roma. Ya obscuro, volvieron a cambiar de caballos y durante toda la noche los carros corrieron a la luz de la luna, devorando distancias.

En varias oportunidades fueron detenidos por patrullas militares, pero el mandato senatorial que Graco había dado a Flavio siempre fue suficiente para que los dejaran pasar. Durante la noche, Varinia estuvo sentada durante horas en el tambaleante vehículo, con el bebé plácidamente dormido a sus pies, envuelto en mantas y recostado sobre almohadones. Veía el paisaje alumbrado por la luna deslizarse veloz y vio el rápido curso de los torrentes caer a los lados mientras corrían por encima de los espléndidos puentes romanos. El mundo dormía, pero ellos continuaban.

Cuando se ocultó la luna, pocas horas antes del amanecer, se detuvieron en un pequeño prado a orillas del camino, les quitaron los arneses y manearon a los caballos y después de comer un poco de pan y beber un poco de vino se tendieron en el suelo sobre una manta y descansaron. Varinia tardó en dormirse, pero los exhaustos conductores se durmieron inmediatamente. A Varinia le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando fue despertada por Flavio. Mientras volvían a atar los caballos, dio de mamar al bebé, en tanto que los hombres trabajaban lenta y displicentemente, como todo aquel que apenas se ha repuesto de su agotamiento, y una vez que lo hubieron hecho volvieron los carros al camino y prosiguieron la marcha hacia el norte. El sol se levantaba cuando en una estación caminera se detuvieron para estirar las piernas y volver a cambiar de caballos. Poco más tarde pasaron junto a una ciudad amurallada y durante toda la mañana los conductores fustigaron a los caballos. El interminable vaivén de los vehículos comenzó a producir su efecto. Varinia vomitó varias veces y se apoderó de ella el temor de que pudiera retirársele la leche. Pero, por la tarde, Flavio obtuvo de un granjero leche fresca y queso de cabra –alimentos que Varinia podía soportar– y como el cielo estaba encapotado, descansaron casi toda la noche.

Nuevamente volvieron a levantarse antes del amanecer y se pusieron en marcha, y al mediodía llegaron a un lugar donde una amplia ruta cruzaba aquella por la que iban, en forma de T. Viajaban ahora hacia el norte y el oeste, y cuando el sol se estaba poniendo vio Varinia por vez primera las nevadas cumbres de los Alpes a la distancia. Esa noche brillaba la luna, y prosiguieron sin apurar mucho a los caballos. Durante la noche se detuvieron para cambiar las caballerías por última vez y, antes de que llegara el alba, abandonaron la carretera principal y se internaron por un camino de tierra hacia el este. El sendero descendió por un valle y cuando salió el sol Varinia pudo ver en toda la extensión del valle neblinoso el curso de un río que lo cruzaba por el centro y, a ambos lados, la falda de los montes. Ya estaban cerca de los Alpes.

No se podía seguir muy rápido, ya que los carros se inclinaban de un lado a otro en el accidentado camino de tierra. Varinia, sentada sobre los almohadones, sostenía al niño en brazos. Cruzaron el río por un puente de madera y comenzaron la lenta ascensión de las montañas. Durante todo el día, los caballos lucharon contra la pendiente en el tortuoso camino montañoso. Los campesinos galos que los veían hacían un alto en su labor para ver pasar aquellos dos grandes carros y los hermosos caballos que tiraban de ellos, y nunca faltaron chicos pelirrojos que llegaron corriendo a la orilla del camino para quedarse mirando, con los ojos abiertos de par en par, el insólito espectáculo.

Librodot

Después, avanzada ya la tarde, cuando el camino se había convertido en un estrecho sendero, llegaron a la cumbre y vieron que a sus pies se extendía un ancho y hermoso valle. Aquí y allá, Varinia pudo distinguir una pequeña aldea, numerosas viviendas y, a cierta distancia, grupos de chozas de campesinos. Había amplias franjas de bosque, numerosos riachuelos y, vagamente insinuada en la distancia, se alzaba la silueta de una ciudad amurallada. La ciudad se perfilaba hacia el oeste; ellos siguieron su camino hacia abajo y hacia el norte, en dirección a los Alpes, que parecían aún muy distantes.

Tan difícil resultaba descender como lo había sido ascender, ya que había que frenar a los caballos, y el camino era accidentado y serpenteante. Había obscurecido cuando llegaron al fondo del valle, y allí se detuvieron a descansar y a esperar a que saliera la luna. Viajaron un poco durante la noche, a la luz de la luna, y volvieron a detenerse, para proseguir más tarde con la primera luz del amanecer. Allí todos los caminos eran realmente intransitables Anduvieron y anduvieron..., y finalmente llegaron a las primeras estribaciones de los Alpes.

Allí Flavio se separó de Varinia, despidiéndose de ella una mañana, a primera hora, en un lugar donde comenzaba un camino que se extendía hacia lo lejos, por donde no se veía más que campos y bosques.

–Adiós, Varinia –le dijo–. He cumplido lo que le prometí a Graco, y, creo que me he hecho merecedor en parte del dinero que me pagó. Espero que ni tú ni yo volvamos a ver Roma, ya que esa ciudad no será muy saludable para ninguno de los dos de aquí en adelante. Te deseo suerte y felicidad; lo mismo le deseo a tu pequeño. A poco menos de dos kilómetros, subiendo por este camino, hay una pequeña aldea de campesinos. Es preferible que no te vean llegar en carro. Aquí tienes una bolsa con mil sestercios, con lo que podrás pagar el sustento y el alojamiento durante un año en estos lugares. Los campesinos son gente sencilla y, si quieres cruzar las montañas para ir a tu país, ellos te ayudarán. Hay gente indómita que vive en las montañas y que odia a los extranjeros. Además, nunca volverás a encontrarte con tu gente, Varinia. Las tribus germanas deambulan por los bosques de un lugar a otro, y es imposible saber dónde se encontrará la misma tribu al año siguiente. Por otra parte, he oído decir que los húmedos, obscuros e insalubres bosques del otro lado de los Alpes no son un lugar apropiado para criar a un niño. Yo me decidiría a vivir en algún lugar de las inmediaciones, Varinia. Confieso que eso no me agradaría a mí, pero esto era lo que tú querías. ¿No es así?

–Esto es lo que yo quería –asintió ella–. Te estoy muy agradecida, Flavio.

Y entonces hicieron girar en redondo los carros y Varinia se quedó allí con el bebé en los brazos, hasta que desaparecieron tras una nube de polvo, hasta que las estribaciones del terreno los ocultaron de su vista.

Entonces se sentó a la orilla del sendero y amamantó al niño. Luego emprendió la marcha por el camino. Era una agradable y fresca mañana de verano. El sol se estaba elevando en el cielo limpio y azul y los pájaros cantaban, y las abejas iban de flor en flor, libando el néctar y llenando el aire con su suave rumor.

Varinia se sentía feliz. No era la felicidad que había conocido junto a Espartaco, pero de él había recibido el conocimiento de la vida y la rica recompensa de la existencia. Estaba viva y en libertad; de modo que, en verdad, estaba contenta y miraba hacia el futuro con esperanza e ilusión.

Librodot

II

Eso fue lo que le ocurrió a Varinia. Una mujer no puede vivir sola, y en la aldea a la que llegó, una aldea de sencillos campesinos galos, encontró refugio en casa de un hombre cuya esposa había muerto al dar a luz. Es posible que la gente supiera que se trataba de una esclava que había huido. No tenía importancia. Tenía los pechos rebosantes y le dio vida al recién nacido. Era una buena mujer, y la gente la quería por su fortaleza y su extravertida sencillez. El hombre en cuya casa había ido a vivir era un hombre sencillo, que no sabía ni leer ni escribir y que lo único que había aprendido era la lección del trabajo. No era Espartaco, pero tampoco se diferenciaba mucho de Espartaco. Tenía la misma paciencia ante la vida. Era lento en montar en cólera y amaba profundamente a sus hijos, a los propios y al que Varinia había llevado con ella.

A Varinia la adoraba, porque había llegado a él desde lejos y con ella le había llegado una esposa. Y con el tiempo ella aprendió a conocerlo y a sentir por él algunos de esos sentimientos. Con mucha facilidad aprendió el nuevo lenguaje, con una base de latín y muchas palabras galas; se amoldó a sus costumbres, que no eran muy diferentes de las de su propia tribu. Cultivaban la tierra y recogían la cosecha. Ofrecían parte de ésta a los dioses de su aldea y otra parte la entregaban al recaudador de impuestos y a Roma. Vivían y morían; bailaban y cantaban y lloraban y *s*e casaban, y sus vidas transcurrieron dentro del invariable ciclo de las estaciones.

Grandes cambios se estaban produciendo en el mundo pero entre ellos esos cambios se sentían tan lentamente que en realidad nada resultaba alterado.

Varinia era prolífica. Cada año dio a luz un nuevo niño, y tuvo siete hijos con el hombre que tomó por marido, antes de dejar de concebir. El joven Espartaco creció con ellos, alto, fuerte y derecho, y, cuando cumplió siete años, su madre le contó por vez primera quién había sido su padre y la historia de lo que éste había hecho. Le sorprendió que lo comprendiera tan bien. Nadie en esta aldea había oído jamás el nombre de Espartaco. El mundo había sido conmovido por grandes hechos que eran totalmente ignorados en aquella aldea. Y al crecer los otros niños, tres de los cuales eran muchachas y cuatro varones, Varinia volvió a contar muchas veces la historia, a contarles cómo un hombre sencillo, que era esclavo, hizo frente a la tiranía y a la opresión y cómo durante cuatro años el poderío de Roma tembló ante la sola mención de su nombre. Les contó sobre las horrendas minas en que había trabajado Espartaco y de cómo había luchado en las arenas del circo con un puñal en la mano. Les contó cuan amable, bueno y atento era, y ella nunca separó la figura de Espartaco de la gente sencilla con la que ella vivía. Más aún, cuando hablaba de los camaradas de Espartaco, acostumbraba a señalar a uno u otro aldeano del lugar como ejemplos. Y cuando contaba aquellas historias, su esposo escuchaba maravillado y con envidia.

No fue vida fácil la que vivió Varinia. Trabajó desde el amanecer a la puesta del sol, escardando, cavando, limpiando, hilando, tejiendo. Su tez clara obscureció quemada por el sol y su belleza desapareció; pero ella nunca le había dado mayor importancia a su belleza. Cada vez que se detenía a pensar y a recordar el pasado, se mostraba agradecida por lo que la vida le había dado. Ya no lloraba a Espartaco. Su vida con Espartaco se había convertido en algo parecido a un sueño.

Cuando su primer hijo tenía veinte años, la atacó la fiebre y, al cabo de tres días, falleció. Su muerte fue rápida y sin muchos sufrimientos, y una vez que su esposo, sus hijas y sus hijos la hubieron llorado, la envolvieron en una mortaja y la enterraron en la tierra.

Y fue después que ella hubo muerto cuando se produjeron los cambios en aquel lugar. Los impuestos crecieron, y el incremento continuó indefinidamente. Un verano hubo sequía y se perdió casi toda la cosecha, y entonces llegaron los soldados romanos. Las familias que no podían pagar los impuestos eran sacadas de sus casas como ganado y arrancadas de sus tierras

Librodot

y encadenadas de cuello a cuello, y se las hacía marchar a la urbe, donde eran vendidas para pagar a Roma.

Pero no todos los que habían perdido sus cosechas por la sequía aceptaron mansamente aquel destino. Espartaco, sus hermanos y hermanas huyeron de la aldea y se refugiaron en los bosques que había al norte, bosques que se extendían hasta las alturas agrestes de los Alpes. Allí vivieron una vida de privaciones y sufrimiento, alimentándose de raíces y frutos silvestres y de lo poco que podían cazar, pero cuando se construyó una gran villa en las tierras que habían sido de su propiedad, descendieron y la incendiaron y se apoderaron de cuanto en ella había.

Los soldados se lanzaron a los bosques y los campesinos se unieron con las tribus de las montañas para luchar contra los soldados. Esclavos que se habían fugado se unieron a ellos, y año tras año la guerra de los desposeídoss se propagó con furia. A veces las fuerzas rebeldes fueron aplastadas por los soldados, pero en algunas oportunidades el poder de los insurgentes llegó a tal grado pudieron lanzarse hacia la llanura a incendiar, saquear y robar.

Este tipo de vida fue el que vivió el hijo de Espartaco y vivió y murió como su padre... Murió luchando y en medio de la violencia en que había hallado la muerte su padre. Los relatos que hizo a sus hijos fueron menos claros, menos precisos. Los relatos se convirtieron en leyendas y las leyendas se convirtieron en símbolos, pero la guerra de los oprimidos contra los opresores continuó. Fue una llama que se propagó hacia las alturas o decayó, pero nunca se extinguió, y el nombre de Espartaco pervivió. No era ya cuestión de descendencia a través de la sangre, sino de descendencia a través de la lucha común.

Llegaría un día en que Roma sería arrasada, no solamente por los esclavos, sino por esclavos, siervos, campesinos y bárbaros libres que se les unirían.

Y en tanto que el hombre trabaje y otros hombres tomen y usen el fruto de los que trabajan, el nombre de Espartaco será recordado, susurrado algunas veces y proclamado en voz alta y clara otras veces.

Nueva York, junio de 1951